

ALTEA MORGAN

*Las
normas
del avión
de papel*



SERIE RUIDO VOL.1

*Las
normas
del avión
de papel*

ALTEA MORGAN

© Altea Morgan

1ª edición, marzo 2019

ASIN: B07P6YRR6W

Diseño de la cubierta: Alexia Jorques

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A lo que he perdido (como mi capacidad de poder decir «papá», los besitos de Logan, los consejos de mi abuela, las locuras de mi tía, las lentejas de mi yaya, observar a Baal viendo la televisión, los cabezazos de Eddie, los maullidos de Sila, a Oscar bailando al ritmo de Joaquín Sabina, mis paseos mañaneros por la Torre de la Horadada, mis cafés con May, los desayunos con Gelen, la letra de Susi...).

*«The answer, my friend, is blowin' in the wind.
The answer is blowin' in the wind».*

Bob Dylan

BLOWIN' IN THE WIND

*«May God's bless and keep you always.
May your wishes all come true.
May you always do for others
And let others do for you.
May you build a ladder to the stars
And climb on every rung.
May you stay forever young».*

Bob Dylan

FOREVER YOUNG

Índice

Lista de música

Primera parte: Nico toca el piano

Capítulo I: El amor es igual que un imperdible perdido en la solapa del azar

Capítulo II: Creo que he visto una luz al otro lado del río

Capítulo III: Y tú, para ya, ¿no ves que hay una luz en el fondo de mi corazón?

Capítulo IV: Mira dentro y carga con tu cruz

Capítulo V: No hago otra cosa que pensar en ti

Capítulo VI: Descubrieron que los besos no sabían a nada. Hubo una epidemia de tristeza en la ciudad

Capítulo VII: Sigues pagando caro tu locura

Capítulo VIII: ¿Y cuáles deseos me vas a dar?

Capítulo IX: Que no te gusten los besos

Capítulo X: Y que si no te gustó esta letra, tenemos guerra declarada

Segunda parte: Julia se pierde entre melodías

Capítulo XI: La distancia la marcamos tú y yo a medias

Capítulo XII: Disculpa un momento, que me desenredo

Capítulo XIII: Tal vez tu ONG se pueda ocupar de resucitar a hombres que siguen vivos

Capítulo XIV: Estas semanas sin verte me parecieron años

Capítulo XV: La objetividad, embustera, mentirosa terca y sin bondad, murmura frases aburridas que, al fin y al cabo, siempre hablan mal de mí

Capítulo XVI: Nunca se me dio demasiado bien poner las cartas sobre la mesa

Capítulo XVII: Miedo a tenerte que olvidar

Capítulo XVIII: Ojalá que no pueda tocarte ni en canciones

Capítulo XIX: Quemados están los sueños

Capítulo XX: Nadar mar adentro y no poder salir

Tercera parte: Nico y Julia lanzan un avión de papel

Capítulo XXI: Que el engaño no me sea indiferente

Capítulo XXII: Mientes tan mal

Capítulo XXIII: Te quiero, te odio, me tienes cansado

Capítulo XXIV: No busques en mi ropa interior, no hay ninguna mujer extranjera

Capítulo XXV: ¿Hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo?

Capítulo XXVI: Todo lo que diga está de más

Capítulo XXVII: Felicidad, vete tú a saber dónde te metes

Capítulo XXVIII: Si te dijera, amor mío, que temo a la madrugada

Capítulo XXIX: No sé restar tu mitad a mi corazón

Capítulo XXX: Pero el miedo pesa más que la razón

Epílogo: Y que viva el amor de los que besan desesperados

Agradecimientos

Lista de música

Este libro trata muchos temas, el principal es el amor, pero otro que está casi a su nivel es la música, como compañera, como amante, como locura, como forma de vida o como instrumento para canalizar la realidad. Por eso, os dejo una lista de canciones que dan forma a cada uno de los capítulos por si, mientras leéis el libro, os apetece ponerlas de fondo. Creo que sería una buena experiencia. ¡Espero que os gusten! Aquí os dejo el enlace al a playlist de [*Las normas del avión de papel*](#).

Todavía una canción de amor – Andrés Calamaro.
Al otro lado del río – Jorge Drexler.
Vidas cruzadas – Quique González.
El hombre de negro – Loquillo.
No hago otra cosa que pensar en ti – Serrat.
Ruido – Sabina.
Dices no – Marta Botía.
Tuyo – Rodrigo Amarante.
Ochenta veces – Rozalen.
Fahrenheit 451 – Iván Ferreiro.
Y pasa el tiempo – Revolver.
Carbón y ramas secas – Manolo García.
Cartas de amor – Mikel Erentxun.
Sale el sol – Shakira.
La Felicidad – Bushido.
Nada que perder – Conchita.
Miedo – M-clan.
Ojalá – Silvio Rodríguez.
Mentiras – Jaime Urrutia.
Mar adentro – Enrique Bunbury.
Solo le pido a Dios – León Gieco.
Mientes – Tontxu.
Debajo del puente – Pedro Guerra.
As de Copas – Bunbury, Carlos Ann, Morti y Shuarma.

Algo contigo – Chico Navarro.
Te vi – Fito Paez.
Felicidad – La cabra mecánica.
Al alba – Aute.
Me equivocaría otra vez – Fito y los Fitipaldi.
Dos palabras – Pablo López.
Epílogo: Hijos del verbo amar – Pablo López.

Primera parte:
Nico toca el piano

Capítulo I:

El amor es igual que un imperdible perdido en la solapa del azar

Aún tengo el café del desayuno encima del piano. Helado, ya no humea.

No es la primera vez que me pasa ni será la última, me temo.

He soñado con la melodía toda la noche, dando vueltas en la cama. Me he levantado antes del alba, como un zombi, tatareando, moviendo las manos al compás, cerrando los ojos cuando creía que podía tocarla. Rozarla con los dedos. Tenía que escribirla.

No me he preparado un café hasta pasadas unas cuantas horas. ¿Cuántas? No sé, algunas. Se me olvida ponerme reloj, en casa no tengo relojes. ¿Para qué? Con la alarma del móvil siempre he tenido suficiente.

No me ato ni a personas ni a convencionalismos ni a buenas costumbres.

Bueno, o eso dice Sergio, mi representante.

En fin, vuelvo al café. Está helado. Y la culpa la tiene la magia, la magia de la música que, cuando todo está dispuesto, aparece, me absorbe y ya no queda espacio para nada. No necesito nada más, ni una sola cosa más.

Luego me acuerdo de que tengo que comer, que pagar las facturas y algún vicio y se me va de la cabeza esa idea bohemia de vivir del aire. Ser artista, de corazón, está sobrevalorado. Yo también necesito cosas básicas: café, alcohol, cigarros y alguna que otra cosa más.

Pero en este momento, ahora mismo, lo que necesito es sacarme la melodía de la cabeza y plasmarla en un papel, gracias al piano. Tecla a tecla, sonido a sonido, compongo lo que tengo en mente. Más o menos.

No me doy tregua durante toda la mañana. A veces, hasta yo me sorprendo de la velocidad vertiginosa con la que mis dedos se mueven por el teclado. Me estoy volviendo loco.

Mmmmm, tarareo. Bien, va tomando forma. Es una sensación que me nace en las entrañas, un hormigueo que me vuelve intratable hasta que sale todo lo que me perturba. Las horas se pasan sin comer, sin pensar en otra cosa, casi sin respirar. Y, cuando parece que la paranoia, el soniquete, el centro de esa amalgama de notas musicales, por fin tiene sentido, es cuando comienza a formarse una letra en mi cabeza. Estoy un poco cansado de las canciones de

amor; para mí el amor es una cosa amorfa que solo funciona bien en el arte. En la vida real no existe. Alguien lo mató hace mucho tiempo. El consumismo, el egocentrismo o las prisas. Levantarse a las seis de la mañana para ir a trabajar mató el amor. Los *tuppers* de comida de la semana se reunieron una tarde lluviosa en las varillas del lavaplatos y decidieron en acto solemne que el amor había muerto. La rutina no mató al amor, lo mató el *mileurismo*. Y la mediocridad, sí, eso también.

«Pero ¿qué es el amor, Nico?», me preguntó una chica una vez mientras los dos, tirados en el sofá, fumando marihuana, nos reíamos un poco de todo. ¿Qué es para mí el amor? El amor significa gritos desde una ventana mientras vas tirando una a una las cosas del otro; llantos desesperados por lo que pudo ser y no fue en una estación de tren; silencios prologados por las mañanas, donde lo único que da paz al barullo interior es el sonido de la cafetera; ropa interior ajena en lugares propios; un viaje a ninguna parte, en soledad; y esperar durante horas en una cama vacía algo que llega tarde y mal. Pero no pude decirle todo eso a la chica del sofá; se reiría de mí, quizá por el efecto de la droga, pero no llevo bien que me tomen el pelo. Así que le respondí: «Marta, *el amor es igual que un imperdible perdido en la solapa del azar*». Y el amigo Calamaro me ayudó a echar un polvo. Nada romántico, más bien carnal, de desahogo.

Como el amor es algo un poco deprimente, la letra quiero que gire en torno a otra cosa. A lo que sea. Mientras sigo el ritmo de mi cabeza con el pie, me pongo a escribir las frases que me van viniendo a la cabeza y, por desgracia, tienen sabor a besos desesperados por la noche, a pelo revuelto por la mañana, a gemidos ahogados con el dorso de la mano, a palabras susurradas, a café recién molido por la mañana y a caricias escondidas bajo la mesa... joder, es, sin duda, *Todavía una canción de amor*. Puto Calamaro, sal de mi cuerpo.

Me enfurruño como un crío. Y lo paga el piano. Le pido disculpas entre susurros, como si tuviese vida. Es más amigo mío que muchos de los personajes que pululan a mi alrededor durante los últimos tiempos.

Lo siento, piano.

Para desquitarme de ese lapsus momentáneo, vuelvo a repasar las frases viendo como se van acoplando a la melodía. Me gusta, me parece que es lo que quiero, lo que necesitaba dejar salir. Me siento un poco más cuerdo, menos desquiciado.

Bien, llega el momento de probarlo todo. Aporreo el piano y entono. Canto

sintiendo cada palabra que, separadas, no tienen ningún sentido especial, pero juntas les han dado forma a mis pensamientos más íntimos. No me importa nada, solo que el piano y mi voz se mezclen, den forma a algo distinto que me haga sentir bien, lleno. Más lleno que con el café que me tiene enganchado, más que cualquier droga o cualquier relación. Eso es la música para mí: gasolina para aguantar el día a día y no tirar la toalla.

Ay, algo pasa. Algo no cuadra. Mierda, joder, mierda. Una línea, justo la primera del estribillo. No cuadra, no se acopla, me fastidia la vida, la mañana y el día entero.

Venga, Nico, sin dramatismos.

La tarareo. Despacio. Solo el estribillo.

Lo acompaño todo con el piano, lento, sin prisas, solo hay que encontrar el foco del problema.

Nada.

Puto foco del problema.

¿Dónde está?

¿Qué pasa?

Vuelvo a cantarlo, primero en un susurro, luego a media voz y, por último, a pleno pulmón. Algo desesperado, para qué mentir.

¿Qué demonios falla?

No lo sé.

Lo repito.

Nada.

Joder.

Lo repito.

A todo pulmón tampoco encuentro el problema.

Sin solución aparente. Vaya.

Vamos de nuevo.

Las musas se han fugado por la ventana.

Toc, toc, toc.

Nota larga.

¿Qué le pasa a mi estribillo?

Ahora forma un ruido absurdo.

Toc, toc, toc.

Venga, musas, ahora no.

Nota más corta. Muere el do sostenido. Se cuelga de la pared y cae sin forma en mi piano.

Toc, toc, toc.

¿La puerta? ¿Qué hora es? No debe de ser muy tarde, no ha sonado la alarma del móvil. Busco el aparato y lo encuentro medio tirado entre los cojines de un sillón. Solo son las dos de la tarde. ¿Cuánto llevo...?

—¡Sé que estás ahí! —grita una voz femenina que no reconozco.

Doy un respingo.

Vivo en una antigua fábrica reconvertida en pisos. Solo hay seis; tres y tres en cada bloque. Yo vivo en el ático A, nadie vive en el B, algo que me encanta. Lo que me enamoró del lugar no fue otra cosa que la terraza que, de tener vecino, tendría que compartir. Se sube a ella por unas escaleras de caracol, tiene la misma extensión que el piso y, en verano, no hay un lugar mejor para pasar las noches tocando con los locos de mis amigos o haciendo barbacoas. La otra escalera, la del ático B, siempre está cerrada. La dueña, doña Maruja, se marchó a una residencia de ancianos tras los primeros seis turbulentos meses que viví aquí. No la eché yo, que conste. De eso hace ya unos cuatro años, y me he acostumbrado a hacer y a deshacer a mi antojo. Puedo tocar el piano, aporrearlo, cantar como un gallo loco o invitar a mis amigos artistas para montar lo que llama Estela «una tangana».

La mujer que aporrea la puerta no se ha cansado en el tiempo en que me he empanado por el susto, así que creo que se merece que salga antes de que llegue a mayores.

La pillo con la mano levantada para volver a golpear. Se queda quieta y se retrae, me observa como si fuese un monstruo recién salido del lago Ness o algo por el estilo. Oye, vale ya. Sí, voy hecho un desastre, soy muy consciente de mi aspecto de desquiciado con síndrome de Diógenes. No todos los días uno va como si fuese a la tele. Me he levantado hace ya muchas horas y ni me he lavado la cara. Llevo puesto un pijama que en otra vida fue un chándal viejo; ahora tiene agujeros sospechosos. El pelo corto ha visto tiempos mejores y lo mismo me debería haber duchado en algún momento entre esta mañana y ahora. El conjunto, admito, no es muy halagador. La he asustado, ahora creerá que me dedico a escarbar en la basura y que soy un okupa con dudosos valores morales. De eso último, de lo de los valores, no anda equivocada, pero okupa no soy, que pago mi alquiler religiosamente. Aunque me muera de hambre. Vaya, que me pierdo.

Sonrío.

Tengo un amigo algo colgado, Tiago, que opina que mi sonrisa podría abrir cualquier puerta. El muy gilipollas. Pero lo intento. La pobre chica parece a

punto de colapsar.

Solo espero que mi sonrisa no me haga parecer incluso más tarado.

—Hola. —Sí, aquí estoy yo, desplegando todos mis encantos... Creo que lo puedo hacer mejor, pero estoy demasiado metido en lo mío.

Ella se queda quieta, como si yo le diese miedo. ¿Yo? ¿En serio? Si como mucho puedo asustarla por el desorden de mi casa, de mi vida o mi persona. Y ya.

—Perdona si estaba haciendo mucho ruido, normalmente no molesto a nadie. —Ese debe de ser el problema. Siempre ha sido el problema de mi vida: hago mucho ruido, como artista, como persona... La chica sigue muda, no dice nada de nada—. ¿Eres nieta de Puri y José?

—¿Puri y José? —Por fin habla. ¡Albricias!

—Los vecinos de abajo...

—¿Qué? No, no, soy tu vecina de al lado.

—¿Del ático B? —Ella asiente—. ¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

Ni la he escuchado llegar. Cada día estoy peor. Por inercia, giro la cara. Todas las habitaciones del piso se ubican alrededor de un gran patio de luces; sí, hasta el aseo. Así que se puede ver el otro ático con solo un vistazo casi desde cualquier lugar. Y el recibidor no es una excepción. No veo nada raro, todo está como siempre... No, espera, una ventana abierta. Joder, tengo vecina nueva. Me vuelvo a centrar en ella, más me vale caerle bien o tendré que bajar el volumen de mis berridos. La chica sigue en su sitio, como si fuese una ofrenda al Dios de los mares y sintiera el aliento del Kraken en las mejillas. Vaya, ahora soy igual que un monstruo marino. Me revuelvo el pelo, no sé si eso mejora algo.

—Por cierto, soy Nico. —Rompo el hielo a machetazos, no se me da mal.

Ella no reacciona, la sigo observando. Es una chica rara, sin duda, pero preciosa. Tiene unos ojos marrones profundos, que dicen algo, cuentan una historia, una que me quiere llegar, me grita con la mirada. Aunque lo que principalmente me explican es que ella tiene miedo, pánico, aunque hay algo más. Debo ser amable, darle a entender que solo mato mosquitos con saña y que grito cuando veo una cucaracha. No hay manera digna de huir de una con alas.

—¿Y tú te llamas...? —Alargo la última sílaba para que ella reaccione. Doy saltitos de impaciencia mientras me sujeto la bata. Sí, también llevo bata, pero no a lo Hugh Hefner, más bien a lo de mendigo loco por la calle. ¡Toma

espectáculo! Todavía tengo la melodía dando vueltas por la cabeza, el putito estribillo, y el enfado que se diluye en esos ojos marrones. Me inspiran. Me expresan algo. Tengo que volver al piano ya. Creo que la melodía y la letra pueden encajar bien si...

—Julia.

¡Ya era hora!

—Vale, vecina *Jules*, intentaré no hacer tanto ruido. ¿Necesitas algo más? —Yo sí necesito algo, necesito que se marche, necesito que me deje acabar con mi tarea. Ha tenido que venir por el escándalo que estaba formando hace un momento con el estribillo que he repetido mil veces.

Sonrío de nuevo, quiero que ella se tranquilice. Y se largue.

—¡Que no hagas más ruido! —grita y se marcha como una furia.

Una reacción algo desmedida. He conseguido una de las dos cosas que me he propuesto: que se marche. Eso sí, tranquila, tranquila, no. Causo ese efecto en las mujeres.

Parpadeo un par de veces. Lo mismo la vecina *Jules* tiene un mal día. Cierro la puerta dando de nuevo saltitos. No llevo zapatillas, acostumbro a ir descalzo, así que a veces se me hielan los dedos de los pies. Nada con lo que no pueda lidiar. Tarareo para que no se pierda el hilo mental. Voy al piano entre pasos y saltos, me siento y, antes de tocar las teclas, giro la cabeza y la veo a ella, en su casa, con las manos en la encimera, la cabeza gacha y casi hiperventilando. He sido un tsunami emocional para la nueva vecina. Es algo que puedo comprender bien. Cuando, de reojo, *Jules* se da cuenta de mi mirada, se recompone y se marcha dando un portazo. Me dan ganas de gritar que si yo no puedo aporrear el piano, ella no puede hacerlo con las puertas, pero me concentro en lo mío. Tiene una forma de moverse hipnótica, un pelo rubio largo que me incita a sumergir los dedos en él y unos ojos que me chillan. Me gritan la frase mágica, casi perfecta, que se empasta en el estribillo y lo arregla.

Vaya con *Jules*.

Lo siento por ella, pero ahora toca pulir la melodía durante un buen rato.

Me rugen las tripas; no hay descanso. Y me parece increíble que, tras esa mirada hipnótica, ese pelo rubio y esos andares, mi vecina haya podido inspirar una frase que acaba con la palabra « idiota ».

No, no tengo ni idea de cómo ha pasado.

A veces, me quedo en el límite del precipicio. Lo miro, le tiro el aire del cigarro a la cara, como si le estuviera pidiendo una relación nada formal. Pero nunca me tiro. Bueno, no lo he hecho hasta ahora. Y mira que no me han faltado ganas. El maldito precipicio suele llevar un escote de vértigo.

Para algunas personas el precipicio puede ser un camino a través de las drogas, yo eso lo tengo controlado; para otras, tirarse de cabeza a una relación, compartir su vida, yo lo he probado y no soy carne de relaciones; o un viaje por el mundo encontrándose, pero yo ya me he encontrado y, en ocasiones, no me caigo muy bien. Para mí, el precipicio es renunciar a un sueño por el que llevo luchando los treinta años que tengo.

Uff, treinta años. Los cumplí hace unos meses y no me acuerdo de la mitad del fin de semana en que los celebré.

Le doy una calada al cigarro, lo apago y observo el paisaje de la ciudad. Mi favorito. Esta terraza es mi lugar en el mundo. Llevo un tiempo negociando con la dueña para poder comprar el piso, pero, oye, nada, no hay manera. Ya caerá.

A veces, cuando todo alrededor es ruido, cuando hasta yo mismo estoy compuesto por sonidos incoherentes, este lugar me da una vía de escape. Y hoy lo necesito, de verdad, de una manera enfermiza. Necesito apagar el interruptor.

Desconectar a Nico.

El día anterior le acabé de dar forma a esa canción de amor que no estaba buscando y que todavía no tiene nombre. Tres días encerrado sin salir y otra semana de altibajos. La euforia no me ha durado ni veinticuatro horas. Una vez alguien me dijo que el autor de la canción, en ocasiones, no es el mejor intérprete. Y eso parece pasarme a mí. Para componer, bien; para vender canciones, bien; pero no para mí. Sergio no encuentra mi hueco.

«Los cantautores nunca pasan de moda, Nico. Ya llegará tu momento».

Y no llega. Creía que sí, pero no llega. Me da de comer y, cuando las escucho por otras personas, me llega bien el mensaje. En ocasiones, creo que es lo importante, que ese grupo o cantante lo ha hecho mejor de lo que podría hacerlo yo. Honestamente. Sin victimismos. En otras, en cambio... me dan ganas de meterme en la cama y no levantarme hasta que pase de moda. Honestamente. Con victimismos.

Sergio ha logrado vender otra canción y compondré otra para un cantante que me encanta. Hablaré con él en unos días y tengo trabajo para un tiempo.

Debería estar agradecido, lo sé, pero no lo estoy. Vivo de la música, ¿quién puede decir eso? Si mi madre me escuchase, me diría que me dejara ya de tonterías, que soy muy mayorcito, y que me sacase una oposición.

¿Qué me pasa? Realmente parecen quejas de gilipollas. Lo que me ocurre es que he firmado con una discográfica decente, he grabado un disco que va regular y la gira que debía llegar no lo hace. Sergio ignora el tema; cuando lo saco, ni me responde.

Ya está. Liquidada. Mi carrera está acabada. Y prometo que no sé qué hacer. ¿Qué se puede hacer cuando el sueño por el que has luchado toda tu vida se desvanece? Y lo peor es que sé que, si ha acabado, es por mi culpa. ¿Tengo suficiente talento? ¿Seré un músico fracasado toda la vida o lograré encontrar otra cosa?

Durante una época, el piano fue mi mejor amigo. Acabé el conservatorio con la cabeza llena de ideas, de clásicos y de esperanzas, que poco a poco se diluyeron para dar paso a la realidad: lo mismo nunca triunfaría. Durante un tiempo, hasta que pude vivir de mis composiciones, pensé en intentar ser profesor, tal y como quería mi familia. Bueno, mi familia no, mi madre. Pero todo cambió cuando decidí mudarme y darle una oportunidad a mi sueño. He dado muchos pasos, algunos para bien y otros para mal, pero el importante... ese no llega. Y me estoy cansando; más bien, me estoy dando cuenta de la realidad. Una vez casi...

Me deslizo por la barandilla, que es un muro, y me siento en el suelo. De espaldas a la vista de Madrid que, poco a poco, se va oscureciendo. Me enciendo otro cigarro. Me revuelvo el pelo. Venga, toca momento trascendental. De esos en que sabes que todo puede cambiar o, más bien, debe cambiar.

Parece que como compositor sí tengo futuro, pero no sé si existe alguien que quiera apostar por mi carrera en solitario, hacer más las melodías y no escucharlas en la voz de otros. Suspiro, le doy otra calada y me abrocho la chaqueta. Hace demasiado frío para ser finales de abril. Cierro los ojos e intento no pensar en todo a la vez. Siento que se han paralizado varios aspectos vitales: mi carrera, mi vida familiar...

Bien, Nico, bien. No das ni una.

En el barullo que se hace cada vez más fuerte, escucho un ruido nuevo: la puerta del ático B que da a la terraza abriéndose. Vaya, la vecina *Jules* está a punto de hacer acto de presencia. No he vuelto a saber nada de ella desde su espantada hace unos días. De vez en cuando la he visto por su casa. En más de

una ocasión la he saludado con la mano y me he quedado con cara de tonto mientras ella me ignora. ¿Qué le he hecho? No estoy acostumbrado a que pasen de mí con esa facilidad. Esta misma mañana, me estaba lavando los dientes al ritmo de *Rebel Rebel*, sin camiseta y usando el cepillo como si fuese un micrófono, cuando la he pillado observándome como si fuese un adolescente amándose en soledad. Cuando me vea berrear la última parte del *Starway to Heaven*, la pobre se tira por la ventana... Solo estaba cantando, diablos. Aún no me acostumbro a tener compañía en casa. Voy a tener que comprar cortinas o aprender a que me importe una mierda.

Jules se asoma casi como si fuese una exploradora abriendo una tumba egipcia. Lo observa todo con esos ojos marrones grandes que parecen etiquetarlo y clasificarlo. Cuando llega a donde estoy yo, la saludo con la mano y con cara de circunstancias, se me cae un poco de ceniza encima de los pantalones y la quito de un manotazo. Por un momento, parece que duda, pero luego sale y se apoya en el muro. Lleva el pelo rubio sujeto en una coleta baja, una camiseta con alguna frase que no puedo leer, ya que la cubre una chaqueta abierta solo hasta la mitad, y unos vaqueros oscuros.

Así, de un vistazo rápido, parece que *Jules* está perdida. Perdida y sola. Igual que yo. Me dan ganas de levantarme y abrazarla. Algo que sé que no sería bien recibido, a tenor de su comportamiento en días anteriores, y supongo que, además, el Código Penal tiene algo que decir sobre eso. Paso.

Le doy la última calada a este cigarro y, cuando la miro de reojo, me doy cuenta de que realmente no es que esté perdida o asustada, está algo enfadada y no cuadra en este ambiente, en este momento, en esta vida.

Creo que estoy desvariando.

—Hola, vecina —digo en un tono bajo, para no asustarla, pero no lo consigo. Ella da un respingo, abre los ojos como dos platos y baja su mirada. ¿De verdad creía que no diría nada? No me conoce, es normal. No me puedo callar si tengo algo que decir.

—Hola.

Tiene una voz bonita, quizá un poco más profunda de lo que se puede esperar por su aspecto. No es tan femenina como querría mi imaginación, pero estoy convencido de que puede volver loco a cualquiera.

—Me alegra verte, deberíamos hablar de la terraza. —Nada que comentar acerca de mis intentos fallidos por llamar su atención. Mejor. Mi orgullo sigue intacto.

—¿De la terraza? —pregunta, tensa, recta, casi como un gato acorralado.

—Sí, la compartimos, como ves. La verdad es que he hecho con ella un poco lo que me ha dado la gana. —Me encojo de hombros. A mí me encanta como está, pero es cierto que no siempre iba a ser solo mía—. He puesto una barbacoa, plantas, sillones... bueno, todo lo que ves, menos esa maceta, que es de Maruja, y he intentado que no se muriese. Te lo digo porque puedo poner en mi lado todas mis cosas y tú puedes decorar como quieras el tuyo o, si te parece bien, puedes usar lo mío. ¡Si me invitas cada vez que hagas una barbacoa! —intento hacerme el gracioso. Qué mal se me da, joder.

—Así está bien.

Noto como si un peso se deslizara de mis hombros y bajase por mi cuerpo hasta marcharse.

—¿Trato hecho, entonces? —le pregunto y le tiendo la mano para sellarlo.

Jules observa mi mano, se sienta a mi lado y me la estrecha.

—Me parece un buen trato... —dice con un susurro, intentando averiguar mi nombre.

Vaya, le he causado una impresión increíble, de esas que dejan huella, ¿eh?

—Nicolás, pero todos me llaman Nico.

—Nico...

Casi paladea mi nombre. Vale, sí, me hubiese gustado uno más exótico, quizá uno de esos que llaman la atención y que todo el mundo recuerda cuando lo ve en la portada de un disco. ¿O creéis que David Bowie o Freddie Mercury se llamaban así de fábrica? Yo me llamo Nicolás Díaz y estoy esperando el día en que me venga la inspiración para un nombre tan fantástico como Ziggy Stardust. Por ahora no llega.

Entre nosotros se instala un silencio cómodo. Se oyen los coches que van rodando por las calles cercanas y el rumor de conversaciones, mientras los tonos cálidos van cambiando porque el sol se va despidiendo para dar comienzo a la noche. Estoy cansado, la tormenta que hace unos minutos me estaba llenando el cuerpo de rayos y centellas está desapareciendo, me siento sin ganas de casi nada, solo de arrastrarme a la cama y no levantarme en horas. Sin cenar, sin respirar, sin nada más.

—¿Ningún vecino se queja de tu piano? No paras. —*Jules* esboza una sonrisa que me parece una de las más sinceras que he visto. De cerca, sin tapujos, sin el ceño fruncido, me doy cuenta de que es preciosa; en mi primera impresión ya me lo pareció, pero en las distancias cortas y sin enfado, me impresiona. No lleva maquillaje, tiene pecas y los ojos parecen algo hinchados.

Lo último que quiero es ser descortés con un bostezo o una mala contestación. Así que me enciendo el tercer cigarro en menos de media hora y decido hablar con ella un poco.

—No, no, tenemos un acuerdo.

—¿Cómo?

Mierda. Vuelve el ceño fruncido. A ver si me explico, ojalá todo fuese tan sencillo como la convivencia en el edificio.

—El primer año que estuve aquí, ellos también se quejaron en alguna ocasión del piano, de la guitarra o de cualquier otra cosa que sonara. Pero, claro, en horario normal no pueden hacer nada. Además, la habitación del piano está casi «insonorizada», no se puede del todo por las ventanas, y el ruido no es tan molesto como podría ser. Eso sí, en la primera reunión de vecinos, en el portal, en vez de gritarme y maldecirme, me propusieron un plan: puedo tocar el piano de nueve a nueve, respetando la siesta de cuatro a cinco. Una vez que pase esa hora, no puedo tocar o bien se cobrarán una multa.

Por eso tengo puestas tantas alarmas en el móvil. En ocasiones, esperar de cuatro a cinco para poder tocar el piano de nuevo es casi como una tortura, pero aprovecho para comer algo, como un loco desquiciado.

—¿Te piden dinero por tocar de noche? Hasta las doce es legal.

—¡No, no, no! —Muevo los dos dedos con los que sujeto el cigarro para enfatizar mi negativa y la ceniza se esparce de forma desigual—. A ver, yo lo entiendo, Secun y Miranda tienen un niño, por ejemplo, y Aureliana se acuesta muy pronto. El piano más tarde de las nueve para ellos es un trastorno.

—Pero de ahí a pedirte una multa...

—Yo la cumplo encantado. —*Jules* me mira incrédula—. Te lo explico: si toco de nueve a diez tengo que bajarles la basura al día siguiente. Ya lo he hecho unas cuantas veces. Ellos la dejan en la puerta y yo me encargo. No es para tanto. —Me encojo de hombros—. Ahora bien, si me paso de las diez, la cosa cambia.

—Sorpréndeme —susurra.

Los fascinantes ojos de mi nueva vecina me dejan mudo. Le doy una calada al cigarro, aparto la vista de ella y sigo hablando.

—Cada uno me pide una cosa: los de abajo, los del segundo A, Puri y José, quieren que les haga mi legendario bizcocho de chocolate con chocolate fundido... y que vea durante una semana la novela de la tarde con Puri. Durante una época hasta me enganché. La emiten de cuatro a cinco, así que, de todas formas, tengo que parar.

»En el primero vive Andrés, que quiere que le compre el *As* durante una semana.

»Por tu lado, en el segundo están Secun y Miranda, que me piden que lleve a su hijo al colegio. Una vez que lo dejo, compro el *As* para Andrés, está todo pensado. —Vuelvo a fumar.

»Y, por último, en el primero B se encuentra Aureliana, una mujer mayor que quiere que la lleve y la recoja del Hogar del Jubilado durante una semana y que el miércoles la lleve al Bingo. Cada vez que la acompaño, le compro un cartón, por las molestias.

Noto que con cada cosa que me piden nuestros vecinos, ella pone cara de haber caído en una fiesta de no cumpleaños, y no sabe bien qué hacer con su taza vacía, si brindar o estrellármela en la cabeza. Nadie dijo que convivir con un músico fuese fácil. Mi madre siempre deseó que me gustase otra cosa: la pintura, el deporte, ser mimo... Pobre.

—¿En serio?

Asiento con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Vaya, claro que es en serio!

—Son buenos vecinos, otros me hubiesen quemado la casa...

Ella se ríe a carcajada limpia. El sonido me llega oxidado, desafinado, como si esa faceta de *Jules* no fuese la normal. Parecía más acostumbrada al ceño fruncido que a la risa. Toda una pena. Ya estoy con mis mierdas de músico fracasado. Eso soy, le dé las vueltas que le dé, un puto músico fracasado.

El cansancio y el ruido vuelven.

—¿Y yo? —pregunta casi como si fuese una tontería.

—¿Tú qué? —Prometo que, como me he vuelto a perder en lo mío, estoy despistado de verdad.

—¿Y qué obtengo yo si tocas el piano más allá de las diez de la noche?

—No estás en el acuerdo, vecina *Jules*, piénsatelo y, durante la próxima junta de vecinos, me lo pides. Sin embargo, estoy dispuesto a ceder en lo de la basura si me paso de nueve a diez. ¿Te parece bien?

Jules finge que se lo piensa durante un momento. Luego me mira directamente a los ojos. Sé cómo son los míos, no hace falta que nadie me lo diga. Pequeños. Nada espectacular como los suyos. Pequeños y claros. No creo que nadie escriba nunca odas sobre lo que transmiten. Los míos son inofensivos, casi tiernos, mientras que los de ella gritan. A mí me gritan. Me encantaría poder escuchar correctamente lo que quieren decirme.

Pero el ruido, en ocasiones, lo llena todo.

—Está bien, vecino Nico.

Con esas palabras, se aparta del murete y de mí, se despide con la mano y se marcha de la terraza.

Yo debería hacer lo mismo, intentar dormir y olvidar todo lo que me preocupa. La distracción de *Jules* ha sido bien recibida, pero ha sido eso, una distracción. Todo sigue estando igual, con la salvedad de que ahora tengo que bajar una basura más si me paso.

He formado un desastre con el que tengo que lidiar.

El cigarro se ha apagado solo en el cenicero. Lo recojo, me froto los ojos, suspiro y siento un escalofrío.

Hace demasiado frío para el mes de abril.

Capítulo II: Creo que he visto una luz al otro lado del río

A Sergio le ha encantado la nueva canción. Ahora solo falta darle forma. Según él, la otra que ha intentado mover está muerta, pero quizá la pueda reciclar en el futuro. Otra vez igual. Lo mismo debería olvidarlo ya, rendirme a la evidencia: no valgo para otra cosa. Ser compositor no está tan mal, ¿no?

Lo de perseguir los sueños está sobrevalorado.

Creo.

Por supuesto, nada de la discográfica, de la promoción, de la gira, de nada...

Dejo la chaqueta en la entrada. La reunión con el equipo del cantante al que le voy a componer unas cuantas canciones para su último disco ha ido muy bien. He desplegado esos encantos de los que tanto alardea Tiago, que, por cierto, me ha mandado un mensaje para *informarme* de los planes de este fin de semana, que pasan por una prefiesta en mi casa.

Claro, como siempre.

La culpa la tiene María, la mujer a la que tengo contratada para que limpie la casa dos veces por semana, que ha visto cosas que prefiero que no me cuente. Gracias a tenerla a ella, mi vida tiene cierto orden y, tras una prefiesta con mis amigos, puedo seguir viviendo aquí. María tiene cincuenta y muchos años —yo creo que ya unos sesenta—, es española, se fue a vivir joven a Ucrania, pero se siente rusa y me habla con un acento marcado con erres y con terminaciones en *-ico*. Toda una mezcla. Tiene una empresa de limpieza, aunque al principio solo era ella y, como he sido un cliente fiel, viene ella a casa. Me cuenta su vida antes de la caída de la Unión Soviética mientras yo acaricio una guitarra y me fumo un cigarro. Le encanta hablar un rato y luego marcharse al grito de: «Trabajo, trabajo». Me da consejos de vida, de comida y me cuenta que tiene dos hijos, uno en Rusia, así, sin más. Yo me imagino un mapa de Rusia, le tiro un dardo imaginario y pienso que allí vivirá el hijo mayor de María, Alexandr. El pequeño, Sergey, sigue en Ucrania junto con su tía, en Crimea, aunque ella lo dice acentuando la primera sílaba.

Con su vida, compuse una canción que está guardada en un cajón. Me temo que, como otras tantas que me encantan, acabarán perdidas y muertas. Lo

mismo, cuando yo no esté, el siguiente inquilino se encuentra con todas mis cosas, abre un cajón, ve mis canciones perdidas y las tira a la basura. Nadie se acordará de Nicolás Díaz, o Nikolay, como se le escapa a veces a María.

Me pongo a buscar tabaco por los bolsillos y no lo encuentro. En mi reserva tampoco queda, mierda. Puedo vivir sin comer, pero no sin fumar, la verdad. Me vuelvo a poner la chaqueta y, justo cuando abro la puerta, me encuentro a la vecina *Jules* plantada delante. ¿Ha llamado a la puerta y no me he enterado?

—Hola, *Jules*. ¿Quieres algo? —Ella no tiene la culpa de mi mal humor o de mi ansia por fumar. Siempre he intentado que nadie más que yo pague mis altibajos.

—Eh, bueno, yo...

Titubea, se mueve y evita mis ojos.

Hoy no he tocado ni una nota, ¿lo echará de menos? Si quiere ruido, tendrá ruido, me han encargado varias cosas. Meto la mano por los bolsillos interiores de la cazadora por si se me ha escapado alguno y, mientras ella toma aire y lo expulsa, yo encuentro un paquete perdido. ¡Gracias, Dios del tabaco!

Lo enciendo y suspiro aliviado.

—Eso te va a matar.

—Si fuera solo esto... —le digo con tranquilidad. Antitabaco; vaya con *Jules*, no le gusta que aporree el piano, que cante o que fume. Lo tiene todo. Quizá lo que no le gusta soy yo. Sin más.

—En fin, vecino Nico, soy nueva, no conozco a nadie.

—¿Y por qué te has mudado aquí? —Me apetece darle palique mientras fumo. Sin más.

—Trabajo.

—¿En qué trabajas? —Nico interrogador modo *on*.

—Diseño páginas web.

Bah, es como si me hablara de chino mandarín o de magia. Paso de indagar en eso, mejor me centro en otra cosa, pero ella se adelanta.

—El caso es que, por casualidad, tienen que hacerme una pequeña intervención mañana.

—¿Mañana? ¿Tan urgente es?

—Sí, bueno... no, es que tenían hueco. Y me han pedido que ponga el número de teléfono de alguien y me he dado cuenta de que os conozco a ti y a Maruja, que dudo que, si me pasara algo, pudiera hacer nada, con eso de estar en una residencia... y luego está el susto si hay complicaciones... ¡No me va a

pasar nada! —dice en un tono que no va dirigido a mí, sino a ella—. Pero ¿te importaría ser tú mi contacto?

—Es la forma más rara en la que me han pedido el número de teléfono...

—¡No es nada personal!

—Si ser tu persona de contacto en una operación no es nada personal, no sé qué puede serlo más, *Jules*. —Ella palidece, parece que por su cabeza pasa la idea de marcharse, como si me hubiese pedido mucho—. Así que apunta...

Le doy mi número con esa sonrisa de la que alardea Tiago cuando habla de su amigo *famoso*. Todo porque me hicieron una entrevista una vez; en Málaga, mi tierra, a veces me conocen, y estuve a punto de rozar el estrellato. A punto... y me caí.

—Gracias, Nico. De verdad.

—¿A qué hora te operan?

—Tengo que estar allí a las ocho.

—Vale, te acompaño.

Yo también estuve solo una vez en esta ciudad —con Estela en Estocolmo, Ali perdida y mi padre en la residencia—, sé lo tenebrosa que puede parecer cuando nadie te tiende una mano y lo fantástica que se convierte cuando encuentras tu lugar.

—No hace falta. Estoy bien.

—Eso es genial, pero tan bien no estarás cuando tienen que intervenir. ¿De qué, por cierto?

—Es algo personal.

—Uff, con lo personal y lo impersonal, *Jules*. Mañana me voy a enterar...

—¡No! Es cosa mía. Tú solo... responde el teléfono si me muero, ¿vale?

Joder, qué drástica.

—¡A sus órdenes!

Ella se marcha con una despedida tímida con la mano. Si cree por un momento que voy a hacerle caso, es que no me conoce. Lo cierto es que no me conoce, pero, aun así, como dirían en *Anatomía de Grey*, soy su persona. Sí, veo *Anatomía de Grey*, matadme.

Odio madrugar.

Cuando empalmo no es lo mismo, no pasa nada. Pero lo de madrugar, uff, debería estar prohibido. Sobre todo cuando no me levanto para tocar. Pienso

en eso mientras espero en la puerta del ático B, apoyado en la pared, con los ojos cerrados y quieto.

Pasa un buen rato. Pienso que soy gilipollas, ya podría haber llamado al timbre, pero no, yo solo me he plantado aquí.

Espabila, Nico.

¡Timbrazo! Veo la hora en el móvil; son las ocho menos veinte. No conozco todos los hospitales cercanos, pero no llegamos.

—¡Ve-ci-na, *Jules*! —grito un poco desgañitado.

Nada, ni un ruidito pequeño dentro. Tamborileo con los dedos la puerta.

—*Hey Jules, don't make it bad. Take a sad song and make it better...* — Cambiar el *Jude* por *Jules* me sale muy natural a estas horas en las que mi cerebro no funciona.

Cuando pronuncio la última palabra, me doy cuenta de que no he llegado a tiempo. *Jules* estará sola, quitándose un lunar, un bulto o no sé qué leches se hace en una cirugía menor. Y mi buena acción del día se va al carajo. En fin, me vuelvo a casa tatareando *Hey Jude*. Entro cantando y palmeando en el estribillo. Ya que me he levantado, voy a aprovechar el día. Es viernes por la mañana. Los viernes suelen pasar cosas buenas, es casi fin de semana, así que decido desayunar tranquilamente y me acuerdo de la reunión de ayer. Tengo cosas en la recámara, puedo con el trabajo que me han mandado.

Pienso en *Jules*, ayer, mientras se daba ánimos por su operación menor. Fui un idiota y no le pedí el teléfono a cambio; pensé que cuando llegara a casa me daría un toque o me mandaría un wasap en plan: «Soy tu vecina, tú eres mi persona. Hola».

Y la verdad es que al final me metí en lo mío y casi lo olvidé. Lo di por hecho.

Espero a que se caliente la cafetera y suena mi teléfono móvil; a Sergio le tengo puesta la *Tocata y fuga en re menor* de Bach, no diré qué parte. Sí, venga, soy un flojo, es esa que aparece en las películas de terror en blanco y negro. Se lo merece, solo me da malas noticias. Antes tenía puesto al Comendador de *Don Giovanni* con su: «Don Giovanni, a cenar teco m'invitasti,e son venuto». Lo enfadó un montón que lo comparase con un invitado de piedra. Bah, es muy susceptible.

Casi pierdo la llamada pensando en mis tonterías. Entretanto, la cafetera ha encendido y apagado el piloto ya unas cuantas veces.

—¿Dormido, Nico?

—*Nop.*

—Venga, me merezco más que una palabra. ¿No quieres saber para qué te llamo?

—¿Tengo que adivinarlo? —le digo con desgana.

¿La discográfica ha decidido quemar todas mis copias? ¿Me retiran mis vídeos de YouTube? ¿Me abandona y solo me dedicaré a cualquier otra cosa?

—No, no hace falta —comenta con un tono alegre en la voz que me descoloca—. *El próximo jueves* es la nueva banda sonora de una película que se estrena tras el verano, va a sonar en la televisión, en las radios... En todos lados, Nico. Es más, les ha gustado tanto que han decidido ponerle ese nombre a la película. Así que la discográfica finalmente ha decidido hacer la gira.

Escucho la cafetera emitiendo un pitido, a la vecina Miranda gritándole algo a su hijo, quizá el sonido de alguna moto y un pitido sordo. No sé.

—¿Nico?

Creo que he visto una luz al otro lado del río.

—Joder.

—Sí, joder.

—Joder.

—¡Venga, Nico! Tengo que cerrar un par de cosas, el lunes nos vemos y concretamos, ¿vale? Esta noche celébralo.

— Joder, joder, joder. Sí, claro. ¡Joder!

Ale, mi vocabulario se ha resumido a una palabra multiplicada por mil.

Joder.

Sentado en el piano, anoto lo último que me ha parecido bueno. La mañana no está siendo muy productiva, tengo la cabeza en otra cosa. He recibido tantos mensajes de alegría que casi todo el rato lo he pasado enganchado al móvil. Soy de esas personas que creen que hay que celebrarlo todo; lo mismo, más tarde, no tenemos tiempo.

Joder. Sí, joder. Ahora es mi palabra favorita. Se me escapa de los labios cuando me acuerdo o cuando alguien me felicita.

Me quedo embobado con un bolígrafo negro en la mano, mientras le doy vueltas. ¿Por dónde iba? Escucho ruido en la otra casa, mi vecina debe de estar de vuelta. Me asomo a la ventana del salón que da al patio de luces y que conecta con la suya. La veo caminar con dificultad.

—*Hey, Jules* —le canto apoyado con los codos. Ella se gira, tiene mala cara. La broma que le iba a hacer desaparece en mis labios—. ¿Estás bien?

Ella asiente, como si le costara un mundo, parece que me va a decir algo y la veo desplomarse al otro lado. Estamos a escasos metros, pero nos separa un mundo. Me pongo nervioso, tengo que llamar a urgencias, a los bomberos o yo qué sé a quién.

Mierda, mierda, mierda.

Reservo el «joder» para alegrías, al parecer.

Doy vueltas como un pato. Venga, Nico, no entres en estado de pánico. Ahora no. Cuando encuentro mi móvil, me acuerdo de algo: Maruja, la dueña de la casa, me dejó un juego de llaves por si acaso.

«¿Por si acaso qué, Maruja?», le dije yo.

«Por si acaso se inunda, entran a vivir unos adolescentes o se quema».

«¡Para adolescentes estoy yo, Maruja!».

Ahora toca acordarse de dónde las puse. Piensa, Nico, venga, recuerda.

¡Cajón de la derecha de la cocina! El de los trastos. Lo abro y tardo un poco en encontrarlas. Tienen el llavero de un asadero de pollos, qué *glamour*. Una vez con ellas en la mano, salgo corriendo con las mías en el bolsillo. No más sustos por hoy.

Empiezo a meter la llave y no quiero pensar en si *Jules* se ha dado en la cabeza o si se ha hecho daño con algo al caer. Entro y la veo sentada con la espalda apoyada en la pared. Me mira con esos ojos que son un mundo en sí, creo que esta vez sí los entiendo. Está angustiada; asustada y perdida. Me acerco a ella, debo de tener la cara desenchajada, ya que su momento de debilidad parece pasar y sonrío.

—Estoy bien.

—¡Y un cuerno! Voy a llamar a una ambulancia.

—¡No! Estoy bien. El médico me dijo que me podía dar un poco de flojera, lo único que necesito es llegar a la cama. Solo hay que alarmarse si tengo fiebre. ¿Me ayudas a levantarme?

—Creo que debería llamar a urgencias —insisto, pero ella niega con la cabeza.

La sujeto con mucho cuidado, su mano izquierda se toca el vientre, lo que sea parece que ha pasado ahí. Con delicadeza la cojo en brazos, no pesa nada. Y si pesa, yo no lo noto, estoy demasiado asustado.

Ella se apoya en la almohada con un gesto de dolor y angustia que no me pasa desapercibido.

—¿Te duele? ¿Qué te han dicho en el hospital?

—No, no me duele. Estoy sin fuerzas, necesito dormir, Nico.

Me levanto, me siento torpe. Debo devolverle sus llaves.

—Claro, yo me voy, pero estoy aquí al lado, llámame si necesitas algo...

—Quédate, por favor. No pareces un psicópata.

—Si me dieran un euro por todas las veces que me dicen eso... —Sonrío e intento que ella también lo haga.

—No me hagas reír, solo quiero dormir, vecino Nico.

Y yo me quedo ahí, de pie, mientras la veo cerrar los ojos y marcharse a otro mundo.

No es la primera vez que cuido a alguien. Mi padre también está enfermo, tiene Alzheimer. Cuando me mudé a este piso, se vino conmigo, cuidé de él durante los seis primeros caóticos meses que estuve en él. Fue un verdadero desastre. Como trabajo en casa la mayoría de los días, pensé que podría hacerme con su cuidado, pero resultó imposible. Lo interné en una residencia donde ha creado una nueva vida. No me recuerda, no sabe quién es Nico. Al principio quise ir todos los días, era muy duro, pero me dijeron que por el bien de mi padre lo mejor era no acudir durante unos días al principio. Así que me los pasé de fiesta para no recordar nada. Luego quise ir todos los días, sin excepción. Lo conseguí, hasta que los médicos me dijeron que lo ponía tan nervioso que no era bueno para él. Fui bajando el ritmo de visitas, con un nudo en el estómago, y ahora voy todos los domingos, paso un tiempo a su lado — hace mucho que se fue, ya no es mi padre— y saludo a Maruja, la vecina de al lado, que se encuentra en el mismo lugar. Es un sitio agradable, con un patio, una fuente, juegos, sala de televisión y hasta una capilla. Pero tiene un olor que me golpea en la cara, se impregna en mi cuerpo y me recuerda lo mal que lo voy a pasar allí dentro.

Cuando *Jules* se quedó totalmente dormida, fui un momento a casa a por la libreta donde estaba apuntando notas y palabras sueltas. Cogí la guitarra por si podía tocarla cuando ella se despertase. Han pasado unas cuantas horas y quiero hacer algo de comer. Bueno, de comida-merienda-casica. No sé, una sopa o algo así que coman los enfermos. No le puedo pedir permiso para poder trastear por su cocina, aunque con su idea de que no soy un psicópata, lo mismo me ha dado permiso. Abro el frigorífico y me siento como un ladrón. Menos mal que tiene algo de verduras. Me pongo a investigar y creo que una crema de puerros con algo de carne a la plancha tiene la suficiente pinta

asquerosa de hospital.

Me gusta cocinar y cantar. No creo que sea ninguna sorpresa para nadie. Con *Jules* dormida, solo tarareo y bailo un poco. Cuando está todo listo, me pongo a buscar una bandeja para llevar a la enferma. Lo último que pensé yo, cuando comenzó la semana, era que me vería a mí mismo saltando en la cocina del piso de al lado buscando menaje.

La vida, en ocasiones, es tan extraña...

—¿Nico?

Como ocurre en mi casa, todas habitaciones de la casa dan a un salón que es también cocina; está separado por una barra americana. Desde donde estoy puedo ver a Julia con el ceño fruncido. Bendita operación de ojos. Me quitó la miopía y tres mil euros, pero mereció la pena.

—¿Tienes hambre? —Me acerco a ella—. He preparado algo. —Ella pone cara rara—. Recuerda, no soy un psicópata.

—Es verdad.

—¿Dónde tienes una bandeja?

—En el armario que está encima del frigorífico creo que hay una.

Sería de Maruja. Tiene una pinta años setenta que tira para atrás. *Vintage*, dirían los modernillos. Lo mismo por eBay le dan una pasta. No sé. Le llevo la comida y me siento a su lado en una silla; yo comeré después en la barra americana para no manchar mucho. Como buena cocina pasada de moda, no tiene lavavajillas. Mátame, camión.

—¡Vaya! —exclama con satisfacción cuando prueba la crema—. Esto está buenísimo.

—De estrella Michelin. Lo que hace el hambre, vecina.

—No, en serio. Está delicioso, ¿dónde aprendiste a cocinar?

—Me enseñó mi abuela. Hago la comida en casa desde los trece años. Soy lo que se dice... un chico apañado. —Le guiño un ojo y me levanto—. Yo también voy a comer algo, ¿te parece?

—Claro, claro.

La dejo disfrutar de su puerro. En serio, ¿quién disfruta de un puerro? Una hambrienta o una loca. Yo no soy un psicópata, tengo testimonios que lo avalan, pero lo mismo ella no está bien de la cabeza.

Como con tranquilidad y voy contestando a los mensajes que se me han acumulado. Sin móvil, podría perder la cabeza de forma definitiva. He decidido que nada de quedar en mi casa y montar una tangana. Nada de eso, *Jules* necesita descansar. Así que quedaré con ellos en uno de los bares que

tanto nos gustan.

—Nico... —me llama tan flojito que parece avergonzada.

Me da la bandeja y la llevo a la cocina. Enjuago los cacharros y ella se pone a hablar desde la habitación. La acústica es muy rara en este piso, nada que ver con el mío. Rebota, me encantaría poder tocar la guitarra...

—Perdona por las molestias, pero no me debería levantar de la cama al menos en un día, aunque creo que no lo haré en todo el fin de semana.

—Pero ¿de qué te han operado? —le pregunto mientras me seco las manos.

—De un lunar.

—¿De un lunar? —Si no es mentira, que me congele ahora mismo.

—Enorme, del tamaño de una nuez.

Me da por reírme. En fin, no insisto más. Acabo con los cacharros entre un par de tarareos y me voy a sentarme a su lado.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí y no. No sé. —Se encoge de hombros. Está sentada en la cama, con la cara pálida y ojeras—. No quiero hablar de eso. Cuéntame algo, algo como ¿por qué tienes mis llaves?

—Tengo tus llaves porque me las dio Maruja, por si unos adolescentes entraban en su piso y lo quemaban. Creo. Pero si quieres, ahora, te las devuelvo.

—No, está bien. Cuando vuelva al trabajo alguien tendrá que vigilar a esos adolescentes pirómanos, ¿no crees?

Jules sonríe. Despreocupada y cansada. Me inspira. Toda ella me inspira canciones. Me transmite sensaciones encontradas, y yo, que creo en el universo, en las energías y en los chacras, me pregunto si no habré descubierto una especie de musa. ¿Será mi Suze Rotolo?

Nico, te pierdes.

—Pareces feliz. Irradias... alegría —me dice mientras se muerde el labio. ¿Por qué hace eso? No me ha dicho nada raro.

—Sí, ¡buen ojo, vecina *Jules*! Hoy me han confirmado que me voy de gira este verano.

—¡Felicidades! Se te ve ilusionado.

—Es un paso importante. Bueno... un paso. La verdad, *Jules*, lo necesitaba. Lo necesito.

—¿Por qué me llamas *Jules*? Soy Julia.

—Sí, bueno, es que soy un poco especial con determinados sonidos. Y esa jota me mata. Julia —digo alargando la primera sílaba—. Mi *repre* se llama

Sergio, también me mata la ge, pero no hay manera; si lo llamo de otra forma, me ignora. ¿Te importa que te llame *Jules*? Me facilita la pronunciación, no me pone de los nervios y me hace pensar en los Beatles.

—¿En los Beatles?

Le canto la primera estrofa de *Hey Jude* y pone los ojos en blanco.

—Maruja me dijo que eras de fiar, pero no que fueras tan...

—¿Maravilloso? ¿Original? ¿Fantástico? —bromeo.

—Excéntrico.

—¡Oh, los artistas, vecina *Jules*! —Hago aspavientos con las manos—. Somos de lo que no hay. ¿Y qué más te dijo Maru de mí?

—Nada, solo que en caso de necesitar algo, como un pizca de sal o un riñón, que te preguntara a ti.

—Parece una respuesta de Maruja. —Sonrío—. Entonces, ¿te puedo llamar *Jules*?

Ella hace como que se lo piensa medio segundo.

—Deseo concedido.

—Gracias. Por cierto, ¿aquí se puede fumar?

—No.

—Vaya. Ley antitabaco activada...

—Sí.

—Bueno, pues o me das conversación o me voy a fumar.

—Vete a fumar, creo que me voy a dormir de nuevo.

—¿Te importa si toco un poco la guitarra en el salón? Prometo no aporrearla.

—Creo que no me importaría ni aunque fueras un hombre orquesta.

Se acurruca en la cama y cierra los ojos.

Yo voy a fumarme un cigarro con urgencia, lo mismo caen dos. Y pienso en que, en realidad, cuando el otro día creí que las musas se habían marchado por la ventana, sí que lo hicieron, y aterrizaron en el salón del piso de al lado, más concretamente en los ojos de *Jules*.

Capítulo III:

Y tú, para ya, ¿no ves que hay una luz en el fondo de mi corazón?

Creo que he bebido un poco más de la cuenta, así que Estela, mi mejor amiga y abstemia por creencia en que el alcohol no hace a nadie interesante —está tan equivocada que es imposible razonar con ella—, me lleva en coche a casa mientras me cuenta su última pelea con su compañera de piso, Marta. ¿Os acordáis de la chica del sofá y de la marihuana? Esa misma. Estela estuvo sin hablarme días por aquello. No por tirarme a su compañera, sino por fumar marihuana en su casa. Si cree que el alcohol es sinónimo de poca personalidad, no contaré qué opina de las drogas.

—... y se dejó las bragas en el microondas. No, no para secarlas, sino para ponérselas después. Dice que le gusta que estén *calentitas* —imita su voz.

—Joder con Martita. Es la misma que deja los vibradores en el frigorífico, que se aclare a qué temperatura quiere tener sus partes íntimas, Este. Y que no te vuelva loca.

Recuerdo, fugazmente, un día que fui a su frigorífico a por algo, no sé, algo de comer, y me encontré varios tipos de vibradores dentro. La verdad es que no me lo esperaba.

—Un día la mataré y saldré en el periódico, Nico.

—Diré que me parece muy raro, que saludabas...

Los dos nos reímos como unos imbéciles.

—Así que te has hecho amigo de tu nueva vecina.

—Sí, Este, soy su persona.

—Tu persona soy yo, que no me quite el puesto.

—Puedo tener dos personas.

—No me jodas, Nico. Yo soy tu persona, a ella te la puedes tirar, a mí no.

—Creo que eso va a ser complicado. —Me muevo en el asiento, es incómodo—. No le caigo muy bien, pero está sola y la casera le habló bien de mí. Creo que más que su persona he sido su única opción.

Estela gira a la derecha, se mete en mi calle y para el coche en segunda fila en la puerta de mi edificio. Apaga el motor y se gira:

—Tú eres mi persona, Nico. No dejaré que te vuelvan a hacer daño, ¿vale? Si la vecinita no se porta bien, dímelo y le canto las cuarenta.

—Gracias, Este, pero, en ese sentido, no me volverán a hacer daño nunca más. Ya lo sabes.

—Ah, persona mía, caerás. Como han caído todos. Mira Tiago.

Santiago, el capullo que presume de mi sonrisa, le pidió matrimonio a su novia hace un par de meses. Ahora hablan hasta de tener niños. Dios me libre, en este momento creo que no debería tener descendencia. Jamás. Podrían salir como yo.

—Tienes razón, pero Tiago es carne de relación, como tú.

—Todos lo somos.

—No, Este, alguno ya nos hemos quemado.

Le doy un beso en la mejilla y me despido. Ella me dice algo que ignoro y me meto en el portal. Estela es profesora de Primaria. Se vino a vivir aquí un par de años antes que yo; quizá mi elección vital de cambiar de ciudad fue una mezcla entre salir del ambiente que siempre había conocido, buscar mi sueño y estar con ella. Echaba tanto de menos estos momentos juntos... Es casi mi hermana. Este fue la primera chica con la que trabé una amistad en el instituto. Al principio, mis hormonas querían otra cosa, pero ella me lo dejó muy claro: «No me gustan los chicos como tú, Nico; si no, me liaría contigo. No estás mal».

El drama de mi vida. No estoy mal, pero no estoy tampoco muy bien. Estoy ahí, en ese punto medio guay en el que tengo algo interesante. Estela dice que soy intensito y que eso llama la atención para un rato. Sí, Estela es un amor cuando quiere.

Entro en la casa de *Jules*; le dije que me pasaría cuando volviera. La dejé con el portátil cargado y una película.

—Vecina *Jules* —susurro para que no se asuste.

—Estoy aquí, viendo una serie rarísima de Netflix.

Me acerco y la reconozco al momento.

—*Hemlock Grove*. Es rara, sí, pero cojonuda. ¿Puedo verla contigo?

Jules me hace un hueco en la cama y me tumbo a su lado.

—Hueles a alcohol.

—Joder, ¿tampoco te gusta el alcohol? —Estoy rodeado de chifladas, hostias.

—No, está bien, solo digo que hueles.

—Es que hoy me he bañado en chupitos. La celebración, ya sabes.

—Sí, claro.

—¿Por dónde vas?

—Roman y Peter...

—Roman es el mejor.

—Creo que soy más de Peter.

—Es que no damos una, *Jules*, ni una.

En menos de veinte minutos, me quedo dormido a su lado con el sonido de las voces de los actores de fondo. Al menos, mi nueva vecina ve las series en versión original. Eso parece ser lo único que nos une.

Abro los ojos y no reconozco la habitación. Joder. Por un momento no sé dónde estoy, hasta que a mi lado *Jules* se va desperezando. Recién levantada no está mal, vaya. Esos ojos que parece que saben cómo hipnotizar se van despertando, me siguen diciendo cosas que no alcanzo a traducir. Ella en sí me parece, por un segundo, un enigma.

—Roncas —dice y bosteza.

Y rompe el hechizo de su mirada. Tengo que recordar que no tenemos mucho en común.

—Tú también.

—¡Mentira!

No es mentira, pero parece que me va a apuñalar o algo.

—Bah, tecnicismos. Perdona por roncar, esta noche dormiré en el sofá, por si me necesitas.

—¿No vas a salir? Es sábado.

—No, esta noche soy todo tuyo, vecina. ¿Quieres un café?

Abre los ojos con sorpresa. Como si hubiese sacado un anillo de Tiffany's y, junto con el desayuno, le hubiese ofrecido también un diamante con la firme promesa de fidelidad conyugal. Ja, como si eso existiera. Me creo antes que encuentren al yeti.

—¿Qué ocurre? —pregunto y me levanto algo atontado. Me tengo que duchar.

—Nada, sí quiero un café —titubea.

—Bien, desayunamos y me voy a casa a ducharme. —Y a fumar. Mucho.

Jules asiente, hace el amago de levantarse y la ayudo. Ella no comenta nada, está como bloqueada. Me da la sensación de que con ella hay

determinados dobles sentidos que le hacen daño, que hacen que se maree. Ojalá supiera ser de otra manera, pienso mientras la sujeto por la cintura para que vaya al aseo. La dejo en la puerta y me voy directo a la cafetera.

Tarareo, voy haciendo algo más que un café, unas tostadas están bien.

—*Rara, como encendida, te vi bebiendo, linda y fatal* —canturreo para intentar espabilarme—. *Bebías y, en el fragor del champán, loca reías por no llorar... Pena me dio encontrarte, pues al mirarte yo vi brillar tus ojos con ese eléctrico ardor, tus negros ojos que tanto adoré.*

»*Esta noche, amiga mía, que el alcohol nos ha embriagado, no me importa que se rían y nos llamen dos tarados. Cada cual tiene sus penas, y nosotros las tenemos. Esta noche beberemos porque ya no volveremos a vernos más...*

Escucho aplausos poco efusivos. Me giro, y ella sonríe, apoyada en la pared, con un pijama de piñas sonrientes. Me vuelve a pasar, no me ocurría desde... bueno, no lo sé, pero me provoca, me hace pensar en sonidos, melodías. Me debato entre dos cosas: acercarme a ella con lentitud, desplegar mis encantos e intentar besarla o largarme corriendo a casa para poder tocar el piano y darle forma a lo que ella me está regalando solo con una mirada.

—¿Qué cantabas?

Pero no opto por ninguna de las dos. Intento retener las ideas y contestar con coherencia.

—Vamos, te llevo a la cama y te lo cuento con el desayuno.

—¿No puedes hablar y andar? —me apunta mientras le pongo el brazo para que se apoye. Como un caballero, bien, Nico, bien.

No, no puedo, quiero retener esa melodía un poco más. Esa composición que, con su tacto, comienza de nuevo a sonar.

—No, soy retrasado.

—Vaya...

No le sigo la conversación. Una vez que la dejo bien acomodada, me voy a buscar lo que dejé en su sofá. Una libreta, entre otras cosas. Y, como el tarado emocional que soy, me pongo a escribir con rapidez. Así, sin pensar. Cosas arriba, cosas abajo. En serio, el orden no es lo mío.

Y me pierdo.

Adiós, mundo real.

—Nico —me llama *Jules*. La ignoro un poco, solo un poco. Tengo que repasarlo...—. ¡Nico! —Venga, un momento—. ¡Nico, en serio!

—¿Qué pasa? —le pregunto con algo de apatía.

—¿No hueles nada?

¿Yo? La miro con el ceño fruncido. ¿Qué dice...? ¡Mierda! Las tostadas han pasado de ser pan a un sucedáneo oscuro que huele regular. Y supuestamente la cocina es lo mío.

Supuestamente.

—¡Lo siento!

Voy a arreglar el desastre y escucho a *Jules* reírse. Me ocurre lo mismo que aquella vez en la terraza. Su voz, cuando denota felicidad, parece descompasada, como si no la usara para pasarlo bien.

Insulto casi cualquier cosa que toco. Me centro en mi tarea, en hacer un buen desayuno. *Jules* no tiene nada sano en el frigorífico, ni una mísera pieza de fruta. Pongo los ojos en blanco. Me gusta cocinar, me despeja la cabeza, así que decido ir a mi casa a por ingredientes más interesantes y vuelvo para hacer un buen desayuno que no se quemé.

Ella no dice nada, pero, por el rabillo del ojo, veo que me está observando. Así que la saludo con la espátula y se gira en la cama. Parece una cría pillada comiéndose un trozo de tarta. Sonrío y sigo con lo mío. Antes de este momento, solo le había hecho el desayuno a tres personas y nadie se ha quejado. Éxito asegurado. Le sigo dando vueltas a la melodía; para mí, es mi vida. No hay mucho más allá de la música. Al menos, no mucho que me interese veinticuatro horas. Sueño con sonidos, con melodías, con actuaciones y notas. Una vez, mi padre, que era ajedrecista por afición, me dijo que en el instante en que soñaba con jugadas tenía que dejarlo un tiempo o se volvería loco. Yo eso lo superé hace años. Ya estoy loco.

—¿Lista para desayunar? —le grito a *Jules*, que sigue mirando al otro lado de la pared. Emite un gruñido—. Vamos, vecina, tienes que coger fuerzas después de tu misteriosa operación.

—No es misteriosa, es personal.

Se gira, con desgana, hasta que ve la bandeja que llevo en la manos y, con esos ojos fantásticos y únicos, me mira y sonrío de una forma tan genuina que no he visto en años. Me quedo paralizado.

Y tú, para ya, ¿no ves que hay una luz en el fondo de mi corazón?

Estira las manos para cogerla, se la doy y voy a por lo mío. Lo apoyo en un mueble grande, que seguramente estará lleno de ropa. Me quedo de pie, no me importa, me siento algo nervioso.

—Cuéntame lo de la canción.

—¿Qué canción? —No entiendo nada, tengo la cabeza en otro sitio.

—La que cantabas en la cocina antes de la tentativa de incendio. —Me guiña un ojo. Me guiña un ojo, ¿a mí? ¿No se supone que yo no le gusto?

—Ya, el tango.

—¿Te gustan los tangos?

—Es uno de mis mejores recuerdos. Este se llama *Los mareados*, pero no lo he cantado tal cual, sino como una versión que tiene Calamaro. Me encantan los tangos, daría media vida por escribir una letra como la de *Mano a mano* o *Cambalache*. O por tener la voz de Gardel... ya que estamos.

—¿Eres argentino?

—¿Hay que ser argentino para que te gusten los tangos?

—No, no... yo solo...

—Soy músico, me gusta la música.

—Es verdad. —Se mete un mechón de pelo rubio tras la oreja, está nerviosa.

—Nah, pero a mí me gustan porque me recuerdan a la mejor época de mi infancia. Recuerdo a mis padres bailando en casa mientras, como en una película de los años cincuenta, sonaba un disco de Carlos Gardel. Escucharlo en el coche cuando nos íbamos de viaje a ver los abuelos o a la playa. Fue la banda sonora de mi infancia. Luego se separaron y la banda sonora de la felicidad fue otra.

—¿Cuál?

—Otra, vecina *Jules*. Es tan personal como tu operación.

—*Touché*.

Nos quedamos callados. No es incómodo; es, más bien, tranquilo. Siento calma en el ambiente; ella va haciendo ruiditos de felicidad al comer mis tortitas. Cuatro clientes satisfechos con los desayunos de Nico.

Se me cierra la garganta al recordar a mis padres bailando tangos. Después de todo lo que he vivido en mis treinta años, creo que eso era para mí el amor: bailar tango sin ritmo agarrado a la persona de mi vida mientras suena *Volver*. Lo intenté una vez y no funcionó.

—Mis padres no bailaron nunca tangos —dice *Jules* y me saca de mis pensamientos—. Tampoco se han divorciado, viven a su manera, cada uno tiene sus aficiones, aunque esa es su forma de seguir juntos. Se querrán, digo yo.

—¿Cuál es tu mejor recuerdo de la infancia?

—Mis dos hermanas y yo haciendo castillos de arena en la playa.

—El verano... tiene algo especial, ¿no crees? Entre lo pesado del calor y

esos recuerdos que parecen forjados a fuego. Alguna vez he escrito una canción que plasma eso. Creo que es lo que más echo de menos en Madrid. Pero me vine a vivir por las oportunidades. Bueno, por las oportunidades y por Este.

—Yo también. Veníamos aquí cuando era pequeña. —*Jules* le da un sorbo a su café y se queda pensativa—. Pero vivíamos en la costa, por el trabajo de mis padres, y creí que nunca volvería a residir en una ciudad sin playa. Cuánto me equivoqué. ¿Quién es Este?

—Este es mi persona. A Este le caigo bien, no como me pasa contigo.

—A mí no me caes mal.

—Vaya que no. No te gusta nada de lo que hago o de lo que represento, ¿verdad? Te pones nerviosa si digo tonterías y solo me soportas porque no te queda otra.

—Y si piensas eso, ¿por qué estás aquí cuidando de mí?

¿Cómo se lo explico? Voy a intentarlo de la mejor manera. Le quito la bandeja —ha terminado— y me siento a su lado en la cama.

—Me caes bien, *Jules*, y me inspiras. No en plan rollo raro o de enamoramiento. Hay algo en ti que me dice mucho, que me evoca. Es como si me pareciera que conectamos, pero que a ti te cuesta dejar que pase. Podríamos ser buenos amigos. —Ella se mueve en la cama incómoda—. Te has operado de algo que no me quieres decir y estás conmigo porque soy la única persona que no vive en una residencia que puede ayudarte, ¿verdad? —Ella desvía la mirada y me atrevo a rozarle la cara para que me mire. Le dedico una de esas sonrisas por las que Tiago me hace famoso. A ver si cuela—. Recuerda, no soy un psicópata.

Suelta una carcajada. Solitaria. Se tapa la boca y asiente.

No sé de donde sale mi gesto, pero le rozo la nariz con el dedo índice.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy algo cansada.

—Vale, recojo y me voy a casa a ducharme. —Y a fumar, por Dios—. Vengo para comer, ¿vale?

Asiente con una sonrisa y se mete debajo de la sábana.

Necesito pasar unas horas sentado al piano.

Después de comer, nos pasamos toda la tarde viendo *Hemlock Grove* en la

cama. Ella comentando capítulos y yo, escuchando; ya la he visto. *Jules* no ha parado de hacer conjeturas. No da ni una. Al final de la primera temporada, discutimos sobre la mejor serie de la historia.

—¡Es *Juego de tronos*! —grita casi ofendida, como le pasa a todos los fans de *Juego de tronos* cuando alguien discrepa. Bueno, los de *Lost* también son sensibles a las críticas.

—Ni de coña, vecina *Jules*.

—Vale, listillo, ¿cuál es, según tú?

—No creo que haya una; hay un montón.

—¡Di una!

—*Breaking Bad*.

Jules me mira con cara de pocos amigos, se cruza de brazos y bufa.

—Es verdad, está al nivel de *Juego de tronos*.

Eso me encanta. Pocas personas admiten una derrota como ella. Claudica con las botas puestas, me parece un rasgo fantástico. Voy a limar asperezas, ¡qué susceptible se ha puesto cuando le he dicho que Tyrion Lannister, por mí, podría acabar siendo comida de dragón!

Me suena el móvil. Un wasap de Este. Me saca una carcajada.

—¿Qué te hace tan feliz? ¿Ha muerto un personaje de *Juego de tronos* y se ha filtrado?

—No, entonces te lo enseñaría y me reiría de ti. —Le saco la lengua. Tengo doce años—. Es Este. Marta, su compañera de piso, la está volviendo loca. Te gustaría. Es una de las mejores personas que conozco. —*Jules* me mira con intensidad, no sé qué pasa por su cabeza—. ¿Qué ocurre?

—Que me encantaría que alguien hablase así de mí.

—Cúrratelo y lo hago. Es una promesa.

Levanto el dedo meñique para que los juntemos, pero recibo otro mensaje. Lo leo.

—La pobre está desesperada.

—¿Qué le pasa?

—Que la convivencia es tan complicada como el *Concierto para piano número 3 en re menor opus 30* de Rachmaninoff.

—¿El qué?

—Una cosa muy chungu. Si quieres luego te lo toco al piano o, mejor, te pongo un vídeo de YouTube... es precioso.

—Vale. Yo la entiendo. Una de mis hermanas y yo vivimos en un piso durante unos años en la universidad y fue una pesadilla en ocasiones. Y eso

que somos hermanas.

—El problema de Estela es que ella no se da cuenta, pero es muy maniática, tiene que estar todo como ella quiere cuando lo dice y Marta es un caos. Se pasan todo el día peleando por algo. Ya nunca voy a su casa, en más de una ocasión me ha herido el fuego amigo.

Y tampoco ayudó mi noche de drogas y *rock'n'roll* con Marta, pero eso no se lo quiero decir. Me parece muy sensible con los temas personales. Solo me ha parecido relajada hablando de series. Y, además, entre Estela y Marta hay una historia antigua, enquistada, que ninguna de las dos quiere sacar. Y yo no voy a ser quien lo haga. Aprecio mi vida.

—Debería buscar otra compañera de piso, ¿no?

—Sí, debería, pero trabajan en el mismo colegio, van juntas a casi todo... y creo que, en el fondo, no pueden vivir la una sin la otra... No sé, es una relación complicada. A veces Este pasa unos días en mi casa y vuelve con las pilas cargadas. Se echan de menos. Es muy extraño.

—Yo también echo de menos a mis hermanas... —susurra.

—¿Dónde están? —lo pregunto sin saber bien si me va a responder algo. Quizá me diga que es algo muy personal.

—Una en Los Ángeles y la otra en Tokio. Somos todas muy viajeras, hasta hace unos días yo vivía en Lyon.

—¡Vaya familia! Yo, hasta hace unos años, solo había salido de España en los viajes de estudios...

—¿En serio? ¿No te gusta viajar?

—Me dan pánico los aviones...

¿Por qué le he dicho eso? Es verdad, sí, pero odio tener que confesarlo y con ella me ha salido tan natural. Ahora me siento incómodo. Mucho. Así que me levanto de la cama. El móvil sigue vibrando.

—Escucha Britney Spears durante el vuelo.

—¿Qué?

—A mí tampoco me gusta mucho volar, la verdad. Un día leí una tontería: que una actriz de Hollywood escucha Britney Spears durante sus vuelos porque cree que nadie puede morir escuchando *Oops!... I Did it Again* o *Baby One More Time*.

—Prefiero morir.

—Dios, qué dramático...

Bueno, al menos ya no la voy a asustar con mi forma de ser.

—En serio, *Jules*, no voy a escuchar Britney Spears.

—¿Ni por prescripción médica?

—¿Eres ahora doctora?

—No, pero funciona, como un efecto placebo o algo así; no sé, te engañas y se pasa el miedo. Te lo aseguro. A mí me fue bien en mi último viaje... todo me asustaba.

—¿Por qué? —pregunto en un susurro. Sacarle a ella información es casi imposible.

—Yo...

¡Salvada por la campana! Me suena el móvil. Es, por supuesto, Estela.

—Perdona, *Jules*.

Ella asiente y me voy al salón a ver qué quiere mi persona desquiciada.

—¡Abre la puerta! —grita—. ¡La de abajo!

Y cuelga.

—*Jules*, ¿te encuentras bien?

—Sí, algo adormilada.

—Vale, voy a lidiar con la loca de mi amiga y vengo para cenar. ¿Necesitas algo?

—No, ve.

El teléfono suena de nuevo y cuelgo. Le abro la puerta de abajo desde casa de mi vecina y voy a la puerta del ascensor a esperarla. Leo unos mensajes mientras espero, apoyado en la pared. Se abre la puerta, pero no levanto la vista hasta que leo la última idea genial de Tiago.

—¿Qué haces ahí apoyado? ¡Macarra!

—No la tomes conmigo, Este, yo no tengo la culpa de nada. ¿Traes una maleta?

Lleva una maleta de *Hello Kitty*, una enorme y despampanante *Hello Kitty*, por cierto.

—Ábreme la puerta de tu casa. Me voy de mi piso, ¡para no volver!

—A sus órdenes.

Le abro la puerta y entra corriendo.

—¿Dónde me instalo?

Vaya, ahora tengo yo compañera de piso.

—En mi habitación, yo estoy durmiendo en la casa de *Jules*.

—Nico, es surrealista todo.

—¿El qué?

—Que hagas de enfermero para una persona a la que apenas conoces y que no me dejes instalarme en «La habitación». —Hace un gesto con las manos

como si fueran comillas.

—Sabes que esa habitación está cerrada al público.

—Y me sigue pareciendo igual de idiota que siempre.

—Y *Jules* me cae bien. Además, Maruja me pidió que cuidara bien de ella. Me llamó el otro día y no puedo decirle que no. Ella cuida de mi padre todo lo que puede.

—Ya, bueno, Maru es un amor... Ahora no puedo quejarme de eso.

—Pero sí puedes quejarte de Marta. Venga, ¿te parece si cenamos con mi vecina, la conoces y nos cuentas tus penas? Ella desde la cama, por supuesto.

—¿De qué se ha operado? ¿Lo sabes?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, pero si tuviera que decir algo, diría que se ha operado de melancolía.

Capítulo IV: Mira dentro y carga con tu cruz

El sábado por la noche fue atípico. Yo los suelo pasar de dos maneras: de fiesta o encerrado componiendo. Sí, vale, alguna vez Este y yo hemos hecho noche de cine. Pero fue raro pedir unas pizzas y ver como Estela y *Jules* conectaban tan bien. Yo acabé medio borracho en el sofá de mi vecina y Estela se fue a dormir a mi piso.

El domingo es otra cosa.

Domingo significa pisar la realidad.

No sé de qué mierda se ha operado *Jules*, y los dotes de persuasión de Estela valieron para enterarnos de que se ha operado de una cosa íntima. Este, algo cortada también, dijo muy flojito la palabra «vagina» y mi vecina asintió.

No quiero saber ni media palabra más.

Lo que pasa es que le duele, no puede levantarse sin ayuda y no quiero dejarla sola. Así que, esta mañana, Estela, la que me criticaba solo unas horas antes por hacer de enfermera, me releva del puesto. Yo tengo que visitar a mi padre. Como cada domingo.

Las dejo a las dos riéndose de alguna tontería que Este le enseña a *Jules* en su móvil. Cuando cruzo la puerta se me quita la alegría de golpe; me encantaría saber cómo me lo voy a encontrar hoy. Si me dolerá, si podré soportarlo con una sonrisa impostada o si me marcharé de nuevo con un nudo en la garganta.

Bajo al garaje a por el coche, pensando que quizá esta tarde pueda pasarme un rato al piano mientras ellas dos disfrutan de un tiempo más juntas. No sé, lo mismo Estela tiene que hacer cosas de profesores de Primaria, como afilar reglas, redactar exámenes sorpresa o, yo qué sé, planear cómo torturar a sus alumnos. No es lo mío. *Jules* lo mismo necesita descansar. Y yo puedo perderme un poco en la música que, tras las visitas a mi padre, parece ser lo único que me reconforta.

Mis padres se separaron cuando yo tenía ocho años. Viví con mi madre hasta los veinte, cuando decidí irme a vivir con la que era mi novia, Alicia, Ali para mí. Durante esos años, mantuve una relación magnífica con mi padre, que me apoyó en cada locura a la que me lanzaba.

Dicen que existen diferentes años que son críticos para las parejas: la crisis de los dos años, de los cuatro, de los cinco... Yo pasé todas esas crisis y alguna más con Ali. El punto álgido fue cuando me mudé a vivir aquí, a este piso, a Madrid. Necesitaba aire y encontrar mi sitio con ella. Aunque seguíamos juntos, de alguna manera extraña y retorcida, al final nos hacíamos daño porque sí, solo por el mero hecho de que podíamos. Entre los dos hay una conexión tan fuerte, tan jodida, que nos une y nos separa siempre con un poco de dolor de por medio. Además, unos meses antes de mudarme, mi padre me confesó que tenía Alzheimer. Al parecer, esos pequeños despistes que lo caracterizaban y hasta parecían graciosos no eran otra cosa que una enfermedad dura y dolorosa que estaba devorando su memoria. Cosas como «papá llega tarde porque se le ha olvidado», «papá me felicita el cumpleaños dos días después» o «papá ha vuelto a perder las llaves de casa» pasaron de ser una gracia, una anécdota, a una verdadera preocupación. Pero no me lo dijo hasta ese momento, cuando ya era demasiado tarde, cuando la persona que yo conocía se estaba perdiendo en los evos del tiempo y yo ya no podía pasar mucho más con ella. Sentí que alguien me robaba mis recuerdos también, mi juventud y la oportunidad de pasar más instantes con mi padre. Yo, por aquel entonces, quería una vida llena de familia y amor con Ali, quería que mis hijos conocieran a mi padre y lo quisieran tanto como yo. Pero la enfermedad me lo robó, me robó a mi padre, y yo no supe cómo asumirlo.

El día que me mudé a mi perfecto piso con terraza, él se vino a vivir conmigo.

Solo pudimos convivir seis meses.

Esos seis meses sepultaron mi relación con Ali.

No me arrepiento de nada.

Ella, a día de hoy, sigue sin entenderlo.

Mientras aparco el coche, suena Loquillo en la radio.

Mira dentro y carga con tu cruz, dice más que canta y no puedo estar más acertado.

En la residencia conviven personas con enfermedades como la de mi padre o personas mayores que ya no pueden vivir solas, como Maruja. Tienen actividades, médico y enfermeras veinticuatro horas. Habitaciones individuales e, incluso, unos pequeños apartamentos para matrimonios. Sí, aunque a priori parece un buen lugar, muy caro, además, no deja de ser una residencia de personas que se aparcan por la sociedad. No paro de pensarlo cada vez que cruzo la puerta y el olor me inunda. No es un olor identificable,

no es malo, no es sucio, pero tampoco es limpio y bueno. Es el olor a lo que ya no queremos, a lo que la vida ajetreteada nos vuelca. A lo que quizá seremos todos. Al olvido en vida. A dejar de ser útil para la sociedad. A convertirse en un mueble. A todo a lo que le tengo pánico.

Nunca quise internar a mi padre. La realidad me lo puso muy complicado. Al principio, venía cada día por la tarde, no está lejos de casa; después, cada dos días; luego, solo los fines de semana, y, por último, solo los domingos. ¿Por qué lo hago? ¿Soy un gilipollas que ha dejado a su padre olvidado? No, es que él ya no me reconoce y le recuerdo a alguien a quien odia. No sabemos a quién. En ocasiones, cada vez más separadas en los días, me ve y me sonrío, casi me reconoce, alguna vez hasta se acuerda de mi nombre. En otras, me chilla, me insulta y algún sanitario me pide que me marche. Que no lo altere más. ¿Qué tengo que lo pone tan nervioso? ¿Qué hay de malo en mí para que todas las personas a las que quiero terminen odiándome un poco o un mucho?

Mi padre no tiene la culpa. Nadie tiene la culpa. Pero yo siento que es un poco mía, por no darme cuenta antes de lo que le estaba ocurriendo y por no pasar más tiempo con él y por recordarle a alguien o algo que lo pone histérico.

En el patio, al sol, en una silla de ruedas, me encuentro con Maruja y otras mujeres escuchando la radio. Me parece tan fuera de lugar el reguetón en este espacio... Pero para ellas solo es música que las distrae.

—¡Nico, guapo! —me saluda Maru, y yo le doy dos besos—. Hoy parece muy tranquilo, vas a tener un buen día con él, ya verás.

Le sonrío y me siento a su lado. Siempre me da el parte de mi padre, ella dice que lo vigila todo lo que puede y sé que lo hace. Saludo a las otras mujeres y escucho sus historias durante un rato hasta que mi exvecina y actual casera me pide que la lleve a algún sitio más alejado para hablar. Espero que no sea algo malo sobre papá.

—¿Cómo está Juli? ¿La estás tratando bien?

—¡Todo lo bien que puedo! Es dura de roer, Maru, pero estoy haciendo de enfermero y vecino diez, te lo prometo.

—¿Enfermero? ¿Está enferma?

—Nada grave, no te preocupes, la he dejado con Estela, está en buenas manos.

—Ay, hijo, cómo me alegro, Juli necesita ahora distracciones, amigos y alegría en su vida. Le dije que confiara en ti, que eras un buen mozo.

—Vaya, ¿no habrás hecho de casamentera? —bromeo con ella mientras

levanto las cejas.

—¡Claro que no! Tú sigues colado por esa que no me gusta, la que fue tu novia... —me dice como si no se acordara de su nombre.

—Ali.

—Eso, Alicia. Ánimo con ella.

Me río. Sabiduría es lo que le sobra a esta mujer, si es que eso sobra alguna vez.

—No sé cuántas veces decirte que ahora es solo mi amiga.

—¡No debería ser ni eso!

—No soy rencoroso, Maru, ya lo sabes.

—Bueno, tú cuida de mi Juli, ¿vale?

—¿De qué la conoces? Parece que hablas de ella con mucha confianza.

—¿No te lo ha dicho? Esta chica... es mi sobrina. Necesitaba un lugar donde lamerse las heridas y yo lo tenía. —Pone cara de no haber roto un plato en su vida, quizá porque nunca lo ha hecho—. ¿Cuidarás bien de ella y me informarás si le pasa algo?

—¡Cuenta conmigo! Seré su caballero andante.

—¡No seas truhan! Trátala bien, ¿vale?

—Es una promesa. Ahora me voy a ver a mi padre.

—Tiene un buen día, ya verás como todo va bien, Nico.

Ojalá Maruja tenga razón. Me adentro por el laberinto de pasillos que conforman el lugar y me voy directo a su habitación. Si no está en el patio, es porque no ha querido salir. Me lo encuentro sentado oteando el cielo desde su ventana. Me quedo un rato observándolo desde el quicio de la puerta. Parece mi padre, el de siempre, con unas pocas arrugas de más en la expresión facial y una ropa que le queda un poco holgada. Aún no sé bien como dirigirme a él sin que se me quiebre la voz. Me acuerdo de mi casa llena de *post-its*, del día que llegué y la puerta estaba abierta y no había rastro de él, de otro en el que casi se quema la cocina y de uno de los últimos que convivimos en el que, en un ataque de rabia, me golpeó y me di en la cabeza. Me toco la parte que se hinchó como si fuese una nuez. Ya no duele.

Él se gira, como si mi mirada lo alertara de mi presencia. Por su expresión sé que tiene un día tranquilo. Respiro aliviado y me acerco a él.

—Hola, papá.

A media tarde salgo de la residencia con una sensación agri dulce. Nunca más podré hablar con mi padre, nunca más podremos tener momentos fuera de ese lugar, nunca más podré tener una relación normal con él. Aunque mis padres están divorciados, no tienen una mala relación, así que, como una costumbre ya asociada a esta visita, llamo a mi madre nada más salir para contarle cómo ha ido todo, para hablar de tonterías y ver cómo se encuentra. Se volvió a casar con Paco, un buen tipo con el que conviví unos años y que me regaló dos hermanastras con las que me costó conectar al principio. Tras hablar con ella, necesito tranquilidad, aclarar las ideas, así que conduzco casi sin pensar, sin música y de forma autónoma. Aparco y subo a mi apartamento con la intención de ir directo a la terraza a fumar. Nada más entrar por la puerta principal, veo como, en el otro ático, Este y Julia hablan en el salón. Están bien; yo no. Necesito respirar. No enciendo ni una sola luz y me voy arriba, donde el aire es más fresco, donde puedo pensar y desenmarañar mis ideas.

Enciendo un cigarro y observo la ciudad. Dejar a mi padre, perdido y desorientado en manos de otras personas, me recuerda a esos malditos seis meses en los que todo se fue a pique. La primera vez que me gritó, casi no podía ni entenderlo. Leí sobre el tema, enfrentarme a una enfermedad que no esperaba fue casi una hazaña para mí, y hablé con una asociación especializada. Es un horror, el Alzheimer es un horror. Me hace sentir mala persona por no tenerlo en casa. Mi padre no tiene a nadie más, solo me tiene a mí, y yo casi lo he abandonado. Me hundo un poco. Cierro los ojos e intento acordarme de la sonrisa de mi padre, de la de verdad, no esa extraña, casi boba, que pone a veces.

Vaya, el cigarro se ha consumido entre mis dedos. Lo tiro al cenicero que tengo arriba. Enciendo otro y decido que ni la vista de la ciudad ni el aire pueden calmar la inquietud que me invade. Así que me siento en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Juego con el cigarro e intento sobreponerme.

Entre recuerdos y cigarros me encuentra Estela.

—Sabía que estabas aquí, Nico —me dice y se sienta a mi lado—. Los domingos te sientan fatal.

—*Cada cual tiene sus penas, y nosotros las tenemos...* —le canto flojito, y ella apoya la cabeza en mi hombro.

—*Esta noche beberemos porque ya no volveremos nanananana...* —La miro extrañado—. No pienso acabar esa frase. Venga, vamos, ya es hora de que te recuperes.

Se levanta y me tiende la mano con una sonrisa.

—*¡Qué grande ha sido nuestro amor y sin embargo, ay, mirá lo que quedó!*

—Deja ya de cantar y vamos con Julia, que estará preocupada por ti — dice con un tono casi maternal.

Me levanto con su ayuda.

—No creo, ya te lo dije, Este, solo me soporta porque no le queda otra.

—Yo no lo veo así, creo que sí que le caes bien. Y yo también, es muy maja.

—Le he prometido a Maru que seré un caballero con ella.

—Pues ya sabes...

Me guiña un ojo y nos bajamos a casa de *Jules*, que nos espera en el sofá con expectación.

—¿Cómo estás? —le pregunto mientras le doy un apretón en el hombro; con *Jules* uno nunca sabe.

—Hasta arriba de pastillas. Así que bien. ¿Y tú?

Me encojo de hombros. No estoy listo para hablar de cómo estoy o de cómo debería estar. Este, que me conoce tan bien como si tuviese un piso en mi cabeza, responde por mí.

—Está intensito, déjalo.

Jules me mira y yo pongo los ojos en blanco.

—Voto por ver una película, ¿qué os parece? ¿Peli y chino?

Y creo que en ese momento no hay nada mejor que una película y cenar chino para poder recuperarme.

Son las dos de la mañana. Estela se marchó hace un rato a dormir, mañana tiene clase, y *Jules* está en la cama, no sé si, como yo, despierta, o dormida. Doy otra vuelta en el sofá. No es incómodo, he dormido en sitios peores. Me cuesta conciliar el sueño. Pienso en levantarme e ir a por agua o a por lo que sea. Mejor me subo a fumar un cigarro. Me siento en el sofá y busco en la mesa el paquete de tabaco que dejé al acostarme. Me levanto para subir a la terraza cuando *Jules* me llama.

—¿No puedes dormir?

—No, perdona, me voy a la terraza a fumar, no te molesto.

—No me molestas, Nico, yo tampoco puedo. No puedo subir a la terraza... ¿te importa fumar en la ventana y hablamos?

—¡*Jules*! No te gusta que fume, ¿recuerdas? Ley antitabaco. No tardo nada, seguro que cuando baje ya estarás dormida.

—No creo, hoy me cuesta. Vamos, solo por esta vez.

—Si insistes...

No me voy a poner tiquismiquis. Me fumo encima. Me voy a la ventana, la abro y saco la cabeza para encenderme el cigarro. *Hm*, estúpido y sensual cigarro. A veces me parece un placer imprescindible.

—Morirás por eso, no sonrías así cuando fumes. No-es-sano.

—De algo hay que morirse.

—¡Qué frase más de fumador!

—*Jules*, es que soy fumador. Asúmelo.

—Me caes bien, Nico, y creo que... —Le lanzo una mirada matadora. No sé bien cómo la ve, ya que solo estamos iluminados por la luna y por una farola muy fea, con una luz naranja aburrida, que tiene en la ventana—. Vale, vale... ¿Has visto a Maruja?

—Sí, ¿por qué no me dijiste que era tu tía?

—No sé, no se me ocurrió.

—¡Vamos, *Jules*! No me jodas. ¿No me dirás que es personal? Porque llevo varios días durmiendo en tu casa y creo que ya te he demostrado que puedes confiar en mí.

Se queda quieta, se acaricia el pelo y mesa las sábanas. Ahora lleva un pijama de un gato gris disfrazado de unicornio. Me fascina a la par que me sorprende. La imagen que tengo de *Jules* es la de una persona seria, que pocas veces se divierte y que ha tenido una vida triste. ¿Por qué lo creo? Porque intenta buscar la felicidad en pequeñas cosas: sus pijamas, su cepillo de dientes, Mr. Wonderful por demasiados lugares... Si esto último no es una señal de que ha tenido una vida triste, no sé qué más puede ser.

—No sé, Nico, me apetecía que me ayudaras por mí y no por mi tía.

—*Jules*, querida vecina mía. —Le doy una calada profunda al cigarro, más por necesidad que por la pausa dramática que sé que he hecho—. No me lo has puesto nada fácil. Te conozco desde hace poco más que unas semanas y me has gritado mucho. Mucho. No te gusta que fume, que toque el piano, mis opiniones sobre series y, en alguna ocasión, parece que ni mi persona.

—Me caes bien, Nico, solo que no soy como tú.

—¿Y cómo soy yo?

—Demasiado... —Si dice «intenso» le tiro el cenicero a la cara—. Transparente. Es fácil saber en qué piensas.

—No me parece un rasgo especialmente horrible, ¿no?

—No, pero a mí me asusta. No estoy acostumbrada a estar rodeada de gente como tú. Sin ser de la familia, claro... Bueno, solo Claudia es así, la mayor de las tres. Paula, la pequeña, es muy parecida a mí. Quizá por eso últimamente casi ni hablamos —dice con algo de pena.

Sigo fumando sin decir ni una palabra, por fin parece que *Jules* se abre un poco a contarme algo de ella sin titubear y sin parecer presionada por mis preguntas.

—En Lyon mis compañeros eran... —Se piensa muy bien la palabra—. Calculadores. No supe hacer amigos y ahora me cuesta mucho abrirme. Pero Estela y tú... No tenéis miedo a hablar de cualquier cosa, a relacionaros, y yo no soy así.

—A mí no me parece que no seas así. —Me encojo de hombros y apago el cigarro con algo de lástima—. Para mí eres algo hermética, te pasas un poco con lo de las cosas *personales*, pero a mí me encantas.

Quizá decirle que, durante estos días que la conozco, es algo así como mi musa, sea demasiado para ella. No se lo pienso repetir. La veo titubear. Es hora de darle las buenas noches. No quiero que la pobre salga corriendo. No puede por prescripción médica.

—Gracias por la conversación y por el cigarro, es hora de dormir. Buenas noches, vecina *Jules*.

Cierro la ventana y me voy para el salón. Antes de salir por la puerta de su habitación, la escucho susurrar:

—Duerme conmigo.

Me giro y la veo recostada. No es una invitación sexual, es casi infantil.

—Contigo duermo mejor.

Asiento. Debo admitir que yo con ella también duermo mejor.

Capítulo V: No hago otra cosa que pensar en ti

Estoy en la cama remoloneando y suena el teléfono móvil. Tengo puesto el principio del *Immigrant Song* de Led Zeppelin, con ese grito tan fantástico de Robert Plant que me pone las pilas solo con oírlo. Siempre que lo escucho, pienso que debería ponerlo de despertador, pero tras abrir los ojos con un golpe de almohada de *Jules*, creo que no es buena idea.

—¡Joder, Nico, cógelo ya! —grita y se da la vuelta.

Tiene un buen despertar que flipas. Joder. Yo tampoco soy de sonrisa fácil por la mañana, pero lo suyo es jugar a otro nivel. Al nivel de Marte. Me froto los ojos mientras escucho: *Valhalla, I am coming!* y creo que yo también me lo estoy ganando con *Jules*.

—¡O lo coges o lo tiro contra la pared! —La vecina no está para tonterías.

Lo cojo, lo cojo... y salgo corriendo. No sé ni con quién voy a hablar.

—¿Qué demonios has hecho, Nico? —Gimo un poco y miro por la ventana que da a mi piso, donde está Estela, la que me ha llamado, asomada por el patio de luces, dando gritos.

—¿Por qué todo el mundo me grita esta mañana? —me quejo más para mí que para ella.

—Porque eres gilipollas.

—Nada nuevo bajo el cielo, Este. ¿Qué pasa? Es muy temprano —lo digo sin mirar ningún reloj, solo por el dolor lacerante en la cabeza.

—¿Qué haces en la cama de Julia? Mira, que te tires a Marta, vale, Marta es Marta, lo entiendo. De verdad, pero Julia no está ahora mismo en ese punto, está... dolida. ¡Y recién operada del *chichi!*

—¿*Chichi?* No soy uno de tus niños de Primaria.

—Es lunes por la mañana, ya tengo el chip de maestra. No me jodas, Nico. Deja de meterle mano a tu vecina, no es el momento. Puedes tirarte a otra... No sé, a Marta.

Bufo y, como me está viendo en vivo y directo, le enseño mi dedo corazón y cuelgo.

—¿Qué te den, Este! —grito.

Y escucho a la vez:

—¡Te he oído! —Por parte de Estela desde el patio de luces.

—¡Cállate, Nico! —Por la de *Jules*.

Sinceramente, tengo miedo.

No voy a decirle a *Jules* que me voy a mi casa, ella solo quiere dormir y yo organizar la semana. He quedado con Sergio en su oficina a una hora más decente. Cuando cruzo la puerta de mi apartamento, me encuentro a Estela con cara de muy pocos amigos

—No me la he tirado. —Levanto las manos—. ¡Paz! ¡Paz y café, por favor!

—A ver, sé que no te la has tirado. —Pone los ojos en blanco—. Es físicamente muy doloroso para ella. Pero no deberías tontear con Julia ahora, está en un momento complicado. No conoce a nadie, está recién operada... Lo último que necesita es engancharse a un tío que tiene problemas con el compromiso.

—¿De dónde te sacas que yo tengo problemas con el compromiso, Este?

—De *toooooodos* los años que te conozco. Recuerda, somos amigos desde el instituto. —Mira el reloj que lleva en la muñeca—. La sesión de psicoanálisis acaba aquí. No te la tires ni le metas mano ni le des esperanzas ni le regales una de tus sonrisas de *hoy follamos* —intenta imitar mi voz— ni, y esto es muy muy importante, Nicolás, le prometas nada que no puedas cumplir. ¿Vale?

—Joder, me has hecho un traje, Este. Te lo prometo —claudico para que ella me deje en paz—. Ahora voy a por café.

Ella pone los ojos en blanco.

—Esta noche también duermo aquí, cuenta conmigo para cenar, ¿vale? Llamaré a Julia por la tarde y me enteraré de si has sido un chico bueno. Tú solo... céntrate en tu *pianito* y en tus cositas.

Llego a la cafetera y la ignoro. Nadie es feliz un lunes por la mañana. Ni yo. Ni con mi *pianito* ni con mis cositas

—Que te jodan, Estela.

—Que te jodan a ti, Nico.

Se pone de puntillas a mi lado, me da un beso en la frente y se marcha.

Ahora me toca a mí arreglar la mañana.

Tres días después, a la hora de la cena, Estela llega directamente a casa de *Jules* y entra casi gritando. Al parecer ha discutido con Marta, como todos los

días desde que se *instaló* en mi piso. Yo estoy haciendo la cena y prefiero ignorarlo. *Jules* me pide perdón por su despertar dulce todos los días, hoy me ha gritado por darme la vuelta en dos ocasiones. He dormido con ella todas las noches desde el domingo y puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, que es mejor salir corriendo a despertarla.

Esta es ahora mi estrategia. Ella duerme y yo huyo. En ocasiones me siento como cuando me tiro a una tía y me escabullo de su casa. Solo que a esta no le toco ni un pelo de forma consciente.

Hoy no he estado mucho con ella. Es jueves, uno de los días más alegres de la semana, según las estadísticas —el peor es el martes—, y yo he estado algo liado con Sergio. No he podido tocar ni una nota. Y me siento algo mal, no he podido pasar casi tiempo con *Jules*; menos mal que ha estado casi todo el día en la cama viendo series y hasta arriba de pastillas. Siempre que la veo desde la mía, está con el ordenador, parece una parte más de su cuerpo. Tampoco he podido hacer algo que me gustase, ya que he tenido que enfrentarme más a cuestiones administrativas. Va a ser un verano intenso, dos meses y diez ciudades por visitar.

Las escucho a las dos reírse, me giro y me asombra ver a Estela gesticulando como una loca, con la cara roja y los ojos cerrados, y a *Jules*, totalmente metida en la conversación, esperando más. Esperanzada, casi emocionada. Y vuelvo a pensar que su vida, antes de llegar a este apartamento, tuvo que ser muy triste si se conforma con pasárselo bien con nosotros dos.

—¡Vamos a cenar! —grito, y las dos se fijan en mí.

Este se levanta; *Jules*, por mucho que quiera, debe estar sentada descansando, demasiado se ha movido durante esta semana, pero dice que está bien. Lo arreglamos todo en nada, he hecho la compra para que en su nevera hubiese algo más que comidas precocinadas. Y mi ensalada de aguacate es recibida con aplausos. Soy un cocinillas. Cuando no quemo las cosas, claro.

—Entonces, Este, ¿no vas a volver a tu casa? —le pregunto para poder cortar las quejas sobre su compañera de piso.

—Por ahora no, no sabes lo mal que me lo ha hecho pasar en el trabajo, como para verle la cara más horas al día.

—¡Guerra de manzanas! ¿Contáis cuántos niños os han dado una y gana la que tenga más?

—Nadie lleva manzanas a sus profesoras, en serio, Nico, no sé en qué siglo vive tu mente retorcida.

—En el que le da la gana. Para mí, cuando vas a trabajar, te pones gafas de

los años cincuenta, les pegas a los niños con una regla y te tienen que llamar señorita González con voz de pito.

Estela me mira como si fuese un loco y se levanta para coger el teléfono que suena en su bolso. Yo tengo a Led Zeppelin y ella un tono anodino. Como es una mujer de convicciones férreas, cree que un teléfono debe sonar a teléfono y no a discoteca. Y, cuando dice eso, la palabra discoteca suena a guateque, como a una fiesta en una casa en los años sesenta con tocadiscos donde suena: *Por eso así, yo te lo cuento y te lo canto a media voz... Y mis manos en tu cintura, pero mírame con dulzor, porque tendrás la aventura de ser tú mi mejor canción.* Y luego el que tiene la cabeza en otro siglo soy yo. ¡Ja!

—Nico —llama mi atención *Jules*—, os estáis portando muy bien conmigo y me gustaría tener un detalle con Estela. ¿Qué le podría gustar?

—Desde luego no algo de Mr. Wonderful...

—¿Por qué dices eso?

—Nada, es que creo que abusas un poco de su... felicidad. —Me mira con una intensidad increíble. No está enfadada, solo expectante—. Cómprale un libro, le encantará —le comento para poder cortar la tensión, no es incómoda, es demasiado cómoda—. Le gusta la novela romántica.

Ella asiente y se pone a comer, mientras Este sigue hablando de fondo. Como necesito calmarme, digo la primera tontería que se me pasa por la cabeza.

—¿Y yo? —le susurro.

—¿Qué?

—¿No hay regalo para mí? —Sonrío, quizá con esa sonrisa que me prohibió Estela usar con ella.

—Si lo pides, no.

—Me parece justo. ¿A qué hora tienes mañana el médico?

—A las nueve menos veinte —responde *Jules* con un hilillo de voz.

—Pero voy yo —dice Este, que se ve que ya ha terminado de hablar—. No tengo clase a primera hora. Mejor que ir con este, ¿no? —Le guiña un ojo y a mí me da un codazo.

—Como queráis.

Ellas se miran con complicidad y yo me alegro de que se lleven tan bien.

—Cambiando de tema... Nico. —Cuando Estela pone esa voz, sé que me va a pedir algo—. He pensado que, como tú te vas de gira dos meses y tienes una habitación libre...

—No tengo una habitación libre, estás durmiendo en la mía. —Vale, el tono se me va, mucho. Lo último que quiero es enfadarme, pero Estela sabe, más que nadie, que esa habitación no se toca. Es la de mi padre, contiene todas sus cosas y alguno de mis demonios personales, que no van a salir de ese lugar.

—Nico...

—No, Este, no es una opción.

Me levanto para ir a la cocina a por algo. No sé, agua, vino, cianuro...

—Vale, Nico, ¿me dejarías dormir en tu sofá? No voy a volver a mi piso, no soporto más a Marta.

—¡Al fin! —grito—. Puedes dormir en mi cuarto el tiempo que necesites, no será la primera vez que dormimos juntos, pero arréglalo con Marta, es tu amiga, aunque la convivencia sea *complicada*.

—Cuando dice «complicada», Julia, quiere decir nefasta, como una bomba atómica.

—Voy a fumarme un cigarro a la terraza.

Dejo la comida a mitad, no me apetece nada. Subo con tranquilidad y sé que, en el momento en que encienda el cigarro, ellas hablarán de mí, de mi reacción, de mi habitación llena de recuerdos. Es mi casa, es mi vida y esa habitación no se toca. No me importa que Estela colonice mi piso durante unos días, unas semanas o unos meses. De verdad que no, pero esa es mi parcela de locura.

Y nadie me la va a quitar.

En ella guardo recuerdos de la vida antes de llegar aquí. De todas aquellas cosas que me han hecho feliz y de las que me han hecho daño también, pero, que, de vez en cuando, no está mal recordar, tenerlas presentes. Para no volver a equivocarme.

Me quedo en la terraza perdido en recuerdos hasta que tengo frío. No sé cuánto rato transcurre. La verdad, el tiempo se pasa volando cuando tengo música en la cabeza. Y eso es de lo que la tengo llena tras la tontería. Bajo a mi apartamento y me quedo en penumbra apuntando ideas. No puedo tocar un instrumento, ya es tarde. Me escondo en mi rincón hasta que creo que lo he vaciado todo. Levanto la vista y escucho risitas. Estela y *Jules* me saludan desde el otro lado del patio de luces.

Les hago un saludo casi militar y me voy a su apartamento.

—Nos tenías preocupadas —dice Este y bosteza.

—Ya será menos.

Me estiro.

—Me voy a dormir, ¿estás bien, Julia?

—Sí, buenas noches, Estela.

Voy a echar de menos dormir con *Jules*, pues es posible que, cuando mañana vaya al médico, le diga que ya puede hacer vida normal y ya no tendrá ningún sentido dormir juntos. Le tiendo la mano y ella se apoya en mí para levantarse. La rodeo por la cintura y me llega su olor. Es curioso, no es identificable, no puedo decir que sea canela, vainilla o Nenuco, es algo tan propio de *Jules* que me hace sentir en casa. Tranquilidad. Huele a casa y a tranquilidad.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta mientras se tumba en la cama.

—Nada, que Estela sabe dónde tocar para que yo salte. Como un resorte.

—Me ha parecido un tema importante.

Su voz es suave, casi mágica. Cariñosa, como si quisiera acunarme. Quizá por todos estos días que he pasado con ella intentando que su recuperación fuera mejor.

—Algún día, cuando no estés medicada, nos tomaremos una botella de vino, tú me contarás por qué estás aquí y yo te contaré por qué llegué aquí. ¿Tenemos un trato?

—Tenemos un trato, Nico.

Me tumbo a su lado en la cama, apago la luz y cierro los ojos.

—Nico, ¿te puedo pedir un favor?

No abro los ojos, lo prometo. Ese timbre de voz es tentador, pero no.

—Si es sexual, mejor cuando te recuperes —bromeo y siento un golpe.

Joder. Ahora sí que la miro, me giro para estar los dos frente a frente.

—Dígame, señorita.

—Mañana, ¿me podrías despertar?

—¡Antes muerto! En serio, ¿estás loca? Tengo morados que atestiguan tu buen humor.

—¿De verdad? Lo siento...

No miento, el martes me tiró su móvil y me caí al suelo del susto y el miércoles me clavé el pico de la mesilla de noche tras uno de sus codazos. Y ella siguió durmiendo. Sin más, en todas las ocasiones. Pero, en realidad, es el único momento en el que no me parece adorable.

Suspiro. Esos ojos pueden conmigo.

—Vale, yo te levanto, pero dame una pista, algo, para que no salga la hidra que vive en ti.

Jules esconde la cara en la almohada. He tocado alguna tecla.

—No puedo. —Escucho su voz amortiguada—. No sé... hálame flojito, tráeme un café para que lo huela, cántame algo bonito...

—Y un cuerno cantar, si no te gusta nada. ¿Qué música escuchas?

Levanta la cara y, gracias a esa farola con el color horrendo que emite, la puedo intuir mucho más tranquila.

—Me da igual, lo que pongan en la radio. Para mí no es algo vital.

Me ofende tanto esa frase que no sé qué decirle. Respiro hondo, mientras ella no para de observarme. Intento tranquilizarme. En ocasiones, hay cosas que me molestan y sé que no son para tanto.

—Venga, mañana lidio con tu dragón, pero tú vas a tener que escuchar una lista de *Spoty* que te haga y me vas a tener que decir qué te ha gustado más, ¿vale?

—Me parece justo.

Chocamos las manos. Ella cierra los ojos, yo también y nuestras manos no se sueltan.

El viernes por la mañana estoy un rato en la cama planificando mi estrategia para despertar a *Jules*. No duermo mucho. Me pasa desde pequeño. Mi madre siempre dice que fui un bebé horrible y que me convertí en un hombre insomne. Aunque ahora lloro y me quejo menos que hace unos años. Solo un poco.

Sin contar a mis padres, he convivido con una persona, Ali, y con ella daba todo igual, no la despertaba ni un obús y no solía tener malas mañanas. Además, qué demonios, despertar a una novia o a una amante es mucho más sencillo. Besito, toqueteo, polvete y listo. Sin frivolizar, en serio, es así.

Despertar a *Jules*, mi vecina y sobrina de mi casera, a la que conozco de unas semanas, pero con la que tengo una confianza que con pocas personas he sentido, no pasa por besito, toqueteo y polvete, no, pasa por... no sé. No morir. Y juro que no quiero ser dramático. Ese es mi objetivo. Estoy recién levantado. Me escurro por la cama con mucho cuidado, la escucho *respirar fuerte*... si nombro el verbo «roncar», también muero. ¿Desde cuándo mi vida es un campo de minas?

Venga, el café hace milagros, me digo a mí mismo. Seguro que la cafeína amansa a las fieras. Me lavo los dientes y me sorprende tener un cepillo en su

casa, ¿cuándo lo he llevado? No sé. Me voy a preparar el desayuno mientras tarareo *Yira, yira*.

—*La indiferencia del mundo, que es sordo y es mudo, recién sentirás... Verás que todo es mentira, verás que nada es amor. Que al mundo nada le importa...*

—Eso es muy bonito, ¿es tuyo?

Doy un salto del susto y tiro el cartón de leche.

—¡Joder, Jules! ¡Qué puto susto!

—¿Quién tiene mal despertar ahora? ¡Ja!

Me señala, levanta las cejas dos veces y se mete en el cuarto de baño con dificultad. Se ve que esta mañana tengo desconectado el botón de caballero, porque ni se me ocurre ayudarla.

Me deja con una sonrisa en la boca y me pongo a recoger lo que he tirado y a acabar con el desayuno.

—¿Qué cantabas? —pregunta y se sienta a desayunar—. ¿Es tuyo? Es precioso.

—Ojalá, pero no, es un tango del gran Enrique Santos Discépolo.

—Te encantan, ¿eh?

—Me trasportan a tiempos mejores. ¿A ti no hay nada que te haga viajar a otros años en los que fuiste feliz?

Le da un mordisco a una tostada y se queda pensando durante un rato.

—Serrat, a mi padre le encanta Serrat, y lo ponía en el coche cuando íbamos a ver a los abuelos del pueblo.

—*No hago otra cosa que pensar en ti...* —intento imitar la inimitable voz de Serrat.

—¡Esa misma! ¡Esa canción es preciosa!

—Amén, hermana.

—Pero me gusta mucho más *Mediterráneo*.

—Un clásico, ¿me la cantas? —no sé por qué, pero en este instante no hay otra cosa que me apetezca más que escucharla cantar.

—¡No! Nunca haría eso y menos delante de ti.

—¿Qué pasa conmigo? Si ya te he escuchado... *respirar fuerte*. —Me tira un trozo de pan a la cabeza y acierta. No porque mi cabeza sea grande, sino, más bien, por lo cerca que estamos. Vamos hablando, nos vamos juntando cada vez más.

—Te dedicas a cantar, Nico, me muero de vergüenza.

—Decir que me dedico a cantar es muy simplista, Jules.

Ella pone los ojos en blanco, sabe que ahora viene un discurso sobre lo que es la música para mí. Sí, ya me conoce hasta ese punto. Y me sorprende tanto cuando dice:

—*Quizás porque mi niñez sigue jugando en tu playa y escondido tras las cañas duerme mi primer amor...*

Me embobo. No por su voz, que es desastrosa, es de ese tipo de tono que no hay manera de afinar, todo es una calamidad. Es por ella. Cierra los ojos cuando la letra es más intensa y, la verdad, es una canción que es una oda a la infancia, a los recuerdos y a una manera de sentir. Por lo que sí, es bastante intensa. Apoyo la barbilla en mi mano para no hacerle el ritmo tamborileando la mesa y despistarla. Y, por una vez, mientras escucho esta canción, no siento nostalgia, sino ganas de quedarnos así, quietos. Disfrutando del momento.

Cuando termina, le aplaudo, ella se pone roja como si hubiese aguantado la respiración durante mucho tiempo.

—Ahora me gusta incluso más la canción.

Nos quedamos callados, yo bebiendo mi café y ella sujetando sus tostadas, sin comer, como si algo le diese vueltas a la cabeza.

—Vives un poco en el pasado, ¿no, Nico?

—A veces sí. El presente es decepcionante.

—Vaya, qué triste. Creo que necesitas mirar un poco más a tu alrededor.

Ese es el problema de hablar de cosas que uno no sabe, que a veces acierta y a veces no. *Jules* da en el clavo en parte. De chiripa. Echo de menos cosas que ya nunca podrán ser, pero no me apetece explicárselo en este momento, pero la verdad es que sé, por una sensación que noto en el cuerpo, que se lo contaré más pronto que tarde.

—Lo intentaré —le digo como si tal cosa.

Me mira de reojo, me regala media sonrisa y asiente.

—¿Qué vas a hacer esta mañana sin tener que estar pendiente de mí?

—Voy a ir al gimnasio con Tiago.

—¿El que está enamorado y tan feliz como *un cerdito en un charco*? — repite la frase que Este y yo usamos con él.

—¡Ese mismo!

—Tengo ganas de conocerlo. Parece uno de los ejes de tu vida.

—Aquí, bueno, un poco sí, pero tengo más. No conoces a mi madre y a mis hermanastras.

—¿Hermanastras? Eso es nuevo. ¿Me guardas secretos, Nico? —bromea.

—Tantos que no sabría ni por dónde empezar. —Le guiño un ojo. Estos

pequeños coqueteos siempre hacen que se ponga nerviosa, pero no puedo parar, me encanta—. Mi madre se volvió a casar cuando se divorció de mi padre y su marido tiene dos hijas. Somos familia numerosa. Yo hui. Tenía otras cosas en la cabeza.

Estaba deseando vivir con Ali, comenzar mi vida, acabar el conservatorio y —joder, qué lejos queda ahora— también quería formar una familia con ella. Hace ya casi diez años de aquello.

—Cada familia es un mundo. Ya no...

Se calla al escuchar el timbre, tiene que ser Estela. Cuando abro la puerta, entra como una loca, se sienta en mi sitio y se come mi desayuno. Pongo los ojos en blanco. Tampoco me hace falta mucho más.

—¿Y qué vas a hacer cuando Nico no te haga de comer? En serio, intento venirme a vivir con él solo por esto —dice señalando el plato casi vacío.

—¡Gracias, Este! ¿No tengo nada más que ofrecer?

—Bah, no hay nada mejor que tener un compañero de piso que cocine bien.

—Yo tengo otras expectativas con mis *compañeras de piso*. Da gracias a que te quiero como si fueras mi hermana, pero este fin de semana búscate algún sitio para dormir, que hay tangana.

—Bueno, será si te dejamos.

Me saca la lengua y yo me marchó a mi casa. Miedo me dan las dos.

Si lo mío es el piano, aunque no se me dan mal otros instrumentos, lo de Tiago es la guitarra. Nos fuimos conociendo de forma esporádica en conciertos y en actuaciones, pero nada más venir a vivir aquí, casi nos hicimos inseparables. Me sorprendió mucho cuando me perdí y tuve que admitir que todos los planes que había hecho no se iban a cumplir. Recuerdo que, el primer día que tuve que ingresar a mi padre en la residencia, llegué a casa y me quedé en el suelo. Estaba todo hecho un desastre. Levanté un *post-it*, escrito con esa letra imperfecta en la que se convirtió la suya. Era como si su memoria se fuese comiendo casi todo; entre otras cosas, acabó con algo tan íntimo como es la letra. Ponía: «Se llama Nico».

No he leído nada más triste en mi vida.

Estaba arrugado, muy ajado y manoseado, como si mi padre hubiese tenido que leerlo en mil ocasiones. Yo no había visto esa nota ni una sola vez, quizá la memoria le daba para guardarla en el bolsillo. Ya no sabía quién era yo ni

aun cuando lo intentaba con todas sus fuerzas. Y el desastre de la casa no era más que la última rabieta que había tenido. Me hizo daño, y no solo físico, joder. Sentía un vacío inmenso en el pecho cuando me di cuenta de que ya no podía cuidar de él. Era incapaz. Casi no sobreviví a la primera vez que llegué a casa y me encontré la puerta abierta de par en par y sin una pista de dónde se hallaba. Me dio un ataque el día que lo vi en sentado en la escalera medio desnudo y, cuando subimos, el gas estaba abierto, quería ducharse en algún momento del día. Y no pude soportar la última pelea en que me dijo que él ya no era él, que yo ya no era yo y que la situación me sobrepasaba.

Me quedé tirado en el suelo. Lloré. Mucho. Todo lo que pude. Y me sentí tan solo... No podía avisar a nadie. Alicia se había marchado, mi madre tenía su vida y Estela ni siquiera estaba en la ciudad; pasó unos meses en Estocolmo. No sé, me quedé en blanco. Con la casa destrozada, llena de notas de mi padre, de recuerdos de Ali y sin saber qué hacer. Entonces, me entró una llamada, era Tiago. No sé qué le dije o qué le balbuceé, mejor, pero apareció al rato en mi casa, abrí la puerta como un autómata y él me dio un abrazo, de esos de tío, de los que palmean y casi ni rozan. Uno de esos que, en aquel momento, me pareció idóneo.

«Vámonos», dijo.

Ni me cambié. Solo cogí las llaves y en tres días no pisé mi casa. ¿Qué más daba en aquel instante nada? Durante ese lapso de días conocí a la mayoría de las personas que ahora componen mi mundo. A mi vuelta, María, la pobre María que me trata como si fuese su hijo, que llevaba solo unos meses trabajando en casa, me hizo una radiografía de cuerpo entero y me dijo: «Tú a la ducha, yo trabajo». Y entró como el huracán que es.

Aunque ahora Tiago es un hombre enamorado, tanto que a mí me sorprende, antes nunca lo hubiese pensado. Pero las cosas cambian. Eso es algo que tengo claro. Tras pasar un tiempo en el gimnasio, decidimos ir al local de ensayo que tiene alquilado. Durante un buen rato, improvisamos, nos reímos y sacamos una buena melodía. Bien pasada la hora de la comida, pedimos a un chino que está muy cerca y que hace un pollo al limón que me encanta.

—Vamos, que ahora eres un enfermero pluriempleado, ¿no, Nico? —dice Tiago, mientras se descojona, se recoge el pelo largo castaño que tiene siempre despeinado y achica los ojos. Marrones, como los míos, pero más grandes—. ¿Está tan buena?

—Puto Tiago.

—Puto Nico. Contesta.

Cojo los palillos y los divido en dos, hacen un ruido intenso, y paso de contestar al momento. Si lo hago, casi con seguridad se volverá loco. Le encanta el salseo. Se queda con la mirada fija en mí mientras va abriendo el recipiente de un arroz cantonés.

—Estoy esperando.

—Come tranquilo.

—Eso es que está tremenda.

—Tiago, la vas a conocer antes o después.

—¿Y? O me dices algo o me quedo con la imagen que yo quiera.

—Es... preciosa. Preciosa y fuerte. Tiene un despertar de mil demonios, me chilla y me tira objetos por las mañanas, pero luego hace pequeñas cosas para pedirme perdón, como darle vueltas a mi café mientras voy a por el resto del desayuno. Y luego indaga, como sin querer, siempre quiere saber algo, se preocupa por mí y por Estela. Le cuesta trabajo confiar; en cambio, cuando decide hacerlo, lo hace sin paracaídas. Me sorprende tanto, en tantas ocasiones. Necesita tonterías para darse ánimo, y eso no lo entiendo, ella tiene fortaleza suficiente, pero le cuesta encontrarla...

Me quedo pensativo, dándole vueltas a lo que he dicho.

—Espera, espera, espera, espera. ¿Te la has tirado?

—No, ¿de todo lo que he dicho con qué mierda te has quedado?

—Con que eres un idiota que me suelta un rollo de enamorado y no me dice que se la ha tirado.

—¡Que no, joder! He dormido con ella nada más. Te lo prometo.

—*Claaaaaro.*

—A ver, ¿qué parte de «se acaba de operar» no has entendido?

—Es verdad... no te la has tirado, pero no me has dicho nada de cómo es, físicamente, digo.

—Rubia, delgada y ojos marrones, de esos que te gritan, Tiago, que te transportan y te cuentan una historia.

—Nico... te has pillado por esa tía.

—No como crees. *Jules* es especial, pero no de esa manera. En serio, déjalo ya.

Me ignora y sigue dándole vueltas al asunto, hasta que se pone a hablar de Romina, su novia, y de los planes para este fin de semana.

Terminamos de comer y volvemos a los instrumentos, él va a ser el guitarrista que me acompañe en la gira. No puedo hacerle entender a Tiago que

a mí *Jules* me inspira, que sus ojos me gritan y que, por mucho que a él le cueste comprenderlo, no es otro rollo más.

Vuelvo a casa esta noche contento, silbando. Me hacía falta pasar rato con Tiago desvariando. Estela me ha enviado un mensaje para decirme que cenamos los tres juntos para celebrar lo bien que le ha ido a *Jules* en el médico. Además, como ya va haciendo buena temperatura, me ha dicho que han preparado la cena en la terraza. Es un poco una exageración, no hemos pasado en dos semanas del frío al calor, pero es cierto que el ambiente ha cambiado. Madrid ha despertado. Me apetece mucho estrenar la temporada con ellas. Lo mismo han encendido la barbacoa.

Tiro la bolsa de deporte al suelo y dejo la guitarra en su sitio; tengo tiempo de sobra, así que me meto en la ducha, tatareando y con la cabeza algo perdida. Como suele ser habitual.

Salgo con una toalla enredada en la cintura y con otra me voy secando el pelo cuando suena mi teléfono. Es Alma; canta como los ángeles y también tenemos una historia de vez en cuando.

—¡Hola, Al!

—¿Qué tal, Nico? Estoy por la ciudad y he pensado que podríamos vernos. ¿Qué haces esta noche?

—Tengo una cena, pero después soy todo tuyo.

Quedamos en mi casa. Los dos nos entendemos muy bien. Siempre que viene a grabar o darse una vuelta, me llama. Me doy cuenta de que, por alguna razón que no acierto a comprender, no me apetece decirle a Este, delante de *Jules*, que tiene que dormir en otro sitio esta noche. Yo también tengo mis necesidades, y Alma las atiende a la perfección. Así que le mando un wasap a mi querida mejor amiga, que solo me responde con un: «¡Sube ya! Dormiré en casa de Julia». Sonrío, seguro que me da un poco el coñazo con lo de mi habitación de sobra, pero no insistirá si le digo que Al va a venir a casa. Total, es una tontería esconderlo.

Busco una camiseta de manga corta negra y unos vaqueros algo rotos por el uso. Mientras termino de vestirme, me llega otro mensaje de Estela: «Eres muy pesado, Nico, ¿te estás poniendo unas *babylights*?».

Ja. Ja. ¿Qué coño son unas *babylights*?

Subo a la terraza revisando el móvil y, cuando levanto la vista, me encanta

lo que veo. Han decorado un poco, incluso han sacado los farolillos de colores que compramos para una fiesta que dimos hace un tiempo. Y de cena no hay barbacoa, no, hay algo mucho mejor: *sushi*. No pienso quejarme.

—¡Wow! ¿Y esto? ¿Qué celebramos?

—Julia quería darte las gracias por ser su enfermero particular.

Miro a *Jules* y se pone colorada. Como si no fuese con ella eso de dar sorpresas y ser el centro de toda nuestra atención.

—¿Lo habéis hecho vosotras?

—¡Sí! —grita Estela—. Nos hemos pasado toda la tarde cocinando, ha sido muy divertido.

—Ya será menos, Este. —Me pega sin ganas—. Gracias, gracias, tiene todo muy buena pinta.

La verdad es que se ve a las dos muy felices. Han cocinado diversos tipos de *sushi* y todos están riquísimos. Voy preguntando por cada uno de ellos, para que me cuenten, que extiendan ese orgullo. Si creo que Estela necesita una victoria, creo que *Jules* se merece al menos cien. El aura de melancolía que emana me suele dejar pensativo. Me evoca melodías, baladas, para una voz rasgada o quizá de tono alto como la de Alma. En alguna ocasión, he compuesto canciones para ella, pero lo que me evoca *Jules* es para mí, para mi voz, y eso es algo que tengo muy claro, aunque no sea la más indicada.

—¿Y por qué me echas de tu casa esta noche? ¿Tangana con Tiago?

—*Nop*.

Sé, casi de forma instintiva, que Estela no va a parar de preguntar hasta que obtenga una respuesta que la satisfaga. Joder, lo sé. Pero me gustaría que, por una vez, se diera cuenta de que no quiero hablar de eso. Y, la verdad, debería ahondar en cuáles son las razones, aunque, desde hace tiempo, decido no recrearme tanto en las cosas que hago y me desconciertan. Es mejor así. Para que no duela, para vivir un poco más anestesiado. Me permite respirar.

—¿Con Sergio?

—No, déjalo, Estela. Necesito mi piso y no sabía que tenía que pedirte permiso —respondo más seco de lo normal.

—Jo, Nico, perdona. Sí, vale, es tu casa y puedes hacer lo que quieras.

Se mosquea, casi le falta cruzar los brazos, bufar y decir que se enfada y no respira.

—Eso mismo voy a hacer.

—¿No te das cuenta de que desde la casa de Julia se ve la tuya? No nos puedes ocultar nada.

—Dios, qué espeluznante. Tengo cortinas y persianas.

—No en todas las habitaciones...

—En serio, Estela, sueñas como una acosadora.

—Es que, vaya, no te vas a poner a tocar, no son horas... —reflexiona.

—Lo mismo solo quiere intimidad por una noche —comenta *Jules*.

—¡Bah! No creo... —Lo descarta con la mano.

—¿En serio, Estela? ¿No puedo querer intimidad en mi casa?

—¿Para qué? Yo no te molesto, solo duermo, el resto del día o trabajo o estoy dándole el follón a alguien, a no ser que... —Levanta las cejas dos veces antes de decir—: ¿Está Alma en la ciudad?

—Está.

—¡Tocado y hundido! ¡*Boom!* —Con la mano hace un gesto de explosión. No, no tiene cinco años, aunque lo parezca.

—Deberías pasar menos tiempo con niños de Primaria, Estela —le digo con tranquilidad, aguantando la risa. Es una payasa.

—¿Quién es Alma? —pregunta *Jules*, que no sé cómo no ha salido corriendo. Ah, bueno, hasta hace poco no podía por prescripción médica, lo mismo sigue igual.

—Una amiga.

—Una amiga a la que se tira.

—Vaya, Este, has vuelto a hablar como un adulto... Justo ahora.

Me saca la lengua. Esa bipolaridad me hace reír, siempre. La adoro, aunque se meta donde no la llaman y a veces me desespere.

Suena su móvil, con tono de teléfono. Aburrido, anodino y exasperante. Todo lo contrario que mi amiga. Se levanta para hablar más tranquila. La observo muy seria.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Todo muy bien, sigue su curso. Ya puedo hacer vida normal, pero con alguna restricción pequeña. Nada importante.

—Me alegro, *Jules*, ¿qué vas a hacer sin mí?

No puede responder, ya que Estela aparece en la mesa con cara de pocos amigos.

—Es Marta, me voy a mi piso, no vaya a ser que venda mis cosas por Wallapop. Capaz es. Julia, vuelvo en un rato, ¿vale?

—Claro, te espero despierta.

Lo han preparado todo para poder recoger la cena en un momento. Ayudo a *Jules* en silencio. La verdad es que se mueve con soltura, no acartonada como

solo unos días atrás, como si el simple hecho de que el médico le constatará que está todo correcto fuese una liberación para ella. Me alegra tanto verla bien...

Cuando está todo listo, nos sentamos en dos tumbonas que tengo en la azotea. Uno al lado del otro, con un par de mojitos que habían dejado casi preparados. Bueno, el mío lleva alcohol, el suyo no. Un mojito sin alcohol es un zumo raro, pero a ella le vale. Hace una noche fantástica y, aunque las luces de ciudad nos impiden ver todas las estrellas, algo se atisba en el firmamento. Con uno de los anillos que llevo en la mano derecha, hago percusión, hasta que ella me sorprende, me coge los dedos y examina con la mirada y con el tacto cada una de las joyas que llevo.

—Cuéntame la historia de estos anillos.

—¿Cómo sabes que tienen una historia detrás?

—Nadie lleva tantos, tan distintos, si no es porque tienen algo especial.

—Está bien, ¿cuál te gusta más?

—Este. —Señala uno de plata con un dibujo que está ya gastado por el tiempo.

Sonrío, es mi favorito. Cómo acierta.

—No es mío, es prestado. Me lo dejó mi madre hace... —Dios, no quiero ni pensarlo— doce años. Más o menos. Ella lo ha llevado media vida, se lo regaló mi padre en su primera cita y, cuando se separaron, ella, por supuesto, se lo quitó y lo guardó en un joyero. Pasé una época un poco enfadado con el mundo y, cuando cumplí dieciocho, mi madre creyó que, yo qué sé, me metería en una secta o algo. Así me lo dijo. —Ella se ríe, con esa risa que parece que haya que desempolvar algo más suelta—. Me dio una charla, la más íntima que hemos tenido nunca. Mi madre y yo somos tan iguales que parece que un día nos fuéramos a matar. Ya sabes —me encojo de hombros—, solo puede quedar uno. Me hizo prometerle muchas cosas y me dejó *prestado* el anillo para recordar mis promesas.

—¿Qué promesas?

—Eso queda entre mi madre y yo.

Le guiño un ojo. Nos quedamos los dos mirándonos, mientras *Jules* le da vueltas al anillo de mi madre con la mano derecha y con la izquierda se retira el pelo de la cara. Es un gesto entre tímido y descarado que me pone un poco tonto.

—¿Y este?

Menos mal que cambia de tema, pero a uno del que no quiero hablar.

—Me lo regaló una ex. —Ali.

—¿Y llevas el anillo de una ex?

—Me gusta, es de madera, tiene historia, lleva conmigo muchos años. No es por ella, es por mí.

—Parece que estás rompiendo con el anillo.

—Eso nunca.

Llevo tres anillos más, pero parece que ya no le llaman la atención. Tiene la habilidad de preguntar por los únicos dos que conservo de corazón y no por estética. Nos quedamos recostados, es todo tan cómodo que solo me apetece cerrar los ojos y perderme gracias al movimiento de *Jules* jugando con mi anillo, con el de plata, con el de mi madre. Es una sensación íntima, casi de complicidad. No por nada ella me evoca tanto... Acabamos con los dedos casi enredados y siento que también puedo enmarañar con ella una parte que no es física, sino más espiritual.

—Nico —me llama en un susurro. Abro los ojos y la veo de lado observándome. Creo que es la mujer más bella que he visto en mi vida.

—Dime.

La palabra me sabe a poco, quiero decirle muchas cosas en muy poco espacio de tiempo. Quiero explicarle todas las sensaciones que me provoca, que me evoca melodías, que en pocas semanas creo que hemos conectado, que hay algo más que una simple relación de amistad. No es amor, es algo más, es conexión, a otro nivel. Es...

—Yo...

Se corta al hablar, suena mi teléfono. Suspiro, apenado y desilusionado.

—Es Alma, he quedado con ella.

—Claro, claro.

Jules se levanta, y el momento, la sensación y el sentimiento se van con ella.

—Dime, Alma —le digo al teléfono.

Y cambio completamente de situación.

Capítulo VI:

Descubrieron que los besos no sabían a nada. Hubo una epidemia de tristeza en la ciudad

Alma duerme en mi cama. Desnuda, odia llevar ropa en casa. Yo estoy en el salón, frente al ordenador, con Spotify abierto, elaborando una lista de reproducción. *Jules* me prometió que la escucharía. Pero ¿qué le puedes aconsejar a una mujer que no ama la música? ¿Qué artista tiene el don para hacer que ella se enamore de algo que a mí me apasiona desde que tengo uso de razón? No lo sé. He hecho varias listas a mano:

- Canciones imprescindibles – me parece muy de niño de instituto.
- Éxitos de todos los tiempos – la descarto, no soy Star-Lord.
- Yo, yo mismo y David Bowie – la mezcla entre Jim Carrey y David

Bowie me ha quedado regular.

- *There's a lady who's sure all that glitters is gold.*

Juro que la última existe y me la he pasado a mi propio reproductor. Ninguna me convence, así que han acabado en la basura. La razón es clara: son todas yo. Mis gustos y yo. Plasmados en canciones que no me cansaría de escuchar nunca. Pero no quiero que *Jules* tenga mis gustos, quiero que tenga los suyos, que los desarrolle, que ame la música. Y, como soy un estúpido idealista, creo que podría hacerlo gracias a otros que hacen lo mismo que yo: cantautores. Y, por alguna razón, que todos canten en español. Quiero que entienda la letra, el mensaje claro y el oscuro, lo que quieren transmitir, el llanto, la risa, el odio... Lo quiero todo para ella. Y, aunque sé que no debe de tener problemas con el inglés, por su trabajo, no creo que esté lista para Bob Dylan por mucho Premio Nobel de Literatura que tenga.

Seguro que si le explicara mi razonamiento a alguien me diría que soy estúpido. Si ha pasado veintimuchos años ignorando que existe un mundo que nos puede llevar a otros, escuchando la canción del verano y las cuatro cosas que ponen de fiesta, ¿por qué ahora iba a volverse una melómana? A ver, ente imaginario que ya me está regañando, no quiero eso, solo que la aprecie, que no tire mi puerta cada vez que tengo que componer y que, si escucha alguna canción que me ha inspirado ella, no salga corriendo. Poco más.

Y volviendo a mi ordenador. ¿Cómo se llama la lista? «Para *Jules*», y que

me perdone Beethoven.

—¿Qué haces, Nico?

Bajo la pantalla del portátil como si estuviese buscando anillos de boda para Alma: acojonado y sin ganas de que descubra lo que hago.

—¿Qué escondes?

Se sienta en mis piernas y me besa.

—Tú sí que no escondes nada. Ahora tengo vecinas, saluda, Al.

Ella gira la cara sin dejar de meterme mano y se encuentra con Estela y con Jules saludando. Las dos están sentadas en el sofá y no puedo saberlo, pero creo que estaban pasando de mí hasta que Alma y su cuerpo desnudo entraron en acción.

—No lo sabía. —Se levanta y se asoma por la ventana. Es una naturista convencida—. Pero ¡sí es Estela! ¡Hola!

Mi amiga se asoma a la ventana, mucho más vestida, y la saluda. Como son muy capaces de ponerse a hablar y que todos mis vecinos, por el patio de luces, las vean y escuchen, me acerco a Alma por detrás, le doy un beso en el cuello y le susurro que vayamos a la cama. Ella se gira y me salta encima. Le digo adiós a Estela con la mano y me meto en mi cuarto con Alma. Tendría que haber cerrado todas las cortinas. Me encanta mi piso, pero, desde que tengo vecina, la intimidad es algo del pasado.

—Nico, estás despistado.

Vaya sí lo estoy, pero me voy a centrar en ella ahora mismo. Lo necesito. Así que la dejo en la cama, deshecha de la noche anterior, y me lanzo encima de ella. La beso en la boca, en la barbilla, en las mejillas, en el cuello... en todo el cuerpo. Escucho pequeños gemidos y noto como me acaricia el pelo. Lo llevo corto, así que, cuando intenta tirar, se le desliza entre los dedos y se ríe. Acabo entre sus piernas, siempre me dice que le encanta, así que me tiro un buen rato lamiendo y acariciando, hasta que ella misma me retira y me quita la ropa con rapidez. En pocos segundos me encuentro desnudo, riéndome con ella, ya que un poco más y nos caemos de la cama por las prisas, y poniéndome un preservativo, mientras ella se acaricia. Es complicado poner atención a las dos cosas a la vez, me voy a volver loco.

—Ven, ya... —susurra.

Me hundo en ella con una facilidad que me encanta. Alma siempre lo da todo en cada cosa que hace. Y, en estos momentos, cuando compartimos el cuerpo, ella sabe dónde tocar, qué decir, cómo gemir para que yo me olvide de todo. Acabo sentado, con ella encima y mordiéndonos la boca de forma cada

vez más intensa. Cuando termino, siento una liberación que me recorre el cuerpo y que deja la mente en blanco. Me tiro en la cama y ella se tumba a mi lado.

—Nico.

Joder, puede hablar. Yo le respondo con un gruñido.

—Quiero más.

Cierro los ojos con una sonrisa en la boca, me giro y le digo:

—Tus deseos son órdenes.

Alma se marcha después de comer conmigo. Cuando cierro la puerta, escucho mi teléfono móvil y me dirijo al dormitorio, donde creo que lo vi la última vez. Al pasar por la habitación cerrada, esa que no se abre desde hace un año más o menos, apago los sentimientos, toco la puerta con la palma de las manos y apoyo mi frente en ella. No quiero ni pensar en nada de lo que guarda. Ahí solo encuentro recuerdos dolorosos. La única persona que entra es María para limpiar de vez en cuando y yo nunca miro dentro. Es como mi retrato de Dorian Grey.

Con la tontería, olvido la llamada; es Tiago, que no pierde el tiempo y me manda un mensaje para decirme dónde y a qué hora nos vamos a ver. Le mando un wasap a Estela, que creo que es la persona que necesita más una borrachera del mundo, pero que no bebe. Y, casi sin saber por qué, también le escribo a *Jules*. Ella sería, sin duda, la segunda. Las dos me dicen que sí casi a la vez, seguro que han hablado.

Me paso toda la tarde tocando el piano y, a ratos, componiendo, aunque algunos de mis vecinos pensarán que aporreando al pobre. Estamos a mitad de mayo, la gira comienza en julio y acaba en septiembre, hay mucho trabajo por hacer. La semana que viene me hago una serie de fotos promocionales, hablaré con los patrocinadores y pronto hay que dejarlo todo listo para nuestro viaje por toda España. Estoy muy emocionado; hace cuatro años, tuve una oportunidad parecida, pero todo acabó de una manera muy distinta, no pudo ser. Por mi culpa, no pudo ser. Ahora sí lo he conseguido. Es una pasada. Mi último disco —tengo dos— es el que me ha dado la alegría. Aunque es posible que, si tengo éxito, el primero se reedite.

Todo marcha. Todo va sobre ruedas.

Y la felicidad, ese sentimiento tan ajeno a mí en los últimos años, me

abruma y necesito hacerme daño de alguna manera. Lo necesito tanto que me agobio, me cuesta respirar. Es imposible, estoy acostumbrado al fracaso, no al éxito. ¿Qué mierda pasa? ¿Qué mierda me pasa? He vivido los últimos años anestesiado, casi drogado; en ocasiones, literalmente. Y, joder, cuando me pongo a pensar en todo lo que va a cambiar, en que, de verdad, estoy a punto de rozar mi sueño con la punta de los dedos... me agobio.

Menos mal que existe la azotea.

Cuando subo, cierro los ojos y espero que el aire pase a través de mí. Respiro hondo e intento recuperar la tranquilidad. Asumir que va todo bien y que no la voy a cagar. Este es mi mayor miedo. Siempre la lío. A veces, es una pequeña decisión, algo que parece insignificante y que acaba poniendo mi mundo del revés y destrozándolo. Me pregunto qué será esta vez. Hace unos cuatro años se me presentó una gran oportunidad en el mundo de la música, la mejor que he tenido hasta este momento, pero, a la vez, se presentó otra, una que deseaba con todas mis fuerzas.

Y no elegí la música.

Eso no me va a volver a pasar.

Nunca.

Esta vez, no voy a elegir mal. De verdad, me lo prometo a mí mismo.

Vuelvo a respirar hondo y, aunque sé que parece incoherente, necesito fumar. Y a eso me dedico hasta que logro templar los ánimos.

—¡Nico! —escucho gritar a Estela desde la puerta de la casa de *Jules*—. ¡No me haces caso!

—¿Qué quieres? —pregunto con desgana, casi con el mismo tono que le ponía a mi madre cuando tenía catorce años, mientras le doy una calada al cigarro; creo que es la número mil doscientos.

—Llegamos tarde, ¿vamos o qué?

¿Yo les había dicho que haría de chófer?

—Yo hoy no conduzco, quiero beber.

Estela se pone a mi lado, pone cara de desgana y me pega en el hombro.

—Eso ya lo sabía, os llevo yo. Vamos, que Julia ha estado tres horas para arreglarse y tú, ¿lo has intentado tan siquiera?

Niego con la cabeza.

—Anda, baja y ponte al menos unos zapatos; en cinco minutos nos vemos en el portal, tengo el coche en la puerta.

Apago el cigarro y me voy a mi cuarto, me pongo lo primero que veo y me cambio de camiseta para que no huela a bar de carretera de los años ochenta.

La sensación de angustia ha desaparecido un poco, no tanto como debería. Espero que, tras la primera cerveza, todo se diluya.

Bajo por las escaleras con algo de prisa, no sé bien la razón. Las dos me están esperando en el portal. Me paro antes de bajar los últimos escalones. Es la primera vez que veo a *Jules* arreglada, sin pijama y sin ese halo de tristeza que siempre la acompaña. Lleva un vestido corto de manga casi larga, ancho, con un estampado que me da igual, pero que hace que la mire con otros ojos. Ella es mi musa, aunque no se lo diga mucho. No quiero verla como algo más, pero es cierto que me atrae, tiene algo que me hace querer ser mejor persona para verla sonreír, casi desde el primer momento. No sé si será por lo que me evoca o porque es alguien especial, pero a su lado me siento desnudo, como si todas esas capas de inseguridades, recuerdos podridos y dolores no existieran para ella. Y yo solo fuese Nico, sin más, sin pasado, sin cicatrices, sin mochila.

—¡Vamos, Nico! —Estela está muy nerviosa.

Los tres nos vamos al coche, que está cerca. Les hablo con monosílabos, tengo que recuperarme un poco del susto. Decido ponerme en el asiento de atrás. Más tranquila, Estela pone música y suena Scorpions. Este va haciéndole una presentación a *Jules* de las personas que vamos a ver: a Tiago y a su prometida, Romina; a Víctor, dentista y obsesionado con los viajes; a Jacobo, el hermano de Romi, los dos tienen una tienda de móviles; y a Sonia, que es piloto y seguro que acaba de aterrizar de cualquier lugar del planeta. A mí, que odio volar, me sorprende que alguien haya hecho de su trabajo el estar siempre por el aire. Me alucina que no le dé miedo que una cosa tan grande no colapse y caiga.

En mi casa, mi madre dice una cosa de la gente como Estela: que tiene una flor en el culo. Sí, no es muy elegante, pero es muy visual. Aparca casi en la puerta del local al que vamos. Se llama La chica de ayer y solemos pasar en él demasiados fines de semana. Normalmente hay música en directo y la dueña, Marisa, a veces nos invita a subir para hacer el tonto cuando Tiago y yo vamos un poco torta. En ocasiones, también ha venido Alma y nos hemos liado con la música hasta que nos han echado.

Nada más entrar, Sonia sale corriendo y me da un abrazo, como si hiciera años que no me viera. Y solo hace unas semanas. Ella es así, efusiva y chillona.

—¡Nico! Me acaba de decir Tiago lo de tu gira, ¿en serio? ¡Ya era hora de que alguien se diera cuenta de tu talento! ¿Cómo lo vas a hacer con los viajes?

—La mayoría son por carretera, Soni. —Se engancha de mi brazo y me lleva a la mesa.

—¿La mayoría?

—No sé cómo llegar a Mallorca en coche.

—¿Avión? Ufff, no pienses mucho en eso. ¡Tómame algo! Una pastilla hace milagros. Uy, hola —se dirige a *Jules* y, antes de decirle nada más, repara en —: ¡Estela!

Se lanza a por ella y la abraza. Nada sorprendente. Le tiendo una mano a mi vecina, me la da y la llevo con mis amigos. La presento y nos sentamos uno al lado del otro. Este y Soni tardan un rato en llegar, habrán estado en la barra hablando de sus viajes. Esta noche hay un grupo que hace versiones de éxitos de los setenta y de los ochenta.

—Me apuesto una cerveza a que acaban con *La chica de ayer* —le digo a Tiago, que está sentado a mi lado.

—No hay que ser vidente para poder saberlo, tío. Pasa con ocho de cada diez grupos.

—Amén.

Sonia trae un par de cervezas para ella y para mí; se lo agradezco. Mientras que Estela lleva dos botellas de agua con gas. Joder, puta agua con gas. ¿Qué le pasa por la cabeza?

—¿Tú también odias el alcohol los sábados por la noche? —le pregunto a *Jules*.

—No, es solo que...

—Ya voy yo.

La corto, me parece horrible que Estela le imponga su forma abstemia de vida; lo mismo también la ha vuelto loca con el hígado, la cirrosis, las guerras o el mal en el mundo. Yo qué sé.

—¿Qué quieres, por cierto? —le pregunto ya levantado.

—Una cerveza estaría bien.

—Las dos aguas con gas son para mí —dice algo repipi Estela.

—Sí, ya.

Llego a la barra un poco a empujones. Marisa está detrás y me guiña un ojo.

—Me ha dicho un pajarraco que te vas de gira —dice y me planta dos besos. Joder, puto Tiago, ¿hay alguien en esta ciudad que no lo sepa?

—Así es, he logrado engañar a unos cuantos locos.

—Es uno de tus encantos.

—¿Cómo?

—Ese aire de despistado, como si las cosas te cayeran del cielo y no por esfuerzo. Es una lástima que a mí ya no me engañes. Tiene su punto, Nico. ¿Qué te pongo?

—Un par de tercios.

Sí, dos, a mi vuelta Tiago habrá dado cuenta del mío, como si no lo conociera. El grupo está tocando una versión muy curiosa de *Hooked On A Feeling* de Blue Swede, hasta me dan ganas de bailar. Pero me reprimo, mi halo de... ¿cómo ha dicho Marisa? Tipo despistado, creo, pues eso, me impide bailar con elegancia. Parezco un borracho montado en un barco. Mejor no.

Pago y me voy a la mesa, donde Sonia y Estela están cantando a todo pulmón y sí bailan. Le pongo la cerveza a *Jules* en la mesa y yo me siento ya bebiendo de la otra. Esa noche tengo dotes de adivino, ya que la mía está vacía. Romi está interrogando a *Jules* con muchas ganas. Sangre nueva. Pobre.

—¿Y cuándo empiezas a trabajar? —pregunta la novia de mi amigo.

—En julio, a finales.

—Justo cuando Nico se va, así no te dará el follón con el piano y podrás levantarte por las mañanas. ¿Te vuelve muy loca?

—A ratos, sí, la verdad.

Romi levanta las cejas, bueno, las pocas que tiene, es un rasgo distintivo, parece que tiene una hilera pequeña de hormigas sobre los ojos y resalta el marrón expresivo que tienen.

—Nos conocimos así —le digo y, sin querer, acaparo la atención—. Vino a casa a gritarme que dejara de aporrear el piano.

—¿Contigo no tiene trato por dar el follón fuera de las horas permitidas?

—No, dice que me espere a la siguiente junta de vecinos.

—¡Chico listo! —grita Tiago, que ya va algo perjudicado.

—El problema es cuando se atasca —comienza a explicarse *Jules*, y la verdad es que me interesa mucho, por fin parece que le llama la atención algo de lo que hago—. Es decir, cuando toca la misma melodía una y otra vez o, simplemente, toca cosas inconexas. Nada bonito, más bien, obsesivo. En esos momentos es cuando solo quiero tirar la puerta abajo e intentar sacudirle la cabeza, para que saque ya lo que tiene y lo acabe. Para que vuelva a lo bonito.

—¿Lo bonito? —le susurro y, no sé bien por qué, le rozo la mano por debajo de la mesa. Ella no huye de mi contacto, solo me sonrío.

—Haces magia al piano, Nico, eso es lo bonito. En más de una ocasión me he quedado sentada en el sofá escuchando tus melodías. Son mágicas. Solo que

te cuesta mucho sacarlas.

—Soy un perfeccionista.

—No, eres un poco loco obsesivo —me corrige.

La miro a esos ojos que me encandilan tanto. Lo cierto es que ya no escucho la música, ya no oigo los comentarios de mis amigos ni me importa el griterío del local. Solo la miro a ella y a esos ojos tan curiosos, tan profundos, tan... míos, y me doy cuenta de que cuando *Jules* se abre un poco, parece que es como una corriente de energía que me atrae hacia ella.

—¡Esta noche follas! —grita Tiago y me da en el hombro un buen golpe.

Rompe el momento. Claro.

—¿Qué dices? —le pregunto con desgana, apartando mis ojos de ella, pero mi mano sigue acariciando la suya.

—Alma acaba de entrar al local.

Por un instante me he perdido en los ojos de *Jules*, y eso no es bueno. Nada. Si algo he aprendido a lo largo de los años es que las relaciones serias no van conmigo. Solo lo intenté con Ali, guardo recuerdos hermosos y otros que quiero enterrar. Solo con ella. Solo ella me puede entender. Al final, solo queda ella. Así que la intervención de Tiago es correcta.

Separo mi mano de la de *Jules*, y ella da un saltito pequeño en su asiento, bebe un trago y me pregunta:

—Nico, ¿mañana vas a la residencia donde está mi tía Maru?

Claro que voy, todos los domingos voy.

—Sí.

—¿Te importa si te acompaño? Quiero verla.

—Pero yo estaré bastante rato, a veces estoy casi todo el día.

—Genial, así estoy más con ella. ¿Te molesto?

Sí y no, no y sí. No sé, mis horas con mi padre son mías y de él. Bueno, de esa parte que queda de él. No tengo claro que me apetezca mucho que *Jules* entre en esa parcela de mi vida.

Cierro los ojos, respiro y le digo lo primero que pienso.

—Vale, vente conmigo.

Una vez que lo suelto me siento algo mejor, pero el recuerdo de lo que está por llegar al día siguiente me hace agitarme. Siento una mirada en la nuca, me giro y es Alma, que me saluda con la mano; está con unos cuantos amigos. Me levanto y me disculpo con mi grupo, necesito quitarme esa mala sensación, dejar de pensar. Y Alma me entiende, Alma no quiere más de mí, ella solo disfruta y se deja llevar. No tiene ojos que chillan, no tiene esperanzas en mí,

no tiene ganas de mantener una conversación profunda conmigo. Ella solo quiere el envoltorio, no quiere al Nico que hay más allá de un tonto.

No quiere nada complicado.

Y eso facilita las cosas.

No me quiere a mí.

Y eso me hace besarla y querer perderme en ella hasta el amanecer.

En pocos minutos estamos desnudándonos en el cuarto de baño.

Vuelvo a casa bien temprano. No he dormido mucho. Mejor. Me ducho sin prisa, dejando que el agua calme la ansiedad que me provoca el domingo. El día del descanso. Mis cojones. Es el día más complicado de la semana, ese en el que me enfrento al vacío en el que se está convirtiendo mi padre. Es doloroso como solo lo son las cosas que importan. Como su divorcio, como la ruptura con Ali, como la pérdida de mi sueño, como todo lo que ocurrió hace cuatro años. Arde, duele y explota cada cierto tiempo.

No quiero ir más allá, así que me pierdo en el agua que recorre mi cuerpo y vienen a mi cabeza las imágenes de la noche anterior: los gemidos de Alma en el cuarto de baño de La chica de ayer, sus besos de camino a su casa, su mano buscando cómo desabrochar mi pantalón... y los ojos de *Jules*. Mierda, no es el puto momento de meterse en mi cabeza. En serio, no lo es. Cierro el grifo y salgo malhumorado de la ducha. Me visto con lo primero que pillo, creo que está algo sucio, ya que estaba tirado en el suelo y María mete la ropa limpia en su sitio o, más bien, en el lugar que ella cree que debería estar. Me he pasado semanas sin calzoncillos solo porque se me olvidaba preguntarle dónde los había metido. Ali siempre decía que era la persona más complicada del mundo para convivir; según ella, que todo me dé igual es exasperante. Lo que para ella era dejadez, para mí era evitar una colisión frontal de su mal genio contra mi orgullo. Debo decir que mi estrategia rara vez funcionaba.

Me hago un café bien cargado y escucho como el edificio se va despertando: Miranda regaña a Jesús, su hijo, porque no quiere levantarse; José le canta a Puri, como todos los domingos, *Cielito lindo* con esa voz de gallo recién levantado que asusta; alguien tiene puesta la tele a todo lo que da, debe de ser Aureliana; y *Jules*, a la que veo perfectamente, está empanadísima, observando la pared con una taza en la mano.

—¡*Jules*! —le grito. Está todo el edificio despierto, vaya mierda de

domingo que nadie remolonea en la cama. Ella me ignora—. ¡*Jules!* —vuelvo a intentarlo y, en esa ocasión, al fin se da cuenta—. Te recojo en diez minutos, ¿vale?

Ella solo asiente, le cuesta un trabajo inmenso levantarse. Ahora que lo pienso, ¿dónde está Estela? No ha dormido en mi casa ni parece que esté en la de mi vecina, así que decido enviarle un wasap a ver si durante el día se digna a contestar.

Me acabo el café con tranquilidad y decido respirar hondo unas cuantas veces antes de coger las llaves del coche. Se ve que el momento de relajación me lo he tomado muy en serio, ya que *Jules* aporrea mi puerta y parece que los diez minutos pasaron hace cinco. Abro y tiene cara de pocos amigos. Se le ha juntado su mal despertar legendario con mi falta de puntualidad. Es una cosa que sé que odia.

Bajamos las escaleras en silencio mientras ella va refunfuñando. Joder con la señorita *solo-yo-hago-las-cosas-bien*. No es un día sencillo, ponme las cosas fáciles, *Jules*.

En el garaje, le señalo con un gruñido cuál es mi coche, ella asiente con la cabeza y se mete. Ni una puta palabra. Nada, así que prefiero que sea Joaquín Sabina quién hable por nosotros en su directo *Nos sobran los motivos* y escucho su voz gastada diciendo: *Mis padres vivían encima de una discoteca. Todas las noches se quejaban los de la discoteca porque hacían mucho ruido*. Así comienza una de mis canciones favoritas, al final termino cantando:

—*Descubrieron que los besos no sabían a nada. Hubo una epidemia de tristeza en la ciudad.*

—Eso es un poco triste, ¿no crees?

—Ahora hablas...

—Vete a la mierda.

—Sí, es muy triste, pero la mayoría de las relaciones acaban así.

—¿Cómo?

—Podrías, *Jules*.

—Tienes razón —susurra y se gira para observar las calles.

—*Ruido, ¿qué me has hecho? Ruido, yo no he sido... Ruido, ¿a qué has venido?*

Me callo mientras busco aparcamiento y, con el final de la canción, llegan los aplausos. Yo fui a uno de los conciertos de esa gira, era bastante más joven y recuerdo que me fascinó observar a la gente casi en trance cantando, siguiendo la letra y sin querer que acabase su canción favorita. Durante *Y sin*

embargo cantamos tantas veces el estribillo que Sabina ya no sabía qué hacer para callarnos. Hizo dos bises y yo me quedé con la sensación de haber presenciado un momento único. Ojalá yo alguna vez pueda dejar esa huella en alguien.

Aparco y tengo ganas de decir alguna obviedad, como que ya hemos llegado, solo por entablar una conversación que me quite algo los nervios de ver a mi padre o a quienquiera que sea hoy. No lo hago, no me siento con fuerzas. Salimos del coche, ella me sigue, claro, no sabe ni dónde está, no he aparcado cerca.

Nada más entrar, como casi siempre, localizo a Maruja en el patio con sus amigas, todas charlando y de buen humor. En serio, es un lugar deprimente, al menos para mí lo es. Me siento como entrando a un aparcamiento de personas mayores o enfermas. Y el olor... eso es para mí lo peor, parece que nunca se va a marchar. Y eso que, dentro de lo que cabe, es de lo mejor que encontré para mi padre, dadas las circunstancias.

—¡Juli! ¡Nico! —grita Maruja. Tiene una mirada soñadora que no le había visto antes y una sonrisa genuina que le quita diez años de encima. Vaya, quiere a *Jules* muchísimo.

Se abrazan durante un buen rato y yo aprovecho para saludar a las mujeres presentes. Cuando acaban, muevo la silla de ruedas de Maru hasta un lugar más apartado donde poder hablar.

—Juli estás preciosa, te ha venido bien volver a Madrid.

—Gracias, tía.

—En cambio, Nico, tienes aspecto de no haber dormido.

—Es que no lo he hecho, Maru.

Ella pone cara interesada, pero no pregunta nada. Entre nosotros se instala el silencio y un viento suave que mece el pelo rubio de *Jules*. Noto como el corazón me late cada vez más deprisa. Llega el momento.

—¿Cómo está?

La cara de Maruja cambia de forma radical.

—Hoy no... hoy no está muy bien. Lo he visto muy agitado, Nico, quizá no deberías aparecer, ya sabes cómo se pone contigo en estas circunstancias.

Jules nos observa como en un partido de tenis, sin decir ni media palabra.

—Al menos, tengo que intentarlo, ya lo sabes.

—Claro que sí, hijo, claro que sí. Yo me quedo aquí con Juli, que tiene mucho que contarme. Tú ve con él, está en su cuarto.

Como siempre que sé que está mal, me tiembla el cuerpo un poco, no

puedo controlar las manos. Es una sensación curiosa, extraña y desagradable. Como perder los nervios y que estos se escaparan por todos los poros de mi cuerpo. Hasta me castañetean un poco los dientes. Es la forma que tengo de liberar tensión y de esperar lo peor. Por el pasillo que da a donde duerme mi padre, voy escuchando los ruidos, me saluda un enfermero que pasa por mi lado y me mira con pena. Y creo que lo escucho diciendo que no. Me viene el recuerdo de una conversación con el médico:

«No hay que tenerle en cuenta todo lo que dice o hace, Nicolás, habla la enfermedad, no su padre».

Lo sé, claro que lo sé. Mi padre no era así. Me dijeron que lo normal es que si la persona tenía rasgos agresivos, se podrían agravar con el paso de la enfermedad. Mi padre nunca fue violento ni en su forma de hablar ni de actuar. Es un síntoma más de que lo estoy perdiendo, de que ya no podré sentarme a su lado y contarle lo que me hace feliz, lo que me duele o con lo que sueño. Bueno, lo puedo hacer, pero sé que él no lo asimilaría igual.

Es la enfermedad, es la enfermedad, es la enfermedad... me digo como un mantra.

—Vamos, Rodrigo —dice Juanma, el enfermero que más tiempo pasa con mi padre—, que hace buen día y podemos dar un paseo.

Me asomo y veo como lo está ayudando a ponerse una camiseta. Mi padre refunfuña, es normal, a mí tampoco me gustaría que me ayudasen para casi todo. Según me dijo el médico, está en plena fase seis. Cuando llegue a la siete, dejaré de contar fases, no queda ninguna más. Y eso me asusta muchísimo. Me quedo en la puerta, está agitado, y prefiero esperar a que se vista y se sienta cómodo para entrar. Le han cortado el pelo, no le queda mal. Tiene toda la cabeza blanca, creo que, hasta que él pudo controlarlo, se lo teñía a escondidas. Mi padre siempre fue muy coqueto, aunque no lo quería admitir.

—Hola, papá. —Me acerco a ellos cuando veo que está listo para salir al patio—. Hola, Juanma.

Mi padre no dice nada, solo se queda observando lo que hay tras la ventana, mientras que el enfermero me saluda. Es un hombre alto, musculoso y me parece muy buen profesional. Salimos con lentitud al patio, parece que a mi padre le apetece la idea, pero a mí ni me mira ni me habla. Es como si soportara mi presencia solo un poco. Cuando está con Juanma parece que se siente más seguro, tiene con él un vínculo que me encanta que se haya formado, de verdad, pero también me da algo de envidia. Conmigo es distante y, en

ocasiones, hasta violento. Y hace ya tiempo que no sabe quién soy.

Abajo, nos encontramos con Maru y *Jules*, que se ríen. Nos saludan, me encantaría poder pararme, presentarlos y que no sea todo tan raro. Ellas dos intentan que todo parezca casual, casi como un paseo por el parque y que, simplemente, nos cruzamos con algo de timidez, no por nada especial, no por mi situación personal. Solo sin más. Maruja me guiña un ojo y *Jules* me regala una sonrisa tan fantástica que hace que yo esboce la primera desde que me he subido en el coche.

Juanma no para de hablar, es muy dicharachero, yo no sé aún bien qué decir; cuando hablo mucho, termina insultándome y echándome de su lado, así que, cuando lo visito, intento estar con él, pero no molestarlo. En ocasiones, no sé cómo no hacerlo.

Nos sentamos los tres en un banco. A veces, como está comentando Juanma, me he pasado mañanas leyéndole algún libro; cuando se siente algo agitado, eso lo calma. Una vez fuera, parece que todo va a mejor. Comienzo a hablar con él, a contarle lo de la gira, cómo va avanzando todo. El enfermero está muy atento y me hace preguntas.

—Bueno, como veo que estáis tan bien, ¿te parece si voy a por un libro? —me pregunta con palabras muy pausadas.

—Claro, nos quedamos aquí, te prometo que no me lo llevo de fiesta —bromeo.

Juanma le dice que vuelve en unos minutos. Imagino que tendrá también otras obligaciones. Nos quedamos por un momento callados, últimamente conmigo no habla mucho, solo con monosílabos.

—Como voy a estar dos meses fuera, ¿te parece si te llamo?

Se encoge de hombros o hace algo parecido, mientras sus ojos buscan a una persona que no soy yo.

—Vas a estar bien, papá, Juanma cuidará de ti y yo volveré tras el verano. Me mira enfadado.

—¿Dónde está? —pregunta sin más, despistado, casi asustado.

—¿Quién, papá? ¿Juanma?

—¿Dónde está? —casi grita.

—Viene ahora mismo, papá.

—No, ¿dónde está?

Se levanta algo perdido y se pone a gritar la pregunta y palabras inconexas.

—Papá, viene ahora mismo, solo ha ido a por un libro.

Eso no lo tranquiliza nada, yo nunca lo tranquilizo nada, así que sigue

gritando y, cuando intento pararlo para que no se haga daño, me empuja, me da con los puños y lo aguanto como puedo, solo estoy preocupado por él. Me importa poco lo que me haga, solo quiero que se tranquilice, que no se haga daño. Y como en la historia de la humanidad pedirle a alguien que no se altere no ha valido para nada, no lo hago. El tiempo pasa lento, casi como si se hubiese paralizado, pero a mí solo me preocupa que está tan alterado que puede acabar mal. Y creo que han pasado horas, pero, por otro enfermero que viene de camino, lo mismo han sido unos segundos.

—¡No me toques! —me grita—. ¡Quita!

—Vamos, papá, viene ya. Siéntate, lo esperamos juntos.

—¡Que me dejes, imbécil!

—Te dejo, pero viene en nada. Entretanto, podemos...

—¡Apártate, bobo!

No le digo nada más, es como si eso lo pusiera más crispado aún. Me empuja, logro mantener el equilibrio gracias a una mezcla de buena suerte y reflejos; pierdo a mi padre de vista un momento, lo justo para mirar dónde poner los pies y lo siguiente que sé es que está en el suelo, sangrando. Se ha hecho daño y, cuando intento ayudarlo a levantarse, aparece por fin su enfermero con otro empleado y entre los dos lo ayudan. Mientras, él sigue gritando que lo deje en paz, que no lo siga, que soy idiota y no sé cuántas cosas más que no tienen sentido.

—Rodrigo, ¿estás bien? —le pregunta.

—No.

—Vamos al cuarto, ¿vale? —le pregunta Juanma, y él asiente.

—Os acompaño.

—¡Tú no! ¡Déjame en paz! ¡Vete! ¡Joder! ¡Que te vayas!

Levanto las manos, Juanma me mira con lástima. Mi padre camina con torpeza, así que paro al otro chico y le pido que me llame para decirme si está bien. Yo no puedo soportar estar en este lugar ni un momento más. Vuelvo a temblar, noto que necesito salir corriendo. Y, cuando lo veo perderse por el edificio, decido largarme. Sin mirar atrás, me voy al coche casi corriendo. Cuando llego, busco en mis bolsillos las llaves.

—¡Nico!

Las encuentro y, con las manos temblorosas, le doy al botón para abrir el coche.

—¡Nico, espera! ¡Nico!

Me siento en el asiento del conductor y *Jules* para a mi lado agitada. Le da

un golpe al cristal y pasa por delante para sentarse en el coche.

—Nico...

No digo nada; si no, sé que se quebrará mi voz. Así que arranco el coche, solo quiero llegar cuanto antes a casa. Estoy cansado, triste y sin ganas de hablar. Agradezco que ella no diga ni una palabra más, no sabría qué contarle. No hablo de mi padre con nadie que no sea mi madre; ni con Estela, que, en ocasiones, pregunta, pero yo nunca profundizo. No quería que *Jules* viera tan claro cómo es mi relación con él. La última persona a la que dejé entrar en ese espacio de mi vida, huyó. No quiero que nadie más me juzgue por no poder ayudar a mi padre, por no estar con él más tiempo, por no ser capaz de hacerle llevar mejor su enfermedad. Siento que solo pago y lo dejo aparcado. No sé qué más hacer.

Paro en un semáforo rojo, dándole vueltas a lo poco que hago por él, cuando me llaman al móvil. Es la residencia. Lo pongo en manos libres, peor no puede ser ya. *Jules* aguanta la respiración.

—¿Nicolás? Soy Antonio, el médico que está de guardia en la residencia de tu padre.

—Hola, Antonio, dime.

No puedo ser más seco, estoy muy nervioso.

—Con la caída, tu padre se ha hecho daño en el tobillo, vamos a llevarlo al hospital para que le hagan una radiografía y ver cómo está. También tiene algunos rasguños, pero no son importantes, en principio solo nos preocupa eso.

—Vale, dime a cuál y voy para allá.

—Nicolás, después de ver su reacción contigo esta mañana es mejor que no estés presente. Hoy no tiene un buen día. Te prometo que te tendremos informado y, si quieres, puedes verlo mañana. Aunque, claro, la decisión es tuya, ¿te parece bien?

No, no me parece bien, pero creo que es lo mejor para él.

—Está bien, espero tu llamada.

Creo que se despide, pero yo no lo oigo, ya que escucho unos cuantos cláxones e insultos dirigidos a mí por no moverme. Pero prometo que no puedo, estoy casi paralizado. Un coche me pasa por la derecha y se detiene para decir algo.

—¡Que te jodan, tío! —le grita *Jules*. Me giro y la observo, le sigue diciendo cosas hasta que el coche se marcha. Se dirige a mí, con un tono muy calmado, tanto que no parece la mujer de hace unos segundos—: No pasa

nada, respira y espera el tiempo que haga falta. Yo me encargo de los capullos que vengan.

Asiento y decido llegar a casa cuanto antes. Y cuando digo «casa», sé que será donde esté ella. No sé de dónde sale ese pensamiento. En realidad, tampoco me importa.

Capítulo VII: Sigues pagando caro tu locura

—Para ahí, Nico.

—*Jules*, no pienso comerme una hamburguesa de mierda de comida rápida. Sé cocinar —le comento airado. Ella ha conseguido que se disuelva un poco la ansiedad que me corroe tras visitar a mi padre, pero yo no como...

—¡Que pares! —me chilla. Saca ese genio torcido que tiene recién levantada. Lo mismo es parte de su personalidad sin más.

Tengo miedo y paro el coche en el *parking* de un McDonald's, pero, cuando ella abre su puerta, me niego a bajar. Le digo que no con la cabeza y ni me quito el cinturón. Que vaya a ella a matarse lentamente.

—Mira, Nico —pone un tono que no deja resquicio a queja—, cuando me siento mal, cuando me pasan cosas malas, que no han sido pocas, lo llevo mejor si me como una hamburguesa y un helado. No sé, es casi terapéutico. —Se encoge de hombros—. Así que vamos, sin rechistar.

—Es que yo puedo hacer algo mejor... —replico con voz de perder la discusión.

—Sí, sabes cocinar —pone los ojos en blanco—, pero no es el momento de cocinar, es el momento de... no sé, Nico, pasar un buen rato.

—Jodiéndome las arterias con grasas saturadas...

—Me parece increíble que las grasas saturadas sean tu mayor enemigo y luego el tabaco es inocuo. ¡Doble rasero!

—No es lo mismo —murmuro y, tras un par de tirones del cinturón y unas cuantas palabrotas, salgo del coche.

Sigues pagando caro tu locura.

No sé decirle que no. Es que no tengo fuerzas para casi nada. Aunque he de admitir que *Jules* ha conseguido despistarme con todo este rollo. Cierro el coche y la sigo hasta el local. Ella, y eso me sorprende bastante, va dando saltitos como si estuviese muy contenta. Yo no sé por qué mierda está contenta, para mí el día no está mejorando justamente. Me fijo un poco en mi vecina; bueno, algo más que un poco. Su forma de andar me recuerda a la de una chica que me gustó mucho durante el instituto que era bailarina. Caminaba de forma muy similar.

—Ey, *Jules*, ¿has bailado alguna vez?

Ella se para, se gira y me mira como si le hubiese hablado en otro idioma, suajili, quizá.

—¿Qué dices?

—Si tengo razón y has hecho danza, no comemos aquí.

—No, vamos a comer aquí —dice mientras abre la puerta del local—. ¿Qué quieres?

—No sé, pide tú, yo por aquí no vengo.

—Vale, ve a sentarte.

Me encojo de hombros. Voy a una mesa y me suena el móvil, es un mensaje.

Estela: Hoy no me esperes. Imagino que estarás con tu padre, luego hablamos.

Me saca media sonrisa, una media sonrisa cansada. Espero que se lo haya pasado bien, que al menos uno de los dos no tenga un domingo de mierda. Yo lo tengo bien jodido y creo que se lo estoy fastidiando a *Jules*. Le respondo a Este con emoticonos felices y observo el teléfono, estoy esperando a que me llame el médico para saber cómo está mi padre. Lo siento tanto. Creo que, durante toda la semana, me anestésico en este sentido, no puedo hacer más, creo o espero. Mi padre ya no está, y aceptarlo es tan duro que tengo claro que no lo asimilaré nunca.

Le doy vueltas a los contactos del WhatsApp y me fijo en la foto de Ali, sale sonriente, en la playa. Sigue siendo la mujer más bella que conozco, con esos ojos azules aguamarina y ese hoyuelo que me encantaba tocar cuando sonreía conmigo. Ahora lleva el pelo rubio, no es como *Jules*, que tiene un color brillante, con tonos claros y, en mi escasa experiencia en tintes y pelo, creo que es natural. En cambio, también puedo decir que Alicia no es rubia, la conozco desde el instituto, aunque le queda fenomenal. Le doy a su perfil y me sale la última conversación que mantuve con ella, una felicitación por Navidad, y estamos a finales de mayo. No es más que el típico mensaje cutre que se reenvía sin mirar a todos los contactos, yo le di las gracias y le deseé lo mejor durante las fiestas. Me encantaría poder hablar con ella, de verdad, comentarle que lo he perdonado todo, que la echo de menos y que creo que nunca podré volver a enamorarme de nadie como lo hice de ella. Que creo que ha sido el único amor de mi vida y que, siendo sincero, no pienso buscar otro.

—¡Aquí estoy! Te he pedido de todo: hamburguesa, refresco, patatas, *nuggets* y helado. Ya verás como luego te sientes mejor.

—Mis arterias seguro que no, *Jules*.

Ella bufá y me tira una patata a la cara. Sonrío. Me meto una a la boca con desgana, deajo el móvil a un lado y la observo comiéndose todo eso casi extasiada. Yo no tengo mucha hambre, pero picoteo un poco.

—No me has dicho si has hecho danza o no.

Deja la hamburguesa en la caja de cartón y le da un sorbo al refresco.

—¿Jugamos a adivinar cosas el uno del otro?

—¿Tenemos catorce años?

—Mentales puede que sí.

—*Touché, Jules*. Juguemos a adivinar cosas. Empiezo yo: creo que hiciste danza de pequeña.

—Así es, mis dos hermanas, Claudia y Paula, y yo estuvimos yendo a clase cuando éramos unas crías. Claudia lo dejó en cuanto pudo; en cambio, Paula y yo aguantamos hasta que había que dar el paso a algo más serio y al final lo abandonamos. Ahora solo bailo en casa, nunca fue mi verdadera pasión. Ninguna de las tres desarrollamos ese amor.

—Veo un patrón en vuestros nombres, creo que...

—¡No, no, no! Es mi turno de adivinar. Si lo acierto, me cuentas algo, como he hecho yo, ¿vale?

—Vale.

Chocamos las manos y me decido a comenzar a comer esta bomba calórica. *Jules* decide pensárselo un poco mientras se da toquécitos en la boca.

—Creo que eres un loco de la comida porque de pequeño eras un niño gordo... muy gordo.

Me río muchísimo, como hace tiempo que no disfruto de una conversación. No sé de dónde ha salido ese pensamiento, pero ha hecho que me olvide de todo, hasta de las grasas saturadas. Asiento con la cabeza y me quedo algo pensativo, busco en el móvil una foto que mi madre me envió hace unos meses, que encontró limpiando no sé qué cosa. Salgo yo tan gordo que dan ganas de darme cachetes en la cara de pan.

—Fui un niño gordo, me llamaban *El bola* y solo me cogían de portero cuando jugábamos al fútbol en el patio del colegio. Luego, durante la adolescencia, di un estirón y ya adelgacé bastante. Ahora me cuido y no como esto. —Señalo los *nuggets*—. Mira esta foto.

Le paso el móvil y ella abre los ojos de par en par. Se tapa la boca con una mano, para que no la vea carcajearse.

—Anda, riéte tranquila, tenía una pinta ridícula. Mi madre me compraba ropa ajustada soñando con que algún día me valdría. Mi padre se peleaba mucho con ella por eso.

—Eras un niño de papá.

—Soy un niño de papá, *Jules*.

Me pongo algo melancólico y ella me pide disculpas muy flojito. Me pasa el móvil y a mí se me quitan las ganas de comer del todo.

—Venga, te toca.

—No sé, *Jules*. —Me froto los ojos y creo que debería estar solo, cambio de humor cada poco tiempo. Aunque sé que ella opina lo contrario.

—Pégale un bocado a la hamburguesa y piensa en algo que creas de mí, algo que te parezca una verdad absoluta. Como que fui bailarina. ¿Se te ocurre algo?

En este instante, quizá por conversaciones pasadas o por su reacción o por el momento, tengo una epifanía. Sé, incluso sin que ella me lo confirme de ninguna manera, que tengo razón.

—Todo este rollo de comer hamburguesas te encanta gracias a Maruja.

Jules pone ojos de asombro, sé leer tan bien su mirada que podría decir casi en cada momento qué está pensando, qué se le pasa por la cabeza e, incluso, si está maquinando alguna maldad. Y, en ese instante, sé que he dado en el clavo.

En su boca se forma una sonrisa socarrona que tira de mi cara para que aparezca una igual.

—Es verdad, tienes toda la razón. Si quieres saber más... te tienes que comer unas pocas patatas.

—¡Dios! ¡Solo quieres matarme! —le digo en broma y me meto un puñado de palitos amarillos que huelen a fritanga en la boca. Lo siento, paladar, otra vez será.

—Mis padres se casaron mayores, mucho, yo no tengo claro hasta qué punto estaban seguros con el tema de la paternidad, pero la cosa es que sé que mis dos hermanas y yo fuimos muy buscadas. Y somos trillizas.

—¿Trillizas? ¿Hay dos más por ahí asustando a la gente? Creo que el mundo no podría soportarlo...

—No, la que tiene peor carácter es Paula... En serio, yo, a su lado, soy un gatito ronroneando por la mañana.

—Por favor, no me la presentes.

Jules se ríe y continúa.

—Te digo eso de mis padres ya que, una vez que nos tuvieron, se agobiaron bastante y los temas complicados los llevaban regular. Y para eso estaba mi tía Maru, la hermana mayor de mi madre. De pequeña, viví en Madrid unos años; luego, cuando mis padres cambiaron de trabajo a otra ciudad, veníamos durante las vacaciones a pasar unas semanas con los tíos.

»El edificio donde vives fue un antigua fábrica que perteneció al padre de mi tío. Cuando murió, como hijo único, decidió construir pisos y alquilarlos. Con el tiempo, tuvieron que venderlos y solo se quedó con los dos áticos. En el que vivo yo y el tuyo. La tía Maru y el tío Agustín nunca tuvieron hijos, eran mayores que mis padres y se alegraban mucho de tenernos a las tres dando vueltas por su casa, ya que, hasta que se murió el tío, hará ya unos ocho años, los dos áticos estaban unidos, por eso daba igual que se viera todo por el patio de luces, era la misma casa con pocos habitantes.

—Vaya, no tenía ni idea de que eran una sola casa, pero sí sabía lo de la fábrica. Por eso pensaba yo que era todo tan raro...

—En fin, las tres pasábamos mucho tiempo con ellos mientras nuestros padres trabajaban, y con la abuela, que vivía aquí. Y esta tradición de ahogar las penas en hamburguesas y helados nació cuando murió. La tía Maru nos llevó a las tres a un McDonald's, años después supe que no había entrado a uno en su vida, pero se había informado y creía que a los niños les gustaba mucho. Allí nos contó que la abuela se había ido al cielo. Nos dijo que las penas con pan son menos y, gracias a su idea, hizo que un momento tan triste fuese uno de rememoración de la abuela. En definitiva, consiguió que, durante un rato, aún con el golpe inicial, no fuésemos tres mares de lágrimas.

»Por eso te he traído aquí. Ahora tú también eres parte de esta tradición.

—Vale, pero la próxima vez dejamos de ir a franquicias y yo te preparo la hamburguesa más rica que puedas comer. ¿Tenemos trato, Jules?

—Solo si me pasa a mí algo malo, si te pasa a ti te conformas con esto, ¿vale?

Me hago el remolón unos instantes hasta que choco la mano con ella. Se quedan unidas un poco más de lo habitual, hasta que ella pone fin al contacto, algo colorada, y esconde su mirada desviándola por la ventana.

—Me toca —susurra.

—Tómate tu tiempo —le digo. Yo también necesito un rato para asimilar todo lo que siento cuando estoy a su lado. No se parece a nada que haya vivido antes y creo que puede ser por esa tendencia que tiene, sin saberlo, a inspirarme canciones. Así es como se debe de sentir uno cuando tiene una

musa.

—Creo que echas de menos dormir conmigo —dice en un tono tan bajo que me cuesta entenderlo del todo. No aparta la vista de la ventana, como si fuese una confesión que ha hecho al viento y no a mí—. No creo que sea algo sexual, solo creo que lo echas de menos.

—¿Por qué lo crees?

Jules suspira, cierra los ojos un instante y los abre justo para observarme a mí, que estoy tan atento a cada uno de sus movimientos, para no perderme ninguno, que tengo miedo hasta de respirar.

—No es una corazonada, es una certeza, Nico. Veo tu cara cuando nos damos las buenas noches o cómo, cuando crees que ni Este ni yo te vemos, te quedas observando la puerta de mi cuarto. Creo que echas de menos tener a alguien a tu lado, aunque sea a la vecina loca que te chilla por las mañanas. Te sientes solo a un nivel espiritual que, por algo que desconozco, yo lleno.

—Tienes razón en parte y te equivocas un poco. No tengo un vacío existencial que cualquiera pueda llenar, *Jules*. Tengo un vacío existencial que no sabía que tenía hasta que te conocí y que ahora solo puedes llenar tú. Y sé por qué, te lo puedo explicar: me inspiras.

Noto como su cara se va poniendo cada vez más colorada. Es imposible no saber qué piensa. En ese momento, se siente halagada, tanto que no sabe cómo reaccionar.

—El primer día que te conocí estaba tan atrancado que ni escuché tus chillidos ni el timbre hasta que fue humanamente imposible. Nada más verte, me vino la inspiración y, por favor no me grites, debo confesar que estaba deseando que te marcharas para reescribir y mejorar la canción.

»Me inspiras. Tanto... Como nadie lo había hecho en mi vida. Y por eso hay un imán que me hace querer estar contigo. La pena es que tú odias la música, o al menos no te gusta la mía, e intento no agobiarte mucho.

—¿Te inspiro? —me pregunta incrédula, y eso que no es la primera vez que se lo digo.

—Como nadie. —Ni tan siquiera Ali—. Y lo siento, porque sé que te incomoda mucho todo esto, pero quiero dejar claro que no es físico, es espiritual.

Ya salió el Nico intenso. Espero que ella lo pueda capear.

—Yo también echo de menos dormir contigo.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Otra confesión, *Jules*: también puedo leer tus ojos. Sé que me echas de menos, a tu manera extraña y retorcida, creo que te gusta chillarme por las mañanas y cogirme la mano por las noches mientras duermes.

—Somos un par de chiflados.

—Pero hemos tenido la suerte de encontrarnos en una antigua fábrica reconvertida en apartamentos. Siempre he creído que la locura une más que cualquier cosa. Y tú y yo somos compatibles a ese nivel.

Se muerde el labio inferior, como para concentrarse, abre la boca para hablar, pero a mí me suena el móvil.

—Es la residencia, perdona.

Me levanto para poder dejarla en paz y que ese ambiente tenso pero agradable que hemos creado se disuelva un poco. A *Jules* no le gusta el tonto, no le gusta seguirme las bromitas sexuales ni nada que tenga que ver con insinuar un acercamiento más íntimo entre nosotros. Y, como toda esta conversación ha sido más que intensa, lo mejor es que ella respire, que yo suspire y que los dos nos volvamos a ubicar uno enfrente del otro.

Hablo con el doctor lo que me parecen diez minutos, pero, al colgar, solo han pasado tres. Es como si a ese hombre le costara expresarse o explicarse de forma directa. Ha dado tantos rodeos que no es ni medio normal.

Cuando vuelvo a la mesa, hay dos helados esperándome. Bueno, esto tiene mejor pinta.

—He pensado que es hora del helado —dice Julia—. ¿Qué te han dicho?

—Que tiene una torcedura, nada muy importante, pero que durante unos días va a tener que estar quieto y que no saben cómo lo soportará. Que no me pase esta semana por allí, que es mejor que no lo altere más.

—¿Eso te han dicho? Lo siento mucho, pero si es para mejor...

—Ya no sé qué es para mejor. En ocasiones siento que solo pago un lugar donde poder olvidar que mi padre existe y que deje de ser un problema. A veces no sé si puedo hacer más o si no quiero hacer más, *Jules*. Me siento el peor hijo de la historia y mi padre no se lo merece, no se lo merece ni un poco. Te juro que no sé qué hacer.

—El mero hecho de plantearte algo así, ya me dice que haces todo lo que puedes, Nico. No eres médico ni enfermero ni cuidador. Tu trabajo es la música. Solo tienes que entender que tu padre no te grita a ti, no te empuja a ti, no se enfada contigo, es la enfermedad. Aunque duela, aunque te parezca que nunca podrás superarlo, si entiendes que lo mejor para él es estar donde está y cuidado por profesionales, podrás llevarlo mejor.

—Todo eso ya me lo ha dicho mi madre mil veces, pero creo que podría hacer más...

—¿Como qué? Si es así, hazlo. No te quejes, no te compadezcas, no te eches más mierda encima. ¿Como qué? Piénsalo y, si ves que hay algo que puedas hacer, hazlo sin vacilar, Nico.

Parece que ella da la conversación por terminada y comienza a degustar su helado, yo también. Sé que esta noche sus palabras me darán vueltas por la cabeza, me harán reflexionar y volveré a pasar horas en blanco.

—Debo admitir que no está malo —le digo para firmar una paz imaginaria.

—Es lo mejor que tienen, créeme.

No quiero volver a sentirme solo, no quiero que esto vaya a más. Sé que hay una manera de poder estar mejor, pero me cuesta trabajo dar el paso. Le doy otro bocado a la nata y la miro sin desviar la vista. Si Ali es la mujer más bella que he conocido, es guapa por fuera, pero por dentro tiene sus lugares oscuros; *Jules* es bella por los dos lados, por dentro y por fuera, es complicado conectar con una persona así, pero nosotros lo hemos conseguido de una forma extraña y casi apabullante.

—*Jules* —la llamo. Ella hace un ruidito pequeño, entre la atención que me presta y la felicidad por comerse el helado—, duerme conmigo esta noche.

Le da la última cucharada, se lo ha comido en un tiempo récord. Lo deja en la mesa y sus ojos, expresivos y fantásticos, se posan en mí.

—Ya estabas tardando en pedírmelo —me dice con un tono de cariño que me abruma y me quita el helado para acabarse el mío.

Los dos sonreímos. No me hace falta mucho más.

Capítulo VIII: ¿Y cuáles deseos me vas a dar?

Volver a dormir con *Jules* es algo que me sale casi natural. Creí que iba a dar vueltas en la cama pensando en mi padre, pero fue acostarme a su lado, ella con su pijama del *gaticornio* —sí, una cosa gris mitad gato, mitad unicornio— y yo con ropa de deporte reciclada, me cogió de la mano y los dos nos quedamos durmiendo uno frente al otro.

Abro los ojos y seguimos en la misma postura. He tenido un sueño profundo y reparador. *Jules* tiene una expresión serena, tranquila y me aprieta la mano. Es curioso. No me olvido de su despertar, así que, mientras busco en mi cerebro abotargado la mejor manera de levantarme sin llevarme un puñetazo o un chillido, ella, como si lo hubiese intuido, se acerca a mí. Con lentitud, casi deslizándose por la cama, hasta que quedamos frente con frente. Noto como todo mi cuerpo vibra solo de pensar en ella. Respiro agitado y ella también. Está despierta, como yo, sopesando si lo que nos pide el cuerpo es lo mejor que nos puede pasar o lo peor, pero es lo que los dos queremos.

Parece que elige la opción sin pensar en las consecuencias, y yo apago el cerebro. *Off*.

El primer beso es casi un contacto suave de reconocimiento. *Jules* emite un sonidito que me pone frenético; ella marca un tempo lento que me desespera y me acelera a la vez. Algo muy extraño. Cuando deja de explorar mis labios y creo que los conoce tan bien como los suyos, ataco. Con todo: lengua, labios, dientes... *Jules* sube la apuesta y pone las manos en juego, mete una, la que poco tiempo antes estaba enlazada con la mía, debajo de la camiseta, y la otra me acaricia el pelo. Yo la imito, casi con desesperación la toco hasta que ella se separa.

Los dos jadeamos.

—Nico...

No me jodas.

—*Jules* —digo su nombre y ella se estremece.

No sé, quizá ha sido como un reconocimiento mutuo o una rueda de prensa con una sola pregunta que no es tal. Yo qué sé.

Volvemos a los besos y noto como me va empujando para que yo me ponga

encima. Mejor. Le desabrocho poco a poco los botones de su pijama, y ella, en un momento de parón, me quita la camiseta. Estoy más excitado que en toda mi vida. Tiene los labios algo hinchados de los besos que nos damos; la cara sonrosada, por la anticipación, y la mirada delatora de lo que le apetece, de lo que quiere que pase en esta cama. Y no es dormir.

Justo cuando estoy a punto de quitarle la parte de arriba del pijama, *Jules* posa sus manos en las mías, es un gesto inequívoco de que quiere que pare. Y, por supuesto, lo hago.

—¿A dónde nos lleva esto?

¿Es una pregunta trampa? No sé qué contestarle que no suene evidente.

—Me refiero a que somos amigos y si terminamos haciendo esto, ¿a dónde nos lleva?

Vale, vale. Me siento en la cama con las piernas cruzadas sin poder evitar que se note la excitación del momento. No estoy molesto, solo algo despistado con la conversación y la situación. Me tengo que centrar. Cuesta, a ella también, ya que se va sentando lentamente hasta que los dos nos quedamos en la misma posición, agitados, pero con algo que decirnos.

—No quiero una relación, *Jules*. Si es lo que buscas, yo...

—¡No, no, no! Créeme, lo último que necesito ahora es un novio. Solo que... me gusta nuestra relación, me gusta nuestra amistad y el sexo lo jode todo.

—El sexo no jode nada, ¿qué tontería es esa? Solo da intimidad. Si los dos lo tenemos claro, no creo que haya nada más que discutir. Que te bese, te toque o te haga disfrutar no me hace menos amigo tuyo que hace una hora. Y te lo voy a demostrar. —Busco la camiseta y me la pongo—. Cuéntame, si quieres, por qué piensas eso.

Sonrío un poco sin ganas. *Jules* no me gusta porque sea guapa, tenga buen cuerpo o nada tan insustancial. Me gusta *Jules*. Me gusta ella, con sus malos despertares, sus secretos y sus miradas matadoras. Y eso no va a cambiar, aunque, como es inevitable, en algún momento se olvide de mí.

Parece que se lo piensa un poco y el cambio que veo en sus ojos me da un pellizco en todo el cuerpo. Niega con la cabeza, asiente y me vuelve un poco loco. Pero veo como sus manos van de nuevo a los botones de su pijama y se lo desabrocha. Se queda desnuda por la parte de arriba y se me corta la respiración. Si tuviera capacidad para pintar, creo que querría plasmarlo. No la tengo, ojalá, solo soy un simple músico algo perdido, que, cuando ella se acerca para besarme, no me puedo creer mi suerte de ninguna de las maneras.

Si antes creía que besar a *Jules* era una delicia, ahora, con esa cadencia y con las ganas que se han acumulado en esta parada técnica, es como si todo fuese una explosión. Se me olvida cómo usar las manos lejos de su cuerpo y cualquier cosa que tuviese en la cabeza se esfuma. Cuando la ropa desaparece, su boca decide recorrer parte de mi cuerpo y yo...

Un sonido nos para.

Llaman al timbre de abajo. Es un silbido matador que a los dos se nos mete en la cabeza, a mí me dice que ya es hora de volver a la puta realidad y a ella algo similar, ya que el ambiente de complicidad y sexualidad que se ha formado solo un momento antes ya no existe.

—Debería... yo debería... —tartamudea un poco, se vuelve tímida, mientras se va poniendo el pijama y se levanta de la cama.

Yo miro a mi amigo, que está duro y expectante, a ver cómo se lo explico. Mejor me voy a la ducha y acabo yo con lo que antes no era un problema, ya que ver a *Jules* paseándose en pijama por la casa no creo que mejore nada. Nada de nada.

—Es Estela. Vaya, lo siento —me dice cuando ve cierta parte de mi cuerpo lista para todo con ella.

—No es culpa tuya, es de Estela, me las pagará. Me voy, ¿podéis hacer vosotras el desayuno?

Jules asiente y, justo antes de pasar por su lado, no sé la razón, me acerco y le doy un beso lento y tierno en los labios. Cuando suena el timbre de la puerta, la muerdo.

—Esta noche, si quieres, podemos seguir —susurra, con el tono más sensual que he escuchado en mi vida.

Yo, como no puedo igualarlo, le digo que sí con la cabeza.

Me voy por la terraza, como si fuese un amante no deseado, pero juro por lo más sagrado que lo último que me apetece es darle explicaciones a la maestra de Primaria más colgada de esta zona de Madrid sobre mi vida sexual.

Lo juro.

Tras una ducha reparadora en muchos sentidos, me pongo cualquier cosa y voy a casa de *Jules*. El cuadro que me encuentro es digno de Kandinski en la época en la que fundó *Der Blaue Reiter*, una imagen desfigurada, pero todavía

reconocible. Estela llora desconsolada en el sofá de *Jules*, y la pobre no sabe qué hacer, le ha traído pañuelos, agua, café, galletas... Le da palmaditas en el hombro y, cuando me ve en la puerta, me observa con los ojos descompuestos. Para tener dos hermanas más, qué poco acostumbrada al drama está. Yo tengo dos hermanastras y se pasaban el día entre la euforia y el llanto. Ali también era un poco así. Es una cosa que me encanta de las mujeres, que pueden sentir sin avergonzarse.

Suspiro, me tengo que ir en breve a una reunión que tengo con la discográfica, Sergio viene a recogerme. Así que más me vale que, a la misma hora, Estela se esté marchando a su trabajo para que *Jules* no tenga que pasar otro mal rato.

Me acerco a ella y la abrazo.

Es tan simple como eso, es tan complicado como eso.

—¿Otra vez? En serio, Este, ¿otra vez pelea con Marta?

Ella se separa un poco, se encoge de hombros y sigue llorando.

—Una pelea con una compañera de piso no debería importarte tanto, ya verás como se arregla —dice mi vecina rubia con un tono que no se cree ni ella.

—Vamos, *Jules*, ni tú eres tan ingenua. El problema con Marta no es siempre Marta, el problema es Eloy.

—¿Eloy? ¿Quién es Eloy?

—¡Ni lo nombres! —dice Estela, casi sin fuerza, solo por inercia.

—Eloy es el hermano de Marta y fue el prometido de Este.

—Hasta que me puso los cuernos con Agda.

—¿Agda? ¿Lo ha dicho bien o se ha atragantado? —pregunta *Jules* con un toque de humor que agradezco.

—No, no, se llama Agda, es sueca. —Y decido dejar de describirla justo en este punto. Es sueca, sin más. Que se imagine lo que quiera—. Hace unos años los dos se marcharon a Estocolmo, antes hicieron un Erasmus allí y se enamoraron de la ciudad, pero Este volvió sin él, ya que Eloy decidió romper la relación y empezar a salir con Agda.

—Y ahora han venido, a mi piso, bueno, al que comparto con Marta. Esta mañana, con la intención de quedarse unos días. ¿En serio? ¿No han pensado que eso puede dolerme?

—Recuerdo la última visita de Eloy y Agda, cómo organizaste una cena a la que me obligaste a ir para hacerles ver que no era incómodo nada de todo aquello. —Pongo los ojos en blanco y le susurro a *Jules*—: Fue un puto

infierno.

»Así que no sé por qué ellos van a creer ahora que te molesta algo. ¿Sabes qué puedes hacer? Salir de ese piso de una vez, ser solo amiga de Marta y no su excuñada regañona, echar un polvo y ser feliz.

—Ya eché un polvo el sábado.

—¡Felicidades! ¿Y de qué ha servido si hoy estás llorando otra vez por Eloy? —Me mira casi desconsolada, tengo que decirle las palabras mágicas —: Eloy te olvidó hace tiempo, Este, supéralo, cielo.

—Y Ali también, he visto su Instagram, ¿sabes?

Gracias, Estela, por tirar donde más duele. Quiero preguntarlo, pero sé que solo será para peor. Aunque a ella no le hace falta que yo pregunte nada.

—Parece muy feliz junto a un chico al que le dice cariño, con *hashtags* y todo.

—Joder, Este, no hay que morir matando, ¿sabes?

Me levanto cabreado. Mis mierdas son mías y las manejo como puedo. Si le digo a Estela que se olvide de Eloy es porque ella misma, en momentos menos confusos, así me dice que lo haga. Que tiene que pasar página y que quiere que la apoye en su modo zen de superación. Yo no soy así, yo no se lo he pedido. Estoy tan sumamente cabreado que decido largarme, esperar a Sergio en otro sitio.

—Lo siento, Nico.

Es lo último que escucho antes de dar un portazo.

Tenemos un trato: ella no me jode con Ali y yo la levanto cuando se hunde.

Sencillo, ¿no? Pues parece que ya no está en vigor.

La reunión con la discográfica ha ido muy bien. Creo que, de verdad, voy a conseguir que apuesten por mí. Sergio me ha invitado a comer y después hemos hecho planes durante toda la tarde para mis conciertos. Tras ellos, si todo va sin problemas, podremos planear unas cuantas actuaciones más y ver cómo va con la publicidad y demás. Esta semana, tengo que ir a una sesión de fotos para la promoción, luego me dejarán un par de días tranquilo, ya que, aunque esto sea fantástico y un sueño hecho realidad, no se me olvida que tengo que finalizar un par de canciones que me encargaron.

Ahora que parece todo tan cerca, sé que componer es algo que me fascina y que se me da bien, que no dejaré de hacerlo para mí y para quien crea que

puede darle un lugar en la música a lo mío. Espero que pueda defender mis canciones, ya que, en el fondo, es lo único que quiero.

He recibido unas cuantas llamadas de Estela, unos mensajes que solo dicen que lo siente y un audio al que le doy al *play* justo cuando entro en mi piso.

Estela: Nico, lo siento, lo siento, lo siento. Ya sabes que todo el lío con Eloy me pone algo nerviosa. Va a estar dos semanas en mi piso y, la verdad, no quiero verlo. No... no puedo verlo con Agda tan feliz. No voy a abusar más de ti y de tu hospitalidad, aunque sigo creyendo que esa habitación podría ser fantástica para algo más que guardar recuerdos. Así que me voy a casa de Sonia, que vuela a San Francisco, y luego a no sé dónde, así que durante estos días no estará y yo podré descansar tranquila. Te voy a dar dos días de *break*, ¿vale? Úsalos bien, ya que el miércoles por la noche cenó contigo en la azotea, yo llevo la comida, y tú simplemente ábreme la puerta. Le diré a Julia que suba para el postre. Es tan buena... La quiero mucho y eso que la conozco poco. Cuídala mientras yo no esté. Ni miraditas de follador ni coqueteos ni leches. Eres un peligro, y esa chica se merece algo más estable que los cuatro polvos que pueda echar contigo. Uy, dos minutos ya de audio, con tanto parón, soy una plasta. Recuerda que estoy aquí y, no sé, no me odies. ¿Vale?

Menos mal que nunca he intentado hacerle mucho caso a mi amiga. Me asomo por el patio de luces y no veo a *Jules* por ningún lado. Su piso está iluminado, pero ella no parece estar. Se me ocurre una idea, algo tonta e infantil, pero la verdad es que creo que es de ese tipo de ideas que no hay que reprimir mucho, ya que, si lo hago, me pierdo un poco y me vuelvo un señor serio que está envejeciendo mal. Y yo solo tengo treinta años. He aprendido a aceptarme así, con mis ideas de bombero-torero que me dan la tranquilidad de saber que, en el fondo, sigo siendo yo.

Cojo una hoja que tengo de pentagramas y, por la parte de atrás, le escribo a *Jules*. Luego hago un avión de papel, me asomo por la ventana, cojo impulso con el brazo, y el avión vuela durante unos segundos, pero al poco, cae en picado al patio.

Joder.

Me cabrea. Así que vuelvo a repetir la operación, solo que esta vez, intento que el avión quede más perfecto. En esta ocasión, vuela un poco más y, mientras estoy a punto de dar saltos de alegría para celebrarlo, hace un quiebro extraño y se queda enganchado entre la ropa tendida de mis vecinos del segundo B.

Vale. Aviones de papel: dos – Nico: cero.

No pasa nada, a la tercera va la vencida. Mismo papel, mismo mensaje, modelo mejorado de avión. Lo pruebo en casa y parece que puede hacer el viaje desde mi ventana a la de *Jules*, que, por cierto, no he mirado que esté abierta. Me asomo y lo compruebo; lo está. Quizá eso debería haber sido la primera acción de este vuelo *interpatial*. Venga, avión, es tu turno. Lo tiro con efecto y... fallo, de nuevo al patio.

Cuando tenía siete u ocho años esto era lo mío. ¿Qué ha pasado durante estos años? ¿Ya no soy el rey de los aviones de papel? Vergüenza tendría que darme. Lo mismo el problema es el material, así que cambio a uno más ligero.

Tras cinco intentos con el nuevo papel, creo que el problema es lo que escribo, quizá debería hacerlo en otra parte, ya que, si está en un ala lo mismo lo desestabiliza. O eso o ya estoy de manicomio.

Después de otros tantos intentos, Miranda, que está harta de ver entrar aviones de papel por su cocina y que se queden enganchados en su ropa, sale, me dice que existen los timbres para esto, para comunicarme con la gente del edificio, que no tengo cinco años y que madure. No le falta razón, pero el sentido común nunca me ha parado antes y no lo va a hacer ahora. Cierra la ventana y hasta baja la persiana. Quizá para no verlos caer al patio o para que reboten.

Después del griterío, Andrés, que lo ha escuchado todo, me aconseja hacerlos más pequeños, que a veces van mejor, y Jesús, el hijo de Miranda, que parece que tiene la edad adecuada para estas cosas, desde otra ventana, me dice justo lo contrario antes de que su madre se lo lleve y lo regañe por hablar con el loco del ático. Con cariño, me dice al momento, pero lo de loco ya me lo he comido.

—Puedes quitarle peso si le haces unas hendiduras en los lados —comenta Andrés, muy interesado en mis tonterías.

De pronto, Puri y José se asoman también y tienen algo que decir. Ella, que es muy bonito que pida una cita así, muy original, mientras que su marido discute con Andrés la mejor forma de hacer volar un avión de papel.

Sí, hemos llegado a esto.

Entretanto, a la par que escucho la disparatada idea de que mejor sería comprar un dron, vuelvo a mi papel con pentagramas, lo recorto un poco, busco en internet alguna forma distinta a la mía, le escribo a *Jules* justo en el centro la misma frase y decido tirarlo.

El papel, ahora convertido en un objeto volador, atraviesa el patio, las conversaciones se paran y todos contenemos el aliento. Cuando aterriza en su

salón, me aplauden y yo hago un baile de la victoria que creo que es solo para mí, hasta que veo al pequeño Jesús riéndose desde su lado.

Se zanja las conversaciones con felicitaciones y con agradecimientos por su apoyo moral. Decido bajar a recoger a los soldados caídos en combate. Podrían ser perfectamente veinte o treinta. Eso sin contar con los que le han llegado a Miranda, que espero recicle ella. Como un buen general, me acuerdo de cada uno de ellos y los meto en una bolsa.

Cuando termino de recogerlos todos, me encuentro en la entrada a *Jules*; va hablando por el móvil y lleva unas bolsas. Yo he metido a todos mis muchachos en otra, así que le hago un gesto para coger las suyas. Ella sonríe y niega con la cabeza, con los labios dice: «Ahora nos vemos» y se va por las escaleras. Yo, como no quiero interrumpir su conversación, subo por el ascensor.

Entro corriendo a mi piso y espero a que ella vea el avión. Me enciendo un cigarro y me asomo a la ventana. *Jules* cuelga y, más pronto que tarde, se da cuenta del intruso. Lo coge y lo lee con atención. Espero que mi letra de médico fracasado sea legible.

Se ríe, se asoma y me dice:

—Hoy, los deseos, mejor en la tuya, creo que aún no la he visto del todo bien.

Dice sin importarle que la mitad del edificio siga asomada, que nuestros vecinos sean una panda de cotillas, aunque, por otro lado, ya lo teníamos más que claro.

Capítulo IX:

Que no te gusten los besos

Jules se metió en la ducha tras confirmarme que vendría y yo decidí que era el momento de hacer la cena. Ya hace algo de calor, así que una ensalada de aguacate podría ser la comida perfecta. Sé que le gusta. Estoy retocando la mesa, me siento nervioso, no sé, como un crío estúpido. Últimamente todo está cambiando mucho, en el fondo; hace poco tiempo mi vecina ni formaba parte de mi rutina, pero, en realidad, ahora no sabría bien qué hacer sin ella.

Observo su casa y no la veo por ninguna parte. Tengo hambre, en más de un sentido. Para poder dejar de rumiarme esos pensamientos, cojo la guitarra, un instrumento más que permitido a partir de las nueve de la noche si no me emociono, y me pongo a tocar acordes sin pensar mucho. No suena mal.

La tarareo un rato y decido apuntarla en lo primero que pillo por casa: la última factura del taller del coche. En fin, todo es caótico en mi vida. Justo cuando apunto la última idea, *Jules* baja por las escaleras de la terraza, asoma la cabeza, todavía algo mojada, y sonrío.

—¿Podemos cenar arriba? Hace una noche increíble.

Sus deseos son órdenes.

En pocos minutos organizamos una cena en la terraza. Me encanta. Es de esos placeres que nunca supe que se colocarían en mi top cinco de cosas que adoro. Los otros cuatro son: la música, el sexo, la playa y la cerveza. No siempre en ese orden, la verdad. Le estoy dando vueltas a eso cuando *Jules* decide alabar mi cena.

—Está riquísimo, Nico. Se te da muy bien: si no te funciona eso de la música, ya sabes, a Masterchef.

Me río con la ocurrencia.

—*Jules*, lo tendré en cuenta. Pero voy a hacer todo lo posible para que la música funcione, para poder conseguir mis sueños.

Su mirada me deja KO.

—Bueno, como parece que ahora vamos a dormir juntos, puedes cenar conmigo hasta que me marche de gira. Si te apetece, claro.

—¿Cómo voy a negarme?

Pasa de la alegría a la preocupación en menos de un segundo. Sus gestos

son de lo más expresivos y me dicen todo lo que necesito saber. Le da otro bocado a la ensalada, lo mastica pensativa, y yo no puedo aguantarlo ni un momento más.

—¿Qué ocurre, *Jules*? —Deja de masticar y eleva la mirada de una forma penetrante que me traspasa.

Pasan unos segundos que, para mí, parecen horas. Podría haber amanecido y anochecido durante esa mirada y yo no lo habría notado.

—Necesito reglas, Nico. Necesito algo a lo que aferrarme cuando no pueda más.

—¿Quieres un contrato sexual? Pervertida —susurro la última palabra con una sonrisa de oreja a oreja.

—*Ni yo bordo pañuelos ni tú rompes contratos* —dice con una ceja levantada.

—¡Por Sabina, nada más y nada menos! —Ella se quita un sombrero imaginario y se levanta para saludar a la afición, también imaginaria, que nos rodea imaginariamente. Todo muy cuerdo—. Venga, *Jules*, dispara, pero no a matar.

—Lo que vamos a hacer esta noche...

—¿Follar? —Me gusta llamar a las cosas por su nombre.

—Eso suena sórdido, Nico.

—¿Follar suena sórdido? —No entiendo nada. Palabra.

—No el acto en sí, el verbo.

—¿El acto? ¿El verbo? ¿Semántica para frías? ¿Estamos hablando de eso, *Jules*?

—¡Imbécil! —me dice sin un ápice de resentimiento—. Es que... no sé, todavía, después de todo, me cuesta hablar de estas cosas.

—¿De sexo?

—¡Esa palabra me gusta más!

—Hablemos de sexo, pues.

—He tenido pocas parejas sexuales. —Me asombra la manera aséptica, casi de laboratorio que tiene de hablar de algo tan carnal, tan terrenal, tan jodidamente fantástico—. Todos eran algo parecido a novios, tú vas a ser el primero que no.

—Me siento como Edmund Hillary —susurro, pero ella parece no escucharme. No, no soy un marisabidillo, es que hace poco que he visto un documental sobre el Everest y ese señor aparecía por todas partes.

—Así que necesito reglas.

Jules se levanta y se marcha a su piso. Lo mismo sí que ha escuchado lo de Hillary y se ha mosqueado o algo. A ver, no quería hacer una comparación entre su vagina y el monte Everest, es solo que a veces no pienso al hablar, nadie pilota la nave. Lo juro.

Vuelve al poco con mi avión de papel y un boli. La muy desgraciada lo deja en la mesa, me mira y lo desarma. Me duele el corazón, mi único soldado que ha realizado su misión.

—¡Mi obra de arte! ¡Mi soldado! ¿Cómo has podido, loca? —Ella se ríe, se cree que mis quejas no son reales. Lo son, y mucho.

—Vamos a escribir las reglas, ¿vale? Como cuando fuimos adivinando cosas el uno del otro. ¿Te importa si empiezo yo?

—Las asesinas de aviones de papel primero —le digo con poca gana y le doy un sorbo al vino que acompaña a mi ensalada. Poco interesado, la verdad, en otra cosa que en lamentarme.

—Vale, a ver. Primera regla: esto es una relación meramente sexual y se acaba cuando tú te marches de gira.

—Eso nos deja un mes de aventura *sexual* —sí, lo digo como si fuese un pecado. Ella asiente—. Como quieras. —Me encojo de hombros—. Regla número dos: Estela no puede enterarse.

—¿Por qué?

—¿Te he preguntado yo por tu regla del tiempo?

—Vale, vale, vale. Cada uno pone las reglas que cree necesarias. —Hace una pequeña pausa mientras alisa a mi pobre soldado muerto y vuelve a escribir—. No podemos usar la frase: tenemos que hablar.

—¿Qué? ¿Ya no puedo hablar contigo?

—No, no es eso. Lo que quiero decir es que... el... sexo es solo eso, sexo. No quiero nada más entre nosotros que una bonita relación de amistad vecino-vecina.

—Y un buen meneo.

—¡Soez!

—Llama a las cosas por su nombre, *Jules*, te prometo que así cuesta menos.

Me saca la lengua. Mi turno.

—Dormiremos juntos todas las noches que sean posibles.

—Jo, esa era mi siguiente regla... ¿Cómo que todas las noches que sean posibles? ¿Dónde está el límite?

—En que yo esté muy borracho y no llegue a casa... Cosas así. —Me

encojo de hombros.

—¿Y no puedo ser yo la que no llegue a casa por estar muy borracha?

—*Be my guest.*

—Idiota.

Lo escribe despacio y, cuando pone el punto, me mira con decisión para decir:

—No podemos tener otras parejas sexuales.

—¿No quieres que me enamore de ti ni quieres que yo sea tu príncipe azul, pero no puedo tirarme a otras?

—Exacto.

—Incoherente pero lícito.

—No es incoherente. Nico, me gustas, pero no para algo más que esto que estamos pactando.

—La historia de mi vida... —me quejo con algo de humor, pero hay una gran verdad escondida en esas palabras.

—Te toca.

—¿Cuántas llevamos?

—Cinco.

—Vale, tengo la siguiente: vendrás a verme a un concierto de mi gira.

—¿En serio? —Pone cara rara.

—Venga, *Jules*, Este va a venir a unos cuantos, tú no puedes faltar. Te prometo que te dedico una canción.

—¡Todas!

—¡Hala! Una y ya está bien. —Le guiño un ojo y ella gruñe—. Te toca.

—Nada de cariñitos fuera de casa. No estamos saliendo, solo somos amigos.

—Lícito, algo frío, pero está bien.

Me toca a mí, me quedo pensando. Creo que para mí está todo encima de la mesa.

—A mí no se me ocurren más, la verdad.

—Yo tengo una, la última, ¿vale?

—Claro.

—No me besarás si no quiero.

—No haré nada que no quieras, joder, ¿qué tontería es esta?

—No me gustan los besos.

—No me puedo creer *que no te gusten los besos, Jules.*

—No mucho, la verdad.

—¿No te gustaron los que te di esta mañana?

—No estaban mal.

—¿No estaban mal? Especifica.

Eso me toca lo más hondo. ¿No le gustaron mis besos? ¡Qué mierda es esta!

—A ver, Nico, no es cosa tuya, es cosa mía, ¿vale? Pongo esa regla, lo firmamos y yo me quedo más tranquila.

—No, no vas a poner esa regla.

—La necesito, Nico, por favor.

—Era mi turno de reglas y lo que vas a poner es: ninguno de los dos hará nada que no quiera, no podrá ser obligado bajo ningún concepto. —Mi tono de voz es agresivo—. Aunque es algo que no debería estar escrito en ningún lugar, *Jules*, es algo que yo, al menos, lo doy por básico en cualquier relación. No te obligo a nada ni tú me obligas a nada, ¿entendido?

—Estás enfadado.

—Estoy ofendido.

Ella suspira, mira al cielo y susurra algo que no comprendo.

—Firmemos.

—¿Y mi última cláusula? No te he visto apuntarla.

—Se da por entendida. Firma.

Firmo, con desgana, como las estrellas del *rock*. Ella chasquea la lengua y hace una firma con mucha floritura; es bonita, distintiva. Es *Jules* en estado puro. Deja la hoja en la mesa, mi antiguo y maravilloso avión de papel, y se levanta para asomarse a observar la ciudad.

—Y si alguno se salta las reglas, ¿qué pasa? —pregunto y me coloco a su lado.

—Que se acaba todo.

—¿Y nada más? ¿No tendré que bajar la basura o algo por el estilo?

—No —dice riéndose—, te lo juro, por esto no.

—De acuerdo.

Y me prometo a mí mismo que voy a hacer todo lo posible para que, durante ese mes de extraña relación que hemos pactado, le gusten los besos. Comenzando por este mismo instante. Con cuidado, le acaricio la nuca, y ella se gira para observarme. Le pido permiso con la mirada y ella me lo concede mordiéndose el labio inferior.

La beso. Con tranquilidad, con calma, disfrutando de cada uno de sus gemidos y del tacto de su piel. Poco a poco, a la fiesta se unen nuestras

lenguas, nuestros dedos y nuestros cuerpos se juntan.

Para no gustarle los besos, *Jules* lo hace de maravilla. Me vuelve loco con esa forma tan peculiar que tiene de empinarse para poder controlar la situación. La cosa se pone seria cuando ella mete las manos por debajo de mi pantalón y yo solo pienso en quitarle el vestido.

—Vamos a mi casa, aquí no tengo condones —digo en un momento en que separamos los labios, pero no el resto del cuerpo.

—Preservativos —me replica y me besa de nuevo.

—Semántica para frías, *Jules*. Con-do-nes.

Se ríe y me da por perdido. Yo quisiera salir corriendo hasta mi cuarto, pero ella se toma su tiempo, coge la hoja con nuestras reglas y me tiende la mano para que yo la guíe. Juro que creo que es el camino más largo que he hecho nunca hasta mi cuarto. Pasamos de todo, del desorden de mi salón, de mis instrumentos, de mi cuarto de los secretos... De todo. Cuando llegamos a mi habitación, ella observa cada cosa en menos de un segundo y lo ignora. Se quita con una lentitud desesperante el vestido y se tumba en la cama. En menos rato yo me he desnudado entero. No quiero que ningún tipo de ropa me impida disfrutar de ella. Debajo de su ropa interior, está la parte de *Jules* que, casi con seguridad, ella no quiere nombrar, pero yo sí lo hago y me doy cuenta de que todas esas cosas que ella ignora en su vocabulario la ponen cada vez más cachonda. Así que entre palabras, lametones y caricias, hago que vea las estrellas una vez. Se queda desmadejada en la cama. Si ella no quiere más, no quiere más. Me conformo con acurrucarme en la cama y poder dormir a su lado. Con ella no hay pesadillas, con ella duermo de un tirón.

—Nico —me dice con los ojos todavía nublados y una voz tan sensual que me da un escalofrío. Nadie, nunca, ha dicho mi nombre así.

—Dime, preciosa.

—¿Dónde tienes los condones?

Su frase me enciende más de lo que pensé que podría hacerlo nada en la vida.

—En la mesilla.

—Pues saca uno y úsalo. Te estoy esperando.

Tras pasar una noche fantástica con *Jules* me es imposible dormir. Nada, imposible. Tengo el cuerpo cansado y todavía con su olor en la piel; la cabeza,

en cambio, está llena de melodías. Y, cuando ocurre eso, no puedo razonar mucho más, tengo que sacarlo de mi organismo, como una fiebre, como una infección, como una droga.

La dejo durmiendo desnuda en la cama. Tiene la imagen del pecado. El pelo rubio extendido en mi parte de la cama, ya que ella se ha adueñado de la parte derecha, y sus piernas enredadas en las sábanas. Parece que no me echa de menos. Parece tan cansada que no se cambiará de postura en horas.

Es mi momento de componer.

No puedo hacer ruido. Lo entiendo. Es martes por la mañana, la gente normal tiene un trabajo, hijos y ocupaciones que los hacen susceptibles de no querer ruidos de madrugada. Vale, debería vivir en el campo o en una casa con paredes aislantes. O, como me han dicho en más de una ocasión, componer en un estudio. Creo que en otra vida. Así que me voy al piano, rozo sus teclas, en mi cabeza suena cada una de ellas, y voy escribiendo la melodía que me está destrozando por dentro. Necesito vaciar la locura de la música.

Así me paso mucho rato, no sé cuánto. Tampoco sé cuánto he soportado en la cama mientras mi cabeza se volvía loca de notas. Así que, cuando observo que ya hay luz fuera de casa, que el sol perezoso se ha despertado, me hago un café. Sigue sin ser todavía la hora de poder tocar. La espera es desesperante. Me siento como un sediento en medio del desierto que ha visto un oasis lleno de agua fresca, pero que tiene un portero que no lo deja pasar si no está en la lista: cabreado, confuso y desesperado. Casi moribundo. Y en el momento más desalentador, me llega el título, parte de la letra y comienzo a pulirlo todo. Reviso la alarma en el móvil para asegurarme de que, cuando sean las nueve, suene y me deje hundir los dedos en el piano y que el portero del oasis me deje pasar, ya que mi nombre aparecerá en la lista de manera milagrosa y podré beber agua del manantial. ¡Chúpate esa, gorila!

Notas y letra. Letra y notas. Alguna que otra nota de voz en el móvil tarareándola. Así paso el tiempo mientras el café se enfría, solo le he dado un par de sorbos, y la luz del exterior va colándose por todos los recodos de la estancia.

Pi, pi, pi, pi.

¡El disparo de salida!

Deslizo los dedos por el piano como el demente que realmente soy. Dejo que las notas se conviertan en melodías y que mi cabeza se vacíe, se quede en paz. Solo puedo pensar en eso. En dejar que el piano sea otra parte de mí.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que observo a *Jules*, sentada en una silla,

con un café en la mano, que no es el mío, obnubilada con mi imagen. Debo de parecerle patético. Con el pelo despeinado, sin camiseta, con los pantalones de cualquier manera, la cara de loco y la mirada perdida.

—¿Cuánto llevas aquí? ¿Te he despertado?

—No sé, como media hora o más. Y claro que me has despertado, has despertado a medio barrio, Nico. No es ni medio normal cómo tocas. ¿Así compones normalmente?

—Más o menos. —Soy ambiguo, no puedo remediarlo, ya que con ella la locura se eleva varios grados. Y es algo tan íntimo que prefiero dejarlo para mí.

—¿Qué estás tocando?

—Mi nueva canción.

—Me gusta, ¿cómo se titula?

—*Las normas del avión de papel.*

Me he pasado todo el martes con *Jules* disfrutando de nuestro contrato escrito en un exavión de papel; nos hemos enganchado a un par de series, una la he elegido yo y la otra ella; y no hemos tenido que vestirnos de verdad. Tras escribir el esbozo de lo que será mi nueva canción, he sabido que no quería que nadie más que yo la cantara. Así que la arreglaré para mí, para mi voz.

El miércoles sigue la misma rutina. Es complicado llamar rutina a algo que solo ha durado un par de días, pero en el fondo, no puedo llamarlo de otra manera. Es como me siento, como si hubiese descubierto el aire acondicionado en pleno verano. No quiero que acabe, no quiero que me corten la luz, pero sé que nuestra relación tiene un mes de caducidad y pienso aprovecharlo. No importa, creo que es lo mejor.

Me despierto tras una maravillosa siesta postcoital con las piernas de *Jules* enredadas en las mías. No sé cuándo ha pasado eso, yo no acostumbro a enredarme con nadie, en ningún sentido. Pero es como si ella tuviese la medida justa para mi locura, para todo lo que me hace explotar o ser feliz. Es tan extraño que, lejos de molestarme, me hace gracia. Es nuevo. Ali solía odiar que la tocara mientras dormía, ni una caricia ni un toque sin querer, nada. Todo eso acababa en pelea. Aunque *Jules* tampoco tiene un buen despertar que digamos, así que desenredar las piernas sin despertarla va a resultar complicado y casi como pisar un campo de minas de mala leche.

Deseadme suerte.

Parece que estoy jugando al Twister. Pierna derecha, rectángulo amarillo de la sábana, pierna derecha, azul... Así me paso un rato, intentando que ella no lo note. Y, cuando estoy a punto de poder levantarme, me quedo quieto. Si por mi fuese, la despertaría, aun con sus gritos, solo por estar más tiempo con ella, y me doy cuenta de que realmente si estoy haciendo todos esos movimientos peregrinos y trato de no hacer ruido es por ella. Me siento extraño, algo perdido. Sí, el resultado es el mismo, pero la profundidad del razonamiento no.

—¿Qué haces? —dice con una voz somnolienta. Al final, todo para nada.

—Quiero levantarme.

—¿Ya? —refunfuña; creo que va a volverse una hidra, cuando la llaman al teléfono móvil.

Me levanto y me enciendo un cigarro. No escucho su conversación, estoy más pendiente de comprenderme un poco, de poder volver a anestesiarme. Tras Alicia, no hay sitio para nadie más. Ni para la propia Ali. He aprendido que, en mi caso, lo mejor es estar solo.

Menos dolor, menos problemas, menos decepciones.

Debería ser mi lema y escribirlo en la pared. Es una mierda de lema, pero es el mío.

—Nico —llama mi atención *Jules* y noto como el cigarro me quema los dedos, así que lo apago—, deberías arreglarte, Estela viene para acá y quiere que le abra la puerta. Dice que ha quedado contigo para cenar y para arreglar las cosas, que yo suba para el postre.

—¡Hostias, es verdad! —grito y me voy a la ducha. Noto como ella se ríe, lo noto en todo el cuerpo, como si resonara en el mismo. Antes de cerrar la puerta, le digo—: Recuerda, Este no lo puede saber.

—Lo tengo muy presente, créeme. ¿Qué quieres de postre? ¿Helado o tarta de chocolate?

—Fruta, no quiero morir de un infarto.

—Aguafiestas.

Hago esperar un poco a Este, más por puro despiste que por hacerla rabiar. Entre ducharme, encontrar ropa limpia —joder, no es tan fácil— y responder un par de mensajes importes, no he tenido casi tiempo. Uno de ellos, de

Sergio, me confirma que mañana tengo la sesión de fotos. Mierda, tengo que buscar más ropa limpia.

Antes de subir, necesito fumarme un cigarro, me asomo al patio de luces y me abstraigo un poco. Durante años, Eloy, Este y yo éramos inseparables. Los tres chiflados del instituto, cada uno con una idea más confusa de lo que debía ser su futuro. Cuando yo conocí a Ali, nos convertimos casi en un cuarteto. A ver, yo por aquella época ligaba lo mío con ese aire de músico atormentado con su guitarra —el piano es bien jodido de transportar— y, para ser sincero, que yo potenciaba cada vez que podía. Pero llegó Ali, mi Ali, para traspasar ese personaje y conocerme a mí. Todo parecía sacado de un sueño. De verdad, fui feliz como no lo había sido jamás. Entonces, algo pasó, un clic o un aire. Este y Eloy se marcharon a Estocolmo y yo rompí con Alicia. Nunca he vuelto a ser el mismo. Nunca. Y, cuando todo se fue al carajo, Estela y yo nos hicimos una promesa: ella no se metería en mi vida en lo relacionado con Ali y yo, cada vez que él volviese, la ayudaría a pasar página.

Es una verdadera pena que ese acuerdo no haya durado.

Subo las escaleras todavía un poco ensimismado.

Estela no se ha calentado la cabeza: pizza. En concreto, cuatro quesos. La vida sin queso sería insoportable. Quizá ese también podría ser mi lema.

—¡*Voilà!* He aquí mi disculpa, señor músico. —Estela me mira con esos ojos de pillas y yo no puedo resistirme, abro los brazos y ella va directa a abrazarme. Es lo más parecido que he tenido a una hermana; mis hermanastras no están mal, son majas, pero no son Este—. Odio pelearme contigo —me dice con la cabeza pegada a mi pecho.

—Yo también.

Se separa y se marcha a la mesa dando saltitos.

—Es de tu sitio favorito.

—Oh, ¿en serio? —Observo la caja y sí, lo es—. Eres la mejor... a veces.

Estela levanta una ceja y se sienta como una princesita ofendida, pero es todo puro teatro.

Me tiro a comer pizza con verdaderas ganas, no sabía lo hambriento que estaba hasta que me ha llegado el olor. Llevo todo el día perdido en *Jules*, en esos momentos no hace falta comer ni beber ni respirar, solo sentir que estoy con ella.

—Quiero pedirte disculpas de nuevo, Nico, pero hace mucho tiempo que quiero decirte que tienes que pasar página con lo de Ali. A ver, sí, fue genial; ella, durante un tiempo, fue genial, luego ya no. ¿No te acuerdas del final?

Peleas, peleas, peleas y...

—No —susurro, aunque es más que suficiente—. No quiero volver a recordarlo, no puedo hacerlo, Este.

—Quita la puta habitación. Deja de hacerte daño y mira lo bueno que tienes alrededor. Tu gira, tu música va a llegar lejos, Nico. ¿No es lo que siempre has querido? Pues toca regodearse en el presente y ser feliz. Nada de Ali, nada de recuerdos horribles, nada de todo aquello que casi te destruye una vez. No te lo puedes permitir.

Rumio sus palabras mientras le doy otro bocado a la pizza que se me está atragantando un poco.

—Es fácil dar consejos, lo complicado es seguirlos, ¿no, Este?

—Joder, Nico, ya lo sé. Pero es que ya está bien de llorarle la ausencia a esa hija de...

—Ni se te ocurra. Que lo dejáramos no la hace mala; no, al menos, peor que a mí. Yo también tengo parte de culpa.

—Pero es tan poca que es imperceptible. Te engañó tantas veces en tantos sentidos... Y tú no quieres oír hablar de la verdad.

—¿Qué verdad? ¿La tuya o la suya? No quiero, estoy bien así.

—¡Y una mierda! Estás jodido y yo no sé cómo ayudarte. La única manera es que escuches de verdad todo lo que ocurrió mientras yo estaba en Estocolmo.

—¿Y tú cómo lo sabes si, efectivamente, estabas en otro puto país?

—Me lo contó Fran. Todo, con pelos y señales. Todo, Nico, todo.

—¿Y ahora me tengo que fiar de Fran también? En serio, Estela, arregla tus mierdas y luego ya, si eso, veremos si nos metemos con las mías. Que ya te digo que va a ser que no. ¡Que cada palo aguante su vela!

Me levanto, muy cabreado, y me dirijo a la escalera de mi piso. Es que yo creo firmemente que cada uno debe meter la pata o acertar a su manera, a su ritmo, como le dé la gana. Sobre todo pasados los dieciocho años. Si el Estado cree que puedes ser adulto, sé un puto adulto. Y si yo decido no saber más de lo quiero, solo me engaño a mí mismo, es mi decisión, es...

—No tuvo un aborto natural, Nico.

Me quedo quieto, congelado. Eso no era algo que quisiera saber. No necesito saberlo todo para ser feliz. Ni mucho menos. Solo necesito mi parcelita de realidad, mi hueco donde toda mi verdad es verdad, aunque se omitan cosas.

Y así soy feliz. O era feliz. Ahora me siento un puto desgraciado.

—Desarma — la — habitación —me dice como si yo fuera un crío pequeño, algo tonto, que no sabe ni hacerse la cama. Con un tono maternal que, lejos de gustarme, me da ganas de romper cosas.

Me giro, para que escuche bien.

—Que te jodan, Este. No era decisión tuya contármelo. No lo era, joder. ¡Que te jodan!

Escucho un ruido, algo romperse. Es *Jules*. Por el suelo veo restos de helado y de tarta de chocolate; no me ha hecho ni caso. Eso me habría arrancado una sonrisa de no tener la información que me ha escupido Estela a la cara. La miro a los ojos, esperando que entienda que, aunque no estaba la cláusula en nuestro contrato, esta noche no estoy para nadie.

—Que te jodan —le vuelvo a decir. Mi vocabulario se ha reducido a esas tres palabras que no paro de repetir en mi cabeza.

Me giro y me marcho dando un buen portazo. No es algo muy maduro por mi parte, pero nadie dirá nunca de mí que sé estar a la altura de las circunstancias. Me enfado, berreo, insulto y no tengo medida. Y da igual.

Me toco los bolsillos de los vaqueros buscando tabaco, me he dejado el paquete arriba. Rezo para tener el de reserva en el cajón; a veces me olvido de comprarlo, pero es que lo necesito tanto, que hasta decido hablar con el altísimo para que lo ponga milagrosamente si yo no he hecho los deberes. No le pido por el niño nonato que podría haber querido tanto, no le pido por saber perdonar a Alicia, no le pido por mí ni por nadie. Solo por el tabaco. Lo demás está por decidir.

Gracias al cielo, está. Me fumo uno, con la cabeza llena de recuerdos entremezclados; no sé de qué fecha son, solo que son y están. De palabras mal dichas, de palabras dichas en su momento justo y de una relación de la que guardaba un recuerdo tan fantástico que me ayudaba a componer, a ser como soy y a levantarme por las mañanas. Alimentarse de recuerdos no es lo peor que le puede pasar a un hombre.

Con el segundo cigarro, me doy cuenta de que esos recuerdos ahora están manchados, podridos, envenenados. Y la culpa la tiene Estela, ¿qué le costaba dejarme ser feliz en la realidad que yo me he creado? Que no sea sano, según ella, que no sea lo mejor, según ella, me importa tan poco... En ocasiones, para ir paso a paso hay que pisar mentiras. Y yo en eso me he hecho campeón mundial, pocas personas podrían ganarme. Hasta que me doy de bruces con la realidad.

El tercer cigarro me sabe a sueños rotos. Siempre he querido tener una

familia grande, como un idiota me imaginaba las cenas de Nochebuena rodeado de ese calor tan especial que da el tener personas a quien amar. Quizá me venga por la etapa en la que era hijo único y en cómo cambió todo con dos hermanastras corriendo por la casa. Con el tiempo, solo esperaba que mi padre me reconociese y que mi madre me llamase. Me quedé solo y el sueño se fue a la mierda. Hasta hace unos años, no concebía la vida sin tener hijos; los tendría con Ali, en algún momento, y tendría esas cenas de Nochebuena que tanto quería con mi familia. Entonces todo se truncó, se pudrió. Y ahora sé que no fue la naturaleza, fue ella. No quería tener nada que ver conmigo y no supo cómo decírmelo. De lo que Estela no se da cuenta es de que, a causa de esa información, soy consciente de que quizá fui yo, que la agobié, que no supe hacerla feliz. Y por eso ella tuvo que escapar de mí y acabar con la única esperanza de seguir juntos.

Cuando me enciendo el cuarto cigarro, noto ya que necesito hacer algo. Pero ¿el qué? Llamar a Ali está descartado. Me hubiese gustado formar parte de esa decisión, poder haberla apoyado aunque yo no compartiera la idea, haber sido esa persona que ella necesitaba. ¿Cómo se llama a alguien para decirle eso? No se puede, y menos a ella, que, tras nuestra ruptura, desapareció de mi vida sin dejar casi rastro. Solo algún mensaje, alguna que otra señal de que sigue viva. La foto cambiante de su WhatsApp. Nada más.

Con el quinto cigarro sé que debo centrarme en mí, en mi gira, que está ya tan cerca y en poder estar mañana presentable en la sesión de fotos y no parecer un yonqui. Es un trabajo complicado. No es lo mío que me maquillen, pero quizá mañana puedan hacerlo. Luego está el problema de la ropa limpia. No tiene que pegar, no tiene que ser bonita, solo limpia. Espero que luego le pasen Photoshop a mis camisetas de Cthulhu o de *animes*, ya que parece que son las únicas que aún no huelen a perro muerto.

—Estela ya se ha ido.

La voz de *Jules* me desconcierta. Tras mi mirada y mi reacción debería haberme dejado espacio. Eso es lo que se espera de alguien con quien tienes un lío: pocas complicaciones. Ella no es así.

—¿Qué haces? Esto parece la guerra.

—Busco ropa limpia.

—¿En serio? —Pone los ojos en blanco, ignora el tema de Ali, que subyace entre nosotros como una mancha flotadora que, en ocasiones, me nubla la vista.

—Mañana tengo una sesión de fotos promocionales para la gira.

—¿Y vas a ponerte una camiseta con símbolos raros y dibujos?

—Son *kanjis* japoneses y esos dibujos son *animés*.

—¿Eres un friki?

—No voy ni a contestar a eso, *Jules*.

—He oído que la gente a la que le gusta ese rollo son unos locos de Japón, ¿has estado?

—Sí, con Este, hace un par de veranos y, además, un japonés le jodió la vida a mi primo Jorge, así que mi familia no es muy fan de lo nipón. Yo sí, lo siento por ellos. *Jules*, necesito la ropa, de verdad.

—¿Y has pensado en poner la lavadora y la secadora? Lo mismo, por arte de magia, acaba limpia la ropa.

—No sé usarla —susurro.

—¿Qué?

—Que no sé usarla. Así de inútil soy. Y a Dios pongo por testigo de que nunca me meteré en ese lío. Jamás. En mi vida.

—Pues te quedas sin ropa decente para mañana.

—Mierda.

Jules no saca el tema de Estela más, ni el de Ali, mientras averiguamos cómo van mi lavadora y mi secadora. No se porta de manera distinta ni me pide más de lo que puedo dar: unos pocos comentarios y poca paciencia.

—Debió decírmelo, *Jules*.

Ella se queda pálida, no sabe qué decir.

—Creo que es una decisión de dos, aunque luego ella tenga la última palabra, pero al menos me merecía esa conversación, ¿no crees?

No dice nada, solo se queda observándome con esos ojos punzantes acuosos, como si quisiera no derramar lágrimas. Cierra los ojos, respira hondo, los vuelve a abrir y me abraza. No decimos ni media palabra más. No sé si mi tristeza la invade, pero, sin duda, le afecta.

Esta noche, solo dormimos. Y digo «dormimos», ya que, contra todo pronóstico, es acurrucarse ella en mi pecho y que yo cierre los ojos hasta el día siguiente.

Jules es la mejor cura para la ansiedad.

Capítulo X:

Y que si no te gustó esta letra, tenemos guerra declarada

Junio nunca ha sido un mes despampanante. Como agosto, con sus días interminables de verano en la playa, o diciembre, con las reuniones familiares y ese olor a dulce recién hecho que colmaba la casa de mi madre. Junio siempre ha estado ahí, un poco oculto, un poco sin sabor, un poco sin nada. Junio era como el chico tímido que se sienta en tercera fila o la chica que entra en el autobús con la música puesta, a veces, invisible. Hasta que se convirtió en el mes en que rompí con Ali y tuve que meter a mi padre en la residencia.

Y se convirtió en un puto mes de mierda. Pobre. Pasó del ostracismo al suicidio.

En cambio, estos días tímidos de calor del mes de junio no me están recordando nada malo; al contrario, me están dejando recuerdos fantásticos, de esos que, cuando pase el tiempo, se convertirán en canciones. Entrevistas, en radio y prensa escrita; más fotos promocionales, las primeras fueron un fiasco; terminar las canciones, con una inspiración que no he tenido en años, y *Jules*, que poco a poco se va descubriendo como lo fantástica que es.

Estoy sentado al piano, rozando las teclas con los dedos y algo ensimismado. No tiene nada que ver con que sea domingo; ya he visto a mi padre y ha tenido un día casi bueno. Menos mal, pronto tendré que marcharme y no quiero quedarme con la idea de que lo dejo enfadado. Escucho a *Jules* bajar por las escaleras de la azotea. Los dos hemos vuelto juntos de la residencia, pero ella tenía conferencia con su hermana, la que vive en Los Ángeles.

—¿Cómo está... Paula?

—Claudia.

—¡Esta vez pensaba que había acertado! En serio, no las distingo.

—Cuando las conozcas, lo harás.

—Te he pedido por favor que no. No quiero ver cómo las tres destrozáis mi mundo. Dos más como tú pueden hacerlo.

Ella se acerca y, sin previo aviso, me da un beso en los labios. Tierno, lento y tan sensual que yo, para compensar, la siento en mis piernas y

comienzo a quitarle la camiseta.

—¿No querías saber cómo está mi hermana?

—Si te soy sincero, no; era solo por hablar, pero ahora tengo algo mejor en mente.

Jules frunce el ceño, pone cara rara y niega con la cabeza.

Abortar misión, abortar misión. «Lo siento, muchacho», parece que dice una voz en mi cabeza.

—Venga, ahora sí que quiero que me lo cuentes, ¿ha pasado algo?

—Nada especial, solo que se ha enamorado —dice como si fuese un delito. Mi padre era inspector de Hacienda, estudió Derecho y nunca me dijo en qué artículo en concreto se encontraba ese crimen que, a tenor de la mirada de *Jules*, parece contra la humanidad y no contra una persona en concreto.

Se levanta y se sienta en el sofá. Yo estoy bien con mi piano, intentando bajar mis ganas de tirármela.

—¿Y eso es malo?

—Es que Claudia es... enamoradiza y mística.

—Por lo segundo parece que me caería bien.

—No, no es mística en plan «creo en el karma». —Pone los ojos en blanco —. Es mística tocapelotas de esas que no entienden que tú no seas una mística tocapelotas.

—Intuyo que hay una historia detrás de tanto *mística tocapelotas*.

Jules levanta una ceja y me lanza una sonrisa tan pícaro que todos mis esfuerzos por controlarme parecen poco. No, no lo parecen, son poco, una miseria. Nada.

—El problema —comienza a decir ignorando mi comentario— es que, como ella se enamora de almas y no de personas, algunas de esas almas son de estafadores, locos o colgados que hacen que mi hermana pase por altibajos. Y ahora dice que se ha enamorado de una actriz que trabaja en la serie donde ella maquilla. Miedo me da. A ver qué le hace esta. Mi hermana tiene el peor ojo para elegir pareja de la historia. Si hubiese un top cinco, ella estaría entre el uno y el dos.

—Técnicamente no sería entonces la peor... —matizo, por joder.

—Tú también estás tocapelotas.

—Un poco.

—¿Y sabes la razón, Nico?

—¿Genética?

—Que echas de menos a Estela. Llámala, ella se siente fatal.

—¡Tema vedado! ¡*Stop!* —Me levanto y me dirijo a mi cuarto.

—Vale, vale, vale. Perdón. Es solo una apreciación.

—Estela es como mi hermana, nos queremos y nos perdonamos a nuestro ritmo. Cuando tu hermana la chalada mística se encuentre una mañana sin un duro porque la actriz de su serie le ha desvalijado el piso, vuelva a casa, esté ofuscada y jodida... y, por esas razones tan ajenas a ti, decida echarte encima toda la mierda que tenga contra ti, la que duele, la dura, esa en la que decides no pensar ya que, si no, no podrías ni respirar... Entonces, y solo entonces, piénsate si quieres perdonarla al momento o si necesitas unos días de reflexión. —Me voy a mi cuarto satisfecho, hasta que noto que me falta el último detalle—. Ah, y para colmo, que venga el tío al que te estás tirando, un tío guay, majete y con el que puedes hablar, y no pare de comerte la cabeza con tu hermana.

»Entonces, y solo entonces, *Jules*, entenderás algo.

»Y lo mismo no.

Me meto en mi cuarto, sin portazo, oye, que parece que estoy madurando. Me tiro en la cama y cierro los ojos. Claro que echo de menos a Estela, sus excentricidades y sus salidas de tono. Entiendo que ella esté jodida por lo de Eloy. Yo también perdí un amigo, pero nada tiene que ver con lo suyo, por supuesto, aunque eso no es excusa para fastidiarme a mí. No lo es y punto.

Necesito espacio. Rumiar. ¿Es tan raro? Un día de estos, mañana o pasado, nos veremos y todo volverá a ser igual.

Joder, Ali no perdió el niño de forma natural. Cojo mi teléfono móvil, busco su número de nuevo y lo marco. Estoy a un toque de llamarla. ¿Qué le voy a decir? ¿Estoy enfadado con ella o conmigo mismo? Por ahora creo que más bien la segunda opción. Mi novia de toda la vida, la única mujer de la que he estado enamorado, decidió abortar y no me dijo ni media palabra. Solo que lo había perdido. Como si fuese algo natural, algo que había ocurrido sin más, algo que partía nuestra existencia como un accidente y no como algo intencionado. ¿Qué hice tan mal para que ella no pudiera confiar en mí?

Decido llamarla.

Escucho un toque, dos toques, tres, cuatro y contestador.

No digo nada, ¿para qué? No lo habrá cogido, no habrá querido hablar con el gilipollas de su ex. Nadie querría.

Escucho un par de toques en la puerta. Se abre con lentitud y veo la mano de *Jules* sujetando un palillo chino huérfano al que le ha atado una servilleta. El conjunto es esperpéntico.

—¿Paz? —pregunta.

—«Crean un desierto y lo llaman paz» —parafraseo a Tácito; otro documental, me pirran.

—¿Qué?

—Claro, vecina. Contigo siempre paz.

Abre la puerta del todo, se tira en la cama y me abraza.

—No me gusta lo que ha pasado —me dice, encima de mí, con sus ojos clavados en los míos, casi hipnóticos. Voy a responder, pero ella no me deja —. Y tengo ganas de algo más.

Me muerde el labio, suspiro, sus manos se pierden en mí y suena mi móvil. No sé quién es ni me importa. Con la mano izquierda llego a la mesilla y le doy la vuelta para que deje de sonar.

No es el momento de llamadas.

Tras una tarde de sexo fantástico, *Jules* descansa en mi pecho mientras le acaricio el pelo. No sé, es algo que no me he acostumbrado a hacer con nadie. No soy cariñoso. Pero con ella me entran ganas de hacer mil cosas que antes no. No me quiero recrear mucho en esa idea y cierro los ojos para ver si la cabeza se me llena de melodías. Ella es de las pocas personas que consiguen tanto llenarla como vaciarla a su antojo. Y no es sencillo.

Me quedaría así toda la vida. Sin más. Con la ventana abierta que deja pasar una tímida brisa. Desnudos, tranquilos y sin preocupaciones. No hay peleas, no hay problemas, no hay nada que nos moleste. Quizá esto sea el verdadero significado de la felicidad y yo no lo sé.

—Nico.

Le respondo con un gruñido. Creo que he perdido la capacidad de hablar. Tampoco la usaba para nada bueno.

—Nico, escúchame.

Se sienta en la cama. Es tan perfecta... El pelo le cae suelto y le tapa los pechos, no puedo apartar la vista de ese lugar concreto. Carraspea y decido portarme bien. Sonrío, ella repite el gesto y me funde con esos ojos que parecen no tener secretos para nadie.

—Sé cómo compensarte el enfado.

—¿Cómo? No, no hace falta, está olvidado. Lo último que quiero es que esto revolotee entre nosotros y...

—He dicho —su voz firme y enérgica me hace callar y entender que no es eso lo que quiere decir— que te voy a compensar y lo voy a hacer.

Vaya, me está liando para hacer algo. Me encojo de hombros cuando la veo levantarse de la cama y buscar su ropa. Me dejo llevar. No puede ser tan mala idea.

—En media hora te recojo.

Me da un beso y se va dando saltitos.

Ahora me parece que está ocurriendo algo que se me escapa.

En fin, me voy a dejar guiar, como si estuviese en una colchoneta en medio del mar. Miro el móvil, la llamada es de Sergio y tengo un mensaje que me dice que mañana a primera hora lo vea en su despacho, que hay que firmar no sé qué cosa.

Me arreglo en menos de media hora. No sé, ducharme y vestirme es algo que puedo hacer en, literalmente, cuatro minutos, si tengo prisa. Cronometrado. Así que decido perfeccionar el arte que, cuando tenía ocho años, era lo mío: los aviones de papel. Tengo unos cuantos papeles de notas inconexas, de versos desechados o ideas malavenidas que es mejor olvidar... o darles una segunda vida. Así que, como si hubiese vuelto a ser un niño despreocupado que nada tiene que hacer, me dedico a fabricarlos y luego a verlos volar.

Y así me encuentra *Jules*, sentado en el suelo, con multitud de soldaditos caídos en combate por una buena causa. Se muere de la risa mientras se arrodilla a mi lado y decide hacer recuento conmigo.

—... diecisiete, dieciocho, diecinueve y... ¡veinte! ¿Has logrado hacer veinte?

—No, alguno más, pero han volado lejos. —Señalo a la ventana y al sofá.

—Nunca se me dieron bien. Si yo tuviera que mandarte un mensaje, creo que mejor te tiro una piedra.

—¡Joder, qué elegancia, *Jules*!

—Soy práctica por naturaleza.

—Intenta no romper el piano, con eso me conformo. Lo demás es prescindible.

—Vamos, ya verás como te encanta lo que tengo pensado. Pero... necesito una cosa.

Se pone algo nerviosa, como si lo que me fuera a pedir fuese una libra de mi carne o un préstamo. Venga, *Jules*, creo que, en estos momentos, no puedo negarte nada.

—Necesito las llaves de tu coche.

—¿Necesitas mi coche? —Asiente—. ¿Quieres conducir mi coche? —
Vuelve a asentir, algo cohibida—. Vale, espera, que las busco.

El problema no es dejarle el coche, es saber en qué pantalón he metido las llaves.

—¿No te importa?

—*Nop.* Sabes conducir, ¿no?

—¡Claro!

—Entonces no veo el problema.

Me mira con el ceño fruncido, algo en su cabeza no cuadra. Abro la boca para preguntarle, pero me calla metiéndome prisa. Ducharme y vestirme han sido unos pocos minutos, encontrar las llaves nos lleva casi un cuarto de hora de rebuscar por mi cuarto para, joder, después encontrarlas en la entrada.

Bajamos al garaje entre risas y besos. *Jules*, en vez de mosquearse, se lo toma a guasa. No sé adónde me lleva y, en el fondo, me da un poco igual. Espero no pecar de ingenuo y no verme en un rato peleándome a muerte sin guantes contra otra persona por mi vida. O algo así. Para quitarme la idea de la cabeza, prefiero ahondar en su ceño fruncido de hace un rato.

—¿Por qué te ha costado tanto pedirme el coche? Sabes que no es como pedir un órgano o algo así, ¿no?

—Hmm, eso es para ti, Nico, que vives en el país de la piruleta a veces.

—No, no solo vivo allí, soy el rey. —Le lanzo una sonrisa de esas que sé que, en ocasiones, me abre determinadas puertas. De las matadoras.

Ella lo ignora, está concentrada en conducir y no estrellar el vehículo. Me vale.

—A muchas personas no les gusta dejar el coche. Es solo que, en mi vida, me he encontrado con más gente así como tú, rey de la piruleta.

—Bah, pídemelas cosas, *Jules*, lo peor que puede pasar es que te diga que no.

—Eso es cierto.

No está mal ir de copiloto de vez en cuando. Así puedo observar a las personas pasar, meterme un poco en sus cabezas y pensar qué están haciendo o qué quieren hacer. Me entretengo de esa manera y puede ser que de uno de esos momentos surja una canción. No sé cuánto tiempo pasa hasta que encuentra un aparcamiento. Salimos y vuelven los saltitos.

—Mierda, ¿no me llevarás a otro sitio de esos de hamburguesas mata-arterias?

—¡No! Pero no es mala idea... —pone un tono burlón y me saca la lengua.

Decido que ya está bien de saltitos y le cojo la mano. Ella se queda observando los dedos entrelazados, como decidiendo si lo que he hecho entra dentro de nuestras reglas o si me acabo de sobrepasar y requiere una compensación. ¿Cien latigazos? Levanto la ceja y voy a decirle exactamente eso cuando parece conforme con la situación y continúa dando saltitos, pero atada un poco a mí. Voy a comenzar a dar saltos con ella —si no puedes con el enemigo, únete—, cuando se para ante un edificio.

—No —niego con todo mi cuerpo, no solo con una palabra.

—Sí.

—No.

—Nico, no puedes decir que no, es mi manera de compensarme.

—¿Torturándome? —me quejo y gimo.

—¿En serio? ¿Tan malo es para ti?

—Para mí es como si martirizaran a la música. Prefiero una hamburguesa.

—¡Puedes subir a cantar tú!

—La gente paga por eso, *Jules*.

—No seas capullo, será solo un rato, si quieres te puedes poner unas gafas de sol para que no te reconozcan, Beyoncé.

—Idiota.

Tira de mi brazo y entramos en el karaoke. Ay, Dios mío, dame paciencia, fuerza y una sordera temporal. Solo temporal, ¿eh?

Me parece un lugar sórdido, demasiado oscuro, están prostituyendo a la pobre música. Le han pintado la cara con una brocha, la han dejado en bragas y, hala, a trabajar. Me siento regular y decido que lo mejor es ponerme lo más borracho posible. Nos sentamos en una mesa, pedimos un par de cubatas de ron y escuchamos a una mujer que ha decidido cantar una canción de Perales. Joder. Fuego amigo, fuego amigo, tímpano roto.

—*Jules*... invitas tú, ¿no?

—Sí, claro. —Me lanza una mirada pícar—. Siempre que cantes una canción.

—¿Qué? —me sale un tono aflautado y asustado.

—¡Venga! ¡Ya verás como nos lo pasamos bien!

—Quieres matarme.

—No seas esnob, Nico.

—No soy esnob, soy... no sé, realista.

—Una canción, cuando quieras, y todo corre de mi cuenta.

—Vale, siempre que tú cantes conmigo.

Achica los ojos, se lo piensa un momento y me dice:

—Soy un lobo solitario, prefiero cantar sola. Nunca le haría sombra a Beyoncé.

—Me has arrastrado hasta aquí, ¿tanto te cuesta cantar conmigo? Es tu pago, pero siempre puedes hacerlo más agradable. Y hasta donde yo sé, Beyoncé cantó con Lady Gaga, ¿quieres ser mi Lady Gaga? —Levanto las cejas un par de veces y ella se ríe.

—Venga, pero la canción la elijo yo.

—Ni de coña.

—Nico, tú conoces mil, yo no.

—¿Y si no la conozco yo?

—Te la inventas, para algo eres un artista de nivel internacional, Beyoncé.

—¡Vete a la mierda, Gaga!

Jules me saca la lengua y va a buscar un libro con canciones. Tarda en elegir la nuestra un tiempo en el que torturan a varias canciones: una versión desgañitada de *Girl On Fire*, de Alicia Keys; otra de una de Pablo Alborán; y, justo cuando sube una chica para, estoy casi seguro, destrozar *Like a Virgin*, uhhh, de Madonna, parece que ella se decide. Un conglomerado de valentía, ignorancia y muy poco sentido común.

—¡Lo tengo!

—¿Cuál es la elegida?

—A ti te lo voy a decir. Cuando nos llamen, lo sabrás.

—Vaya, tú sí que sabes mantener la tensión —le digo, pero ella no lo escucha, se ha levantado para ir a informar de nuestra canción. Me bebo otro trago y le hago un gesto a la camarera para que me ponga otro igual.

Borracho, ese es el mejor estatus para soportar esto.

En el fondo me dan ganas de subir a ese escenario y cantar *Fahrenheit 451*, de Iván Ferreiro, a veces me siento un poco así...

Y que si no te gustó esta letra, tenemos guerra declarada.

Jules tarda un rato en volver, le ha dado tiempo a una muchacha a destrozar *Sobreviviré*, de Mónica Naranjo. En serio, ¿en qué estaba pensando la pobre?

—¿Qué hacías? ¿Componiendo la canción? —le digo algo malhumorado —. En tu ausencia me he tomado otra.

—Bailaba un poco, me encanta la canción.

—Dirás los jirones de canción que ha hecho con *Sobreviviré*.

—Uff, cómo se nota que eres cantante.

Se lanza y se sienta en mis piernas. Me besa, despreocupada, con esa libertad que, en ocasiones, da el alcohol. Yo le sigo el juego, claro, me encanta verla así, tan tranquila, tan desinhibida, tan *Jules*. De fondo escucho a un chico imitar a Enrique Bunbury. Es que no vamos bien. El mundo se acerca a su apocalipsis, lo sé.

—Nico, ¿en qué piensas? Porque en meterme mano no.

—¿No te distrae un poco el chico este que está destrozando *Salomé*?

—Me da igual.

—Tienes suerte.

Ronronea. Joder, ronronea, y me vuelve loco. ¡A la mierda la versión cutre y lo que venga! Me concentro para que nos echen del local por escándalo público. Al parecer es lo que quiere *Jules*, y yo no voy a llevarle la contraria.

Le doy besos, mordiscos pequeños y, tal como me ha pedido, intento meterle mano todo lo posible. A mi oído, ella se ríe con ganas, mientras también hace lo suyo. Si no nos echan pronto, voy a subir al escenario tan erecto que no voy a necesitar micrófono. Me descojono y pienso que eso me parece muy gracioso; quizá no lo sea, pero a mí, con unos cuantos cubatas encima, me lo parece. *Jules* deja de besarme el cuello, me observa feliz pero intrigada, y entonces da un salto.

—¡Nos toca!

Joder, no he escuchado la canción. Nos subimos al escenario. Ella como un rayo; yo ajustando el pantalón y estirando la camiseta. Intentando disimular un poco la situación. Me da un micrófono y sonrío. Al poco comienza la melodía de una canción inconfundible. Imposible no conocerla.

—*Fue en un pueblo con mar, una noche, después de un concierto...* — canta *Jules* y, joder, no lo hace nada mal. Me da un codazo para que cante yo también.

—... *con una condición, que me dejes abierto el balcón de tus ojos de gata.* —Decido cantarle solo a ella, pero, si lo hago, la erección no va a bajar nunca en la vida. Así que me centro en la letra.

Vamos, Sabina, mira que tienes canciones y me toca justo una en la que se tira a la camarera maciza de un bar. Pasan los estribillos más largos del universo, intento calmarme, aunque el alcohol no ayuda. Acaba el verano, el otoño dura lo que tarda en volver el invierno y vuelve al pueblo, donde no está, uff, menos mal. Llega el momento pedrada al banco... ¿qué?

—Ahora es Banco Santander —digo muy serio. El Hispanoamericano es algo como muy arcaico, ¿no? Juro que, en la neblina del alcohol, me parece

algo sensato que hacer en un escenario.

Jules se empieza a reír a carcajada limpia, yo intento seguir la letra, pero no puedo. A ella le parece la cosa más chistosa del universo y su risa es, como siempre, oxidada pero también contagiosa. Me encanta verla así.

No acabamos la canción, por supuesto. Algunos borrachos más nos saludan cuando bajamos del escenario y decidimos irnos a casa. Ella no puede conducir, yo menos. Así que un taxista, soportando un espectáculo casi pornográfico, nos lleva a casa.

Y nos dieron las diez y las once...

Ali no me ha devuelto la llamada. Solo me envió un mensaje diciéndome que estaba de viaje, ocupada. Vale, mensaje captado, no soy idiota. De todas formas, necesito centrarme; más pronto que tarde me iré de gira, al fin. Y la buena noticia es que Tiago se viene conmigo. ¿La mala? Que Tiago se viene conmigo. Puede ser o bien la gira de nuestra vida o nuestra ruina. Por menos tiempo juntos se han roto amistades. Y yo puedo llegar a ser algo insoportable. Bueno, y él también. Además, falta saber cómo se va a comportar dos meses sin ver a Romi a diario.

Esta misma mañana, mientras los dos estábamos en el estudio con el resto de compañeros que se vienen con nosotros, me ha llamado Sergio. La cuenta atrás se adelanta, el primer concierto es el treinta de junio en Mallorca. Le he tirado a la cabeza la idea de no ir en avión y, sin pensárselo, me ha colgado. Luego me ha mandado un mensaje diciéndome que dé clases de relajación, de respiración o que me tome una pastilla que me deje bien drogado, pero que la gira empieza con un avión y que me haga a la idea.

Vale, es algo que sabía. La fecha de Mallorca ha estado en la mesa desde el primer momento, pero, no sé, no quería pensar en eso. Y ahora me voy en avión a mi primer destino. ¿No es una mala señal que todo comience así?

Cojo el portátil, me meto en YouTube y me pongo a buscar vídeos de personas haciendo meditación. Todavía me quedan unos días. Tiago se encarga de acelerar la fiesta de despedida, que, por supuesto, será en mi casa y a mí solo me quedan los nervios y muy pocos preparativos previos.

Una chica bastante mona comienza a explicar cómo relajarse de manera efectiva. No sé si será verdad. Alguna vez, de broma, Estela y yo hemos hecho nuestros pinitos, sobre todo para ella y sus nervios de lagartija revoltosa. Pero

prefiero no pensar tampoco mucho en ella. La tengo escondida, junto con la información de Ali y mi miedo a volar, tras una puerta en mi cabeza. Así no sufro, así no me siento mal.

Venga, la señorita se tira en el suelo y comienza a hacer cosas raras. La imito más por inercia que por nada en especial. No me está relajando una mierda, pero, la verdad, hacer el indio me quita estrés. Cuando se sube una pierna detrás de la cabeza y dice que lo mismo no todo el mundo puede hacerlo —la chavala es un genio— lo intento con resultado de dolor y postura absurda que, ni yendo al gimnasio como voy yo habitualmente, se puede conseguir. No soy nada elástico, lo admito.

—¿Qué demonios haces, Nico? —Vaya, *Jules*, justo la postura ridícula en la que quiero que me vea.

Si bien mi vecina me ha dejado claro, y yo tampoco necesito nada más, que lo nuestro es sexual, temporal e intenso, y aunque me haya visto ya desnudo y en posiciones nada elegantes, no sé, no me apetece que me vea así, en mi estado de idiotismo puro. Hemos hecho un pacto que, para mí, es lo más cercano a tener pareja desde Ali, y lo voy a respetar. Pero si algo es público y notorio es que los primeros momentos son los mejores, los más intensos y los que se quedan para el recuerdo. Y dudo que esté poniendo muy cachonda a *Jules* en esta pose. En serio.

—Intento relajarme. —¿Para qué mentir? Mentir es siempre peor.

—¿Intentas relajarte o romperte una pierna?

Jules gira la cabeza y observa el vídeo que tengo todavía encendido. Me mira a mí, de nuevo al vídeo, a mí, al vídeo y se descojona. Gajes del oficio. Pongo cara rara, así, como si me hubiese comido un grano de pimienta entero, cierro el portátil y me levanto para ir al sofá. Ella sigue a lo suyo un buen rato. Cuando se calma, se sienta a mi lado.

—¿Ya?

—Sí, es que es muy raro. Eres una persona muy relajada, casi inconsciente la mayoría del tiempo a los males del mundo. ¿Y tú necesitas relajarte? ¿Qué ha pasado? ¿Algo mal con la gira?

—¿Inconsciente con los males del mundo?

—No sé, sueles parecer tan... tranquilo. No lees las noticias, no te enteras de nada y solo te preocupa algo tan banal como la música.

Eso duele.

—La música no es banal, la música es mi vida, *Jules*.

—El arte es banal, Nico, aunque nos encante, lo es. No le quita el hambre

al mundo, no acaba con guerras, no para el cambio climático.

—*Noche de paz* consiguió un armisticio durante la Primera Guerra Mundial y las canciones protesta siempre han marcado una época. Sin contar con que una canción salvó a mi tío abuelo en la Guerra Civil. La música importa, *Jules*, y mucho. Que a ti no te guste, que seas más... terrenal, no hace que una canción no cambie el curso de una vida. Nos hacen llorar, reír, nos acompañan siempre. Para mí, sería imposible vivir sin música. No es algo banal, *Jules*, es algo esencial.

Sus ojos se quedan fijos en mí. Somos tan distintos en muchas cosas... y eso creo que nos une mucho más que cualquier otro punto de conexión.

—Pruébalo —dice con decisión—. Pruébalo. Pon música y vamos a relajarnos los dos. Nada de posturitas raras, nada de señoritas con poca ropa diciendo tonterías. Música y nada más. Pruébalo, Nico.

Me aturullo. No es tan fácil. Pero pronto me viene a la cabeza algo que siempre me deja con una sonrisa tonta en la boca cuando lo toco. Pero, en esta ocasión, solo quiero escucharlo. Abro el portátil y lo encuentro. Le tiendo la mano a *Jules*, ella frunce el ceño, pero la acepta. Cuando se levanta, le suelto la mano, cojo un par de cojines y los tiro al suelo, al mismo lugar donde antes he intentado romperme una pierna. Pongo el portátil al lado, le pido que se tumbe a mi lado y enchufó la música: una selección de nocturnos de Chopin.

Deliciosos. Cierro los ojos y noto como mi respiración va siendo cada vez más pausada. *Jules* se acurruca a mi lado y posa su cabeza en mi pecho. Mientras las notas van mezclándose para hacer algo mágico y poderoso, le voy acariciando el pelo. No puedo pensar en nada, es como si mi cabeza estuviese perdida en la música y mis movimientos fueran inconscientes; los que quiero hacer, sí, como algo instintivo.

Cuando acaba el primero, *Jules* se remueve, apoya la barbilla para mirarme y me dice:

—Esto es mágico.

Se vuelve a colocar y nos quedamos un rato en nuestro mundo perfecto con banda sonora.

Una de las cosas que más ilusión me ha hecho en estos últimos meses ha sido, sin lugar a dudas, preparar la gira, pero ha tenido un aliciente más: lo hacía con *Jules* todas las noches. Ella ha escuchado cada palabra absurda que ha

salido de mi boca, cada tontería susurrada y cada sueño posible o imposible. Tiene paciencia y sabe escuchar. Y ahora que se agotan los días de este contrato tan extraño que hemos acordado, hay una cosa que no puedo quitarme de la cabeza: que se me acaba el tiempo con ella y que, quiera yo o no, cuando vuelva de la gira todo será distinto. No puedo decir en qué sentido, pero lo sé, como si algo me lo dijese. Vaya, y ese algo es *Jules* con su pragmatismo y sus pies en el suelo.

Ella está metiendo los platos al lavavajillas y está un poco mosqueada porque no he respondido a Este a un mensaje de voz que me ha dejado. Me gusta cuando tiene esos enfados pequeños, casi diminutos. Lo noto en su ceño, no lo frunce del todo, solo parece avisar de que algo está mal. Sabe que no puede hacer más por nuestra relación y la ha tomado con los pobres platos, que está dejando de forma muy poco delicada en el aparato.

—*Jules*, no tengo más.

Se gira, sé que querría mandarme lejos, pero, en su defensa y en honor a su madurez, no lo hace. Solo se vuelve a girar y coloca el siguiente vaso con más calma. El pobre se ha librado.

—Venga, yo hago algo por ti y tú haces algo por mí.

—No estoy para juegucitos sexuales, Nico.

Yo siempre estoy para juegucitos sexuales, ella lo tiene claro.

—No me refiero a eso. —Alza la ceja, seductora y atenta—. Me refiero a otro tipo de favor. Mira. —Escribo en mi móvil un wasap para Este, invitándola a mi fiesta de despedida esa misma noche, pero no le doy a enviar—. ¿Te parece bien?

—¡Ya era hora! ¡No sabía lo cabezón que eras!

Me abraza con las manos mojadas y, de un salto, enreda las piernas en mi cadera. Me da besitos por la cara. Ligeros, casi imperceptibles. Se alegra tanto de ese paso, que, joder, debería haberlo dado antes solo por verla así. *Jules* lleva consigo una tristeza característica que no me deja indiferente, me parte el corazón, así que estos momentos donde explota de felicidad quisiera alargarlos en el tiempo, que los tuviera siempre, que fuera así toda su vida. Pero también sé que el vacío que deja la tristeza, en ocasiones, da paso a una felicidad más duradera, más intensa, más práctica. El problema es encontrar la manera de no abusar de la primera o no ignorar a la segunda, que solo apreciamos una vez que se ha marchado. Me besa la cara, los labios y le doy a enviar.

—¿Qué quieres a cambio? —me susurra al oído con un tono muy sexual.

—Quiero que vengas a uno de mis conciertos. —Se queda quieta, alucinada—. Al que quieras, ese día cantaré *Las normas del avión de papel* para ti, te lo prometo.

Ella, con lentitud, se baja de mi cuerpo. No me gusta el vacío que se queda.

—Nico, acordamos que esto no iría más allá de mañana, que te vas.

—Lo sé, no estoy pidiendo más, *Jules*. Solo que vengas a verme. Vente con Este y con Romi, seguro que ellas van. Quiero que me veas en el escenario y quiero regalarte una canción, ¿tanto te molesta?

No es tonta, para nada, sabe que para mí ese gesto es mucho más importante que pedirle matrimonio arrodillado con un anillo. Sabe que le estoy dando un trocito de mi alma, un poquito de mí. Y se debate entre aceptarlo o no. Lo que no sabe es que se lo di hace mucho, y ella ya lo aceptó.

—No lo sé, Nico, no sé si podré.

—Dime que te lo pensarás. Dame esta noche la respuesta.

Le doy un beso en los labios y me marcho a la terraza a fumar. Sé que ella se irá a su apartamento a rumiar y a cambiarse para la fiesta. Estas semanas con ella, bueno, este tiempo que hace que la conozco, para mí ha sido especial. No quiero una relación seria, *Jules* tampoco, pero no me importaría alargar el contrato un poco más. Al parecer, para ella es una ruptura de nuestras normas. Soy un monstruo.

Me fumo un cigarro, luego otro. Estoy nervioso. Lo tengo todo preparado, por fin puedo rozar lo que tanto he deseado. Y en mi cabeza suena Chopin, sus nocturnos y la respiración pausada de *Jules* mientras duerme en mi pecho. Me siento un poco tonto; cuando por fin logro lo que quiero, deseo más. Mucho más.

Tiro la colilla cuando escucho el timbre. Tiago y Romi querían ser los primeros en llegar con la bebida y la comida, ya que me han advertido que serán también los primeros en marcharse; se quieren despedir a su manera, los dos solos. No hacen falta más detalles.

Cuando les abro, me llevo una sorpresa: Estela.

—Lo siento, *bro*, cualquiera le dice que no —me dice Tiago y entra cargado hasta arriba.

Romi me da un beso y Estela, también cargada, se queda en la puerta.

—Ya me has invitado, Nico, no lo puedes retirar, pero quiero que sepas que, si no, me hubiese colado.

Me hace a un lado y entra con las bolsas. Me quedo plantado durante unos

segundos, cierro la puerta y, cuando llego al salón y la veo descargada, le doy un abrazo por detrás.

—Te he echado de menos, gilipollas —me dice y creo que se le ha escapado una lágrima.

El instante se corta cuando escucho como Romi hace una foto con su móvil.

—¡Arreglado! Lo subo a Instagram para que todo el mundo sepa que la guerra ha terminado. ¡Vaya unas semanas nos habéis dado!

—Cosas de familia, Romi —le dice Tiago—. Yo tengo cuatro hermanos y también nos peleamos que da gusto.

Este y yo nos miramos y asentimos. No hace falta más.

Entre los cuatro nos ponemos a prepararlo todo. Quizá no sea la mejor idea beber hasta no poder más el día antes de salir de gira. Pero nunca se dijo que los músicos tomaran las mejores decisiones. No nos caracterizamos por eso. Y, la verdad, no creo que haya mejor manera de despedirme de mi hogar.

Cuando empieza a llegar gente, echo en falta a *Jules*, me asomo para observar su piso y veo que está todo apagado, ¿dónde está? Tengo un pálpito, casi una corazonada. Si yo necesito subir a la azotea para pensar, ella también ha copiado mi costumbre. Antes de subir, me meto en el móvil y hago una cosa que ya tendría que haber hecho.

Arriba, con un vestido corto, el pelo suelto y la mirada perdida, se encuentra *Jules*. Me dispongo a observarla un momento, solo un momento. Pero ella me pilla antes y me sonrío. Voy a su lado y le doy un beso tranquilo, le paso el brazo por los hombros y decido que el silencio parece un buen compañero para los dos. Ella no y lo rompe.

—Iré a verte, con una condición.

—*Jules*, ¿contigo todo es una continua negociación?

Asiente, sin mirarme, sin dejar de observar como las luces se van encendiendo en el paisaje de Madrid.

—No la cantes antes de que yo vaya a verte.

—Hecho. Ahora, quiero enseñarte una cosa, ¿me dejas?

Asiente. Saco el móvil de un bolsillo y los auriculares más enredados de la historia, del otro. Los engancho como puedo y se los paso. Ella me mira raro, tengo que tener el móvil muy cerca de ella para que puedan llegar. No sé, se enredan solos, lo juro.

Busco entre mis notas de audio y mis cosas, hasta el archivo que pone «Vale». Normalmente no les cambio el nombre y suelen ser una sorpresa, incluso para mí. Pero quería que este lo escuchara *Jules*. Le doy al *play*. Solo

dura unos segundos, nada, casi un suspiro.

—Es precioso.

—¿Te gustan los arreglos? Los hicimos el otro día en el local de ensayo.

—Me encanta el estribillo, ¿no la tienes entera?

—Claro, pero para eso tendrás que venir a verme, *Jules*.

—Es un trato.

Se acerca y me besa. Es un roce lento que se va intensificando con el tiempo. Los auriculares se caen de sus oídos, no llegan lejos, casi no tienen cable. Meto el móvil en el bolsillo y la abrazo fuerte, como si ella se quisiera escapar. Me encanta tenerla cerca, tan cerca...

Cuando el beso se intensifica, los dos sabemos a dónde nos conduce, y ella se separa lentamente, solo los labios, el cuerpo sigue pegado a mí. Apoyo mi cabeza en la suya y decido que no me apetece la fiesta, que solo me apetece sumergirme en ella y no salir nunca.

—Nico —susurra—, lo nuestro acaba esta noche.

—Lo sé, pero no tiene fecha como el hechizo de Cenicienta, ¿no? Después de la fiesta, podemos...

—No, acaba aquí y ahora.

Aunque sus palabras me hieren, no quiero ahondar en ese sentimiento y, quizá por una razón infantil, no quiero que ella lo sepa.

—Así que esta noche ya puedes hacer lo que quieras y, por supuesto, durante toda la gira.

—*Jules*...

—En serio, volvemos a ser solo vecinos, amigos, y voy a cuidar de tu padre, te lo prometo. No te puedo dar más.

Dice todo eso todavía pegada a mí y me cuesta creerlo.

Le levanto la cara para que me mire a los ojos. Ella me besa. Es, sin lugar a dudas, un beso de despedida, un beso que dice adiós a una etapa corta de mi vida. Y sé que tiene razón. Le cojo la cara con las manos, quizá para que no se me escape o para que no acabe el beso. Rozamos los labios, las lenguas, los dientes y gemimos. Más que sexual, es personal.

Escucho un carraspeo. Mierda, tengo gente abajo.

—¿Hola? —Estela está alucinando.

—¡Este! —*Jules* sale corriendo y la abraza. Yo noto que parte de mí se va con ella—. Qué ganas de verte.

Las veo fundirse, con los ojos cerrados. Me encanta la relación que tienen. No me van a echar de menos, sin duda. Se ponen a hablar y yo me enciendo un

cigarro. Al poco, *Jules* desaparece por la puerta que da a mi piso y Estela se queda conmigo.

—Si la besas en la boca cada vez que te marchas de casa, te despiertas con ella cada mañana abrazada a ti y le das explicaciones de por qué vas a llegar tarde... Nico, tienes una relación con Julia sin sexo y os morís por tenerlo. Yo no entiendo nada.

Suspiro, me va a caer una bronca.

—¿Cómo sabes...?

—No soy tonta, en serio, deberíais hacer algo. La tensión sexual no resuelta es una puñeta.

¿Una puñeta?

—Lo de sin sexo no es tanto...

—Joder, Nico.

—Pero ya está, me voy mañana, no hay más. Ella se encuentra mejor que yo con esta decisión, te lo prometo, es suya.

—¿Saldrías con ella?

—No, claro que no, pero sí que seguiría así un tiempo.

—Mal; me gusta Julia, y se merece mucho más que tus sobras.

—Vete a la mierda, me ha dejado ella.

—Vete a la mierda tú. No se puede dejar lo que no se ha empezado, ¿no?

Segunda parte:
Julia se pierde entre melodías

Capítulo XI:

La distancia la marcamos tú y yo a medias

De: Nico Díaz
Para: Julia Alonso
Fecha: 1 de julio, 04:36
Asunto: Mallorca

Jules,

¿Me echabas de menos?

Como te pasas el día con el ordenador, he pensado escribirte a la antigua usanza, pero de forma moderna. Vamos, tú me entiendes.

He venido a hablarte de Chopin. Vale, está demostrado que la música de Mozart es beneficiosa para la salud, lo entiendo. Y ¿sabes que una vez comencé a leer un artículo en una revista que decía que Beethoven estaba pasado de moda y no sé cuántas chorradas más? No lo terminé, claro. Pero, en fin, me he subido al avión hiperventilando, me he puesto los auriculares con el señor Chopin y he pasado la hora y pico en mi mundo. En algún momento lo he pasado mal, lo admito. Aunque he llegado sano y salvo, casi cuerdo.

Bueno, lo prometido es deuda y no he tocado *Las normas del avión de papel* en el concierto; eso sí, creo que, cuando hagamos el descanso de la gira, iremos a grabarlo a Barcelona, donde la discográfica tiene un estudio. Va a ser el primer *single* de mi siguiente disco, ¿no te parece fantástico? Y, además, se va llamar así. Le debo mucho a ese soldado que pudo traspasar la línea enemiga hasta llegar a tu casa.

Ahora viene el párrafo en el que te explico qué hago escribiéndote en vez de irme de fiesta tras el concierto: estoy muerto. Lo admito, estaba nervioso y creo que eso ha hecho que ahora esté muy cansado. Pero no quería irme a descansar sin escribirte (y sin fumar un poco, no solo tabaco).

La habitación del hotel no está mal, mucho mejor que otras en las que he estado. No me quejo, lo prometo. Ya te he contado cómo me ha ido en el avión de ida, espero que el de vuelta sea igual. Mañana me daré un baño por todos. ¿Qué tal Madrid? ¿Sigue sin playa?

No, no me chilles, que te escucho desde aquí.

¿Cómo ha ido el concierto? Vital, esencial, mágico. Lo he disfrutado tanto que no sé ni por dónde empezar... Llámame y te doy detalles, *Jules*, pero tarde, que quiero dormir un rato. Y, si no te lo cojo, ya sabes, estaré en el agua intentando que los segundos se conviertan en minutos.

Rock'n'roll,

Nico.

La primera vez que pisé el aeropuerto de Lyon creí que, en un lugar así, solo podían pasar cosas buenas. Tiene el nombre del escritor de *El Principito*, obra culmen en mi escalada como lectora cuando tenía ocho años. Recuerdo que Paula, la menos traviesa de las tres, se coló en mi habitación y me dijo con su paleta rota: «Te va a encantar, Julieta». Pau no me llamaba así por Shakespeare, un señor que, a nuestros ocho años, no tenía cabida todavía. No, Paula me llamaba así porque era una mezcla de Julia y galleta, mi comida favorita hasta la adolescencia. Pau siempre fue Pau, no pude encontrar una forma graciosa de unir su nombre con su comida favorita, que, por cierto, no ha cambiado: el jamón. Durante aproximadamente dos horas la llamé Jaula, hasta que se me pasó. Claudia, la mayor por minutos, se reía de nosotras y nos llamaba «enanas», como si ella no lo fuese.

En fin, Pau tuvo razón con *El Principito*, pero yo no con Lyon.

Lyon se convirtió en un infierno, en el lugar a donde nunca querría volver y al que tuve que volver y confirmar, bajo ninguna duda, que soy un animal que cae dos veces en la misma piedra. Asimilarlo no fue sencillo, lo prometo.

Y me perdí.

Llegué a Madrid casi sin querer. Casi sin saber bien cómo. Cuando todo se derrumbó en Lyon, cuando por fin me di cuenta de que la única oportunidad que tenía de salir adelante sin volverme loca era escapar de ese pozo que yo misma me excavé, entonces, solo podía pensar en Madrid, en la tía Maru y en la seguridad que me dan los recuerdos de cuando era pequeña.

Paula vive en Tokio.

Claudia vive en Los Ángeles.

Y yo no tenía ni fuerzas ni ahorros para apoyarme en ellas.

En aquel momento, agradecí hasta lo indecible que mi empresa hubiese accedido a darme un cambio de puesto de trabajo en España. Con reajuste de salario, un periodo de carencia en el que no trabajaría y quizá mucho más trabajo del que pudiera asimilar pasado ese tiempo. Pero todo daba igual, y lo sigue dando. Lo importante era salir de allí, ya que lo importante pasó a ser mirar por mí.

Y me armé con una coraza.

El martes que aterricé en Madrid, tras varios retrasos y una parsimonia que

me había alcanzado desde que había cerrado la maleta, me acerqué a ver a la tía Maru, que me dejó las llaves y me llenó la cabeza de alegría. Como solo ella puede hacerlo. Luego, me vi paseando por calles conocidas y desconocidas a la vez, algunas parecían hechas para mí y otras para impedirme pasar. No sé, me sentí tan rara aquel día que parecía que las horas pasaban a un nivel que yo no podía asimilar. Por primera vez en eones, mi tiempo era mío, mi carrera, mis decisiones, todo. Y asusta un poco, la verdad. Me vi paseando con la única compañía del ruido de las ruedas de mi maleta y del movimiento de los coches, como si las conversaciones ajenas no llegaran a mis oídos, ya que mis pensamientos cubrían el espacio para cualquier tipo de voz. No comí, no cené. Nada. Y bien de madrugada, por fin, me presenté en el portal y decidí que ya estaba bien.

Era el momento de pasar página. De huir. De llegar. De encontrar a Julia.

Llegué a mi nueva vida un martes por la noche. Un martes cualquiera de mayo. No era una fecha señalada, no pasaba nada importante. Y creí que nada más especial pasaría en un tiempo. Así que, tras dejar la maleta en la habitación, caí rendida en el sofá. No me hacía falta mucho más. Todo lo extraño y único se acababa allí. Menos mal. Tocaba darse de bruces con la realidad.

Cerré los ojos y suspiré.

Estaba en casa.

En la primera mañana de mi nueva vida esperaba soledad. Un poco de melancolía y soledad. Los ingredientes perfectos para deshacer la maleta y hacer la compra. En cambio, a una hora indecente para mí, que me había acostado tarde, se coló una melodía, perdida quizá en mi memoria, pensé. Atontada, abrí los ojos y, por un momento, no supe dónde estaba. No sentí miedo, no me costó respirar y supe que no estaba en mi antigua vida, sino en la nueva. Y esa melodía, al principio agradable, se volvió repetitiva, confusa, loca y desgarrada. ¿Cómo podía haber comenzado algo tan bien y desbaratarse así? Bueno, mi vida puede ser la respuesta a esa pregunta.

La música continuó por mal camino, me daba golpes en la cabeza. Notas perdidas que chocaban y no se mezclaban, solo se solapaban y gritaban. Joder. Nunca había dedicado tanto tiempo a pensar en melodías.

Entonces, me levanté del sofá y lo vi.

Desaliñado, enloquecido y pirado.

Así vi por primera vez a Nico.

Parecía que había ido de la cama al piano sin pasar por ningún otro lugar.

Con los ojos cerrados, concentrado en tocar una y otra vez lo mismo, como si buscara también una forma de salir de ese bucle musical que me estaba desquiciando. En ocasiones, cantaba algo, yo no podía oírlo. Me quedé embelesada con esa imagen, sentada en el sofá. Era como ver a un chef batir huevos que nunca llegaban a espumarse, solo les daba vueltas y vueltas. Hipnótico pero absurdo. No sé cuánto tiempo me pasé sentada, luego me levanté y me asomé a la ventana. Él ni se inmutó. Me llamó la atención que nadie más tuviera unas ganas locas de gritarle o tirarle algo. El patio de luces es grande y da la oportunidad de fundar un radio-patio en condiciones. Pero nadie hacía nada. Qué civilizados.

Cuando ya me pareció absurdo, le grité por la ventana. Ni caso. Y, sin saber bien la razón, me fui enfadando mucho; tanto que sabía que no tenía nada que ver con él. Eché a andar como una furia a su puerta y, cuando abrió, fue cómo conocí a Nico.

Debería pensar un poco menos en él y más en mí. A fin de cuentas, soy lo único que me queda.

Me repatea que mi nuevo jefe de zona haya retrasado otra semana más mi ingreso en la empresa. Sí, vale, yo pedí unas semanas para recomponerme. Muy merecido, por cierto. Si tengo la oportunidad de hablar con él por algún medio que no sea el *email*, se lo explicaré a la cara. Estoy lista, me siento fuerte y segura. Necesito dos cosas: volver a centrarme en mi trabajo y dinero. De eso último más que de lo otro.

Voy a hacer una confesión: a nadie le apasiona su trabajo en una consultoría. Bueno, algún chalado de la vida habrá, pero a mí no. Soy programadora. Ceros y unos, lenguajes de programación y demás. Eso es lo mío. El orden. La tranquilidad de las matemáticas. Ojalá hubiese un algoritmo para descifrar a las personas, todo sería mucho más sencillo. Solo hay dos humanos en el mundo a los que logro comprender casi todo el tiempo: Claudia y Paula, mis dos hermanas. Somos trillizas y, aunque realmente Pau se parece más a mí, es con Claudia con la que puedo contar para lo que sea. Pero está en Los Ángeles, viviendo el sueño americano. Nos llamamos casi todos los días y, en este preciso instante, estoy ante la pantalla del ordenador esperando hablar con ella. Hace diez minutos que me pidió cinco. Ella es así. En cambio, hace mucho que no hablo con Pau, siempre tan atareada, siempre tan recta. No

vive en Japón por opción, sino por obligación vital, estoy convencida de que es el único lugar en el que pueden soportar sus excentricidades sin tener ganas de ahogarla.

Paula supo desde el principio lo que quería hacer: ser informática. Así que, cuando yo cambié por tercera vez de carrera (de Matemáticas a Física y, por último, a *teleco*), ella fue la más indicada para hablarme sobre la ingeniería. Y no, no es lo mismo estudiar Informática que Telecomunicaciones. Pau acabó la carrera a tiempo y, con esa manía de ser *mariperfecta*, estudió chino y japonés a la par. Ahora vive en Tokio y no hay manera de hablar con ella más que una vez al mes, con suerte, en los últimos ni eso. No sabe nada de los giros que ha dado mi vida.

Yo, por mi parte, nada de chino o de otros idiomas; yo estudié mi carrera y a Carlos. Mi primer error de novata. El que me dio la pista de que tengo un tipo de chico: manipulador, egocéntrico y gilipollas. También guapos y con doble cara. Me gustan los idiotas, señoras y señores. No espero un aplauso. Y Carlos fue el primer ejemplo real. En cuanto me ofrecieron el trabajo de Lyon, comenzó a chantajearme emocionalmente para que no me marchase. Después de unos años de idas y venidas, sabía que quedarme con él no era una opción. Y lo dejé. En Lyon he estado dos años, gracias a que mis padres nos apuntaron al Liceo, y me volví por tres razones: el trabajo, el hastío y Marcel. Si Carlos me dio una idea de cuál era mi tipo de hombre, Marcel lo ratificó y subió las apuestas. Además, para no dejarme nada en el tintero de esta historia de mi vida con el sexo masculino, profundizaré: era mi jefe.

Por fin Claudia le da a la videollamada y la cojo haciéndole una mueca.

—¡Hola, peque! Veo que estás mejor.

«Peque». Siempre me llama peque o enana, depende del día. Nos llevamos entre segundos y minutos. Ella nació primero, luego fui yo y, por último, Paula. No sé, llamarme peque es tan extraño como un helado de sardinas.

—Sí, me encuentro mucho mejor. Con ganas de comenzar de nuevo la rutina, sabes que me tranquiliza.

—¿Tu vecino macizo ya no está? Ese también sabía tranquilizarte.

—¡Clau! Estoy enfadada con él.

—¿Y eso? Este parecía normal.

—Vaya, gracias. Nico es casi normal. Me gusta y eso me da miedo. Lo mismo pasa como con Marcel, que parecía el hombre perfecto, con esa voz y esa forma de ser, y luego se volvió un psicópata.

—¿Has vuelto a saber de él?

—No, cambié de teléfono, y la empresa me ha cambiado también todos los contactos.

—Joder, Julilla —me llama como lo hacen mis padres. Para ellos somos: Claudilla, Julilla y Paulilla—. Tendrías que haber insistido para que ese demente estuviese en la cárcel o algo.

—No voy a empezar con esto otra vez. Lo hecho, hecho está. No puedo viajar atrás en el tiempo, es imposible. En todo caso se podría viajar hacia delante...

—¡Tregua! Vale. Al menos lo despidieron.

—Sí, eso sí.

—Vale, ahora cuéntame qué te ha hecho el tal Nico.

—Se ha metido con Tyrion Lannister.

—¡Válgame Dios, salió la *friki*! Si ese hombre no es tu alma gemela, que baje Dios y lo vea. Por cierto, ¿sabes que Millie va a hacer una audición para un papel corto en *Game of Thrones*? —dice con ese acento americano que tanto me gusta. Es como si todo sonara mejor.

—¿Sí? ¿En serio? ¿Para qué? No puede ser, si ya están rodando en Belfast.

—Ya, ya, es por una baja de última hora. Y no lo puede contar, llevan mucho secretismo en esa serie...

—Joder.

Me cruzo de brazos y me enfado como una cría.

—No sé si quiero que la cojan. Es decir, claro que sí, peque, pero son meses separadas, y ella es lo mejor que me ha pasado desde que estoy en LA.

—Clau, prométeme que vas a tener cuidado. No la conozco, parece simpática por lo poco que he hablado con ella, pero no dejes que te haga daño. A veces, eres muy confiada.

—¡Y tú muy desconfiada! Lo mismo estás perdiendo tu gran oportunidad con ese chico, con Nico. Yo, mientras sea feliz, voy a seguir viviéndolo todo lo más intensamente posible, Julia, no sé hacerlo de otra manera. Pero, créeme, Millie es la adecuada, es perfecta. Prefiero eso a desconfiar de todo el mundo.

—No desconfío de todo el mundo.

—¿Cuánto tiempo llevas en Madrid?

—No sé, como dos meses.

—¿Cuántos amigos tienes?

—Sin contar a la tía, dos, ya lo sabes: Nico y Este.

—Y, por lo que sé, ellos se metieron en tu vida a machetazos. Tienes que

dejar que la gente llegue a ti, peque. No tienes ningún problema, no atraes a las malas personas, solo ha sido mala suerte. El universo tiene un plan para todos.

Mi hermana, siempre tan mística.

—El universo me debe una explicación.

Claudia pone esos ojos tan parecidos a los míos en blanco y mueve las manos como si me diera por perdida. Lleva los brazos llenos de tatuajes de cosas que no sé ni lo que son. Y no será porque ella no ha intentado explicármelo. A mí me dan miedo las agujas. Por eso trabajo con ordenadores y no en un hospital o un lugar donde sean potencialmente accesibles y se puedan acercar a mí.

—El universo te debe un Nico y te lo ha dado. Por lo que me has contado es sexo fantástico, simpático, guapo y quiere lo mismo que tú: cero compromiso por ahora.

—Bueno... —solo digo eso y me quedo callada.

—¿Peque?

—Las últimas semanas fueron... intensas. Como solo lo pueden ser con él. Y creo que me he pillado un poco. —Hago un gesto con dos dedos y señalo unos pocos centímetros—. Es complicado no pillarse por él.

Otra hermana más sensata, Paula, por ejemplo, me diría que no, que no es el momento, pero Claudia no sigue la lógica del resto de los mortales.

—¡Oh! ¡Eso es fantástico! Una vez me fui de gira con un grupo en plan *groupie*, ¿te acuerdas? Fue una pasada. Deberías hacer lo mismo. ¡Recorre España con Nico!

—¿En serio? Después de todo lo que ha pasado, ¿ese es tu gran consejo? ¿Vete detrás de un tío y abandona tu vida?

—Joder, Julia, yo no lo veo así, lo veo más bien como una oportunidad de hacer algo distinto. Si a mitad de la gira no te apetece estar con Nico, siempre te puedes ir. No es seguir a un tío, es vivir una aventura. Que tú has vivido muy pocas.

—Ya tuve suficientes en Lyon. Además, casi con seguridad en unos días me incorporo al trabajo. Me hace falta dinero, los ahorros se van acabando.

—¿Vas a ir a ver a papá y a mamá?

—Por ahora no puedo, no tengo dinero, ya te lo he dicho. —Ni muchas ganas, la verdad—. Pero iré a Murcia un día de estos, se lo he prometido. Por cierto, ¿sabes algo de Pau? Responde a mis mensajes con monosílabos. Y eso que le mando uno todos los días. El último fue: «Pie».

—¿Pie?

—Te lo juro, espera que lo busco... —Cojo mi móvil y encuentro la conversación con Pau de esa misma mañana—. Le pongo: «Pau, da señales de vida, dime algo, lo que sea, me gustaría hablar contigo». Respuesta: «Pie».

Le pongo la pantalla en la *webcam*, Claudia se acerca y bizquea.

—¡Coño! ¡Pone «Pie»! ¿En qué está pensando?

—¿En pies?

Es una chorrada, pero las dos nos descojonamos, más por todo lo que nos apetece soltar que por la tontería en sí. Paula es seria, centrada y jamás de los jamases haría locuras. Si, según Claudia, a mí me faltan aventuras, y creo que he vivido una cuantas, mi otra hermana ni sabe lo que significa esa palabra. Hace una lista de pros y contras y lo evalúa todo. Si pasa el test Paula, bien; si no, pues nada.

—Bueno, peque, te dejo, que me tengo que ir al curro. ¡Me encanta maquillar caminantes!

—Y luego la *friki* soy yo.

—¡Claro que sí! ¿Sabes que te quiero y te odio por no haberme dejado ir contigo unos días después de lo que ocurrió en Lyon? —Se despide así muchas veces.

—Lo sé, te quiero, Clau. ¡Maquilla muchos zombis!

—¡Caminantes, peque, que aquí son muy serios! Es para un programa de esos de entrevistas, no para la serie. —Se encoge de hombros, como si fuese una tarea menor—. En fin, mañana más.

Besa la *webcam* y apaga.

Echo de menos a Clau.

Echo de menos a Paula.

¿Qué querrá decir con «pie»?

Nunca me he aburrido con facilidad. Menos mal. Siempre tengo algún juego de ordenador, donde hacer amigos es infinitamente más sencillo que en la vida real, o algún libro que leer. Hace una tarde fantástica, vuelvo a ver el correo electrónico y no tengo nada nuevo. Ni de mi jefe ni de mi hermana ni de Nico ni de ninguna tienda *online*. Ni eso. No estoy de humor para que cuatro niños me insulten en el *Lol* ni para *farmear* en otro juego. Así que decido subir a la terraza y leer un rato. Me gusta la quietud de la tarde, es como si la ciudad se

fuese vaciando poco a poco. Julio está comenzando sin prisa, lo que será la antesala de la ciudad muerta que deja agosto a su paso.

Julio y agosto, los meses favoritos de mis padres. Los dos son profesores de universidad, de Derecho Romano; primero, mi madre consiguió la plaza en la Universidad de Murcia y las tres nos fuimos con ella, mi familia es de Valencia. Luego, un tiempo después, la consiguió mi padre. Nunca supe hasta qué punto eso fue bueno, creo que se llevaban mejor en la distancia. Y, bueno, claro que julio y agosto eran sus meses favoritos, en uno trabajaban menos y en otro tenían vacaciones, pero también por la vinculación que tienen a Julio César y Augusto. Mis hermanas me llaman a mí *friki* por jugar a videojuegos, ¿y esto qué?

No he subido ni un escalón cuando Estela me manda un mensaje:

«Voy de camino a tu casa, ¿helado?».

¿Cómo decir a eso que no?

Estela ha sido una de esas maravillosas causalidades que me he encontrado. A veces es una mujer seria que da unos consejos maravillosos y, en otras ocasiones, dice «chachipiruli» y parece que tiene cinco años y se ha tragado un arcoíris. Es una dualidad curiosa que me encanta.

Nunca me ha sido sencillo hacer amigas; o bien no lo eran tanto, ya que las pierdo con facilidad. De la facultad conservo a tres con las que tengo un grupo de WhatsApp en el que jamás se cuenta nada malo: el trabajo, bien; la familia tiene una salud de hierro; a ver cuándo nos vemos (nunca)... Y así. Pero también es normal, ellas siguen viviendo en Murcia y yo no. Cuando les haga una visita a mis padres, les haré también una a ellas.

De Lyon solo me traigo malos recuerdos. Dos puñeteros años de malos recuerdos. No hice amistad con nadie y, cuando creí que ya sería imposible, apareció Marcel. Alto, moreno, con una belleza curiosa, quizá no al uso, pero que a mí me encantó. Me hizo sentir que las canciones ñoñas tenían razón, que las comedias románticas del Hollywood más clásico no estaban erradas y que no por nada llamaban a París la ciudad de los enamorados. Fue allí, durante un paseo nocturno, cuando comenzamos nuestra relación. Nuestra puñetera y tóxica relación.

La siguiente vez que volvimos a París, ya nada era igual; todo eran peleas, celos, fantasmas que acosaban la relación y palabras malsonantes. Pasamos del «siempre nos quedará París» al «he sido un paria en París».

Pero lo peor llegó después. Cuando todo se volvió un caos.

No quiero seguir pensando en Marcel. Solo que si antes a los delincuentes

les ponían una letra escarlata, quizá a los exnovios capullos, manipuladores y acosadores habría que ponerles una equis en la frente para que la que venga después no lo pase mal, ¿no? Pero si Marcel era eso y un poco más, ¿en qué posición quedo yo? Yo fui la que se enamoró de un capullo, la que se dejó manipular y la que, llegado al punto del acoso, no actué como debería, como dice Clau.

Este no está de camino, está en la puerta de mi casa. Cuando le abro, se disculpa y me dice que me echaba de menos. Pobre, desde que no vive con Marta, está algo desamparada y, sin Nico, sé que le falta un pilar.

Vamos a la cocina a repartir el helado y pronto subimos a la terraza. A lo tonto ya está anocheciendo y es el mejor lugar del mundo en el que se puede estar. Descartados París y los brazos de Nico.

—Este año no tengo planes en verano —dice Estela con la mirada fija en el helado—. Hace un par de años, a finales de agosto, Nico y yo estábamos desesperados perdidos en esta misma terraza, con su portátil, buscando vuelos baratos, ofertas o lo que sea, porque necesitábamos salir. Estábamos pensando en algo como las Canarias cuando apareció una oferta de esas que te encuentras una vez en la vida: cinco días en Tokio, mil euros. Avión y alojamiento en un hotel de cinco estrellas.

—¿No me jodas?!

—¿Lo malo? Que yo ya comenzaba las clases para esos días... Sin embargo, me dio igual, lo compramos entre la incredulidad y la euforia; juro que mi cuenta se quedó temblando. Pero nos apetecía mil el viaje. Y mucho más después de conocer a la novia de su primo Jorge, que había vivido allí unos años y nos puso los dientes largos. Luego lo dejó por un japonés, por cierto. Una historia fea. En fin, que este año estoy esperando el milagro de los veranos pasados. ¿Subes tu portátil y buscamos vuelos?

—No puedo, empiezo a trabajar en una semana.

—¿Qué no has entendido de que yo empezaba las clases esa semana, pero lo arreglé?

Las dos nos reímos un montón. De verdad, es única. Yo sería incapaz de hacer algo así.

—Mi hermana vive en Tokio, nunca he ido a visitarla.

—¿Cuál? ¿Clau o Pau? En serio, ni las distingo ni creo que acortar los nombres así sea normal. ¿Sabes que PAU significa «prueba de acceso a la universidad»?

—Y eso lo dice una Este y *aquello*, ¿no?

Me mira con la boca abierta en forma de «o».

—*Recórcholis* —dice con su tono de niña perdida—, ¿crees que no me había fijado? —Alza las cejas, le da un bocado al helado de vainilla con nueces y me deja por imposible—. Es jodido acortar Estela, ¿sabes? Las dos formas son malas: Este o Tela. —Me da un ataque de risa tonto, le podría echar la culpa a cualquier cosa, pero creo que, como me dijo Nico una vez, es genético. Joder, no había caído—. Así que me quedo con Este, menos chistes.

—Venga, ¿quién vive en Tokio? ¿Clau o Pau?

—Pau.

—Y Clau vive en Los Ángeles. Joder, qué viajeras las tres.

—Mis padres nos enseñaron a no conformarnos y a no tener miedo. «El mundo es de las mujeres, chicas», dice mi padre cada dos por tres. Pero, como observarás, yo soy la más miedica de las tres, solo me fui a vivir al país vecino.

—Cada uno es como es, Julia. A mí me gusta España, vivo bien aquí. Te lo digo desde mi experiencia en Estocolmo, que fue desastrosa. Pero no sé, cada uno encuentra la felicidad en lugares distintos. Ni siquiera tienen que ser lugares, pueden ser personas, trabajos, sensaciones o vivencias. Yo siempre supe que Madrid era para mí. ¿Y tú qué has encontrado aquí?

Me quedo un rato reflexionando.

—Vine a Madrid porque no tenía otra opción, parecía el único lugar plausible. Por el trabajo, por los recuerdos y por lo que me hacía sentir de pequeña: que aquí todo es posible. Aquí espero encontrarme de nuevo.

Sé que Estela quiere preguntar algo más, se queda con la palabra en la punta de la lengua. Y sé que tiene que ver con cierto pianista loco que vive a un vuelo de avión de papel de mí.

—¡Venga! —dice con su tono de *tengo cinco años, ¿y qué?*—. Esto es como muy intenso, sube el portátil y buscamos un viaje para mí o vemos fotos en Pinterest.

Asiento, es verdad. Llevo un día demasiado intenso. Es el momento de parar. Bajo a mi piso y me suena el móvil, un mensaje, es Nico.

«Nunca creí que tuviera que usar esta carta tan pronto, *Jules*, pero ve a mi casa y coge lo que hay encima del piano. Antes de leerlo, dímelo, es importante».

Tengo las llaves de casa de Nico, él mismo me las puso en la mano y me dijo que podría pasar algo y que yo era la más indicada para tenerlas. Me hizo prometer que si unos adolescentes pirómanos querían prender fuego a su piano

yo lo salvaría; lo demás le daba igual. Pirado. Así que voy para allá casi sin pensar. Entrar en su casa sin que él esté cerca es desconcertante. Una mezcla entre la confianza y el peso de la misma. ¿Tiene aquí cosas importantes que quiere que custodie o, por el contrario, no guarda nada que no pueda ser quemado y le da igual?

Me acerco al piano que tantos quebraderos de cabeza me ha dado. A veces lo toca como si fuera la cosa más perfecta del mundo, pero en otras lo maltrata con sonidos estridentes e iracundos. El pobre ha pasado de todo.

Encima me encuentro un avión de papel.

No sé si soy yo o es la melancolía, pero me da un vuelco todo.

Cuando lo observo de cerca, tiene algo escrito. Decido hacerle caso y mandarle un escueto mensaje que dice: «Lo tengo». Por un momento pienso en enviarle «Pie», pero ni lo entendería ni tiene sentido. Lo siguiente que recibo es un enlace a una lista de Spotify que se titula: «La distancia la marcamos tú y yo a medias» y en el avión están escritas a mano, con su letra pequeña y enfadada, todas las canciones.

Me quedo un rato paralizada. Sé que está compartiendo un poquito de él, ese poquito que él adora y que sabe que es sagrado: la música.

Y, aun en la distancia, creo que nos hemos acercado un poco.

Capítulo XII:

Disculpa un momento, que me desenredo

De: Nico Díaz

Para: Julia Alonso

Fecha: 7 de julio, 05:06

Asunto: Elche

Jules,

¿Me echabas de menos? Si te sientes melancólica, por favor, no vayas a casa a aporrear mi pobre piano. Tú no tienes un convenio con los vecinos y no quiero que sufra más. En serio, él y yo nos entendemos, pero dudo que te entienda a ti. Yo dejé de intentarlo hace tiempo.

Bromas aparte, me apetecía escribirte un poco después del concierto, con las sensaciones a flor de piel, con todo lo que estoy sintiendo. Joder, la música es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ví un piano por primera vez cuando tenía cinco años y me enamoré. Estaba en clase de música en el colegio y me fugaba solo para poder tocarlo... bueno, aporrearlo, la verdad. Mis padres no comprendieron bien qué me pasaba y, cuando por fin se decidieron a comprarme uno, ni entraba bien en el cuarto y tuvimos que sacrificar espacio en casa. ¿Por qué te cuento todo esto? No lo sé, si estuviera escribiendo en el portátil quizá lo borraría, pero estoy todavía en el camerino, con el móvil y siento que tenía que contártelo, ya que, esta noche, cuando llegó la canción de la banda sonora de la película, todos la cantaban. Todos o casi todos, *Jules*. Y esa sensación ha sido un subidón tremendo. Una vez me dijeron que muchas veces las personas que te dan más cariño no te conocen ni sabrán sus nombres. Y yo, esta noche, he sentido un cariño inmenso.

Me voy, *Jules*, que Tiago me está empujando. No sé cuántas gilipolleces he puesto.

Rock'n'roll,

Nico.

Al final no encontramos ningún viaje para Estela, pero sí un curso de cocina asiática. Según Este, puede ser un buen lugar para conocer gente, y lo dijo guiñando un ojo, como si tuviéramos quince años y a nuestros padres en la misma habitación. Yo lo veo complicado, ya que, para colmo, es de parejas.

«Vamos, Julia, lo mismo van dos amigos que quieren aprender a cocinar y son monísimos, simpatiquísimos y todo lo terminado en –ísimo que quieras», me comentó con un tono de niña buena que me llegó a medias a mi cabeza de loca desconfiada.

Acepté, claro. ¿Cómo decir que no a la teoría del –ísimo?

Por eso me encuentro ahora intentando hacer una masa para no sé qué cosa al vapor que vamos a preparar después. Los nombres de estas comidas no son lo mío. Pero es divertido, me recuerda a Pau, que sigue sin responder bien a mis mensajes. Estela, al principio, parecía muy entusiasta; en cambio, mientras yo me pringo las manos, ella no para de mirar al móvil.

—Son todo parejas, tía.

—Te juro que no sé qué esperabas —le digo intentando que no parezcan unas gachas—. ¿Me vas a ayudar?

—Claro, claro, perdona. Es que esto de la masa me parece un coñazo. Yo pensaba conocer a dos macizos haciendo *sushi* —susurra—. Y encontrarme en algún momento de mi vida como Samantha en la película de *Sexo en Nueva York*, que es un horror, pero yo le perdonaría cualquier cosa a Smith...

—Es divertido, relajante. Disfrútalo un poco. Y deja de pensar en ponerte *sushi* por el cuerpo.

Me ignora y sigue con el móvil, seguramente buscando fotos de Jason Lewis. En fin, cada uno se engancha a lo que quiere. Delante, una pareja se da ánimos y yo pienso que cocinar no es lo mío, que todavía tiro bien de comida precocinada. Y, sin querer, me doy cuenta de que todo lo que he querido hacer desde que estoy en Madrid está un poco en suspenso. Necesito volver a encontrarme y quizá no pase nada por darle una verdadera oportunidad a la clase de cocina.

—Eh, Julia —me dice Este—, ¿luego te apetece salir con las chicas? Sonia ha llegado de viaje y dice que, después de una buena siesta, quiere fiesta.

Paro de amasar, creo que ya está bien, el profesor me da el visto bueno con

la mirada y respondo a Estela:

—Claro, ¿mojitos?

—O tequila, vete tú a saber. Todavía no comprendo que, con vuestra edad, no sepáis pasar un buen rato sin alcohol.

—Hablas como una señora que vive sola y no tiene contacto con el mundo. Se me queda mirando como si tuviese un mono de tres cabezas detrás.

—Háztelo mirar, Julia. —Me toca la nariz con el dedo índice, sonrío y se pone con el relleno.

¿Se supone que debo entenderla?

Salgo de la clase con el convencimiento de que eso no es lo mío en absoluto, pero, como ya hemos pagado cinco sesiones, voy a intentarlo. No sé, siempre puedo decir que por mí no ha sido. He dejado a Estela en su parada de metro, yo me voy para casa a arreglarme. Por el camino, recibo una sorpresa: llamada de Nico.

—Hola, Nico.

—Hola, *Jules*. ¡Me coges el teléfono! ¿Has salido ya de clase? ¿Cómo ha ido?

—Te noto superacelerado, ¿qué pasa?

—Nada, Sergio nos ha dado una noticia fantástica a Tiago y a mí, y estamos de celebración.

—Pero ¡cuenta!

—Vamos a meter un par de ciudades más en la gira, la cosa va funcionando muy bien.

—¡Eso es genial, Nico! —Quizá he exagerado con la reacción, no sé hasta qué punto eso es bueno, pero, por su forma de contarlo, parece que mucho.

—Gracias, *Jules*. Pero eso significa que no vuelvo a casa estos días. Me voy a Barcelona, donde tienen el estudio, y luego seguimos con la gira. Romi se ha cogido unos días libres y se viene. —Se queda callado, yo me paro en seco en mitad de la calle. ¿No pensará...?—. ¿Vas a venir a verme a Málaga? Si vienes te canto por Sabina, te canto mi avión de papel y te presento una de las ciudades más bonitas de España.

—No lo sé, con la vuelta al trabajo todo es más complicado.

Excusas, excusas, excusas. Y él lo sabe.

—Bueno, si te animas, creo que Estela va.

—Claro, los dos tenéis casa allí.

—Es lo que tiene ser de Málaga, seguro que te encontramos un hueco. Piensa en lo maravilloso que es para mí tocar en mi tierra, ¿y tú no te vas a venir?

—Nico...

—¿Qué pasa, *Jules*? Admito que al principio estaba conforme con las reglas que nos habíamos autoimpuesto con nuestro avión de papel, pero ahora ya no tanto. Te echo de menos y no pasa nada por admitirlo.

»Yo no buscaba nada, te lo prometo. Pero hay algo que me dice que, si lo intentamos, puede salir bien. Vamos, *Jules*, sé que tú estás igual que yo. Un poco confusa y un poco consciente de que llevo razón. Creo que sería algo insano no darnos una verdadera oportunidad. Eso sí, a nuestro ritmo, a nuestro rollo, nada convencional. Algo como tú y yo.

»Borra la regla del tiempo en el avión de papel.

Disculpa un momento, que me desenredo.

—¿Justo ahora? ¿Con tantos kilómetros de distancia?

—No creo que exista el instante perfecto. ¿Qué quieres? ¿Romanticismo? Ven a verme y tendrás un rato, te lo prometo. ¿Seguridad? Te juro que no miraré a otra mujer si me dices que quieres empezar algo conmigo. ¿Un secreto que nadie más sepa? Desde hace años, eres la única persona que me ha dado esperanza de no desear una vida en solitario. ¿Una canción? Sabes que ya tenemos una.

—Se nota que escribes canciones.

—Y contigo a mi lado, las escribo hasta buenas. Créeme.

—Nico, yo... ahora no te puedo dar nada más que lo que tenemos. Ni un poco más.

—Ven a verme, *Jules*. Ven a verme, lo hablamos en persona y volvemos a poner las normas que a ti te vengan bien, pero que nos den una oportunidad de verdad. Solo te pido eso.

—Me pides mucho.

—¿De verdad lo crees? Explícamelo, *Jules*, explícamelo para que pueda entenderte.

Se me corta la respiración.

—No puedo ahora.

—¿En Málaga? Te va a encantar, es una ciudad preciosa, única.

—A lo mejor.

—¡Te estaré esperando, *Jules*!

- Queda mucho, ¿no piensas llamarme?
—*Nop*, al menos hasta que nos veamos. Pero te escribiré, te lo prometo.
—Es todo muy raro.
—Acostúmbrate, conmigo nada es normal.

Cuando desconfías de tu instinto, todo se vuelve más complicado.

Comienza con pequeños detalles. El color de una blusa, lo que quieres pedir en un restaurante, qué hacer el fin de semana o, incluso, llegar a plantearte que tu felicidad nunca puede estar por encima de la suya.

Así elijo yo a los hombres: manipuladores, torturadores y algo chalados.

Que Nico no parezca uno de ellos no dice mucho, la verdad. Marcel tampoco lo parecía y resultó ser el peor de todos. Era cariñoso, listo, ingenioso, comprensivo... hasta que un día me desperté y ya no quedaba nada de la Julia que había cogido un avión camino al aeropuerto de Lyon-Saint Exupéry; al menos, nada de lo que me hacía ser esa persona. Quizá no fuera la mejor del mundo, pero era yo. Y lo peor es que ese día no llegó así, de sopetón, llegó de la forma más lenta posible, porque, aunque me dé vergüenza admitirlo, creí que compensaba cambiarme a mí misma por tenerlo a él.

Me perdí.

Y decidí atarme una armadura alrededor para no pensar en eso. Y me gustaría decir que fui yo la que me di cuenta sin tener que llegar a mayores. Pero llegaron los mayores, los superiores y, cuando solo quedaba un paso para ser insoportable, fue entonces cuando reaccioné. Tarde y mal.

—¡Julia! ¡Julia! —Estela me llama mientras mueve su mano—. Estás ausente.

Vaya si lo estoy. La conversación con Nico me da vueltas en la cabeza. El hecho de que él me guste, de que se haya metido en mi piel, ¿es suficiente para condenarlo a ser un desgraciado? ¿Me quedaré siempre sola?

—Un poco, perdona.

—¿En qué piensas? —me pregunta y le da un sorbo a su zumo.

—Seguro que no en la pregunta que te acabo de hacer —dice Sonia.

Pongo cara de pena y pregunto cuál era.

—¿A qué tres actrices de comedia romántica te tirarías? Las mías son: Anne Hathaway; Jennifer Aniston, en *Friends*, y la Meg Ryan de los noventa.

—Las mías son: Meg Ryan de los ochenta, obviamente, Sonia —dice Este

con un tono de sabelotodo algo insoportable—, Sandra Bullock y Katherine Heigl.

—¿En serio? —pregunto descolocada.

—Acostúmbrate, Sonia se puede pasar haciendo listas toda la noche. Esta es fácil —comenta Este como si tal cosa—. Venga, vamos.

—Hmm. —Me toco el labio con el dedo y pongo pose de pensar—. Julia Roberts.

—¡Esa es buena! ¿Cómo no se me ha ocurrido? —se pregunta Sonia a sí misma.

—Nicole Kidman de finales de los noventa y principios del siglo XXI.

—¡Qué exacta! —grita Este descojonándose.

—Y... no sé, Renée Zellweger antes de... ya sabéis... *eso*.

—Sí, ya. —Este pone mala cara y asiente.

—Me gusta tu estilo, Julia, me gusta mucho.

Supuestamente esta noche íbamos a quedar con *las chicas*, pero al final nos hemos quedado en tres. Cada una ha tenido que hacer una cosa distinta y, bueno, tampoco estamos tan mal. Pasamos el rato con diversas listas más: qué tres cosas te llevarías a una isla desierta, las tres mejores canciones de 2015 (menos mal que no vamos tan borrachas —Sonia y yo, Estela no bebe— como para no poder buscar en el móvil el año de las canciones) o los tres mejores helados poco comunes. Parece que Sonia tiene demasiadas ganas de este juego, pero Estela, al cabo de un buen rato y algo aburrída, decide que con «Las tres mejores películas de dibujos de Disney» acaba la cosa.

—Pero ¿cómo es posible que *Aladdín* no sea vuestro número uno? —pregunto algo indignada.

—Es que llegó *Frozen* y lo desbancó todo, Julia. *Let it go! Let it go!*

—No la he visto —digo despreocupada.

Las dos gritan cosas que no entiendo. Llegados a este punto, ya estamos muy borrachas.

—No tengo sobrinos ni hijos ni veo ya películas de dibujos.

—Vaya, la señorita es muy madura para ver películas de dibujos. —Este pone un tono de cría que, la verdad, comprendo. Ella es mitad adulta, mitad niña de cinco años. Claro que ha visto *Frozen* y todo lo demás.

—Sinceramente, es un argumento de mierda —dice Sonia—. Hay películas de dibujos que son mucho más que para niños. Y te lo voy a demostrar poniendo *Frozen*. —Su discurso hubiese sido maravilloso si no se hubiese caído del sofá al final del mismo y estuviera descojonándose en el suelo

bocarriba.

Estela deja su bebida en la mesa y le ofrece la mano a Sonia.

—¿*Frozen*? —pregunta desde el suelo—. Te prometo que te encantará.

—*Frozen*.

¿Por qué no?

Resulta que Sonia tiene esa película y otras que no conozco. Tarda en ponerla por el pedo y por la emoción. Dicen las dos tantas veces que me va a gustar que ya solo le pido a gritos que le dé al *play*. Cuando al fin me hace caso, veo que se saben todas las canciones, ¿cuántas veces la habrán visto? En la canción principal, cuando Elsa se hace un castillo de hielo, ellas lo cantan a todo pulmón. La repiten tres veces: dos en español y una en inglés. Al final yo también me aprendo parte, a la fuerza ahorcan. Pero me gusta. Me divierto y me encanta que no exista un príncipe encantador que salve a las hermanas. Por fin las películas Disney llegan al siglo XXI.

La noche acaba con las tres cantando canciones de dibujos animados.

Me despierto con el olor a café y sin saber bien dónde diablos estoy. Me duele un poco el cuello, este sofá no parece el más cómodo del mundo, y creo que no volveré a beber más hasta que se me olvide. En la mesa hay café, tostadas y hasta algo de bollería.

—¿He muerto y he resucitado?

—Algo así —dice con una sonrisa Sonia, que parece estar perfectamente. Estela solo gruñe—. Me ha dado tiempo a ducharme, salir a comprar y a hacer el desayuno. Sois un par de marmotas.

—Son solo las doce... tú no eres de este planeta, Soni.

La aludida sonrío y levanta las cejas.

La hora se mete en mi cabeza, ¿las doce? ¿Qué más me da a mí si yo no trabajo? Pero...

—¡Joder! ¡Me tengo que ir!

Le doy un sorbo al café y me meto una tostada en la boca.

—¿Y eso? ¿Qué pasa?

—Tengo que ver a mi tía Maru y le prometí a Nico que vería a su padre.

Sonia me mira a mí y luego a Estela, como si quisiera comunicar algo solo con la mirada, pero no dice nada.

—Vamos, te llevo, que para eso te he traído yo —dice Este, mientras

intenta levantarse.

Aunque insisto en que puedo ir yo sola, Estela no quiere dejarme, dice que también le prometió a Nico que estaría pendiente de su padre. Noto que el ambiente ha cambiado, como si algo ya no fuese tan bueno como la noche anterior. En cambio, Sonia me abraza y me dice que sale de nuevo de viaje el próximo miércoles y que, si quiero, podemos vernos antes y tomarnos algo.

En el coche, yo con cara de resaca y las dos algo perdidas, Este está muy callada, casi pensativa, hasta que, en un semáforo, al fin pregunta lo que quiere saber.

—Entre Nico y tú, ¿hay algo más ahora?

—Si te refieres a si somos pareja, no.

—Me refiero a si sois algo más que amigos.

Me quedo callada, no sé, es como si esa parte de mi vida fuese solo de él y mía y no quisiera a nadie más revoloteando.

—Vale, no es asunto mío —comenta y gira a la derecha—. Quiero mucho a Nico y me encantaría que encontrase a alguien con quien estar. Que olvide ya a Ali. Y contigo tiene una conexión especial. El problema es que...

Se queda la frase en el aire mientras le pita a otro conductor y salen de su boca palabras que no repetiré, ya que, creo, no deben ser nombradas más allá de este coche. Joder con la niña de cinco años, qué cosas dice.

—¿Cuál es el problema?

—Que Nico no tiene espacio para nadie más. Ya viste cómo se puso cuando la nombré. Y, cuando ha intentado rehacerse, hallar la manera de dejar espacio a alguien más que no fuese el fantasma de Ali... es autodestructivo.

—Yo creo que está bien. No tenemos una relación, eso está claro, pero creo que Nico para nada es autodestructivo.

—Le gusta hacerse daño, culparse por todo. Y tú, por lo que me has contado, no estás buscando sanar a nadie, ni siquiera como un juego. Y Nico necesita a alguien que lo quiera como es ahora y que pueda soportar todo el daño que él va a hacerse. Y, Julia, piénsatelo bien si quieres meterte en algo así.

—Ya te he dicho que no tenemos una relación.

—Pero también que ha pasado algo entre vosotros. —Estela suspira, un coche se cruza y vuelve a insultarlo sin piedad. Da miedo—. He visto cómo os miráis, cómo tenéis esa chispa que se encuentra pocas veces. La verdad es que yo... —Sonríe—. No sé para qué me meto. Haced lo que os dé la gana. ¡Sed felices mientras podáis!

—Eso parece una maldición, Estela.

—Uy, no, no lo es. Te lo prometo. —Aparca el coche, se quita el cinturón, se gira para observarme y decirme—: Creo que todo va a ir bien. Solo tenéis que encontrar la manera.

Sonríe, da un saltito en el asiento y sale del coche. Qué jodida, como ella no tiene resaca, puede hacer lo que le dé la ganas. Cuando salgo, bendigo al inventor de las gafas de sol, una gran persona, eso seguro.

—Pareces una estrella de *rock* venida a menos. Mejor eso déjaselo a Nico. —Me guiña un ojo.

—Oye, que hice con él mis pinitos en el karaoke.

—¿Qué?! —grita y pregunta con los ojos como platos—. ¿Conseguiste llevar a Nico a un karaoke? ¿En serio?

—Sí, no es para tanto, la verdad, solo fuimos, cantamos y nos lo pasamos bien. Algo borrachos... —susurro.

—Joder, Julia. No tienes ni idea de lo complicado que es sacarlo de su zona de confort. —Con las manos señala un círculo alrededor de ella—. Yo lo intento de vez en cuando y es como darse cabezazos con una pared de hormigón. Y tú en unos meses lo has conseguido... —Suspira, cierra los ojos y levanta la cabeza al cielo—. Julia, por favor —comienza a decir, sin abrir los ojos—, ten paciencia con él.

Entre nosotras se instala un silencio plagado de coches y personas que pasan a nuestro alrededor. Este se recompone, me coge la mano y me mira a los ojos.

—¿Vale?

—Vale.

Capítulo XIII:

Tal vez tu ONG se pueda ocupar de resucitar a hombres que siguen vivos

De: Nico Díaz

Para: Julia Alonso

Fecha: 15 de julio, 07:36

Asunto: Alicante

Jules,

Mi madre siempre me ha dicho que «lo prometido es deuda». No te llamaré, la verdad es que van a ser días muy locos por mi tierra con mi familia y con todo lo que está pasando, pero, sobre todo, para darte espacio y para que me echés de menos. Pero hoy quería escribirte antes de irme a dormir, porque ha sido un día mágico.

Tengo una teoría: las ciudades que descansan a la orilla del mar tienen algo distinto. No sé, es como si el mar me llamase o me hiciese dar más de mí. Me encantaría coger mi piso, el edificio entero, y ponerlo junto al mar. Es imposible, pero de sueños también se vive, que me lo digan a mí. Si supieras la de veces que me han dicho que esto que estoy haciendo es imposible...

Jules, si no hay imposibles, ¿te das cuenta de las posibilidades que tenemos?

Rock'n'roll,

Nico.

El silencio duele.

Vale, es complicado que algo que no te roza, que casi ni sabes que está o que, realmente, no está, pueda dolerte. Pero a mí me duele. A veces me asomo al patio de luces y veo el piano solo, abandonado, cogiendo polvo, y me digo que debería estar feliz, contenta. Nico ya no lo aporrea como un loco. Nunca pensé que el silencio fuese peor que el ruido. No es ruido; es, más bien, su música descolocada y loca, a veces, y serena y pacífica en otras.

Creí que, durante su marcha, sería feliz al no tener que enfrentarme de nuevo al Nico músico durante un tiempo. En cambio, lo echo de menos, tanto que no sé si me he vuelto loca yo o si me ha vuelto loca él.

Es curioso cómo en ocasiones nos acostumbramos a cosas de forma casi inmediata, sin darnos cuenta. Es sencillo hacerlo con lo bueno de la vida, ¿no? A tener dinero, a viajar, a no tener preocupaciones... Eso sí que es sencillo, pero nunca pensé que echaría de menos que alguien aporrease ese estúpido piano. Me ha dado jaquecas, berrinches y afonía al gritarle que se estuviese quieto. Pero no, soy masoquista, estúpida o descerebrada. ¿Cómo puedo echar de menos eso? Y no solo eso, por supuesto. Si me meto en mí yo más objetivo, ese que me hizo estudiar ciencias y adorar los ordenadores, diré que también besa bien, toca perfectamente cada fibra sensible de mi cuerpo y, en ocasiones, su voz es como un afrodisiaco. No cuando canta, cuando susurra. Pero todo eso es algo físico, ¿no? Algo meramente de atracción, casi animal. Sería normal echar de menos eso, pero no, yo echo menos que me dé el follón con el pianito, la seguridad que me da su inseguridad a la hora de vivir y esa forma tan extraña que tiene de estar siempre cuando se le necesita. No, no es dependencia, es tranquilidad y locura a la vez, es no saber si vas a poner el pie en arenas movedizas o en fuego. Es, no sé, es Nico.

No me puedo fiar de mi instinto, comprobado. Estoy loca.

Hundo mi cabeza en mis manos y me tiro en el sofá.

Estoy aterrada por todas esas cosas que bullen y que no puedo retener. Odio no poder controlar algo. ¿Por qué no me puede gustar alguien objetivamente estable? Ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, con un trabajo estable, con una intensidad de sentimientos media y, a poder ser, por favor, con hueco en su vida para mí. Ah, y que no toque el piano como un poseso, eso también vendría bien.

¡Vete a la mierda, corazón!

Negar lo evidente me está costando la salud y horas de sueño.

Así que decido hacer algo que sé que no está bien. Pero si he vuelto a Madrid, si quiero hacer las cosas a mi manera, sé que, en ocasiones, no voy a seguir las reglas. No, al menos, las que marca la sociedad. Ya que, para curarse, en ocasiones, hay que desconectar el interruptor de la racionalidad y dejarse llevar. Y yo necesito irme a un balneario y que me cuiden. No lo va a hacer nadie por mí, solo lo puedo hacer yo.

Cojo las llaves del piso de Nico, subo por la terraza, como si así la intrusión fuese menor. Cuando abro su puerta, me doy cuenta de que, sin él, ya no parece un hogar, parece un piso vacío. Jodido Nico.

Me lo recuerdo de nuevo, estoy aquí por mí, para intentar aclarar el barullo de ideas que tengo en la cabeza. Nunca elijo bien, me costó horrores encontrar mi camino y, en cuestión de parejas o, incluso, de amigos, soy lo peor. No sé rodearme de gente buena. Mis padres, mis hermanas, mis primos, mis tíos... todos me han caído del cielo, como un regalo divino que viene con una nota que dice: «Hasta aquí todo lo bueno que te va a pasar en relaciones humanas. No te ganaste el instinto». Todo lo que no he elegido yo está bien; el resto..., entre mal y regular. Sin embargo, Pau, que tiene una cabeza más serena que la mía, siempre dice que aun con las malas decisiones que tomo en general, tengo la buena suerte de los tontos. Gracias, Paula, por lo de tonta. Lo dice mucho, que conste. En Navidad era casi tan asiduo como *Los peces en el río*. Mi padre bromeaba con llamarme Estrella, pero yo jamás vi esa buena suerte.

A veces, es todo tan complicado...

En fin, la casa de Nico huele a él. ¿Cómo huele Nico? Joder, aquí voy a parecer una intensita como él: huele a locura, a miedo y a templanza. Huele a todas esas cosas que hemos hecho y a todas las que le hubiera gustado a él hacer. Huele a seguridad y a tirarse sin paracaídas. Huele a música prohibida y a tensión de hombros. Huele a todo aquello que nunca supe que quería y que ahora ansío.

Hasta aquí la Julia intensa.

Me acerco al piano, que es el culpable de todo esto, el culpable de que yo me haya vuelto un poco majara y me siento. Rozo su madera con la punta de los dedos. Es fría, brillante y parece antigua. Al abrir la tapa, esas teclas blancas y negras me saludan.

—Dios, cómo os he odiado a veces —les digo, como si tuvieran entidad o

razonamiento. ¿Qué estoy haciendo?

Toco una tecla; suena bien, fuerte y segura. Toco otra y la cosa cambia, se quiebra. Con la tercera ya no hay vuelta atrás, esto es un desastre. Él hace que parezca tan sencillo tocar, cantar, componer y sentir la música que yo no sé cómo hacerlo sin que Nico revolotee a mi alrededor.

Otra vez más toco unas cuantas teclas con las manos y parece que he asesinado a Bach. Al padre, que, según estudié en el colegio, es el famoso. Si se pudiera matar a la música, este acto impulsivo la habría herido en lo más hondo, quizá la muerte vendría de un violín desafinado en unas manos inexpertas o lo mismo la ha dejado agonizando la letra de algunas canciones que suenan en la radio. Yo no lo sé. Yo solo entiendo que, cuando me metía con él diciéndole que la música no salva vidas y que no es importante, él tenía algo de razón al decir que yo estaba equivocada.

Ahora lo entiendo: no salva vida, salva almas.

Me despido del piano con un gesto de reconocimiento y respeto.

Una vez en casa, me siento en el sofá con la sana intención de no darle vueltas a la cabeza cuando suena el móvil. Pero no mi tono normal, sino el de FaceTime, y la única persona que me llama por esa vía es...

—¡Pau! —grito y doy un salto en el sofá—. ¡Joder, Paula! Hace semanas que me esquivas.

Ver a mi hermana me sube el ánimo y hace que deje de pensar en pianos y música.

—Yo no esquivo a nadie, Julieta-galleta. —Me saca la lengua y sonrío.

—Estás muy feliz... más de lo normal, ¿qué has hecho, Paula?

Bufa y se pasa las manos por el pelo. Algo brilla, ¿qué es eso?

—No te puedo ocultar nada, pero te vas a esperar a que la torpe de tu hermana, que vive en el país de los Macs, se meta en la conversación.

—¿Y, mientras, hablamos del tiempo que hace en Tokio?

—Aquí llueve, es la estación de las lluvias.

—Aquí no, es la estación de la deshidratación y del calor.

—Recuerdo Madrid en julio... eres una exagerada, Julieta. ¿Has ido a ver a los papás?

—No, iré en agosto.

—Vale, he hablado con ellos hace un rato y...

En la conversación se mete Claudia con cara de pocos amigos.

—¡Qué modernidades! No sabía yo que podíamos tener una conversación a tres bandas. Ponedme al día, chiquitinas.

—En serio, haber nacido un poco antes no te hace la anciana del grupo — le digo con los ojos en blanco.

—Julia... —susurra Claudia.

—¿Qué?

—¡Echa un polvo!

—¡Hala, la otra! —grita Paula desde Tokio.

—Y tú, que hace semanas que estás perdida, también, no sé si el novio ese tuyo...

—Takeshi.

—Takeshi, ese mismo, te tendrá contenta, porque a mí no me tienes ni un poco, ¿qué significa «Pie»?

—Es una extremidad del cuerpo, Clau, ¿te han hecho una lobotomía en LA?

—No, es lo que le dijiste a Julia cuando te preguntó cómo estabas.

—Ah, eso... es que te iba a contestar, Julieta, y se me pasó y escribí «Pie» sin más. La frase era algo así como «Pienso llamarte pronto».

—Y pasaron semanas —apunto.

—Vale, sí —reconoce Pau—, pero es por una buena razón...

Claudia gesticula para que lo suelte y yo espero con algo más de paciencia.

—¡Me he casado!

—¡¿Qué?! —grito yo, Claudia también, pero no la entiendo—. ¿Lo dices en serio? ¡Paula!, ¿cómo has podido no avisar?

—¡Joder, Pau! Que yo estoy más cerca. Nunca pensé que me perdería la boda de ninguna de vosotras dos...

Claudia está realmente triste, dolida, más que enfadada, y eso me da mucha pena.

—Explícate. —No puedo decirle ni una palabra más.

—Ha sido algo práctico, nada sentimental...

—Ahora me vas a decir que casarte no es algo personal. —Recuerdo a Nico enfadado por no darle más datos de mi operación, al decirle que no era de su incumbencia, pero que tenía que ser *mi persona*; es muy dramático. No tiene nada que ver, lo conocía de unas semanas, y mi hermana, en serio, se ha casado.

—Sí, a Takeshi lo iban a cambiar de ciudad en la empresa y, si estaba casado, no. Nos queremos, vivimos juntos y tenemos una vida maravillosa, así que fuimos y nos casamos sin mucha pompa.

Enseña un anillo pequeño, muy bonito, y sonríe.

—No iba a celebrar una superboda, no iba a hacer que os gastaseis miles

de yenes en venir a Tokio por una boda que no me hacía ilusión. Así que nada, así me gusta más. Deberíais respetar mi decisión.

—¡Respetas tú esto! —Claudia le saca la lengua, le enseña su bonito y tatuado dedo corazón y corta.

Nos quedamos las dos en la conversación solas.

—Mamá ha hecho prácticamente lo mismo.

—¿Ellos tampoco lo sabían, Pau?

—No, nadie de mi lado. Ya celebraremos algo cuando Takeshi y yo vayamos para allá.

—Joder, Paula, ¿en serio no pensaste que nos haría ilusión?

—Pues no, pensé que era mi boda y que iba a hacer lo que me diera la gana.

—Ya, ya, es lícito también... ¿Tienes al menos una foto?

—Sí, luego te la paso.

—¿Eres feliz con Takeshi?

—Ay, Julieta, cuánto siento que todo te haya ido así. Claro que soy feliz con Takeshi, es verdaderamente lo que he buscado siempre. Centrado, amable, tranquilo, cariñoso en su punto justo e inteligente. Soy muy feliz. Tenemos una vida apacible.

Acaba de describir al tipo de persona por la que yo suspiraba un rato antes, pero que ahora no creo que sea lo mío. Lo de centrado suena un poco como un no-Nico.

—Me alegro, Pau, mucho, pero, no sé, hablas como si tuvieras sesenta años.

—Es lo que quiero, Julieta.

—Me alegro por ti.

El silencio, ese tan cabrón que antes me dolía, ahora me parece pesado y hace que me cueste respirar.

—¿Y tú? ¿Cómo sigue tu recuperación? ¿Tu vecino el pianista te vuelve loca?

Levanto los ojos y me fijo en la casa de Nico, tan vacía sin él, tan silenciosa.

Y su piano solo esperándolo.

—No, se fue de gira.

—Vaya, mejor.

—No, Pau, te has perdido muchas cosas. Y eso te pasa por contestar con monosílabos sin sentido, con la palabra «Pie», y por casarte sin avisar. Ahora

te toca escucharme un buen rato.

—Soy toda tuya, Julieta-galleta.

Es complicado conciliar mi vida actual y la pasada.

Marcel fue mi jefe y lo llenó todo con esa forma de ser tan atrayente y dolorosa a la vez. Ahora mi jefa directa es Fátima y no tiene nada que ver con él. Es fría, inteligente y competitiva; cree que todo el mundo quiere robarle el puesto. Y yo no lo quiero. Sí, se cobra más, pero la responsabilidad y las horas son mucho mayores. Yo prefiero poder trabajar a veces desde casa; entregar mis proyectos; tener mis guardias, cuando así lo quiera, y no agobiarme con cosas que no son puramente de mi rama.

La vuelta a la rutina me sienta como un café a primera hora de la mañana: sabe a salvación. Me levanto, me ducho, desayuno, trabajo, no pienso, no pienso, no pienso y vuelvo a casa muy cansada. Leo algún mensaje de mis hermanas, Este o Nico y caigo rendida a veces en el sofá, a veces en la cama. Depende de si me he puesto una película o una serie.

Soy masoquista, no sé tomar decisiones y me duermo en cualquier parte.

Y siento que puedo ser casi feliz.

Me falta algo y sé que es la música tortuosa de Nico, así que, por primera vez desde que se marchó, decido hacerle algo de caso a la lista que me envió. Tengo que hacerme una cuenta en Spotify, ya que, hasta este instante, no le había dado ningún uso a ese programa. Una vez dentro, le doy a que suene aleatorio y un ritmo de guitarra se cuele por los altavoces del ordenador y de la casa.

Vaya, no está mal. Me paso un rato en compañía de Calamaro, Sabina, Silvio Rodríguez, Jorge Drexler, Enrique Bunbury o Manolo García. En un momento dado, decido enviarle un mensaje a Nico.

Julia: «Tal vez tu ONG se pueda ocupar de resucitar a hombres que siguen vivos».

Si con eso no llamo su atención para que me llame, no sé qué más puedo hacer.

Me dirijo a la caja de búsqueda del programa y pongo: Nico Díaz. Decido ponerme sus canciones, a ver cómo suenan. Tiene un disco, leo los títulos de las canciones, dedicadas a cosas tan cotidianas como caminar, la lluvia o su gato. ¿Su gato? Justo cuando voy a darle al *play*, suena el teléfono.

—*Las cartas que no envías solo son cartas marcadas, te regalan una mano, pero nunca un corazón* —canta Nico al otro lado de la línea siguiendo la canción que le acabo de enviar. Se escucha ruido, tiene un tono en la voz que me hace pensar que está muy feliz y puede ser por dos cosas: va borracho o se alegra de hablar conmigo—. *¡Jules! ¿No estarás escuchando música?*

Confirmado. Borracho. Por alguna razón no puedo creer que se alegre de hablar conmigo, es como si yo sintiese durante casi todo el tiempo que, para él, ahora, con su gira, su música, su fama y sus viajes, sobro. Sin embargo, cuando hablo con él, esa sensación desaparece y me parece que soy parte de su mundo, una parte importante que Nico intenta conciliar y que yo desordeno por el puro placer de hacerlo, porque puedo.

—Un poco sí.

—¡Al fin te has decidido! Estoy impaciente por saber qué opinas. Por eso te levanto el veto.

—Qué amable...

—Venga, suéltalo.

—Aún no opino nada concreto, te voy a hacer esperar.

—Vaya, *Jules*, esto no se hace...

—¿Estás ya en Málaga? —Me dijo que quería pasar unos días con su familia, este mismo fin de semana toca allí, en su tierra, y sé que eso lo hace estar feliz y nervioso a la vez.

—Sí, sí, estoy aquí con unos amigos y unos primos.

—¿Cuánto tiempo llevas allí?

—No sé, desde esta mañana, ¿por qué?

—Porque te ha salido un acento malagueño tremendo.

—Nunca se ha ido, *Jules*.

—Pero se esconde.

—Pues ya tiene algo en común contigo.

Me quedo callada; él no lo ha dicho serio, sino todo lo contrario, pero a mí me deja algo seca. Es como si jugase con fuego y me diera miedo quemarme. Si no quiero estar con él nada más que como ya estamos, si sé que mi instinto es una mierda y siempre me enamoro de quien no debo, ¿por qué sigo enganchada a él?

—Hoy he tocado tu piano.

No sé por qué le digo eso, quizá porque lo último que me apetece es colgar o quizá porque el lado masoquista que todos tenemos en mí es más fuerte que en los demás.

—¿En serio? ¿Y está bien? ¿No lo habrás quemado?

—Sigue intacto, he sido muy cuidadosa.

—¿Y qué te ha parecido?

Joder, él siempre así, le dan igual cosas por las que otro me hubiese chillado a la cara.

—Que tú lo haces fácil y no lo es en absoluto.

—Vaya, gracias. Es un piropazo.

—Es lo que es, Nico, ni más ni menos. Lo mío nunca será la música, pero creo que no te he valorado, en ese sentido, en su justa medida... Iré a uno de tus conciertos —le digo sin pensar, ¿qué estoy haciendo?

—¿En serio, Jules? ¿A cuál? Estoy desenado arreglar bien *Las normas del avión de papel*, creo que puede quedar fantástica.

—No lo sé, quizá cuando pases por Murcia, y así veo a mis padres un rato.

—Ven antes, ven a Málaga. Y luego ve a Murcia. —Se hace un silencio salpicado por conversaciones ajenas y risas descompasadas—. Me haría feliz.

¿Lo haría feliz? No se da cuenta de la magnitud de la palabra «feliz», o sí que lo hace y me la ha lanzado como un dardo directo. No sé bien qué pasa, pero, sin saber de dónde viene, me descompaso, me tiembla una mano y me acuerdo de otras palabras, de otras situaciones y de otra vida en la que cedí y en la que salí dañada, quemada y perdida.

—Tengo que colgar.

—Jules, lo siento, no quería agobiarte.

—Hablamos mañana, ¿vale?

—Jules.

—Adiós.

Y le cuelgo. ¿Qué estoy haciendo? ¿Es que no aprendo?

En la empresa me han puesto en un grupo de trabajo formado por cuatro personas más: Jaime, Marcos, Iván y Andrea. Los dos primeros son simpáticos, algo pesados con los chistes pero amables; a Iván no lo apodan *el terrible* por nada, es realmente cruel cuando se pone, no quiero quedarme sola con él, y Andrea es simpática, me ha tomado bajo su protección, y mi hermana Claudia, cuando se digne a hablar conmigo —está enfadada con Pau y lo paga con las dos—, estará muy contenta cuando se entere de que he abierto mi círculo a una persona más.

Poco a poco.

En la oficina tenemos una cafetería donde comemos todos los días, bien de lo que llevamos de casa o, como en mi caso, de lo primero que pillo precocinado en el súper. En esta ocasión es un preparado de color extraño de espaguetis con salsa de nombre extraño. Si Nico me viese comer eso, pondría el grito en el cielo.

Andrea y yo estamos solas en la mesa, ella se ha traído una ensalada con tantas cosas que no sé si la palabra se ha quedado corta.

—¿Eso es manzana? —le pregunto con la cabeza.

—Ajá. —Asiente con la cabeza—. Así tengo ya la comida y el postre. — Me guiña un ojo.

—Muy práctico... —Voy a seguir hablando cuando suena mi móvil.

Estela: «Última llamada, Julia, el viaje a Málaga sin hacer paradas son más de cinco horas. Salgo a las cuatro, puedo ir a por ti».

Observo el mensaje, mientras escucho cómo Andrea sigue hablando de la comodidad de no separar la comida del postre, de que la costumbre de comer algo dulce es una tontería y cosas así.

—A ver, es que es una cosa que se ha implantado, pero no tiene sentido... ¿Julia? ¿Qué pasa?

—Que una amiga me está proponiendo viajar a Málaga este fin de semana.

—¡Joder! Con ese tono parece que te quiere para limpiar una casoplón y no para ir a Málaga. Yo fui hace poco con la despedida de soltera de una amiga y es una pasada de sitio.

No sé cómo explicarle los pormenores de la decisión. No es ir a Málaga sin más, no es disfrutar de un buen fin de semana. Es enfrentarme a algo a lo que le tengo miedo. ¿Quiere Nico algo más o solo lo que teníamos antes de irse de gira? No parece que tenga ganas de más y a veces sí lo parece. De ser un sí, ¿lo quiero yo?

Noto como me dan un par de pinchazos en la sien. Como si mi cuerpo me estuviera mandando un mensaje, pero ¿cuál? Joder.

—Hay algo más, un tío.

—*Hmm*, un tío, ¿y tu amiga no lo sabe?

—Oh, sí que lo sabe, es su mejor amigo y ella sería feliz si estuviéramos juntos. Bueno, es feliz con un lápiz de *Hello Kitty*, así que tampoco tiene el listón muy alto en lo relativo a la felicidad.

—¿Y qué hay de malo con ese tío?

—No sé si estamos en el mismo momento, no sé si es bueno enredarme con

él, no sé si, al hacerlo, saldré peor que como entré.

—No me conoces mucho, Julia, pero si algo puedo decirte es que nunca se sale igual de una relación. Se sale mejor o peor, pero nunca igual. Las personas nos aportan cosas. Y lo mismo, si no lo intentas, no lo sabes. Yo qué sé... se rumoreó alguna cosa sobre ti y el jefe de la sede en Lyon, ¿es él?

—No te has cortado nada.

—Prefiero dejar las cosas claras; si no, tengo acidez. —Sonríe.

—No, lo de Marcel acabó y ya no quiero saber nada de él o de gente como él.

—¿Y el tío de ahora es como él?

—Creo que no.

—¿Lo es o no lo es?

—Yo diría que no, Andrea, pero no estoy segura, mi radar de gilipollas no funciona.

—*Bah*, seguro que sí. Depende de ti. Si te vas a Málaga, disfruta y, si no lo haces, llámame y este fin de semana diseccionamos a tu chico y lo pasamos bien, ¿vale? Eso sí, por la tarde y quizá con un niño de meses.

—Hecho.

Si Andrea corta así la conversación es porque se sientan con nosotros otros compañeros. Las mesas son enormes y se comparten. Se ponen a hablar de la *app* que estamos desarrollando y mi amiga me da un codazo para que atienda.

Entre las palabras y el compañerismo, me decido a hacerles caso a los pinchazos de cabeza y decirle que no a Estela, ¿qué hago yo en un concierto? ¿Qué hago yo con Nico? ¿Qué hago yo arriesgándome?

Julia: «Recógeme a las cuatro menos cuarto».

Pero mis dedos escriben lo que les da la gana.

Capítulo XIV:

Estas semanas sin verte me parecieron años

De: Nico Díaz

Para: Julia Alonso

Fecha: 20 de julio 20:46

Asunto: Málaga

Jules,

Es posible que el ejército que monté de aviones de papel para llegar hasta ti hoy esté reunido formulando nuevas reglas.

Rock'n'roll,

Nico.

Recibo el correo de Nico en el móvil cuando ya llevo casi cinco horas sentada en el coche con Estela y nos queda más de media hora para llegar a nuestro destino. Tras dos paradas cortísimas, según ella, y normales, según mi opinión. Estoy deseando llegar a mi destino. Nico no sabe que voy, así que no podrá tener lista *Las normas del avión de papel*, pero no me importa, ya la cantará en otro momento.

Durante el viaje he sentido mil cosas: alegría, ansiedad, nervios, dudas... Pero como Este no ha parado de hablar, no he tenido tiempo de pensar de verdad.

Hemos salido tarde un poco por culpa de las dos: yo he tardado en hacer la maleta y ella se ha despistado con no sé qué que Soni le había encargado. Hemos avisado a Romina, para que nos guardase unas entradas y estuviese atenta a nuestra llegada, y, por el correo de Nico, sé que no le ha dicho nada de nuestra llegada.

—Mejor ni pasamos por casa, ¿no? —Estela me ha ofrecido pasar el fin de semana con ella en un piso que tiene su familia vacío.

—Sí, podemos ir después del concierto.

—Si los conozco un poco, después del concierto hay tangana, y luego ya veremos.

—Tampoco parece tan mala idea.

Es la primera vez que voy a Málaga, así que me voy fijando en cada cosa del camino. He viajado lo justo; me gusta, pero no he tenido la oportunidad y puedo decir que, con los años, esos momentos se guardan de una manera especial en la cabeza; las ciudades no son meros edificios más o menos ordenados, sino lugares maravillosos donde pasamos un tiempo robado a la rutina.

Le suena el móvil a Estela; es Romi, así que pone el manos libres y la escuchamos las dos.

—¿Por dónde vais, chicas? El concierto ya ha empezado.

—¡Mierda! ¿No podría ser un poco impuntual, como las novias?

—¡Qué va! Nico estaba ansioso, toca en su ciudad, en su casa, con sus amigos, con su familia y con todos sus recuerdos. Era imposible retrasarlo; si hubiese sido por él, lo habríamos adelantado.

—Nos queda un poco y aparcar.

—Vale, avisadme cuando estéis cerca para que salga a por vosotras.

Estela pone cara de velocidad; es raro, ya que, cuando observo el contador

no cambia ni un poco. Lo mismo es rapidez mental lo que ha activado y yo no logro verlo.

—Es una pasada, Julia, toca en el Teatro Cervantes, creo que es para él un sueño hecho realidad. Después de tantos locales pequeños, de tantos sueños y de tanto esfuerzo, lo ha conseguido. Me siento como la madre del artista.

—Te entiendo, yo no he vivido con él todo eso, pero, aun así, cuando me llama o me escribe, se nota que lo que está pasando esta noche es especial, es lo que él ha soñado durante mucho tiempo.

—Me alegra que hayas decidido venir, Julia. Creo, sin equivocarme, que esta puede ser una de las noches de su vida.

En Málaga hace poco que se ha ido el sol y sus avenidas se tiñen de oscuro y de luz artificial. Las calles que observo desde el cristal del coche me llaman la atención. Cada ciudad tiene su encanto, su espíritu, y el de esta es como si hubiera moldeado un poco a Nico: con alma antigua y talante moderno. No sé, cuando estoy cerca de él, yo también me vuelvo un poco poeta.

Estela tiene una suerte increíble, según dice, y aparca el coche relativamente cerca. Por el camino, llama a Romi para que nos espere. Llegamos a una plaza que tiene bares a los lados. Se nota el movimiento, la alegría y ese acento que me despista por momentos, pero que me encanta. Es un lugar grande, con aire de haber vivido mil historias entre sus piedras, y, cuando me fijo, en la fachada, en un anuncio con forma de tira vertical, se encuentra el nombre de Nico y una imagen suya tocando el piano. Me quedo quieta, es como si en este mismo momento me diese cuenta de que todo lo que me ha dicho, que todo lo que he vivido con él es real.

—Impresiona verlo tan grande, ¿no? —dice Estela, que ha entendido perfectamente mi reacción.

—Es como si le hubiesen hecho una foto desde un agujerito en su casa. Tiene esa pinta de genio loco que lo caracteriza cuando se sienta ante el piano.

—Han sabido captar a Nico.

—Yo creo que sí.

Me encanta esa foto. Es como si me hubiesen quitado un recuerdo y lo hubiesen podido plasmar en un papel.

Encontrar a Romina no es sencillo; hay bastante gente, pero, nada más llegar, nos da unos pases, al parecer vamos para dentro, al meollo de toda la cuestión. Subimos escaleras, vemos a gente muy atareada, todo huele a sudor, emoción y a algo que no logro identificar, quizá algún ambientador que intente tapar todo lo demás. También un poco a tabaco en una zona, y asumo que Nico

se ha pasado por el forro la prohibición de fumar.

Voy andando rápido por todos estos lugares que son tan ajenos a lo que he vivido antes que me parece que no soy yo la que está pasando por ellos, sino otra persona que se parece a mí, que habla como yo, que se mueve casi como yo misma y que está disfrutando de un instante robado que no le pertenece.

Esto no me pertenece, es como disfrutar de tiempo robado.

Durante estos minutos, mientras asimilo todo lo que estoy viendo, es como si mis oídos se hubiesen taponado. No hay ruido, no hay gente, solo un pitido sordo que lo inunda todo. Sin embargo, cuando llego al corazón del teatro, justo en el instante en que puedo verlo a él tocando con otros músicos y exponiendo al mundo un poquito de su alma, es cuando llega hasta mí la música, su música, algo que él ha sacado casi a trompicones de su cabeza. No tenía otra opción, según me dijo, y ahora ha decidido ofrecérsela a un público que puede ser entregado o cruel. Es la forma de exhibición más íntima que conozco, la del artista con su público.

Y Nico, para mí, ha decidido quedarse en cueros con cada nota que le arranca al piano.

Durante un buen rato, no puedo apartar mis ojos de él, es como si tuviera algo que me impidiese disfrutar de otra cosa del escenario. Quizá porque no haya nada que merezca la pena de ese lugar más que él o porque, subido allí, a esas tablas, se convierte en un animal salvaje que ha decidido civilizarse y es imposible no mirarlo, no admirarlo y no sentir que, con algunas de esas palabras y esas notas, te pellizca un poco el corazón.

Sé el momento exacto en el que nota mi presencia. Es al final de una canción, ha tenido los ojos cerrados todo el tiempo y, al abrirlos, me ha mirado solo a mí, como si supiera que alguien lo estaba observando. Me guiña un ojo y sonrío. Con una sonrisa tímida que lo hace parecer vulnerable. Algo que contrasta como el blanco y el negro con la imagen anterior. Se acerca a Tiago y le dice algo al oído, este asiente y se va a hablar con los otros músicos.

—La canción que viene ahora —dice Nico al micrófono, de pie, junto al piano— tiene dos versiones. No es mía. —Se escuchan ruidos de pena—. Pero os aseguro que es maravillosa.

»Durante toda la gira, he estado cantando la versión menos conocida de la misma, ya que, a la persona a la que se la he dedicado durante todas estas semanas, no estaba presente.

Es curioso cómo el público simpatiza con cada palabra, le responde y

parece una masa única que sabe cómo relacionarse con él.

—Sin embargo, hice una promesa al pie de un karaoke, sí, de un karaoke, lo prometo; y fue que, cuando esa persona viniera a verme a un concierto, cambiaría a la versión que cantamos. Y aunque, queridos amigos, las dos acaban mal, algo que a veces es inevitable y a veces no, quiero decir una cosa: *cómo explicar que me vuelvo vulgar al bajarme de cada escenario* —canta y la gente se vuelve un poco loca.

»Así que, *Jules*. —Se gira para observarme, aunque es muy complicado que me vea con ese foco tan brillante—. Gracias por venir a mi tierra, al lugar donde siempre soy feliz, y donde voy a cumplir mi promesa. No te agradezco el viaje al karaoke —se escuchan risas de fondo—, pero sí que cantaras esta canción conmigo.

Justo cuando acaba, comienzan las notas de *Y nos dieron las diez*, de Joaquín Sabina.

En ese justo instante me despierto, como si hubiese estado metida en el sueño de otra persona, me fijo en su voz, que no es espectacular pero sí muy personal, algo rota. Cuando quiere sentir una palabra cierra los ojos, esos pequeños y marrones que tiene. Y, cuando se dirige al público, tiene una conexión complicada. Me paso la canción tatarando, me siento dentro de una burbuja compuesta de notas, sonidos y melodías. Creo que entiendo un poco más lo que mueve a Nico a este mundo, lo que hace que se vuelva loco por compartir una nota y por no pensar cuando se sienta ante un piano.

La canción pasa en un suspiro, no he escuchado ni el estribillo, y eso que es bastante recurrente. Mientras le aplauden, Nico sale del escenario, se dirige a nosotras, me coge la cara con las manos, me da un beso en los labios —suave, rozándome con mucho cuidado—, choca su frente con la mía y me canturrea:

—*Estas semanas sin verte me parecieron años.*

Y con las mismas se vuelve al escenario.

Noto su sudor, su alegría, el alcohol corriendo por sus venas y quizá algo más, pero también el temor. No debe de ser fácil ver ante ti a tantas personas y pensar que, aunque tú lo hagas lo mejor posible, puedes llegar a decepcionarlas.

—No creí que Nico fuese tan famoso... —susurro, no sé si para mí o para mis compañeras. Ahora está tocando una canción al piano y, en ocasiones, hay silencios que suenan a cientos de personas conteniendo el aliento y a otras cantando y tatarando.

—Aquí en Málaga —dice Estela—, es bastante conocido y, con la promoción que ha ido teniendo, me ha dicho que cada vez llena más. Se está convirtiendo en toda una estrella.

Este está muy emocionada, la miro y tiene una ilusión en la mirada que me hace abrazarla. Como si el éxito de Nico fuese un poco de todos; aunque no es verdad, así me parece que lo sentimos las dos.

Me vibra el móvil, lo llevo en el bolsillo trasero del pantalón, pero no me importa, quiero entender mejor qué le hace sacrificarlo todo por estos momentos, por este subidón de adrenalina. Así que, sin pensarlo mucho, decido centrarme en él y su mensaje. Lo demás ya llegará más tarde.

Una vez estuve en un macrofestival con mis hermanas. Jamás he sido muy de conciertos ni de música ni de nada. La música me daba un poco igual, pero a ellas no y fueron de escenario en escenario viendo a grupos distintos; a veces me iba con una y a veces con otra. Yo disfruté más de otro lado de esas fiestas. Ellas nunca entendieron bien mi poca empatía con el arte. No disfruto realmente en los museos; si me trasmite una obra algo, tiene que ser muy concreta y el arte abstracto me parece una estafa. Con la música igual, nunca me ponía nada en el metro para ir a trabajar, leía o dormitaba, y en el coche, cualquier emisora, si podía ser con noticias, valía para pasar el tiempo. Pau siempre me ha dicho que soy *antiartística*, por eso la muy jodida, cuando le conté mi lío con Nico, se partía de risa y me decía que me lo tenía bien merecido.

Cuando termina el concierto y dos bises, Nico viene con su banda, no de atracadores, pero sí de locos sudorosos, cansados y felices. Nada más pasar por mi lado, enlaza su brazo a mi hombro y no me suelta. Me presenta a músicos, ingenieros de sonido, a su mánager y a todo el mundo que pasa por nuestro lado. Yo no puedo decir más que palabras sueltas, me siento como invadiendo su mundo y no sé si la sensación es de ser bienvenida o no. Él hace todo lo posible para que lo sea, pero esa estúpida vocecita interior que me hace tener miedo se hace cada vez más pequeña y se pierde con el sonido de las risas y de las felicitaciones por el concierto. Yo no soy imparcial, a mí me ha encantado.

Nos metemos en su camerino y, entre tanta gente dando vueltas, consiguen que nos quedemos solos en un tiempo récord. Cierra la puerta, sonrío, me atrae

contra la puerta con cuidado, se queda con sus ojos fijos en los míos, como pidiendo permiso para seguir o no. Le doy un beso tímido en la boca y él suelta un sonido que es como el pistoletazo de salida de una carrera.

—Dios mío, *Jules*, te he echado de menos —susurra entre la vorágine de besos y caricias.

Voy a decirle que yo también, de una manera extraña y caótica, un poco como él. Pero no puedo; decirle eso es como abrir una puerta que no sé si quiero abrir ahora. Mi cuerpo me pide más de él, pero mi cabeza me dice que tengo que tener cuidado; cuando hay que elegir, siempre elijo mal. Así que opto por la opción más sencilla: me dejo llevar por lo que me apetece y no pienso en mucho más. No pienso en mañana, ni en la siguiente hora, solo en lo que necesito en el presente, que, además, es lo único que tengo de verdad.

Nico echó el pestillo en el mismo instante en que le di el primer beso lento. Cuando parece que ya no puede estar más tiempo así, me coge de la mano y me lleva a un sofá que tiene en su camerino. Me pongo encima de él y no tengo ninguna duda de lo que nos apetece a los dos en este momento. Me quito la camiseta y él corre a por el broche del sujetador. Antes de quitarlo, me dice.

—Joder, *Jules*, no tengo condones.

—¿Qué? ¿Los has gastado todos? —No soy una ingenua, no tengo quince años y sé que se ha tirado a lo que ha podido. No somos pareja, no tenemos más que un contrato temporal; no me molesta, solo me jode que no tenga para mí.

—¿Qué todos?

—No sé, el cargamento que te hayas comprado para esta gira.

El muy gilipollas se descojona, y yo, casi desnuda, no le veo la gracia, la verdad.

—¿De qué te ríes, Nico? —Curiosamente, no siento ninguna gana de taparme, me gusta dónde estoy y me gusta cómo estoy.

—No tengo condones porque no he comprado condones.

—Preservativos... —susurro, sin saber qué razón me inclina a hacerlo.

Se ríe más incluso, me da un beso casi tímido, mientras me acaricia el pelo rubio con una mano y con la otra me aprieta contra él.

—Semántica para frías... —susurra—. Preservativos, *Jules*, tú ganas. Y ni he comprado ni he usado ninguno durante esta gira.

—No me mientas, por favor —le digo a media voz, casi sin sentirla. No sé ni cómo lo escucha.

—Nunca te mentaría, *Jules*, prefiero que te enfades a que te desilusiones.

Me saca una sonrisa tímida y va a decirme algo, cuando llaman a la puerta.

—¡Vamos, tío! Nos esperan en la Sala Premier, te he reservado una mesa de *hobbit* para ti.

—¡Gilipollas! —grita Nico.

—¡Date prisa, estamos todos ya listos!

Me besa con tal ímpetu que me sujeta por la espalda para que no me caiga. Cuando para, no abre los ojos, respira fuerte y me dice:

—Te va a encantar el sitio, *Jules*. Luego, si quieres continuamos con esta conversación y con lo que quieras.

Salimos entre risas, ya que Nico solo ha encontrado una camiseta para cambiarse y es de *Los cazafantasmas*; no sabe de quién es, le está grande, pero al menos está limpia.

—Espero que alguien me diga de quién es, para devolvérsela...

—Vas horrible.

—Gracias, *Jules* —dice con tono de burla y me coge la mano.

No se la suelto, me parece bien. Quizá, si me dejo llevar, esa vocecita que me vuelve loca y que no me deja comprometerme más, se calle. Lo mismo Nico hace que desaparezca. Lo mismo Nico es de verdad y, por una vez, no me he equivocado.

Ya solo quedan unas pocas personas fuera, no hay señales de dónde se encuentran Este, Tiago o Romina, pero sí veo a otros, que, de forma muy rápida, me han presentado antes. Tardamos un poco en marcharnos, ya que Nico tiene que ir terminando algunas cosas. Yo lo espero sentada en unas escaleras mientras observo las bambalinas del teatro y todo el trabajo que hay detrás de un concierto. Impresiona, la verdad. En mi mente lo comparo un poco con todo el trabajo que hay detrás de cualquiera de mis encargos. Yo programo *apps*, pero conmigo hay un equipo increíble que hace mil cosas: diseñadores, desarrolladores, incluso un equipo de *marketing*. Aquí yo veo a un montón de gente que hace muchas cosas que no sé qué son, pero están organizados y parecen un equipo bien enseñado.

—¿Vamos? —me dice al oído. No lo he visto venir; estaba tan absorta que ni me he dado cuenta.

—Claro.

Me levanto y, mientras se va despidiendo de todos, me coge por la cintura.

—¡Espera! ¿Nos hacemos una foto con el escenario vacío?

—Sin problema.

—Es para Clau, está algo enfadada y seguro que le alegra saber que he venido.

—Oh, ¿habías dudado si venir? —pregunta con sorna.

Ni le respondo, le pido a una chica que nos haga la foto y los dos hacemos caras. Nico también le pide que lo haga con su móvil. Yo se lo mando a Claudia y él lo sube a Instagram. Vaya.

—¿Instagram?

—Sergio me obligó a hacerme una cuenta y —se encoge de hombros—, la verdad, me he enganchado... Tengo alguna cosa que contarte, *Jules*.

—¿Te has guardado cosas en nuestras conversaciones?

—Solo un par de ases en la manga. —Me lanza una mirada que dice mucho, tanto que se me seca la boca—. ¿Y qué le has hecho a Claudia?

—Te lo cuento de camino.

—Perfecto.

Me tiende su mano, la observo. Sigue llevando esos anillos tan suyos. Es solo una mano, nada más. No es un contrato, ni tan siquiera uno firmado en un avión de papel.

Se la cojo, al principio es casi un roce, pero, cuando él lo nota, la aprieta.

Salimos del teatro entre risas y asombros por la historia de Paula. Es una locura y, si algo puedo decir de mi hermana, es que ella no comete locuras.

—Simplemente lo ve como la mejor opción. No quiso que nos gastásemos «millones de yenes».

—¿De yenes?

—Ya piensa como una japonesa. Sí, de yenes y, si te digo la verdad, si nos lo hubiera dicho, nunca podría haber sido una boda tan rápida, todos le hubiésemos pedido más tiempo para poder ir. Así que ha decidido que es lo mejor. Que en unos meses podrá venir con Takeshi a España y que celebrarán algo.

—Es una decisión entre práctica y egoísta. ¿A ti cómo te ha sentado?

—Al principio mal, pero solo fue el primer impulso. Luego lo entendí, es su boda, ¿no debería hacer lo que le diera la gana?

—¡Por supuesto que sí! Este es el dilema entre «hago lo que me da la gana» y «me importa lo que opinen los demás». Es decir, a tu hermana le pesó más lo primero y yo creo que no está mal. Una boda es algo íntimo, algo donde

solo deben tomar decisiones dos y, te lo digo por la boda de una de mis hermanastras, al final todo el mundo mete mano. Es mucho mejor irse a Las Vegas.

—Un poco hortera, ¿no?

—A mí me encantaría casarme de Elvis volador, *Jules*.

—¿En serio?

—*Wise men say only fools rush in, but I can't help falling in love with you...* —canta imitando la voz de Elvis y me da una vuelta, casi bailamos en medio de la calle—. Hemos llegado, *Jules*, ¿preparada?

Asiento y entramos. El lugar es realmente curioso, es como si hubiesen tomado las películas más famosas de los últimos tiempos y las hubiesen recopilado. En los taburetes están pintados nombres de actores famosos. Nico me lleva a una parte del local que parece la casa de Frodo Bolsón. ¡Habían reservado parte de la zona de *El señor de los anillos*! Qué hatajo de *frikis*. Me encanta.

Todos nos saludan, me siento al lado de Este y de Nico. Muy arropada por los dos. En su salsa, con sus amigos y conocidos, en su tierra, los dos parecen muy alegres. Siento que estoy en un cumpleaños, en un momento de esos donde sabes que la felicidad dura poco, pero es muy intensa. De los que te gusta recordar en años posteriores. ¿*Recuerdas cuando...*?

Son todos muy amables, a veces me pierdo con las conversaciones, es normal, hablan de cosas de la gira que son bastante divertidas, como que Nico, en Mallorca, salió a cantar la primera canción descalzo porque estaba tan nervioso que se olvidó ponerse los zapatos. No le dijeron nada, pensaban que eran manías de músico, hasta que terminó la canción y él mismo se dio cuenta, se disculpó y fue a por unos. También de un par de bromas que se habían gastado y terminaron cantando a pleno pulmón una canción de Fito Cabrales.

Tras un par de cervezas para mí y unas cuantas más para Nico, parece que la gente ya piensa en ir a otro lugar a seguir la fiesta.

—¿Duermes esta noche conmigo? —me susurra al oído.

—No sé... —Me hago la dura.

—Prometo que, si quieres paso, por la farmacia y, si no quieres, no. Tú eliges, señorita preservativos.

—¡Nico! —Va un poco pasado de alcohol.

—Dame una respuesta, para irnos con ellos de fiesta o solo contigo.

—Solo conmigo —respondo sin pensar. Parece la tónica de este viaje.

Nada más despedirnos de sus amigos en la puerta del local, me besa. Con desesperación, con algo que antes no había notado. Nico sabe a alcohol y a urgencia.

—¿Nico? —Me da un beso en la frente y nos ponemos a andar dirección a... no sé, alguna, supongo—. Hoy pareces desesperado.

Me coge la mano y me acaricia con el pulgar la muñeca.

—¿Te puedo decir la verdad, *Jules*?

—Espero que siempre me puedas decir la verdad, Nico.

—Vale.

Se queda callado y no dice nada, frunce el ceño como si algo le viniera a la cabeza y lo descartara. A veces, es tan transparente como una lluvia fina; en ocasiones, es tan opaco como un nubarrón.

—¿Quieres decirme algo? ¿No ibas a decirme la verdad?

—Intento ser menos intenso, Estela me ha dicho que me paso.

—¿Cuándo?

—Esta noche, mientras estabas en el baño con Romi.

—Prefiero que me digas lo que sientes, seas intenso o no. Dímelo, por favor.

—Creo que esta noche me siento azorado por una razón: cuando te toco, es como si tu piel estuviese formada por granos de arena que se van diluyendo por mis dedos. Siento que cada beso es el último, que con cada caricia me dirás adiós y que le estoy robando horas a algo que parece inevitable. Y la sensación de euforia que he sentido al verte se ha convertido en una de desasosiego. —Se para en un semáforo y agacha la cabeza—. Lo siento, *Jules*, quizá no era lo que querías escuchar.

Me quedo algo quieta, ha descrito muy bien la situación, lo que siento, cómo a veces me quedo y a veces me quiero escapar, pero hay algo que me ata a este músico chiflado. Así que le rozo la barbilla con los dedos, para que me mire. Le sonrío, yo jamás podré hacerlo como él, pero lo intento, me pongo de puntillas y lo beso. Sé que en ocasiones los pequeños gestos pueden calmar un alma herida.

—No me voy a ir a ninguna parte —lo tranquilizo.

—Al menos hasta el domingo, ¿no?

—Sí, y será para irme justo al piso que está frente al tuyo. No está muy lejos, te lo prometo.

Seguimos paseando por unas calles estrechas y sinuosas, mientras Nico me

va contando detalles de los rincones que solo atisbo. Según él, de día todo tiene otro aspecto, menos mágico, eso sí; la oscuridad o engalana o esconde. Aquí parece un poco de las dos cosas.

Llegamos a un hotel con una fachada antigua, pero con un interior muy moderno.

—¿No te quedas con tu familia?

—¡Ni loco! Una de mis hermanastras, su marido y mi sobrino se quedan con mi madre. Están de obras y yo magníficamente bien en el hotel donde se hospedan todos los músicos. ¿Tú te alojas con Este?

—Sí... le he dejado mi maleta en el coche, no sé ni dónde está el piso...

Empiezo casi a hiperventilar mientras entramos al ascensor y marca la planta.

—Tranquila, yo sí sé dónde está todo.

Llegamos a la habitación, abre la puerta y veo algo de desastre y mi maleta. Levanto una ceja y él responde sin más.

—Creí que la necesitarías, ¿llevas condones... digo, preservativos, *Jules*?

—*Sep*.

No hace falta más para acabar enredados el uno en el otro. La ropa desaparece a una velocidad de vértigo. No sé si yo le he quitado la camiseta o si se la ha quitado él. Solo me doy cuenta de que estoy casi desnuda cuando él hunde su boca en mis pechos, se sienta en la cama y yo encima de él. Siento como si hubiera hecho esto toda mi vida, él sabe tocar los botones correctos para que yo me derrita, y yo sé dónde lamer y morder para que él gima. Nos compenetramos muy bien.

Acabamos tirados en la cama; por un segundo cierro los ojos con fuerza para que no se me escape lo que siento. A veces, vivo un poco más allá de lo que vivo y esta noche no quiero que sea así. Él baja por mi cuerpo y devora cada centímetro. Cuando creo que ha llegado el momento de culminar, se para.

—*Jules*...

—¡¿Qué?!

¿Por qué para? ¿Por qué? ¿Por qué? No puedo pensar.

—Creo que los voy a necesitar ya o no me controlo.

Me regala la sonrisa más tímida que le he visto nunca. Juro que por su culpa casi ni caigo.

Claro, casi.

Se pone el preservativo tan rápido que me da por reírme, a él también y, sin pensarlo, noto como poco a poco, entre risas y caricias, está dentro de mí.

Gimo. Él tararea algo. Hasta en estos momentos, tiene que meter la música por medio. Creí que eso jamás me gustaría, pero con Nico es todo vibrante. Durante un tiempo, dejo que él tome el control, hasta que le susurro:

—Llévame a la mesa.

No sé, me siento excitada solo de pensarlo. Me alza como si no pesase nada, enlazo mis piernas a su cintura y no nos separamos. Termino sentada en la madera fría, lo que hace que pueda sentir todo mucho más. La piel, los suspiros, ese flequillo corto que me acaricia en cada movimiento y cómo es inevitable que al final me rompa en pequeños pedacitos para volver a unirme junto a él. El orgasmo llega casi sin pensar, como debe ser, demoledor y abrumador. Después de eso, siento como si el cuerpo no pudiese moverse ni un centímetro más. Noto como Nico me deja en la cama, cierro los ojos y ya no necesito nada más.

Me despierto con la voz de Nico hablando en el salón de la habitación. Ha entornado la puerta y lo veo pasar una y otra vez por ese pequeño espacio que deja la puerta corredera. A la luz del día, la habitación es un poco más desastre de lo que me pareció anoche. Decido dejarlo tranquilo, me voy a mi maleta a por algo de ropa y a la ducha.

No sé cuánto tardo. Diez o quince minutos, pero, a mi salida, ya no solo habla por teléfono, sino también con otra persona. No reconozco la voz, es masculina.

—¿Jules? —pregunta Nico asomando la cabeza por la puerta—. ¿Quieres comer algo? —Asiento—. Pasa, solo está Sergio echándome la bronca.

—¡No te estoy echando la bronca! —replica el otro desde la habitación contigua.

—Buenos días —les digo a los dos y me siento en el sofá al lado de Nico; frente a mí hay una variedad de comida muy interesante para desayunar. Yo soy más de café, cuando da tiempo, pero toda esta variedad me abre el apetito.

—A Sergio no le parece bien que me quede aquí los días que me debería pasar en Córdoba antes del concierto.

—No, porque tenemos ya planeadas entrevistas y actos que me va a ser muy complicado modificar —responde el representante con voz cansada—. Pero desisto, ya, me voy a poner a hacer llamadas a ver si logro solucionarlo...

—Perdonad.

Nico se levanta y se mete en la habitación donde hace menos de media hora yo estaba durmiendo. Alguien lo ha llamado al móvil. Yo sigo desayunando sin saber bien de qué hablar con un mánager. No me gusta la música, que es su medio de vida, y no creo que él quiera compartir confidencias conmigo.

—Eres la chica del avión de papel, ¿no?

¡Hala! Casi me atraganto con un trozo de melocotón.

—Hmm, yo diría que sí —dice él, como si nada—. Nico habla de ti de dos formas distintas: antes solo eras *Jules*, su vecina, y un día desapareciste del mapa y llego *la chica del avión de papel*. Que, por cierto, das título a su nuevo disco.

—¿Cómo? ¡No! Me dijo que se titularía *Las normas del avión de papel*.

—Sí, eso el primer *single*, pero el disco se va a llamar *La chica del avión de papel*.

Me quedo callada, no sé qué decir, la verdad.

Él se pone otro café, negro, sin azúcar ni nada, coge su taza, la choca con la mía y dice:

—Por nuestro chico.

Se levanta y sale de la habitación con el móvil en la mano. Sergio es grande, como un armario, moreno con el pelo rapado y, con ese traje, yo diría que es el guardaespaldas de Nico, no su representante. En la mirada tiene una chispa que me hace pensar que vale más por lo que calla que por lo que dice.

Sigo desayunando hasta que Nico sale de la habitación con mi bolso.

—Esto suena, *Jules*. —Es mi móvil—. Tengo que pedirte un favor —susurra mientras tapa el auricular de su teléfono—, ¿querrías venir a comer a casa de mi madre? Sin compromiso, Este también va, es que no puedo negarle nada a doña María.

—¿Doña María es tu madre?

—*Aja*.

—Bueno es saberlo, dile que sí.

Sonríe y me besa. Antes de volver a meterse, lo escucho decir:

—Sí, mamá, viene, mamá.

Tiene treinta años, es un músico famoso —al menos en Málaga— y vive solo en Madrid, pero no puede decirle que no a su madre. Siento entre ternura y asombro. Quizá mis hermanas y yo somos demasiado independientes o no les hacemos el suficiente caso a los nuestros.

Mi móvil ya no suena, claro, me he quedado empanada. Lo veo y es Clau, por fin parece que ha entrado en razón. Le mando un mensaje, no quiero más histerismos esta mañana.

Julia: ¿Ya me has perdonado algo por lo que no tengo la culpa? No puedo hablar ahora, luego te llamo.

Claudia: Ya, ya, ya... Tú no le pusiste una pistola en la cabeza a Pau para casarse, ¿o sí?

Julia: No.

Claudia: ¿No puedes hablar y sí puedes escribir?

Julia: He seguido tu consejo, estoy con Nico, luego te llamo y te lo cuento todo.

Claudia: Prefiero esperar y que me cuentes detalles, muchos detalles, el domingo cuando vuelvas a casa. Porque... ¿vuelves a casa y no vas de *groupie* como te sugerí?

Julia: ¿Tú qué crees?

Claudia: Que el lunes estarás en el trabajo deseando haberte quedado con él.

Decido no responderle, que se quede con las ganas por decir algo así. ¿Tiene razón? Seguramente sí, pero esto es todo lo que yo puedo hacer, no lo que Claudia o Paula pueden hacer. Cada una ha tenido un experiencia vital distinta y así hemos salido. Tres hermanas colgadas con minutos de diferencia.

—*Jules*, ¿has terminado? —me pregunta Nico, que, no sé cómo, se ha materializado a mi lado.

—Sí.

—¿Sergio se ha marchado?

—Sí, con el móvil.

—Entonces ya no vuelve.

Me besa en el cuello y mete su mano debajo de mi camiseta.

—Te doy dos opciones: seguimos un poco más en la habitación o te enseño Málaga antes de ir a comer con mi madre.

—Hmm —casi ronroneo, entre sus besos y sus manos—. Málaga parece una ciudad preciosa y, si encima me la enseñas tú...

—Ahora mismo está horrible, increíblemente fea. Yo te aconsejo —para para besarme en los labios— que la veas dentro de un par de horas, con el sol un poco más movido.

—¿El sol un poco más movido?

—Joder, *Jules*, te juro que no doy más de mí. Espero que lo de ver Málaga ahora sea de broma.

Me pongo rígida, esta sugerencia me recuerda a otras mucho menos amables y de una persona que resultó ser todo lo contrario a lo que era...

—¿Y si quisiera ver Málaga?

Se encoge de hombros.

—Pues tendría que darme una ducha antes, solo eso.

Observo sus ojos, expectantes. De verdad, él no parece una persona tipo Marcel, ni Marcel parecía una persona tipo Marcel todo el tiempo. Pero algo en mí se mueve, algo me dice que debería salir corriendo de esta habitación. Y otra parte me pide que, por favor, me suba encima de él en ese mismo sofá y disfrute.

Puede más el miedo. Puede más el no saber qué ocurriría si nos quedáramos en esa habitación que las ganas de quedarme.

—Quiero ver Málaga —digo con algo de titubeo en la voz.

Nico cierra los ojos, apoya su frente en mi hombro y suspira.

—Pues vamos a ver Málaga. ¿Me das cinco minutos?

—Y diez.

Asiente, se levanta con algo de desgana, como si no quisiera separarse de mí por nada del mundo. Cuando está de pie se estira y puedo ver todas las ganas que tenía debajo de sus pantalones. Se frota los ojos y, antes de marcharse, decide regalarme una de sus sonrisas.

—Te va a encantar, *Jules*, es una de las ciudades más bonitas que he visto.

Nico es un guía excepcional de su ciudad, le encanta y tiene una anécdota por cada lugar que pasamos, bien de su familia o del sitio. Se me pasa la mañana realmente rápido visitando la Catedral, la Alcazaba, el Teatro romano y alguna que otra cosa más. Pasamos por la calle Larios, nombrada así por un marqués, aunque Nico me cuenta que ese ha sido su nombre desde su inauguración, solo se le cambió una vez durante la Segunda República por Calle 14 de abril. Es un lugar precioso, peatonal, con tiendas y restaurantes. Paseamos por el centro y acabamos en La Campana, una taberna pequeña donde nos pedimos algo antes de ir a comer.

—Yo de niño era muy bueno, *Jules* —responde a mi pregunta de si era un trasto de pequeño, ya que lo parece—. Solo hacía una trastada una y otra vez.

—¿Siempre la misma?

—Sí.

Se hace el interesante dándole un trago a su cerveza.

—Venga, suéltalo ya.

—Cuando era pequeño nos cambiaron de colegio por un lío en el otro, no recuerdo bien si se cayó un techo o qué. No sé. La cosa está en que en el nuevo había algo que yo no había visto nunca: un piano. —Cierra los ojos y parece que lo está viendo—. Era blanco, viejo y estaba casi olvidado en la esquina de un aula que, posiblemente, fue de música en otro tiempo. Tenía encima unas plantas y estaba pegado a la pared. Una profesora se había ocupado de tenerlo al día, me contó mi madre. —Abre los ojos de nuevo y sonrío—. La primera vez que lo vi me quedé fascinado, como si eso fuera la cosa más maravillosa del mundo. Recuerdo que un profesor me preguntó si quería tocarlo, asentí casi extasiado y me senté ante él. Desde entonces no he podido dejar de tener un piano cerca.

—Muy bonita la historia del piano, pero ¿cuál era la trastada?

—Que cada vez que pedía permiso para ir al aseo, realmente me escapaba para sacarle notas al piano. Me perdía por el colegio y llegó un momento en que todos los profesores me conocían por eso. Tuvieron que llamar a mis padres para decirles que tenían un hijo loco por un piano.

—¿En serio? ¿Eso es lo peor que hiciste de pequeño?

—¿Te parece poco saltarme clases cuando no levantaba ni dos palmos para tocar un piano? Luego llegó la adolescencia. No sé, *Jules*, no le quemé a nadie la casa ni nada por el estilo.

—Yo le corté el pelo a Pau mientras dormía cuando tenía unos ocho años.

—Continúa —dice como si le estuviera contando el secreto de una buena mayonesa.

—Tonto... —susurro; él se aproxima para darme un beso y yo me acerco también un poco. Es extraño, casi parece algo incluido en nuestra rutina. Y no, no lo está, tengo que pensarlo un poco antes de volver a continuar. Me podría acostumbrar a esto de una forma muy sencilla—. Paula tuvo una época muy tocapelotas a los ocho años.

—Quizá todos los niños sean tocapelotas a esa edad, *Jules*, incluida tú, que le cortaste el pelo a tu hermana.

—¡No te pongas de su parte sin escuchar toda la historia!

—Intuyo que no todo el mundo te da la razón.

Lo ignoro, porque es verdad, y continúo.

—Una tarde, me entretuve un poco más haciendo los deberes y no pude ver el capítulo de *Los caballeros del zodiaco*, que, por aquel entonces, era tan

adictiva como *Juego de tronos* y quizá igual de violenta. Pero mis padres nos dejaban verla sin problema.

—A mí también. Mi favorito era Shiryu.

—Y el mío también... así que Pau vio el capítulo en el que... se quedaba ciego. Yo no pude verlo no recuerdo bien la razón. Y me lo contó todo con pelos y señales. Estuve llorando un buen rato, y ella no paraba de alegrarse, no le gustaba nada y decía que se lo merecía.

—¡Los niños son crueles!

—Así que esa noche le corté parte del pelo y, cuando se despertó, le dije que se lo merecía. Me castigaron sin poder ver la tele un mes, que no fue tanto, y la serie de por vida, pero me lo salté hace unos años, intenté volver a verla y me pareció infumable... Sentí que había perdido un poco de mi infancia.

—Ya, esas cosas mejor en la memoria. ¿Y qué opina Claudia de todo eso?

—Ella odiaba *Los caballeros del zodiaco*, era más de *Ranma ½*, así que, a día de hoy, sigue manteniendo que me porté como una pirada, cosa que es verdad, y que no tenía razón, cosa que es mentira.

—Yo tengo mi veredicto. —Levanta la cerveza y dice—: Eres una pirada que tenía razón, *Jules*. Paula se lo merecía.

Brindamos y me lanzo encima de él. Es fácil, ya que estamos en una barra algo llena de gente que nos empuja a estar cada vez más juntos.

—¿Cuándo comenzaste a componer? Es decir, ¿te levantaste un día y dijiste: «ale, escribo una canción»?

—Pues más o menos, *Jules* —comenta y me quita un mechón de pelo de la cara—. Empecé a componer en el instituto, el primer año; me fue un poco regular con la experiencia y lo dejé casi un año. Mientras, iba al conservatorio, claro.

—Hmmm, intuyo una historia vergonzosa detrás de ese año de parón.

—Deberíamos irnos ya, mi madre nos mata si llegamos tarde...

—¡Es la una! ¡No cambies de tema y cuéntamelo! ¿O prefieres que se lo pregunte a tu familia?

—No serás capaz...

—Pruébame.

—¡Está bien! ¡Está bien! —Se rinde con una sonrisa—. Le compuse una canción a una chica, se la canté y la odió. No hay mucho más. Me rompió el corazón con catorce años y tardé un año en recuperarme.

—Fue una chica tonta, si ahora te viera...

—Me tiene muy visto. Salió conmigo durante años y luego me volvió a

romper el corazón.

—¿Ali?

—La misma.

—¿Quieres hablar de ella?

—La verdad es que no.

Y lo respeto, yo tampoco quiero hablar de otras cosas, quizá porque este fin de semana es suyo y mío. No caben ni Alicia ni Marcel ni nadie más, por eso me reprendo por no dejarme llevar un poco más. Ya que, en el fondo, no tengo muy claro si se repetirá.

El ambiente vuelve a ser un poco más desenfadado cuando decidimos ir a casa de su madre en taxi, vive a las afueras. Al parecer, cuando se divorció del padre de Nico, ella decidió marcharse a otra casa. Por lo que me cuenta, ha trabajado toda su vida en el negocio familiar: una tienda de ropa al por mayor. Al año de su divorcio, comenzó a salir con Paco, el que hoy es su marido y que le regaló a Nico dos hermanastras. Es curioso cómo me parece que utiliza esa palabra en forma de escudo, me da la sensación de que sigue siendo un niño con el corazón destrozado por la separación de sus padres que no ha sabido asimilarlo. Y, por alguna razón que desconozco, creo que la culpa a ella, sin querer. Nico se odiaría si supiera que yo tengo esa imagen de él.

Subimos al cuarto piso, donde vive su familia, y nos abre la puerta una chica joven que lo abraza. Es Paloma, una de las hermanastras, que está allí con su hijo, Fran —que se llama así por su abuelo, el actual esposo de María— y su marido, por unas obras en su casa. El padrastro de Nico me saluda algo forzado, parece una buena persona, no puedo decir nada más; pero su madre, María, cuando sale a saludarme, me da la sensación de que es una fuerza de la naturaleza que podría superar cualquier imprevisto y comprendo que Nico y ella no siempre se entiendan. Mientras que su hijo tiene un pie en otra realidad, ella tiene la cabeza en su sitio; es como la piedra que mantiene a Nico atado a la tierra.

En la casa también están Estela y Sergio, que se van a quedar a comer. Parece que va a ser una comida familiar, pero solo con parte de la familia. Me siento al lado de Estela, que parece radiante, como si esta escapada a su tierra le hubiese recargado las pilas. Sergio se sienta a nuestro lado y deja que la familia se acomode en el comedor, mientras nosotros descansamos en el salón.

—¿Has logrado arreglar eso? —le pregunto a Sergio.

—¿El qué? —Estela está perdida.

—Nico quiere quedarse más días en Málaga y eso trastoca los planes.

—Vamos, Sergio, sabes que ve a su familia una vez al año, no puedes decirle que no —replica Este, casi molesta.

—Yo no le digo nada, ¡como si me hiciera caso! Pero, ahora que por fin la discográfica le está haciendo caso y los productores han apostado por él fuerte, no debería despistarse.

Siento que en esa frase hay mucho más que la mera preocupación por unos días más en Málaga. Su mirada me lo confirma: él me ve como una piedra en el camino de Nico hacia la fama. No sé por qué y no sé cómo explicárselo o si merece la pena.

—¡Vamos, chicos, a comer! —grita la madre de Nico, y yo me quedo un poco con las ganas.

Nos sentamos en una mesa grande, veo una sopera con ajoblanco y un par de fuentes con lo que llaman boquerones victorianos. Todo tiene una pinta riquísima y, cuando lo pruebo, lo confirmo.

—Julia —llama mi atención Paco, el padrastro—, eres vecina de Nicolás, ¿no? ¿Cómo llevas lo del piano?

Antes de que yo pueda contestar, María interrumpe en la conversación.

—¡No hace falta que digas nada! Todos sabemos cómo es cuando se pone al piano, pierde la noción del tiempo y de las buenas costumbres cívicas. Voy a decirlo con claridad: se vuelve un coñazo de hijo.

—¡Gracias, mamá!

—No voy a mentir y aquí todos te hemos sufrido.

—Algunos más que otros —responde Paloma con sorna.

—Además —sigue hablando María, que ha interrumpido a Nico cuando quería meter baza—, incluso tengo su piano en la otra habitación, aislado, pero cuando viene quiere tocarlo. Me dijo que lo dejara aquí para cuando viniera, que tuviera dónde tocar. Es como una adicción.

—Mi viejo piano... —suspira Nico—, cuánta caña le di.

—Y él a mí, que hasta hace poco todavía estaba pagando la letra.

Todos nos reímos, la mujer lo ha dicho con gracia. Muchas veces no nos damos cuenta de que nuestras decisiones marcan la vida de nuestra familia. Algunas más que otras. Paula y yo decidimos estudiar fuera, por lo que Claudia se quedó de hija única y tuvo que abandonar el barco antes de lo normal; no soportaba convivir con mis padres. Sin embargo, ahora son íntimos, se echan de menos. Nico, por su parte, torturó a toda su familia con su música, y, ahora que lo conozco, sé que fue sin querer, solo porque no le quedaba otra. Su madre se pone a fardar de hijo delante de todos, la mujer está

muy orgullosa.

—... pero si algo no quiero que le pase es que se le suba a la cabeza. Para eso estoy yo.

—¡Joder, si está! —replica Nico—. Cuéntales qué me decías antes cuando te enseñaba una canción o un proyecto que no fuera opositar a profesor, claro.

Su madre se ríe, su padrastro también, pero no sueltan prenda. No parece que sea por algo malo, sino, más bien, por diversión.

—Como no lo dices tú, lo digo yo —comenta Nico, todavía con un tono muy jocoso. Se gira para mirarme y contármelo directamente—. Antes del concierto de anoche, lo volvió a hacer.

—Me tuve que ir antes por mi nieto, pero al menos pasé a saludarlo —apunta María.

—¿Y qué me dijiste cuando te comenté que lo mismo amplían un poco la gira, mamá?

—Lo de siempre: «¿Quién te crees que eres? ¿Alejandro Sanz?». Pero solo te lo digo cuando te pasas un poco. Hay que tener los pies en el suelo, Nico.

—Si me dieran un euro cada vez que me lo repites...

—¡Me lo tendrías que dar por la letra del piano!

Volvemos a reírnos, son una familia pintoresca. Entiendo un poco mejor así el carácter de Nico, sus razones y por qué a veces es como es. Su madre lo ha criado para ser honesto, buena persona y trabajador. Lo de centrado y con los pies en la tierra no le caló de igual forma. No pasa nada; si puedo elegir, lo prefiero así. Yo también puedo ser la roca que lo mantenga en el suelo, solo tengo que encontrar la manera de estar en paz con esa idea.

La tarde nos la pasamos en la casa de María escuchando a Nico tocar y cantando un poco con él. En su vida solo hay música, un hueco para su familia y parece que ahora también un poco para mí. Aunque sus melodías parecen ocupar un lugar tan importante que no hay sitio casi ni para él. Estela me dice que va a aprovechar la noche para ver a sus amigos de la infancia y que al día siguiente comerá con su familia y nos marcharemos pronto. Da por hecho que no me voy a separar de Nico y creo que tiene razón. Me apetece estar con él, mañana ya veremos.

Por la tarde-noche, nos vamos un rato a la playa, que está preciosa. Es cierto, las ciudades a la orilla del mar tienen algo especial que no tienen las

otras, una belleza distinta. Después quiere que vayamos a una bodega a cenar, El Pimpi se llama. Tras la comida no tengo casi hambre, pero la verdad es que la idea de compartir vino y conversación con Nico me atrae mucho más que otra cosa. El lugar es una taberna acogedora, donde parece que lo conocen por su faceta musical, ya que lo felicitan por su concierto. Nos sentamos en la terraza, uno al lado del otro, y, sin preguntar ni avisar ni nada, me coge la mano. Doy un respingo.

—¿Está todo bien? —pregunta mientras le da una calada a un cigarro.

—Todo perfecto.

Aunque estamos rodeados de gente, bastante ruidosa, por cierto, el silencio que se instala entre nosotros se siente en la mesa, nos mira, nos observa y se siente tranquilo. Creo que él se me ha metido un poco en la piel, nunca había pasado algo así. Siempre he necesitado llenar los silencios con palabras o con gestos, pero lo único que suena entre nosotros son las caladas que le da al cigarro. Decido mirar la carta; en otro momento, quizá con otra persona, o quizá siendo yo otra persona, le hubiese dicho a él que pidiera. Total, ¿no es su tierra y uno de sus lugares favoritos? Pero no, es tonto, es absurdo, lo mismo es un sinsentido, pero creo que tengo que hacerlo yo.

—¿Qué te parece un plato de jamón y queso, una ensalada malagueña y una fritura? ¿Es mucho?

—Creo que yo no hubiese pedido mejor. Cuando venga el camarero, dile que lo ponga por dos.

Se levanta, me da un beso en la boca y, nada más moverse, aparecen dos chicas.

—¡Madre mía! Eres Nico Díaz, ¿no?

—Sí.

—Se lo estaba diciendo a mi amiga, ¿nos firmas un autógrafo?

—¡Claro!

Pasamos por lo típico de firma, foto, besos y saltitos de alegría. Mientras, llamo al camarero y pido. Siempre he sido muy práctica. Me río con las tonterías que le dicen las chicas, que casi lo acompañan al aseo. Cuando vuelven, las escucho decir que tengo mucha suerte por estar con él. Lo pienso un poco, sí que tengo suerte, pero creo que no por las mismas razones que ellas dan, sino por las mías.

Cuando vuelve, le hago bromas con su fama.

—Pero esto solo me pasa en Málaga —comenta algo azorado—, ya sabes que en Madrid nadie me mira.

—¿Y eso no te gusta?

—No sé, es distinto. Estas personas que te paran con cariño, te están dando más amor que muchas personas que conoces día a día. Viven las canciones, las sienten suyas y les dan un toque que yo soy incapaz cuando las cantan. Me encanta conocer a esas personas, me hacen ser un poco mejor y apagan un poco la idea de que vendo humo. No sé si me entiendes.

—Hinchan tu ego.

—Un poco sí, claro, imagino. Pero también me dan fuerzas para continuar. La música, *Jules*, tiene que ser escuchada; cantada a pleno pulmón en la ducha, sin importar cuán bien lo hagamos; llorada; amada; mimada e, incluso, odiada. Es como un ente vivo que necesita salir y darse una vuelta. No es muy diferente a ti o a mí. Se deprime, tiene subidones de adrenalina y a veces desaparece. Hay que cuidarla, marearla, en ocasiones, y sentirla.

—Nico... ya sabes que yo...

—Lo sé, pero da igual. Yo nunca entenderé bien lo que haces con los ordenadores y no tienes que compartir conmigo al cien por cien mi amor por la música. Si lo soportas, me doy por más que satisfecho, la verdad.

El camarero nos interrumpe con algo de comida y cambiamos de conversación, más terrenal, menos densa. Me encanta el sitio y lo pasamos muy bien simplemente hablando. Sin más, con pequeños roces, algún que otro beso furtivo. Nada que parezca muy especial, pero es algo que no se aprecia al momento, sino que se echa de menos con el tiempo. Por eso intento no dejar pasar el instante y disfrutarlo todo lo posible.

Acabamos y nos vamos a pasear, Nico no puede dejar de acudir a la playa, como si un imán lo arrastrara al mar. Y yo feliz. El arrullo de las olas me trae recuerdos de mi infancia en la playa, con mis hermanas corriendo medio desnudas. El calor sofocante que solo se apaga en noches como estas, la libertad de esos veranos. Él también está callado, casi con seguridad inmerso en algo que ya solo existe en su memoria. Nos sentamos en la orilla y acabo con la cabeza apoyada en su hombro, algo achispada, para qué mentir; el vino parecía agua.

—¿Qué es lo que tenemos ahora, Nico? —pregunto con la sensación de tener la curiosidad justa, que ya sé la respuesta.

—Algo que ahora mismo es perfecto, *Jules*.

—¿Has salido con alguien después de Ali?

—No. Si te soy sincero, creo que nunca volveré a salir con alguien como lo hice con ella.

Quito mi cabeza de su hombro, me abrazo las piernas y giro la cara para observarlo bien.

—Creo que una de las cosas que rompió mi relación era que cada uno estaba comprometido a un nivel muy distinto. Lo de poner etiquetas, lo de pedir mucho más de lo que se puede a alguien, eso jode relaciones.

»¿Y si te dijera que cada día hay que currárselo y sentirse bien con lo que uno tiene? ¿Y si te pidiera que el día que no sea así, que no sea perfecto, lo mejor es no seguir? ¿Eso tiene nombre, *Jules*? Pónselo y te lo compro.

Se me pasan por la cabeza muchas ideas, demasiadas, algunas buenas y otras malas. Quizá me he equivocado por no dejarme llevar. Así que lo beso una vez en el hombro, otra en el cuello y acabo enredada con Nico y con la arena, que es lo que tiene la playa, que cuando es el escenario de nuestra vida, se queda para siempre.

Capítulo XV:

La objetividad, embustera, mentirosa terca y sin bondad, murmura frases aburridas que, al fin y al cabo, siempre hablan mal de mí

De: Nico Díaz
Para: Julia Alonso
Fecha: 29 de julio 05:01
Asunto: Córdoba

Jules,

¿Crees que los sueños significan algo? Esta tarde estaba muy cansado con tanto viaje y por todos los preparativos para el concierto. Me he pegado una siesta en el sofá del camerino. He soñado que te veía de lejos, que me hacía feliz solo intuir que estabas allí. No podía tocarte, pero sí sentirte.

Aunque el sueño ha sido tranquilo, me he despertado agitado, como si te hubiese buscado durante mucho tiempo y ahora solo pudiera tenerte de lejos.

Creo que echo de menos estar en casa, nuestras conversaciones en la terraza y el maldito avión de papel.

Me queda un mes de alegría, ansiedad y un poco de miedo. ¿Lo entiendes? Yo un poco sí y un poco no.

Rock'n'roll,
Nico.

Siempre me gustó la vuelta a la rutina tras unas vacaciones. Claudia dice que eso es así porque mis vacaciones son una mierda. No le voy a quitar la razón a algo que parece más que evidente. Cuando estaba en la universidad, los veranos eran una mezcla entre la diversión y la pena por tener que estudiar. No acabé ningún curso limpia. Luego llegó el trabajo, las malas decisiones, Lyon y la pena. El único viaje sin preocupaciones fue el de fin de carrera, pero, como tuve que estudiar nada más volver, no lo cuento como vuelta a la rutina.

Así que este fin de semana de escapada a Málaga ha sido un *break* de la realidad que me ha dejado desubicada. Echo de menos levantarme al lado de Nico, y solo han sido dos días; pasear con él por las calles de Málaga, repito: dos días; que nuestras conversaciones sean una mezcla entre besos y palabras y que me mire como si fuera lo mejor que le ha pasado.

Dos días, unas cuarenta y ocho horas, y ya estoy perdida.

Me da miedo dejar que entre tanto en mi vida, en mi cabeza, que vuelva a olvidarme de mí. Si lo racionalizo, pienso mientras espero que la máquina de café de la oficina termine de escupir el mío, solo he vivido con él unos meses extraños, donde yo al principio no sabía ni dónde estaba y él hizo de roca, y los siguientes pasaron como una locura de manos, piernas y besos, al final. Luego dos días, un puto fin de semana. Ya está. Solo con eso hay para una canción, diría él, pero no es suficiente para que yo derribe las barreras que he construido por algo: estoy rota y reconstruida por dentro. Cuando algo se resquebraja y se despega es casi imposible volver a unirlo. Y eso me pasa a mí, que si tengo que volver a hacerlo, sé que no saldré indemne. Con Marcel perdí totalmente mi identidad, mi persona y lo que quería. No puedo dejar que otra persona guíe lo que yo quiero. Pero ese problema no es de Nico, él no parece ser un obsesivo controlador, es mía, que no sé querer sin hacerme daño. Y no sé si se puede desaprender una conducta tan arraigada.

El café se desborda un poco, no pasa nada. Me lo llevo a mi escritorio, donde me espera Andrea, que quiere detalles de Málaga y de todo lo que he hecho. Me da la sensación de que entre ella y mis hermanas voy a contar más de una vez mi aventura.

—Entonces... es bonita Málaga, ¿no?

—Mucho —respondo haciéndome la interesante.

—¿Disfrutaste del Teatro romano? —pregunta desinteresada, observándose las uñas.

—Como si fuera un parque de atracciones.

Se sienta al lado, achica los ojos y se pone a dar golpecitos con los dedos en la mesa.

—¿Nada más que contarme?

—Sí, que tenemos un plazo el viernes y que, además —bajo para buscar su nombre en la lista—, tienes guardia ese día. ¡Ponte las pilas!

Se da con la mano en la frente y luego me agarra de los hombros y me agita.

—En serio, Julia, quiero carnaza, cuéntame tu fin de semana romántico. Tengo un bebé de diez meses en casa y un marido que está más preocupado por que no le crezcan los pies que por mi clítoris. El día que volví de baja por maternidad, un poco más y ordeno que me hagan un *flashmob* con una canción de Queen. Hablar con adultos, no oler a caca... Ese era mi sueño. Ahora, tengo otros un poco distintos, la verdad, he subido el listón.

—No estaba muy alto.

—Lo sé, la vida... Hazme feliz, es lunes, ¿o prefieres que te cuente lo que ha comido mi niño?

—No, gracias.

Andrea no es cotilla, sé que esta afirmación parece poco acertada con la realidad, pero le hace falta salir de su mundo de pañales y peleas. Desde que el niño nació, su pareja y ella tienen muchos desencuentros; una vez me dijo que tener un hijo es la mayor prueba para un matrimonio. En su caso, parece ser que sí. Por eso, en el trabajo se suele matar por hacer las cosas bien, no pensar en, como dice ella, cacas y lloros. Conversación adulta, eso busca. Aunque, en otros momentos, te enseña tantas fotos de su bebé que juro que me gustaría lanzarla por la ventana del piso en el que estamos. Le encanta su vida, aunque también desea desconectar un poco de ella.

Es la última semana de julio, poco a poco la oficina se va quedando vacía, nuestros otros compañeros se han ido de vacaciones. Andrea se va un par de semanas en agosto; yo, en Navidad, casi con seguridad. Así que estas conversaciones pueden ser mucho más largas de lo normal.

—Ha sido un fin de semana fantástico. Lo malo ha sido volver —giro la silla y doy una vuelta—, no quería. Pero él tiene que seguir con su gira.

—¿Gira? ¿Es actor, músico, mimo...?

Mierda. No es que no me caiga bien, es que me he acostumbrado a no contar nada muy personal, a no tener amigas con quienes quejarme o a quienes narrarles mi vida. Me siento extraña desnudando los detalles de mi escapada, pero, si me apetece, ¿por qué no?

—Es músico, toca el piano. Está de gira hasta septiembre.

—¿Y vas a ir a verlo más?

—Creo que sí, el fin de semana que toca en Valencia y en Murcia. Así veo a mis padres.

—¿Te toca canciones? ¿Te ha dedicado alguna?

—¿No quieres saber quién es?

—Me da igual, como si me dices Mick Jagger. O sale en los *Cantacuentos* o en YouTube cantando canciones infantiles o no sé quién leches es. Pensaré que es muy guapo y punto.

—O puedo enseñarte una foto.

¿De dónde ha salido eso? Bueno, no sé, tampoco parece tan malo. Busco en mi móvil un par de fotos que nos hicimos por Málaga. Son unos *selfies*, algunos con cara de gilipollas y otros tan sonrientes que bien podríamos haber protagonizado un comercial.

—Joder, sí que es guapo, me gusta y mucho.

—¿Quién? —pregunta otra compañera que, al parecer, tenía la oreja puesta.

—¿Puedo? —susurra Andrea.

Me encojo de hombros, ¿qué más da?

—¡Coño! ¿Es tu novio? —Elena tiene los ojos bien abiertos.

—Amigo, somos amigos.

—A mí este chico me suena... —Mi compañera se queda pensativa, Andrea y yo nos quedamos mirándonos, parece que está buscando información en su cabeza y no llega—. ¡Ah! ¡Claro! Este sale en la tele, es el de la canción de la película que no paran de anunciar, ¿la han estrenado ya?

—No, para principios de septiembre.

—Pues no paran de darle bombo. Me gusta la canción de tu *amigo*. Es bonita. ¿Se llama igual que la película?

Realmente la película se llama igual que la canción, Nico me lo ha dicho mil veces.

—¿Cómo? —pregunta Andrea—. Si no se llama *La boutique de Minnie*, creo que no la conoceré, pero...

—*El próximo jueves*.

—Luego me la pones en el almuerzo.

—Vale.

Elena se pone a tararearla y me quedo con ella en la cabeza toda la mañana. Es complicado desprenderme de Nico tan pronto.

Claudia me ha vuelto loca en el camino en metro para que le cuente todo lo que ocurrió en Málaga. Le he pedido que me deje en paz al menos hasta que llegue a casa y me duche. ¿No está de moda dormir en LA? Puede ser que no.

Después de hacerla esperar algo más de lo necesario, me enchufo a Skype —solo usamos FaceTime si está Paula— y me la encuentro con un bol de palomitas.

—¿Qué haces?

—Pues intento paliar mi ansiedad antes de que me lo cuentes todo. To-do, peque.

—¡Anda ya!

—Es mentira, estoy viendo una película, eres una pesada.

—Y tú tienes un desorden del sueño, Clau.

—Desde que Millie está grabando Juego de Tronos me cuesta mucho dormir, la echo de menos.

—Es muy curioso, cuando te acostumbras a tener a alguien al lado, luego cuesta no hacerlo...

—¿Lo dices por tu pianista?

—No, por la tita Maru, ¡tócate la nariz!

—Lo he estado investigando, parece simpático. Y lo mismo me lo puedes presentar...

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¡Claudia! —Me pongo muy nerviosa.

—A ver, como Millie va a estar grabando en Croacia...

—¿Croacia? ¡Desembarco del Rey! ¿Va a tener trama con los Lannister?

—¡Freak! ¡Yo qué sé! Lo que sí sé es que luego tiene escenas en España, así que vamos a aprovechar para veros. ¿Tienes sitio en casa? ¿Nos dejas tu cama y tú te pasas al piso del vecino?

—¿España? ¿Daenerys?

—¡Julia! ¡Hazme caso! ¡Que voy a verte!

—Ya, ya, sí, me hace un montón de ilusión verte y conocer a Millie en persona. ¿Me puede traer algo del *set*?

—Te lo digo en serio —la voz de Claudia no da opción a no creerla—, o dejas ya esto o cortamos la conversación. Llevo sin hablar con Paula desde lo de su estúpida boda. Si crees que no voy a...

—¡Vale! ¡Paz! Deberías hablar con Pau, tiene muchas ganas de saber de ti.

—Que me hubiese invitado a su boda.

—Era *su* boda, podía hacer lo que le diera la gana, ¿no crees?

—No y punto. No me apetece enfadarme contigo, mejor cuéntame algo de Málaga, algo que no sepa.

Me pongo a pensar y recuerdo algo que dijo Nico y que me sorprendió un montón.

—Clau, ¿tú sabías que M-Clan es un grupo de Murcia?

—¿Y que Bunbury es de Zaragoza? ¿Quién no sabe eso, Julia?

—Yo, al parecer.

—Dios, es que vives en Marte.

Comencé el lunes con la música de Nico y he seguido toda la semana con ella. ¡Está en todas partes! Veo el cartel de la película *El próximo jueves* por todos lados y, si me pongo la radio mientras voy en el metro, siempre cae la canción o al menos un trozo. Tampoco ayuda que en los anuncios de Spotify salga cada dos por tres. Aún no estoy muy segura de que la música pueda cambiar mi vida, como dice Nico.

Llego un poco pronto a trabajar el jueves por la mañana. La empresa abre a las siete, pero mi jornada comienza a las ocho. Por lo que sea, hoy he salido antes de casa, lo he hecho todo más rápido. Me hago un café y veo que en su cubículo solo se encuentra Iván *el terrible*, que al final ha resultado ser mucho menos terrible. Abro el correo de la empresa y el corazón me da un vuelco.

Tengo un correo de Marcel.

¿Cómo es posible? No, no lo es. Me prometieron que no volvería a trabajar con ellos, que yo no volvería a tener contacto con él. Me prometieron..., pero la que me marché del trabajo fui yo. Él se quedó en Lyon, yo volví a España, a Madrid, a un puesto parecido.

Noto el corazón tan acelerado que no sé si voy a poder seguir respirando sin que se note. Lo mismo es alguien usando su correo, lo mismo estoy equivocada y veo fantasmas...

Querida Julia...

Así comienza su email escrito en un perfecto español —su madre es

venezolana—. Rompí con él hace tiempo, pero, hace seis meses, cuando creí que estaba lo suficientemente fuerte como para retomarlo todo, volví a Lyon e hice una de las mayores tonterías que se me pasaron por la cabeza: me volví a acostar con él. Después, intentó volver a ponerse en contacto conmigo, pero lo bloqueé en todo lo bloqueable... menos en el trabajo, claro.

La semana que viene viajo a Madrid por cuestiones de la empresa, así que me gustaría que nos pudiéramos ver para arreglar una serie de cosas que se quedaron a medias. El jueves o el viernes sería perfecto, cojo un vuelo el sábado por la mañana. Sigo teniendo el mismo número. Espero tu respuesta. Vengo en son de paz. Lo juro.

Abrazos,

M.

Marcel, tan educado, tan correcto, tan elegante, tan hijo de puta. Ante este tipo de situaciones necesito hablar con mis hermanas, con las dos, con el *yin* y el *yang* que forman cuando se juntan. Son como el ángel bueno y el ángel malo, cada una en casas distintas. ¡Que le den al enfado de Claudia! Les mando un mensaje por el grupo de WhatsApp que Clau bautizó como «Trillizas mazizorras», ella tan sencilla y tan básica. Les pido una conversación ya; cuando puedan, me meto en el cuarto de baño y listo. Solo de pensar en volver a verlo se me cierra el estómago y siento que no puedo pensar con claridad. Es como el miedo básico que sintió el primer hombre que se encontró con un leopardo: te pide que corras sin mirar atrás.

Andrea me pregunta si me encuentro bien. Asiento algo despistada. Creo que, durante el tiempo que mis puñeteras hermanas tardan en darse cuenta de que no es una estrategia para que se hablen, que es más bien una señal de socorro en medio de un océano de ordenadores, no he hecho bien nada. Ni un solo clic bien dado.

Cuarenta y cinco minutazos después de pedir ayuda, la recibo. Al final va a ser verdad eso de que quien tiene hermanos nunca está solo. Yo puedo decir dos cosas, mientras me dirijo al aseo por un pasillo que hoy me parece especialmente largo: tener hermanas es lo mejor y lo peor que me ha pasado en la vida. Ellas me conocen tan bien que saben cómo tratarme, cómo sacarme de quicio y cómo hacer que todo se quede en nada y viceversa. Creo que un poco de intimidad mental estaría bien.

Me encierro en un váter cualquiera, hay tantos que da igual, el más alejado

y del que no parece que nadie haya hecho uso en un tiempo. Me siento y enciendo el FaceTime con mis hermanas. Da la sensación de que a Claudia le han planchado espaguetis en la cara, está recién levantada, y Paula lleva una especie de *kimono* y cara de pocos amigos.

—¿Cómo es que Marcel te ha escrito? —pregunta Pau, mucho más espabilada que Claudia con sus problemas de sueño—. ¿No me dijiste que no podría ponerse en contacto contigo? Joder, Julia, tendrías que haber denunciado a ese cabrón.

—No lo hice, y ya. No sé, no me vi con fuerzas y luego...

—Se lo tiró, la muy gilipollas —apunta Claudia y bosteza.

—Gracias por el apunte —le digo algo mosqueada—, justo lo que necesito.

—¿Y qué quiere?

—¡No lo sé! Dice que quiere hablar de cosas que se quedaron a medias.

—¿No pensará en recuperarte?

—¡No! —la interrumpo absolutamente horrorizada—. Pero es cierto que mientras estábamos juntos quisimos comprar una casa y dimos un adelanto, no sé qué habrá pasado con todo eso. Y, bueno, más cosas en común que teníamos. No sé si quiero verlo.

—¡No quieres verlo! —grita Paula.

—¡Claro que no quieres verlo! —vocifera a la vez Claudia.

Perfecto. Me ignoran. Se ponen a criticar que ni tan siquiera se me haya pasado la idea por la cabeza, en momentos casi gritan y me da miedo que cualquiera entre y se entere de toda mi vida con pelos y señales. Así que asomo la cabeza y creo que no hay moros en la costa. Mientras, escucho los argumentos de mis hermanas. Según Pau, nunca debería acercarme a un hombre así, solo puedo salir escaldada, como la última vez. Claudia, a su vez, opina que no debería tocarlo ni con un palo.

—Creo que no os dais cuenta de algo... —Casi ni me sale la voz del cuerpo, pero las dos se quedan calladas al instante—. Marcel es una mala persona que se dio cuenta de que podía hacer conmigo lo que le diera la gana. Eso lo convierte en eso, en una mala persona, en alguien que, cuando tiene que cuidar a la persona que ama, la destroza por pura diversión.

»El problema soy yo, que dejé que me hiciera eso.

—Peque, nos podría haber pasado a cualquiera.

—¿Eso crees, Claudia? A ti no te gustó Carlos desde el primer momento y fue como la antesala de Marcel. A ti tus parejas te la hacen una vez y listo.

—¡Y me la hacen bien! —Intenta que me ría o que me sienta mejor, pero es muy complicado.

—Es decir, fui yo la que lo dejó entrar y quedarse aquí. —Señalo mi cabeza con la mano que tengo libre—. Hay algo que no funciona, acabo sin límites, sin barreras y lo cambio todo por la otra persona. El problema soy yo, no Marcel.

Mis dos hermanas se quedan calladas, asimilando o aceptando la realidad de lo que les estoy diciendo.

—¡Y una mierda, peque! Ese tío era el que tenía toda la culpa. To-da. Punto. Sé que no quieres escuchar esta palabra, pero la diré era un mal...

—No, Claudia, no. Es como la canción esa que dice: «La objetividad, embustera, mentirosa terca y sin bondad, murmura frases aburridas que, al fin y al cabo, siempre hablan mal de mí».

—*What the fuck!* ¿Desde cuándo haces tú alusiones musicales? —flipa, y mucho, Claudia.

—Clau, es una canción de Bushido. ¿Cómo conoces tú ese disco, Julia? —pregunta Paula, que no sabe a qué pantallita mirar—. ¡Si nunca te ha gustado la música!

—Siempre ha sido una analfabeta musical...

—Ahora estoy escuchando más música... —digo, pasando de sus comentarios.

—Se tira a un pianista y le gusta la música. Por favor, Julieta-galleta, no te tires a un torero que por ahí no paso.

—Pau —dice Claudia ignorándome—, el otro día me preguntó si sabía que M-Clan eran murcianos.

—No sé en qué mundo vives, Julia.

—En el que puedo, Pau.

El momento de distensión ha pasado corriendo, volando, casi sin darnos cuenta.

—Creo que deberías ignorar a Marcel —apunta Paula, que hace unos minutos estaba totalmente en contra de la idea—. No puede salir nada bueno de un encuentro con él.

—¿Y no veis un paralelismo con Nico? Me cambio de ciudad, me quedo sola...

Se hace el silencio mientras escucho como una compañera entra, les hago el gesto universal de que no digan nada: dedo índice en vertical en la boca. Las dos me hacen caso y, cuando al fin se va, volvemos a nuestra

conversación.

—A ver, ¿cómo te encuentras ahora? ¿Te sientes sola, vacía? —pregunta Pau.

—A veces, pero ¿no siente eso todo el mundo?

—No —responden las dos a la vez.

—Está en ti poder hacer las cosas a tu manera, ¿el pianista se ha parecido a Carlos o a Marcel? —Niego con la cabeza—. Pues, Julieta, si te apetece, dale una oportunidad a tu instinto, lo mismo solo estaba dormido.

—Peque —apunta Claudia—, necesitas un cambio, uno mucho más grande que, simplemente, irte a vivir a Madrid. Uno de mentalidad. Quizá deberías probar con las mujeres, son menos complicadas...

—¿Menos complicadas, Clau? —pregunta Paula asombrada—. Creo que no sabes de lo que hablas.

—Es por animar... Julia necesita quitarse de encima mucha mierda, y no sabe cómo.

—Galleta, ya encontrarás cómo.

—Peque, ignora a ese cabrón, supéralo, y demuéstrate a ti misma que puedes hacer lo que te dé la gana, sola o en pareja. Oye, podrías hacer una prueba con el *cantante* ese tan guapo, como dice Pau.

—Es mucho más complicado que hacer una prueba. Creo que Nico ha pasado de *paso de relaciones, acostémonos a joder, quiero una relación*. Si voy con él, voy a por todas.

—¿Y eso es malo? —pregunta Paula.

—Quizá es más de lo que puedo dar ahora mismo.

Capítulo XVI:

Nunca se me dio demasiado bien poner las cartas sobre la mesa

De: Nico Díaz
Para: Julia Alonso
Fecha: 4 de agosto 12:03
Asunto: Valencia

Jules,

Esta mañana se ha publicado una entrevista que me han hecho en una revista por la promoción del *single* de la película. Y, antes de que lo veas, te voy a poner en antecedentes: como soy gilipollas, salí el día antes y llevaba una resaca importante. Por lo que puedes encontrar frases tan intensas como «Cada vez que acabo un concierto, siento como si saliese del mar casi sin oxígeno», «La música es lo único que me quita el sueño» y, la favorita de todo el equipo, «Buscar la aprobación de la gente siempre me ha importado una mierda» (en la entrevista me han censurado, pone un bledo. *¿Un bledo? ¿Quién dice eso?*).

¡Qué ruina!

Te dejo el enlace para que te rías en el tren (es mi forma de decirte que te echo de menos): [clic aquí](#).

Rock'n'roll,
Nico.

He dejado a Nico colgado. No he ido a verlo a Valencia.

En estos momentos, mientras me encuentro en un tren camino a Murcia, mi tierra, donde esta noche dará un concierto, no paro de darle vueltas a lo que le voy a decir. Le mando un wasap a mi madre para contarle que voy a verlos, que esta tarde me pasaré y que el domingo comeré con ellos.

Pensar en ver de nuevo a Marcel fue como intentar suicidarme dejando de respirar: un intento inútil de demostrarme a mí misma que puedo. No puedo. Punto. No pasa nada. Solo hay que asumirlo. Aunque debo admitir que por correo fue amable, eso se le da de lujo, y hasta me envió otro al no tener respuestas donde pidió disculpas con ese español perfecto con acento francés que en otro tiempo me volvió loca. Me dijo que había recapacitado sobre su comportamiento, que lo había pasado tan mal que incluso decidió acudir a buscar ayuda profesional y que parte de su terapia era poder hablar conmigo.

Y, como colofón, me devolvió la mitad de la entrada que dimos para el piso, en el que, además, ahora vive él. Un cheque de ocho mil euros que me encontré en la mesa de mi despacho que renueva mi economía y no sé si quiero cobrar. Vale, es mío, yo lo puse y no me está regalando nada, ni un euro. Pero es como aceptar parte de una vida que no quiero. Ha llegado un momento en que todo me parece un mundo. El viernes no pude ni levantarme de la cama. Estela, que no ha encontrado el viaje del verano aún, se quedó conmigo y solo hablamos de tonterías, de esas que te alegran y no te dejan pensar en nada serio. Mi jefa no estaba nada contenta con mi falta, pero pensé que ni ese era el trabajo de mi vida ni debía darle más vueltas.

De la montaña rusa que fueron el jueves y el viernes solo me queda una cosa clara: necesito desenredarme antes de volver a enredarme con nadie. Así que tengo que explicárselo a Nico, que lo entienda. No estamos saliendo, en el fondo no somos nada, no hemos firmado un contrato ni nos hemos prometido amor eterno. De hecho, ni me ha dicho que me quiere. Pero siento que, para él, todo esto es importante a un nivel distinto al mío y le debo la verdad. Le debo una explicación que deje las cosas claras.

Ahora solo tengo espacio para mí.

Cierro los ojos pensando en qué difícil va a ser acabar con una relación que no ha empezado de verdad. A Nico no le gusta ponerles etiquetas a las cosas, yo lo necesito para poder respirar. Somos amigos, amantes, novios, pareja o nada. Elige. Lo que quieras, pero ponle la etiqueta.

Para mí, para mi salud mental, lo mejor es que no seamos nada.

Me muero de miedo.

Pero para él tampoco tiene que ser algo tan doloroso. En su entrevista, que acabo de leer, ha dicho: «No creo en el amor para toda la vida, es quizá la promesa más falsa que le puedes hacer a una persona».

Estoy tan cansada que solo puedo cerrar los ojos. Nada de dormir, nada de poder descansar. Debo llevar las ojeras de la mitad de la población en mi cara. Mientras se va acercando el tren a la estación, pienso que nadie me había recogido antes en ese lugar más allá de alguna de mis hermanas. Murcia es una ciudad mediana, pero su estación es muy pequeña, construida en los años de Isabel II, y se ha quedado algo aislada.

Cuando el tren se para, a las diez menos veintitrés de la mañana, me sorprende que Nico haya encontrado hueco y ganas de venir a recogerme. Está parado con unas gafas de sol opacas de cristales verdes, unos vaqueros ajustados algo rotos y una camiseta de manga corta negra. No sé ni cómo puede respirar, ya que, nada más bajar, una bofetada de calor me recibe.

Bienvenida a casa, Julia.

Bueno, Nico es malagueño, seguro que lo del calor lo asusta menos que a otros. Tarda unos segundos en dar conmigo, el tiempo justo para que yo me derrita un poco más, y no solo por el puñetero clima. Eso es algo que no echo de menos de Murcia.

Se acerca a mí y me planta un beso de película de los años cincuenta: todo labios, sensualidad, abrazo de cuerpos y suspiros. Solo me falta levantar una pierna; lo de dejar el bolso de mano con la ropa con un golpe en el suelo, eso sí que pasa.

—Te he echado de menos —susurra nada más acabar el beso. Me acaricia la cara y soy incapaz de responderle. Él lo nota, hace una mueca con la nariz y me pregunta—: ¿Estás bien, Jules?

Es el momento, ¿para qué dejarlo pasar más? ¿No? Se quita las gafas y esos ojos marrones, pequeños pero matadores me hacen dudar. Mucho. ¿Me estoy equivocando?

Nunca se me dio demasiado bien poner las cartas sobre la mesa.

—Estoy bien, mucho calor, nada más.

Me lanza una mirada interrogante. Va a decir algo, pero lo corto con un beso.

—Vamos a tu grabación, ¿no?

—¡Sí! Joder, que vamos justos.

—Es a las once, ¿no? ¿Dónde?

Saca el móvil, se pone a buscar la información y me comenta:

—En la plaza Santo Domingo.

—¡Buah, Nico! Vamos bien de tiempo, podemos hasta desayunar.

—Sergio se ha puesto muy pesado, dice que, como no esté allí a las once, se va a pegar a mí lo que queda de gira como una niñera. Es exagerado como él solo.

Salimos y me sigue contando tonterías de su representante. Cogemos un taxi para que nos lleve al centro.

—¿Pasamos antes por mi hotel para dejar tu maleta? —me pregunta como si tal cosa.

—No, no pesa, mejor vamos a tomar algo y luego a tu grabación.

Parece no extrañarle nada, sigue hablando de su concierto en Valencia tan tranquilo, sin hacer alusión a por qué cambié los planes en el último momento y decidí no ir. Sé que va a cantar, solo con su piano, *Las normas del avión de papel*, para luego subir el vídeo como promoción, pero no es el videoclip oficial ni nada por el estilo, es como una versión más cercana y personal que luego subirá la cadena de radio que esta tarde también va a entrevistarle.

El taxi nos deja en la glorieta y caminamos hasta la plaza de la Catedral para tomarnos un café como si fuéramos dos *guiris* despistados. Siempre me ha gustado ese lugar y quiero enseñárselo.

—¿Y cómo fue el público de Valencia?

—Fantástico, como me pasó en Elche y en Alicante. Cuando sea mayor, alternaré una casa en Málaga con otra por esas tierras.

—Eso es porque aún no conoces al de Murcia, lo mismo tienes que hacer tres viajes al año...

—Lo mismo no lo hago solo por el público, *Jules*...

Me pongo tensa, él lo sabe, no sé cómo gestionar esos momentos. No sé qué contestarle. Me vuelvo a recordar que Nico solo me dejó una cosa clara hace un tiempo: él estaba fuera del mercado, solo quiere algo como lo que tenemos. Nunca me ha dicho *te quiero*, pero sí que no busca pareja. Así que lo nuestro es una mezcla extraña entre amistad y sexo. Extraña, fantástica e imprevisible. Él necesita no sentirse atado, y yo mirar por mí, para que no me rompa el corazón el día que se canse de abrazarme en una estación de tren o de cogerme la mano por la calle. Porque ese día, me habré perdido del todo y

no volverá a quedar de mí nada más que un esqueleto triste. No puedo permitirme eso. No puedo dejar que pase.

—¡Vamos, *Jules*! No estés tan seria, que al final todo pasa por algo. ¿Estás mal? ¿Ha pasado algo en Madrid? ¿Estela te ha convencido para que dejes la bebida o te has afiliado al club de Mr. Wonderful y no me lo quieres decir?

—Idiota... No, nada, es solo que es extraño estar de vuelta en casa, después de tanto tiempo.

—¿Hace cuánto que no volvías?

—Unos meses, casi un año...

—Más o menos como yo en volver a Málaga. Y, en vez de estar con cara de ajo, me lo pasé todo lo bien que pude y vi a toda mi familia por dos vidas.

—Ya, pero es que la última vez que vine fue por algo que no quiero que se repita. Mañana los veré a todos, que no son tantos.

—Yo es que tengo dos familias, con mis hermanastras y demás. —Hace un parón para beber café, lo noto algo nervioso, como si tuviera la cabeza en otro sitio, en un piano, quizá—. ¿Quieres hablar de por qué viniste hace unos meses?

—Ahora no.

No puedo ser más sincera. Espero su contestación un poco tomando aire.

—Como quieras, *Jules*.

No insiste, no molesta, no cambia de tema. A veces tengo que acordarme de cómo es Nico, de cómo es de verdad, no de cómo lo recuerdo yo o cómo lo describe Estela cuando no está. A veces hermético, a veces transparente. Siempre con pinta de músico algo desesperado, que busca cariño en cada nota, pero que, como dice una de las canciones que me aconsejó Spotify tras escuchar su lista, *no mendiga caricias*.

El silencio entre los dos es cómodo, él se fija en el entorno: la Catedral, el palacio episcopal, el Moneo... quizá debería decirle que podría hacerle un *tour* igual que él me hizo en Málaga, pero, con su agenda tan apretada, parece casi imposible. Tiene grabación, comida, entrevista en la radio y al Cuartel de Artillería a preparar el concierto. Luego celebración y, al día siguiente, se marcha de camino a Zaragoza. Yo a ver a mis padres y a Madrid.

Sé que él, tras la negativa, no entrará de lleno en otro tema. Sería descortés y, aunque él no lo sepa y lo niegue, tiene espíritu de caballero.

—Leí tu entrevista —le digo.

Se tapa la cara con las manos.

—Es vergonzosa, pero te la envié para eso, para que no te asustaras si me

levanto un día de la cama y te digo todas esas gilipolleces. En serio, debería comprar un par de filtros mentales. ¿No crees?

—Tampoco está tan mal, una vez que se te conoce, es que eres así...

—Dios, *Jules*, arréglalo...

Se vuelve a poner las gafas y parece una verdadera estrella de la música posando para una sesión de fotos. Tiene la pose, la pasta y las ganas para serlo. Me alegro por él, lo he visto disfrutar ante un piano, componer y volverse loco. Yo no sé cómo hace magia; de sus dedos en el piano sale magia. Cuando yo lo toqué la única vez que fui a su casa para leer el avión de papel que me dejó hace unas semanas, emitió un sonido parecido a un chillido, como de queja. Es de Nico y él sabe sacarle partido. Yo, dolor.

No sé por qué lo hago, pero saco el móvil y le hago una foto.

—¿Yo solo? Venga, *Jules*, al menos deberíamos salir los dos.

—Es para mi compañera de trabajo, que quiere pelos y señales de mis fines de semana contigo.

—¿Andrea? —Le he hablado de ella en una de nuestras conversaciones por teléfono.

—La misma.

—Venga, dale carnaza.

Se acerca y me besa el cuello.

—Tira la foto, sin problemas.

Entre risas y bromas nos hacemos una sesión de fotos divertidísimas en su honor. No me puedo resistir y se las envío a mis hermanas, con Andrea puedo hacerlo en persona. Sí, al grupo de «trillizas macizorras».

Junto a él es casi imposible pensar en que, en mi experiencia, las relaciones pueden dar pequeños momentos de placer, pero una infinidad de sufrimiento, ya que el tiempo que paso a su lado es una amalgama de sentimientos, y ninguno de ellos se parece, ni de lejos, a uno malo.

—Cuéntame lo peor que hayas hecho en esta plaza —me dice con una voz tan sensual que parece que me está pidiendo que nos vayamos a su hotel.

Y, sin saber bien la razón, le estoy contando cómo era la vida junto a mis hermanas.

El lugar donde se encuentra la cadena donde Nico hará una entrevista esta tarde está en Santo Domingo, pero *el estudio* donde tocará el piano para ellos

no. Realmente es un piso precioso cerca de las cuatro esquinas. Cuando entramos, me quedo parada, casi sin respiración.

—¿*Jules*? ¿Has visto un fantasma?

—Casi...

Me aparta, mientras Sergio va organizándolo todo y un maquillador lo espera para ponerlo a punto. El vídeo se va a emitir en el canal de YouTube de la cadena.

—Mira, ven.

Me importa muy poco no conocer a nadie y que nos metamos entre la gente que todavía está trabajando. Es un *loft*, sin paredes, y los ventanales dan a otro edificio antiguo, pero la historia que entrañan me fascina; nunca pensé que pisaría ese lugar.

—¿Ves ese piso?

—Sí, está vacío, parece un almacén.

—Ahora hay una zapatería abajo, pero, cuando yo tenía quince años eso era un *Bocatta*, duró un montón de años, creo que lo quitaron durante mis años de universidad... En fin, Claudia, Paula, nuestras amigas y yo éramos adictas, ellas por razones muy distintas a las mías. A mí me gustaba ver este piso y pensar que algún día viviría en él. Era una tontería, lo sé, de hecho, casi lo había olvidado, pero al entrar, me he quedado bloqueada. —Agarro a Nico del brazo y le susurro—: Es mi piso.

Se ríe, lo llaman para que se maquille y él pide dos minutos. Me da un beso rápido y me dice:

—Dame tu móvil. —Se lo paso algo extrañada—. Desbloquéalo.

Le hago caso algo asombrada, no sé, mi móvil es mi templo, casi como mi cuerpo, aunque ni lo pienso. Y, cuando él lo coge, me doy cuenta de que no es ninguna tontería. Lo veo con él en la mano y no me alarmo, pero me recuerda a cuando Marcel me dijo que en una relación de verdad no hay secretos, no hay móviles bloqueados, no hay intimidad.

Nico no se da cuenta de mi zozobra, él se pone a mi lado, me abraza y me pide que sonría. Nos hacemos un *selfie*, él con la sonrisa más bonita que he visto y yo algo desubicada, pero esbozando una mueca de felicidad.

—Joder, *Jules*, ya podrías fingir que estás más contenta —dice al ver la foto.

—Está bien, ¿qué quieres hacer con eso?

—Quiero que se la mandes a tus hermanas y les digas algo así como «Nico y yo en nuestra casa». Lo haría yo, pero no quiero cotillearte el WhatsApp.

—¡Nico! —grita Sergio—. ¡Te toca ya!

—Yo... —No sé qué decir, me he bloqueado.

—¿Lo harás? Van a flipar cuando nos vean aquí.

—¡Joder, Nicolás, que vamos con retraso! —Sergio tiene tanta paciencia como un perro que ve una correa para salir a la calle.

—Si me llama Nicolás es que está en modo sargento. Me tengo que ir, ¿lo harás?

—Vale. —Se me escapa una risa tonta. No puedo decirle que no.

Él se marcha a que lo maquillen y yo me quedo quieta, casi perdida en la que *debía de* ser mi casa, según mi yo de quince años. Envío el wasap y no sé si lo hago porque a mí me parece gracioso o porque creo que, como a él le parece bien, yo claudico.

No puedo decirle que no. Esa frase me da vueltas en la cabeza, me grita en el oído derecho, luego en el izquierdo, pero con pitidos. *No puedo decirle que no.* Noto un dolor en el estómago y cómo la boca me sabe amarga. ¿Estoy volviendo a mis viejos hábitos? Al final es culpa mía, solo culpa mía. Busco hombres dominantes, cabrones, y los idolatro. Si ese es mi tipo de hombre y yo he elegido a Nico, ¿lo es él también?

Mi móvil empieza a sonar, y todas las cabezas se giran a mirarme; algunas me matarían con esa mirada. Pido disculpas. Lo pongo en silencio y veo que son mensajes de Claudia flipando, todavía se acuerda de mis tonterías de quinceañera, quiere fotos de todo el lugar. Así que le digo que estoy allí por la grabación, le hago fotos y hasta un vídeo, todo para quitarme esa absurda idea de la cabeza.

El tiempo en que se maquilla y en el que se prepara se me pasa rapidísimo. Lo dejamos solo ante el piano, los demás detrás observando cómo siente cada tecla, cada movimiento, cada nota que sale de él y se plasma en el instrumento.

Comienza a tocar *Las normas del avión del papel*. Una canción que sé, a ciencia cierta, que yo le inspiré. Se crea una atmosfera distinta, casi palpable. Observo mi alrededor y todos los ojos están fijos en él, en su manera de tocar, poco ortodoxa, y en la de cantar, que hoy parece un poco más desgarrada que otros días. Y finalmente, tras empaparme de la forma que tienen los demás de verlo, lo hago yo. Cuando se sienta en un piano es magnético. No, no, no es otra persona, es Nico, el mismo que conozco, pero mejorado, casi inalcanzable.

Decido disfrutar de la canción todo lo que puedo, mientras no me entiendo, no lo entiendo a él y creo que el hecho de que él me la haya dedicado,

regalado, es una de las cosas más bonitas que han hecho por mí.

Aunque Nico quiere comer conmigo, Sergio le dice que es del todo imposible. Lo necesitan para preparar veinte mil cosas. Las enumera y, con cada cosa que comenta, Nico asiente. Me pide disculpas varias veces, él se va a comer un bocadillo y a seguir trabajando. Me da un pase para verlo y, con cara de decepción, se marcha.

No pasa nada. Llamo a mi padre, no hace falta decir ni media palabra y ya me indica que viene a por mí. Mis padres fueron las primeras personas en las que me cobijé cuando ocurrió lo de Marcel. Con Claudia en Los Ángeles y con Paula en Tokio, era casi inevitable. Ellas saben la verdad; ellos no. Solo creen que tuve una mala ruptura. ¿Cómo les podía contar a mis padres todo lo que había pasado? Sin magnificarlo, sin volverme loca.

Mientras camino hacia la Redonda, donde he quedado con mi padre, mi móvil se vuelve a poner loco, mi grupo familiar se anima. En él estamos toda la familia y mi padre acaba hacer un llamamiento para que, quien pueda, vaya a comer o a tomar café, al grito de: «La francesita vuelve a casa». Sí, para mi padre, desde que nos marchamos somos: la americana, la japonesa y la francesa. Y no le importa que ahora yo viva en Madrid, no le importa nada. Él es así. Mi padre en estado puro.

Papá tarda casi media hora en llegar. No está tan lejos, pero el tráfico está insoportable un sábado al mediodía, entre los centros comerciales y la afluencia.

—¡Julilla! —grita y sale del coche. Me da un abrazo de oso y pasamos tanto tiempo así que otros coches nos pitan. Ha tenido que aparcar en doble fila.

—¿Cómo estás, papá?

—Bien, revisando la edición de mi manual.

—¿Y un manual de Derecho Romano necesita muchos cambios?

—Ay, hija, tú vives en un mundo rápido, te dedicas a eso, pero yo no. Y sí, intento actualizarlo con las últimas investigaciones y, sobre todo, hacerlo más didáctico para mis alumnos.

—Papá, Derecho Romano...

Los dos nos reímos, él siempre ha sido muy escrupuloso con su trabajo, le fascina, lo adora. Y nosotras hemos aprendido a quererlo también, aunque sin

dejar de chincar, claro.

Pasamos un rato muy agradable en el coche, mientras nos dirigimos a la urbanización donde viven desde hace ya muchos años. Mi madre nos espera con la tribu de gatos que han adoptado. Ella siempre fue más bohemia, más en las nubes. Se prejubiló cuando tuvo la ocasión y ahora se dedica a pintar y a viajar cuando puede. La tía Maruja es la hermana mayor de mi padre; siempre se han llevado bien y, por eso, cuando decidí ir a Madrid, los dos lo vieron de maravilla. Se han adaptado a su día a día solos mucho mejor de lo que yo pensé que podría ocurrir.

Como les había dicho que comería el domingo, no han hecho nada; han comprado un par de pollos y me río al pensar que lo de no cocinar es cosa de familia. Mi madre me enseña sus cuadros, me pone al día de su vida con las mil actividades que realiza, mientras que mi padre se agarra a su trabajo, que le encanta; dice que los catedráticos de Derecho Romano siempre están sanos y lozanos.

Disfruto de la vuelta a casa sin dramatismos. Me hacen un interrogatorio que ya le gustaría a la CIA tener sus tácticas para saber qué hago aquí un día antes. Hablo de Nico, mi madre se emociona, es artista, y mi padre se queda pensativo. Es curioso, cuando éramos adolescentes, mi padre siempre era el que nos dejaba salir a las tantas, no nos ponía hora y quería que disfrutáramos todo lo posible. Nos animó a Paula y a mí a estudiar fuera, y a Claudia que persiguiera sus sueños. Todo eso con una sonrisa. Mi madre lo pasó peor. Ahora se han cambiado las tornas. Desde que salimos del nido, mamá vive tranquila en su mundo zen y papá se preocupa por todo.

Por la tarde, llegan dos de mis primos: Lucas e Isabel. Ellos confirman que el gen de ser más de un bebé está implantado en la familia de mi padre: son mellizos.

Pasamos la tarde entre risas, cotilleos familiares, recuerdos y alegría. Siento que me quito un peso de encima. Necesitaba estar con los míos, volver a sentirme querida. Cuando volví a España en mayo, a Madrid, sentía que no me merecía nada. Ni cariño ni amistad ni nada que me hiciera sentir mejor.

A veces, no está de más recordar que hay gente en el mundo que nos quiere como somos, aunque la liemos, aunque seamos imperfectos y tomemos malas decisiones.

Eso es la familia y, quizá, eso también es el amor.

Volver a ver a Nico en el escenario me resulta extraño, es otra persona, mucho más seguro, diferente. Es como si cogiera todo el miedo y la rabia y los lanzara al infinito. Mis padres no me esperan hoy en casa, les he dicho que saldría con Lucas e Isa, y mentira no es, ya que los tengo conmigo durante todo el concierto, no se lo querían perder. Al parecer, mi prima es superfan de Nico y, cuando lo ha conocido, ha flipado tanto que casi no le sale la voz del cuerpo.

Más tarde, tras el concierto y una ducha, nos vamos a tomar algo con el equipo. Lucas se fija en una de las ingenieras de sonido y desaparece. Adiós, primo. Mientras, Isa decide hacerle un interrogatorio al más puro estilo película americana a Nico.

—Pero ¿haces algo antes de salir al escenario? ¿Alguna manía? —pregunta muy concentrada.

—Eso sale en la entrevista que he leído esta mañana —le susurro a Nico.

—¡Sí que tiene una! —grita Sergio, al que veo mucho más relajado y tranquilo que otras veces—. Se vuelve un pesado que se abraza con todo el mundo. En Córdoba se abrazó a uno de los chicos de las entradas que, casualmente, pasaba por allí. No distingue en ese momento.

Todos se ríen. Yo me acerco y le digo:

—No sabía que eras tan cariñoso con extraños. —Lo admito, este fin de semana, entre los nervios y el cacao mental, me he agarrado un poco más al salvavidas que es el alcohol, que desinhibe y suelta un poco la boca.

—A los extraños los abrazo; imagínate qué puedo hacer contigo esta noche. —Me regala una sonrisa y una promesa. Él también sabe a libertad.

Nos fundimos en un beso. La gente sigue hablando, pasándolo bien a nuestro alrededor, y yo siento que antes o después voy a tener que romper esta burbuja para intentar adaptarme a mi manera. Esto, todo esto, es un espejismo. Un tiempo robado a la realidad. Uno que pienso aprovechar. Apoyo mi cabeza en su hombro, mientras Isa sigue con sus preguntas.

—¿Y cómo te inspiras?

—No sé, a veces, viene solo, otras, me atropella. ¿Quieres ver la grabación de esta mañana? Tu prima estaba con nosotros.

—¡Claro!

Le enseña la grabación de *Las normas del avión de papel* a piano, en mi piso. Siento como si pudiera enseñar con eso nuestra vida privada: nuestra canción, mi piso, en mi ciudad...

Desde este momento, no hay más besos, no hay más caricias por mi parte. Me vuelvo seria y sé que, en ocasiones, incluso algo insoportable. Nico no me lo tiene en cuenta, sigue intentándolo como si nada. Hasta que le pido que nos vayamos nosotros solos. Lo agradece con una sonrisa, pero no dejo que me bese.

—¿Está todo bien, *Jules*? —pregunta nada más salir del local. En Murcia está todo cerca, así que le pido que vayamos paseando a su hotel.

No sé cómo decírselo. Él me coge por la cintura, con naturalidad, como si lo llevara haciendo toda la vida.

Me recuerdo a mí misma varias cosas: Nico nunca me ha dicho que me quiera o que desee mantener conmigo una relación de verdad, esto no es romper con él.

—*Hey Jules, don't make it bad...* —canta. Él lo solucionaría todo cantando, si pudiera.

—¿Recuerdas nuestro avión de papel?

—Cómo no hacerlo.

—Quiero aplicar una norma de nuestro avión de papel.

—Creo que algunas están obsoletas y otras no tienen sentido, pero, venga, dime.

—Quiero que volvamos a ser solo amigos.

—Esa regla no estaba en el avión de papel.

—Sí que lo estaba, Nico.

—Joder, que no.

Se para en medio de la calle, saca el móvil y se pone a buscar algo. Me pone la pantalla de su aparato en la cara con cara de pocos amigos. Le hizo una foto a nuestro avión de papel. Cada día me sorprende más.

—Bueno, al menos puedo aplicar la de que romperemos cuando empiece tu gira, que por cierto va por la mitad.

—¿En serio? Yo pensaba que, tras lo ocurrido, eso ya no se aplicaba entre nosotros, *Jules*, que estábamos o estamos bien. ¿Qué mierda ha pasado?

—Te lo dije, necesito volver a lo de antes. No quiero seguir así.

—¿Te he agobiado, *Jules*? —susurra algo extrañado—. Lo siento, hace mucho que no quiero mantener una relación que solo sea sexual... Lo mismo me he vuelto loco y te he...

—No, Nico, te prometo que no es nada que hayas hecho tú, es algo que puedes hacer y que sé que voy a hacer yo.

—Entonces, quieres echar atrás en el tiempo por si yo, en el futuro, hago

algo que no quieres que haga. Joder, dímelo y no lo hago. ¿No es eso mucho más sencillo?

—No es tan fácil.

—Mira —comenta ya enfadado—, todo es respetable: que te hayas cansado, que no quieras, que no te guste, que estés hasta los cojones de mí o lo que sea. Todo, menos volverme loco con mentiras o medias verdades. Creo que no me lo merezco.

—No somos novios —le suelto. No arregla su actitud.

—Ni creo que te lo pidiera en ningún momento o que siquiera hayas querido hablar de algo más serio que esto.

—Tú tampoco.

—Yo tampoco. En eso soy como tu hermana, la que vive en Estados Unidos, prefiero ver qué pasa antes de volverme loco. No buscaba una relación, pero lo que tenemos me gusta. ¿Tengo que hacer como los niños de quince años y pedirte que seas mi *novia*? —La última palabra la dice con retintín.

—No, claro que no. Solo quiero decirte que necesito tiempo para mí.

—No te lo he quitado, creo.

—Y me gustaría volver a como estábamos antes del avión de papel.

—Ya te lo dije una vez, *Jules*, el sexo no empeora las cosas, solo las hace más interesantes...

—No es el sexo, el sexo está bien, soy yo, que temo que, si esto sigue así, no lo podré soportar más. Joder, ¿tanto te cuesta hacerme caso? —grito, algo desfasada; estamos al lado de su hotel.

Sus ojos de decepción son tales que algo se me rompe por dentro. No quiero hacerle daño, solo quiero no sufrir yo. Se le pasará, eso seguro.

—Me gustaría saber la verdadera razón por la que quieres pasar de mí. Sin gritos. Sin dramas. Eso te lo prometo. Solo la verdad, *Jules*.

—Ya no quiero seguir más así, no quiero, punto.

—La verdad, *Jules*.

—No hay más.

—Y una mierda.

Se mete al hotel. No lo vuelvo a ver más.

Capítulo XVII: Miedo a tenerte que olvidar

De: Nico Díaz

Para: Julia Alonso

Fecha: 12 de agosto 06:05

Asunto: Zaragoza

Hoy no puedo.

Nico.

Las multinacionales no tienen corazón.

Ni corazón ni memoria.

Pero creo que no estoy descubriendo nada nuevo.

Las últimas semanas de mi relación con Marcel fueron, sin exagerar, angustiosas. Yo, por aquel entonces y casi como un milagro, conseguí abrir los ojos. Y el punto que lo detonó todo fue encontrarme a mí misma tirada en el suelo del cuarto de baño llorando desconsolada. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué había hecho? Así que recogí mis cosas, me fui a un hotel y comenzó el caos. Él se volvió loco buscándome, montó cincuenta numeritos en la oficina, hasta tal punto que el jefe de departamento habló con su jefe, este a su vez con el suyo y así hasta una cadena de cinco para poder poner orden.

¿Qué había hecho yo? Dejarlo. ¿Qué había hecho él? Perder el juicio.

Hubo que llamar dos veces a la policía para que lo desalojaran del edificio y, a cambio de no montar un verdadero escándalo, me ofrecieron un cambio de puesto, seis meses de vacaciones pagadas y su promesa de no coincidir más con Marcel en el ambiente de trabajo. Lo despedirían.

Yo decidí marcharme a Los Ángeles con Claudia, pasé con ella un par de meses. Paula pudo coger vacaciones y también estuvo unos días con nosotras. Hicimos pros y contras, buscamos explicación a cómo se me podía haber ido tanto la cabeza como para dejar que otra persona controlase mi vida, otra que no fuese yo. Me había quedado sola en Lyon, sola con él. Hacía lo que él quería y me planteaba las cosas desde su punto de vista.

Solo habíamos salido dos años.

Dos años que me cambiaron la vida.

Para mi desgracia, en aquel momento concluí que la culpa en gran parte había sido de él, que yo solo me había dejado llevar: lugar nuevo, ningún amigo, Marcel como mi caballero andante... Repartí la culpa un 90% - 10%.

Ahora, echando la vista atrás, con la experiencia vivida, sé que no es así, que la culpa estaría ahora en un 30% él y un 70% yo. Porque soy yo la que busca ese tipo de persona, la que se cuelga de gilipollas controladores y maníacos. Y, por eso, es muy complicado fiarme de mi instinto. Aunque quizá esa afirmación tampoco es correcta, como me ha dicho Paula en multitud de ocasiones: Carlos fue un cabrón y Marcel un maltratador; ellos tienen mucho más de lo que culparse que yo.

¿Qué me ha hecho cambiar el porcentaje más allá del tiempo pasado? Que, cuando volví de Los Ángeles, pasé por Lyon para terminar de firmar unas

cosas, me lo volví a encontrar y a enredar con él. Solo una semana. Suficiente para darme cuenta de que el problema no es él, el puto problema soy yo.

Así que ver a Nico perderse en el hotel la otra noche me produjo dos sensaciones contradictorias: profunda pena y profundo alivio. ¿Y si él también es otro hijo de puta controlador? ¿Y si solo elijo a las mismas personas que siguen el mismo patrón? No hay dos sin tres, y yo ya he tenido a Carlos y a Marcel.

Eso no quita que la sensación de vacío y de haber hecho algo mal me persiga.

El lunes por la mañana, tras volver de Murcia, me levanto con los ojos como platos. No he dormido, solo he revivido esos momentos horribles que me hacen afianzarme en mi decisión. Mi prima Isa me ha llamado varias veces, me fui sin despedirme de ellos; mis hermanas no paran de dar follón en nuestro grupo «trillizas macizorras» y Estela también se ha puesto en contacto conmigo.

No necesito ver a nadie.

El lunes por la mañana huele mal. Huele a terror, sabe a tristeza y siento miedo.

Miedo a tenerte que olvidar.

Pero yo estaba diciendo que las multinacionales no tienen corazón. Algo absurdo, si lo pienso un poco. Las cosas no tienen corazón, los humanos sí, ¿verdad? Pues alguien en mi empresa no tiene.

—Es por eso que entendemos que la situación para ti puede ser complicada, pero han pasado meses y seguro que podéis encontrar una forma estable de convivencia.

—¿Una forma estable de convivencia? —pregunto y repito como si fuera gilipollas. Lo mismo lo soy y no me quiero dar cuenta.

—Marcel solo estará con nosotros unos meses.

—¿Unos meses? —Me siento mareada.

—Él no estaría aquí si no fuese necesario. Como comprenderás, en la jerarquía...

—Supuestamente, él no podría estar nunca aquí, estaba despedido.

—No sé quién te dio esa información —dice un señor que no conozco de nada, sentado al lado de mi jefa directa y del jefe de mi jefe. Estoy ante tres señores que, por lo que parece, lo último en lo que piensan es en mí—. Es errónea, Marcel estuvo suspendido de empleo y sueldo un tiempo, aunque pronto volvió a trabajar.

—¿Pronto? ¿Cuánto? —Yo pasé con él una semana y no me dijo nada. No pasé con él todo el día, pero... No sé...

El hombre que no conozco abre una carpeta, se pone a buscar, separa unos folios, no cambia la expresión de la cara en ningún momento hasta que dice:

—Estuvo de baja un mes.

¿Un mes? ¿Un puto mes?

—¿Algo más? —Me quiero ir.

—Sí, tienes que firmar esto.

Me pasa los folios que ha separado. Todos esos papeles forman un contrato por el que yo me comprometo a mantener las formas y a que, si pierdo los nervios, ¡si yo pierdo los nervios!, será culpa mía y la empresa no tendrá nada que ver.

—Esto se paga.

Es lo primero que pienso. No que sean unos gilipollas, no que me vayan a volver loca, nada, solo que, de una manera u otra tienen que compensarme todo este daño.

—Ya se ha pagado, sufrió un aumento de un cincuenta por ciento de su salario hace unos meses.

No sabe ni hace cuántos. Le importa tan poco todo...

—A cambio de no demandarlos y de no volver a ver Marcel nunca más.

—¿Tiene algún papel que avale eso?

No, joder, Paula me lo ha dicho mil veces.

—Sabe que no.

—Nosotros queremos ese.

—Me lo tengo que pensar.

—Creo que tiene dos opciones, señorita Alonso: acepta firmar esos papeles, sigue con su ya elevado sueldo y pasa página o se levanta y se va sin nada. Tómese su tiempo para leer los papeles y —mira su reloj, como si fuese un mafioso de los años veinte dando un ultimátum— voy a estar aquí hasta las dos. Tiene hasta ese momento para firmarlos. De no hacerlo, asumimos que se despide.

—¿Y si no firmo ni me voy?

—No juegue esa carta, señorita Alonso.

—Eso suena a amenaza, señor... —Dios, es que no me acuerdo.

—McDougal. Y no es una amenaza, es una recomendación.

Suena a chiste. Pero es cierto que tiene un ligero acento extranjero.

—¿Alguna pregunta más, señorita Alonso?

Miles, millones, pero no a él, sino a mí misma.

—No.

Me levanto, con ganas de romper esos papeles en su cara. Aunque soy una médica, por lo que los cojo y me voy sin decir nada. De camino a mi cubículo pienso en el corazón, en los sentimientos, en la empatía y en la justicia divina. Soy ingeniera, por Dios, si algo tengo claro es que la justicia divina no se sostiene, no hay manera de que se pueda probar. No existe.

Y por eso no va a caer en estos momentos un rayo en la cabeza del señor McDougal, ¿verdad, Dios?

No, ya decía yo que no.

Me paso un buen rato mirando los papeles sin leerlos, solo sopesando mis posibilidades. Necesito ignorar todas las voces externas, así que apago el móvil, que cada vez tiene más actividad, y me dedico a sopesar mis opciones.

¿Este es el trabajo de mi vida? No, definitivamente no. Es un trabajo, uno que me da de comer y por el que no tengo que darle muchas vueltas a la cabeza. Bien pagado, buen horario, pero algo... aburrido. Aun así, no lo quiero perder.

—¿Qué es eso? —pregunta Andrea con cara interesada.

—Nada, desde luego no es un ascenso.

—Jo, qué pena, ya me lo podrían dar a mí... o un premio: «A la mejor madre trabajadora de la Vía Láctea».

—Del Universo era pasarse, ¿no? —le digo sin ganas.

—Jo, Julia, ya sé que es lunes, pero es que traes una cara... Y yo pensaba que después de un par de revolcones con el pianista, se te iluminaría la cara, no que vendrías de bajón absoluto, amiga.

—Ni revolcones ni ascensos, es un lunes de mierda como cualquier otro lunes de mierda. Bueno, quizá un poco peor. ¿Te importa si lo dejamos por ahora? Necesito... no sé, pensar.

—Claro, guapa. —Me da un beso en la frente, como si fuese una niña pequeña—. Cualquier cosa estoy a un grito de distancia, ¿vale?

—Vale.

Se va, pero vuelve a los pocos minutos con una taza de café y se marcha con un guiño. Lo de ser madre lo tiene bien interiorizado.

Le doy un sorbo y vuelvo al tema. Marcel, la empresa y mi decisión de

firmar o no el puto papel. Me siento estafada y engañada, en un callejón sin salida. Se me corta la respiración solo de pensar en volver a la locura con Marcel, pero también en quedarme en paro y sin expectativas de nada más.

Por otro lado, es mi trabajo, mi puto trabajo, y no me lo va a quitar un gilipollas manipulador.

Estampo mi firma en el papel casi sin pensar. Nada más hacerlo, recuerdo una frase que, en el contexto de una carta de despedida, me pareció inocua, pero ahora, tras el giro en los acontecimientos, me parece que tiene un toque oscuro:

«Haría cualquier cosa por ti, *Ju-ju*».

Escondo la información de Marcel a todo el mundo.

No, no hay una razón aparente, ni tan siquiera una buena. Lo hago porque siempre lo he hecho, porque no quiero preocupar a mis hermanas o a mis padres, que están a kilómetros de distancia y porque, casi como una ilusa, creo que soy más fuerte que todo lo que pueda venir.

Ya dije que no, ya pude salir de todo eso, no hay opción a la duda.

Andrea sigue como una mamá gallina a mi alrededor hasta que se va de vacaciones. No tiene muchos más años que yo, pero eso de tener un hijo hace madurar, al parecer. Bueno, no en todo, que todavía, en el descanso, nos descojonamos con los vídeos del gato disfrazado de tiburón subido en una Roomba. Dios, es adictivo. Quiero un gato, quiero una Roomba y un disfraz de tiburón ya.

Estela, por su parte, ha estado desaparecida unos días, ya que al fin consiguió su viaje del verano: las islas Mauricio a un precio increíble, según ella. Me ha mandado fotos de calles decoradas por paraguas de colores, de la habitación del hotel y del tío que quiso tirarse pero pasó de ella. Todo muy didáctico sobre el lugar. Me fascina que no le importe viajar sola. Yo no me lo he planteado de verdad, no sin que fuera por trabajo o por salud mental. Hacerme un viaje sola puede ser una gran experiencia, aunque no me veo con fuerzas de hacerlo.

Autoconocimiento, según Claudia, es algo que nos falta a casi todos. Y lo dice ella, que todavía se lía con su talla de sujetador.

No he vuelto a ver al señor McCapullo por la oficina, y eso está bien, pero la llegada de Marcel es inminente. De hecho, como si todo se volviese loco,

en pleno mes de agosto, se ha puesto a llover y me da la sensación de que nadie estaba preparado para eso. A mí me da igual, solo quiero llegar al trabajo y concentrarme en lo mío.

Es jueves por la mañana, ayer fue festivo nacional. Agosto es un buen mes para trabajar, pero casi nadie lo quiere ver, prefieren estar en la playa... Bueno, y yo. Mientras el metro se mueve y yo busco un asiento, pienso en lo que daría por estar tirada de nuevo en la playa con Claudia y Paula sin pensar en nada; las echo de menos a las dos. Cuando salgo, la ciudad me recibe regular, entre la llovizna veraniega y los cuatro gatos que deambulan por ella.

En el trabajo, todo es silencio sin Andrea y sus conversaciones de cacas infantiles. Me siento y espero a que el ordenador se encienda, tiene programado hacerlo a las ocho, pero hoy he llegado un poco antes.

Lo siento incluso antes de que pase.

Como un viento en la nuca que la electrifica, como una sensación que me hace desconfiar. Como si, estando parada en la estación, sintieras llegar el tren.

Así aparece Marcel.

—Julia —dice con voz acaramelada—, buen día.

Se queda plantado. Sin más, sin moverse, sin hacer nada más. ¿Alguien lo ha avisado de que en Madrid estamos en agosto y que puede venir sin traje a trabajar? Parece que no.

—Buenos días.

Ni media palabra más; se va con su maletín a otra parte de la planta. Bien, yo a lo mío, que es como tengo que estar. Aunque siento que todo es más frío, menos ruidoso sin mis compañeros. Levanto la vista y quedamos tan pocos que parece que hay una huelga o algo así. Me centro en continuar con la programación y no descentrarme, ya está bien.

Cuando llega la hora de la comida, me acerco a la cafetería y miro el móvil varias veces. No sé nada de Nico y eso me escuece. Sí, debería ser yo quien diera algún paso, no él, pero, aun así, me hubiese encantado que me dijese algo como «*Jules*, ¿qué tal va el día?» y firmar una tregua.

Compro un sándwich y un botellín de agua, no tengo hambre para nada más. Le doy vueltas a qué debería decirle, si debería hacerle la broma de que unos adolescentes han invadido su casa y que he podido salvar su piano o si debería enviarle una foto de mi comida para que pueda criticarla.

—¿Puedo sentarme contigo?

Elevo la vista y Marcel, ya sin chaqueta, lleva una comida mucho más

equilibrada que la mía. Él sigue la máxima de que su cuerpo es un templo. Su cuerpo, el mío no tanto.

Respiro una vez, dos veces, tres veces...

—Mejor que no... yo...

—Vamos, Julia —habla con esa forma que tiene de suavizar la jota de mi nombre—, estoy solo, estás sola, ¿qué daño puede hacer?

—Creo que será mejor que te sientes con tus compañeros.

—No tengo, ¿sabes a qué he venido? No es ningún secreto.

No me importa a lo que ha venido. Me encojo de hombros.

—A despedir gente. Así que dudo que nadie se quiera sentar con el tío que va a despedirlo, ¿no crees?

Hace que se me escape una sonrisa. Maldito Marcel.

—Venga, solo por hoy, es tu regalo de primer día, ¿vale?

—*Merci.*

Le pego un bocado a mi sándwich y sé que está pensando que debería tomarme una ensalada, que he engordado unos cuantos kilos desde que lo dejamos y que debería apuntarme a un gimnasio a la voz de ya. Que llevo el pelo demasiado largo, a él le gusta que no sobrepase los hombros. Que mi ropa lleva demasiado escote. Que no debería saludar a Iván *el terrible*, que se va de vacaciones. Y, sobre todas las cosas, que nunca debería haberlo dejado a él. Todo eso me dice su mirada, todo eso me dicen sus gestos, a los que he temido más que a un examen final en la carrera, más que a casi cualquier miedo que haya tenido antes.

—¿Cómo vienes a trabajar?

—En metro.

Hace un ruido de incredulidad.

—Si quieres te puedo recoger, he traído mi coche.

Quiere decir su Jaguar, no había escuchado nunca esa palabra al referirse al suyo. Marcel no tiene un coche, tiene un Jaguar; no tiene un móvil, tiene un iPhone, y no tenía una novia, tenía una marioneta. De hecho, cariñosamente, me llamaba *poupée*.

—No, gracias, estoy bien.

—¿Y la casa?

—Está bien, a las afueras.

—Deberías...

—No, tú deberías volver a hablar con tu psicólogo, creo que no has arreglado todos los conflictos que tenías.

—Lo lamento, *Ju-ju*. Son las viejas costumbres.

Me levanto, me vuelvo a trabajar, ya está bien.

—Hasta aquí tu regalo de bienvenida. Adiós, Marcel.

Él se despide y se queda observándome hasta que me pierdo por el pasillo y ya no puede verme más. En ese momento me doy cuenta de que he estado reteniendo la respiración, el corazón me va a mil y creo que no puedo soportarlo.

Me vuelvo a sentir como una estúpida. ¿Cómo he dejado que vuelva a entrar, aunque sea un poco, en mi vida? ¿Cómo mierda...?

Una y no más. Ya está, Marcel está fuera. Solo lo veré cuando sea imprescindible.

Me paro en el pasillo y, siento que, por culpa de Marcel, he perdido a Nico. Creo que sí, que debería ser yo quien diera el primer paso. Así que saco el móvil y le escribo:

«¿Amigos?».

Capítulo XVIII: Ojalá que no pueda tocarte ni en canciones

De: Nico Díaz

Para: Julia Alonso

Fecha: 18 de agosto 17:41

Asunto: A Coruña

Jules,

La amistad no surge de la nada, no se extingue como una llama perdida ni se reencuentra de golpe. La amistad, como un corazón roto, se recompone poco a poco y, una vez que se ha resquebrajado, nunca vuelve a ser igual.

Rock'n'roll,

Nico.

Es domingo por la mañana. Estela va a ir a ver al padre de Nico, mejor, yo, la verdad, no tengo fuerzas ni de verlo ni de hablar con mi tía, que, casi con seguridad, solo con echarme un vistazo, sabrá que algo va mal. He pasado la noche con Este y Sonia, las dos estaban muy raras. Acabé la noche fatal, tengo el cuerpo lleno de secretos que tienen ganas de salir.

Me levanto muy tarde con unas ganas increíbles de tomarme un café. Salgo de mi cuarto y, nada más mirar por la ventana, se puede ver humo desde la ventana abierta de la casa de Nico. La ventana que ayer estaba cerrada y un humo que no debería estar ahí, a no ser que al piano ahora le dé por fumar.

Mierda.

Salgo corriendo al cajón donde tengo sus llaves, no sé qué razón tengo para, en vez de entrar por la puerta principal, subir por la terraza y bajar por las escaleras de la misma. Nada más asomarme a su salón, ahí está él, sentado en el suelo, sujetándose la cabeza con las manos y, en una de ellas, tiene un cigarro encendido. En el suelo hay un cenicero con multitud de colillas y unos zapatos tirados.

—Nico... —susurro.

Él levanta la cabeza para mirarme. Sé que ese dolor que transmiten sus ojos no es mío, no lo he creado yo; es la mezcla de miedo, inquietud e incapacidad para poder soportar lo que le ocurre a su padre.

Así que no me lo pienso mucho y, rompiendo barreras que creía levantadas por mi bien, me acerco y lo abrazo en el suelo. Volver a sentir su olor y su tacto hace que desee más que nada en el mundo dejar salir todas las mentiras que llevo dentro, toda esta ponzoña que me corre por las venas. Pero la dejo pasar, solo un momento, para poder centrarme en él.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto, con mis labios todavía pegados a su camiseta por el abrazo.

—Lo de siempre, *Jules*, solo lo de siempre. Pero creo que cada vez lo soporto menos.

—No importa que sea lo de siempre, tú solo cuéntamelo.

No me hace caso, se queda así, como está, dejando que el cigarro le quemee los dedos hasta que lo deja caer en el cenicero, sin más. El olor a filtro quemado es desagradable. Lo noto como deshecho, desmadejado, como si los hilos invisibles que lo sujetan, que le dan ese aspecto despistado y casi pasota, se hubiesen cortado, y solo quedara la parte de Nico que no sabe qué hacer, que no sabe qué decir. Así que saco mi lado más práctico, me siento a

su lado y pregunto lo primero que viene a la cabeza.

—¿Qué era tu padre? —Él me mira extrañado, casi como si no me comprendiera—. Sí, me refiero, a qué se dedicaba.

—¿Quieres saber qué era o realmente qué era?

Vaya, yo creo que son la misma cosa. Boqueo, sin saber qué decir. Nico me regala media sonrisa ladeada y se explica.

—Mi padre era inspector de Hacienda.

—Coño. Eso no me lo esperaba.

Emite una pequeña risa, como quien sabe que esa información cala de manera distinta en unos y en otros.

—Cuando era adolescente y me iba a casa de mis amigos, cuando sus padres preguntaban por los míos y se enteraban de la profesión de mi padre había dos reacciones posibles: la sorpresa, que daba lugar al cambio de tema, o la estupefacción, que venía acompañada de frases tipo: «Muy buena persona tu padre, oye».

»No sé por qué intimida tanto su profesión.

Pongo los ojos en blanco.

—¿En serio? ¿No entiendes que a la gente le intimide tener cerca a un inspector de Hacienda?

—Vale, un poco sí, pero mi padre es la mejor persona del mundo, no entiende de venganzas ni haría mal a nadie.

—Eso lo sabes tú, no quien escucha la palabra «Hacienda».

—Vale, vale, ¿quieres saber lo que era realmente?

—Me muero de curiosidad.

—Está bien, ven.

Se levanta y me tiende la mano; se la cojo casi con miedo a que, al tocarlo, me dé una corriente eléctrica que cambie mi vida y tenga que soltar todo lo que tengo dentro.

Pero no pasa.

Qué idiota soy.

Me guía por su casa, que es una copia de la mía, pero al revés, hasta llegar a la habitación cerrada, la habitación de los secretos, la habitación que siempre tiene la persiana cerrada, la habitación que me da miedo mirar desde el salón. En la que creo que guarda un gran elefante rosa.

La abre sin más, no tiene candado, ni cerrojo ni nada por el estilo. Para esconder dentro sus mayores secretos, como pienso yo, tampoco es que los tenga bajo siete llaves, solo están ahí, como la mayoría de cosas que queremos

ocultar a los demás. Están, sin lugar a dudas, y esconderlas no hace que duelan menos.

Enciende la luz —la persiana siempre está bajada—, pasa, y yo, antes de poner un pie en lo que creo que es su santuario cojo aire. No sé, no le he dedicado mucho tiempo a saber qué podría haber tras esa puerta, no me ha interesado tanto. Todos tenemos esqueletos en nuestra vida, algunos son más reales que otros, pero siempre he pensado que, si Nico necesita tenerlos tras una puerta cerrada en su propio piso, por algo sería.

Es una habitación anodina, aunque, al final, sí que tiene un elefante rosa en medio. Una cama; un escritorio, con unos papeles bien organizados y una pluma Montblanc alineada con ellos —la reconozco bien, ya que mi padre me regaló una cuando acabé la carrera—; un asiento; ropa; zapatos que asoman por debajo de la cama, y el elefante rosa: una cuna a medio montar.

Nico pasa, busca en una de las libretas del escritorio y me la ofrece. Me invita a sentarme en la cama y leo.

Es poesía.

Con una letra pulcra, en tinta violeta y con algún que otro pequeño dibujo a los lados. Me quedo alucinada, es como poder mirar dentro de la cabeza de una persona, es como si me dejara ver una parte de su vida que es solo suya.

—Son preciosos.

—Lo sé. Le dije mil veces que intentara publicarlos, que tendrían aceptación, pero no quería. Para él era su forma de relacionarse con el mundo, por eso entendía tan bien mi pasión por la música; también es mi forma de relacionarme con el mundo.

Hace una pequeña pausa, cierra los ojos y cierra las manos en forma de puño.

—Lo único que conseguí fue que me dejara ponerle música a alguna de sus poesías —suelta, todavía con los ojos cerrados—, pero también tuvo que quedar entre él y yo. Las llamó «nuestros momentos privados» y fue una de las últimas cosas que hicimos juntos.

—¿Por qué me lo enseñas?

—Para que, cuando vayas a ver a Maruja, si ves a mi padre, no lo veas como el pobre hombre que tiene Alzheimer y pataletas, sino como el hombre que siempre debió ser: un poeta, un artista y una de las mejores personas que he conocido, *Jules*. Al menos, se merece que el recuerdo que quede de él sea de la mayor parte de su vida, no de estos últimos y desastrosos años destrozados por la enfermedad.

Me pide el cuaderno, se lo entrego, lo deja con mucho mimo en la mesa. Le da un par de toquecitos antes de poner rumbo fuera de este lugar casi sagrado. Sin hablar, ni por un momento, de la cuna.

—Necesito un café, *Jules* —dice, casi leyéndome la mente; yo quiero uno desde hace un rato.

—Ven, te invito.

Sé de buena tinta que no hay comida en su casa, una ausencia de dos meses lo hace necesario, aunque ya queda cada vez menos para su vuelta.

Mientras preparo el desayuno, él se tira en el sofá con la mirada perdida, le hago preguntas sobre A Coruña y su concierto, que, al parecer, fue un éxito.

—¿Cómo has llegado en tan poco tiempo?

—En avión, *Jules*.

—¿Cómo es posible? —pregunto mientras dejo su café y el mío en la mesa.

—Chopin obró el milagro. Y, la verdad, tenía cosas que hacer en Madrid.

—¿Como ver a tu padre?

—Como ver a mi padre y hablar contigo, *Jules*. Me niego a mantener esta conversación por mensajes o por teléfono.

Y así, sin anestesia, entra de lleno en el problema.

—¿Crees en el destino, *Jules*? —suelta, casi sin sentido.

—¿Qué? —No espero eso, más bien un reproche o que me pida una explicación.

—Que si crees en el destino, *Jules*.

—Claro que no.

—Hay que creer un poco en el destino, en la magia, si no la vida sería muy aburrida.

—Nico, soy de ciencias, ingeniera, no existe la magia ni el destino.

—¿Qué tontería estás diciendo? Mi padre también lo era, de ciencias, digo, estudió Matemáticas, y nunca dejó de creer en la magia. Nuestra existencia sería aburridísima sin ella.

»Esto te lo digo porque, desde que estoy contigo, creo que la vida es un poco más mágica y no llego a comprender bien qué ocurrió aquella noche en una calle de Murcia. Yo estoy bien contigo, creo que mejor de lo que he estado en mucho tiempo con nadie, por lo que me gustaría saber si es que tú no sientes esta magia, si solo la siento yo o qué puedo hacer para lo intentemos de manera que tú te sientas cómoda, *Jules*.

—No lo entiendes, los hombres que yo elijo siempre están un poco

locos...

—Si estás insinuando que estoy un poco loco, es porque me conoces muy bien. —Me lanza una sonrisa de esas que vuelan y se clavan. Jodido Nico.

—Pero no locos en plan bien, locos en plan que me hacen daño.

Frunce el ceño, como si tuviera que asimilar cada palabra por separado.

—¿Malas personas? ¿Maltratadores?

—No tanto, pero algo así... ¿Lo fui? Mira, no lo sé —le susurro.

—¿Estás diciendo que, como nos gustamos, voy a terminar siendo un loco maltratador? —pregunta ofendido. No le ha dado ni un sorbo al café.

—No es eso, es que... me gusta nuestra relación, me gusta tenerte de vecino y, si seguimos así, acabaremos jodidos y mal.

—¿En qué sentido?

—Quizá como tú y Alicia, no puedes ni hablar de ella.

—Alicia ha sido la única relación de mi vida y lo dejamos porque ella me fue tantas veces infiel que, al final, le gustó más uno de esos tíos que yo — comenta sin dejar de mirarme a los ojos—. ¿Crees que a mí no me da miedo? Yo no puedo hablar de Ali, pues creía que solo sería feliz con ella, ya que, hasta ahora, solo he sido feliz con ella.

—¿Sigues enamorado de ella?

Ahora sí le hace caso al café, le da vueltas con la cucharilla y suspira.

—No lo sé, *Jules*. Esa es mi única respuesta cuando hablamos de ella.

—Es una respuesta de mierda.

—Eso es todo lo que te puedo decir... Sé que no es garantía de nada que un tío te pida dar un paso más y que, a la vez, te comente que no sabe si sigue sintiendo algo por su ex.

—Quizá sea la peor declaración que he escuchado nunca.

—No te puedo decir más de ella, en cambio, de ti y de mí puedo decir muchas cosas. No voy a cambiar, no me voy a volver un loco, no sé cómo hacértelo entender.

—¿Y si ella apareciera de nuevo y tú y yo...?

—Nunca te haría eso, joder.

Acerca su silla a la mía, hasta que estamos casi pegados, junta su frente con la mía y me coge las manos. Así, tal y como nos encontramos, creo que cualquier cosa podría pasar. Abro un poco mi corazón, lo que quiero que entienda es que todavía no estoy preparada para dar más.

—Nunca te haría eso, te lo prometo.

—Tampoco quiero estar con alguien que esté conmigo solo por no hacerme

daño. Si Alicia volviera...

—Vale, si Alicia volviera y, en un extrañísimo caso, volviera a querer estar con ella, te lo diría, y te haría algo de daño, pero lo intentaría suplir con comidas o algo. Eso no va a pasar, no te voy a hacer eso. Descártalo y, ahora, sopesa lo de que me vuelva loco... *Jules*, en serio, descártalo y verás que solo queda inseguridad. Miedo a saltar al vacío, todos lo sentimos alguna vez.

Respiro hondo, escucho mi corazón latir, partirse en dos con los recuerdos, casi ahogarse en ellos y, por fin, exploto.

—Ocurrió casi sin darme cuenta —le digo y despego mi cabeza de la suya, me froto los ojos con la mano que tengo suelta, la otra no quiero se despegue de su piel, ya que siento que será la última vez que la toque así—, tan despacio... Marcel me hablaba mal de todos mis compañeros, y yo, como una idiota, dejé de hablar con ellos, luego con los pocos amigos que había hecho en Lyon y, con los que me escribía, poco a poco dejé de contestarles. Mi familia no lo entendió, claro, y mis hermanas, sobre todo Claudia, no pararon de bombardearme. Pasé de ellas, pasé de todos y dejé de hablarles. Mi círculo se redujo poco a poco hasta que en mi vida solo quedaba él. Luego, dejé de creer en mí misma, en cosas que veía, yo las había entendido mal. Había cosas que yo sabía, pero él me decía que yo estaba loca y, joder, lo creí. Me conocía tan bien que sabía dónde tocar, qué hacer con mis inseguridades, les daba la vuelta a las discusiones de tal manera que todo acababa siendo cosa mía y era yo la que tenía que pedirle perdón.

»Siempre me equivocaba yo.

»Dejé de hacer cosas básicas como conducir, salir a tomarme una copa o tomar decisiones. La primera vez que me empujó contra una pared y me dijo que era culpa mía, que era una loca, ni me sorprendió, ya que lo creí de verdad. ¿Cómo pude creérmelo, Nico?

—*Jules*...

—¿Sabes lo que creo ahora? Que no soy tonta, no me enamoré de un tío que me mangoneaba, me enamoré de Marcel, que me hacía reír, me hacía sentir deseada, amada, atendida... perfecta. Y los días buenos eran maravillosos. Marcel es inteligente, Nico, inteligente, encantador y persuasivo. Lo bueno superaba lo malo, hasta que dejó de hacerlo.

—¿Cuándo dejó de hacerlo?

—¿Quieres que te diga cuando dejó de hacerlo la primera vez o cuando dejó de hacerlo de verdad?

—De verdad.

—Cuando supe que me había quedado embarazada. —Hago una pausa para tomar aire de nuevo—. Lo dejé antes, me fui con Claudia a Los Ángeles a entender qué había pasado en mi vida, qué leches había ocurrido. Con ellas todo fue fácil, pero, a la vuelta, en Lyon, volví a caer, ¿te lo puedes creer? No soy estúpida, te lo juro, intento decírmelo cada vez que me acuerdo. Fue una semana, una jodida semana más con él y me separé, con dolor, cuando los viejos hábitos solo tardaron días en volver. Sus disculpas y su arrepentimiento duraron exactamente eso: dos días. Me quedé en Lyon, en el trabajo y, al poco tiempo, supe que estaba embarazada, así que me pedí de nuevo una excedencia y volví a España.

Nico no sabe qué decir, lo noto en sus ojos, totalmente perdidos. Pasa un rato hasta que cae.

—¿La operación?

—No podía tener un hijo con él, me ataría para siempre a una relación así.

Se queda quieto. Sé lo que está pensando. Está pensando en él, en la cuna a medio montar en la habitación de sus secretos, esa que parecía el paso coherente en su vida para poder llenar el vacío de la ausencia de su padre. Está dándole vueltas al momento en que Ali no lo dejó formar parte y en que yo tampoco dejé que Marcel formara parte de la mía. Nunca lo habría dejado. Quizá Nico piensa que Alicia tomó la misma decisión y que sí se parece un poco a Marcel, quizá solo está asimilando que podría quererme, si yo no fuera una persona egoísta. Pero ni Nico lo sabe todo ni yo tampoco se lo he contado.

—No fue una decisión tomada a lo loco. Lo medité muchísimo. Sé que lo que te hizo Alicia hace que ahora no me en...

—Ojalá me lo hubieses contado antes. Ojalá alguna hubiese confiado en mí... quizá sí que hay algo malo conmigo.

—¿Y qué hubiese cambiado?

—No sé, *Jules*, habría intentado apoyarte de otra forma, habría intentado que todo fuera de otra manera.

—Fue genial, Nico, no necesitaba que nadie me mirase como a la pobre que había sabido dejar a un desequilibrado a tiempo y que había tomado la decisión más dura de su vida. Te necesitaba a ti, tal cual fuiste.

—No lo sé, *Jules*.

—Yo sí. Y ahora que te lo he contado todo, espero que entiendas por qué no puedo comenzar una relación. No estoy preparada. Yo no sé tomar decisiones, Nico, no al menos en este ámbito. Solo sé mentir, esconder la verdad y equivocarme. No estoy preparada para compartirlo todo, necesito

ahora pensar en mí. No sé elegir.

Me levanto y me dirijo a la puerta. Un signo inequívoco de que quiero que se marche. Él sigue pensativo, casi un poco ido.

—Nos vemos cuando acabes la gira, Nico. Vamos a seguir las normas del avión de papel y, cuando vuelvas, todo será como antes, ¿vale?

Ojalá que no pueda tocarte ni en canciones.

Abro la puerta y él no hace nada por quedarse, sabe a la perfección que no es bienvenido. Sé que le está dando vueltas a si él se parece a Marcel; debería reconfortarlo, decirle que no, pero no lo sé. Ya no sé nada y alargarlo sería una agonía. Antes de cerrar para siempre esta etapa de mi vida, escucho que dice:

—¿Y no has pensado ni por un momento que, a lo mejor, quien te ha elegido sea yo?

Capítulo XIX: Quemados están los sueños

De: Nico Díaz

Para: Julia Alonso

Fecha: 25 de agosto 07:11

Asunto: Albacete

Jules,

Estoy bien. Solo que, con la gira, el disco y todo lo demás, casi no tengo tiempo para nada. ¿Quieres pruebas de que estoy liado? Te adjunto una sesión fotográfica. Sí, es raro que me hagan fotos mientras rompo la yema de un huevo frito con el tacón de un zapato de aguja. Fue toda una experiencia.

Rock'n'roll,

Nico.

Ha pasado una semana desde que me despedí de Nico y su correo me parece frío e impersonal. ¿Qué más puedo pedir? ¿No es exactamente eso lo que quiero yo?

El resto de la semana ha sido una montaña rusa; con Marcel y la poca gente que queda en el trabajo, esquivarlo es casi una misión imposible. Y yo sigo sin tener vacaciones. Cada vez me gusta menos lo que hago, siento que las horas en el trabajo son una pérdida de tiempo, de mi tiempo, que me gustaría estar utilizando en algo mucho más interesante. En una llamada a mis padres, algo preocupados por lo poco que hablo con ellos, se me escapó. Y mi madre me dijo:

«Hija, pensaba que ya habías pasado esa fase».

«¿Qué fase?», respondí yo.

«La de culo inquieto».

Cuando era pequeña, no encontré ninguna actividad extraescolar que me llamara de verdad la atención, cambié de carrera unas cuantas veces en la universidad y es cierto que, llegados a este punto, también cambiaría de trabajo. Pero, según mis padres, debería, al menos, tener algo seguro antes de dejar esto.

Ellos no saben lo que me está costando levantarme cada mañana, lo poco que soporto estar al lado de Marcel y recordar lo que hice. Y lo mucho que me apetece ser egoísta, mirar por mí y perderme. Pero ¿a dónde? Me tumbo en el sofá y creo que, si Estela no da señales de vida, cosa que dudo, me pondré a ver una serie de Netflix, quizá *Orange Is The New Black*, que no me recuerda a Nico.

Tras ver capítulo y medio, me suena el móvil, es Paula. Hablamos por FaceTime, como siempre. Me encanta ver su casa de fondo, tan pequeña, tan distinta a todo lo que conozco.

—Hola, Pau, ¿cómo estás?

—Bien, antes de que sigas: todos bien, Takeshi trabajando, aunque sea domingo. He hablado con mamá y papá y aún no me decido a hacerlo con Claudia. Después de todas las preguntas pertinentes me toca a mí. ¿Qué te pasa, Julieta? —Boqueo, para contestar algo airada, y me corta—. No, no me mientas, estás más rara que perro que habla, y lo peor es que todo esto me va sonando. Cuéntamelo, por favor.

—He *roto* con Nico. —Hago unas comillas en el aire, si nunca salimos, jamás pudimos romper—. Y Marcel está ahora mismo trabajando en Madrid,

en mi sucursal.

—¿Qué? ¿No estarás pensando en dejar el trabajo por él? Mamá me ha contado que vuelves a tu fase de indecisión.

—¿Mi vida es *vox populi*?

—Claro, y la mía y la de Claudia. No seas tonta. No deberías dejar un trabajo que te gusta por él, ya te ha quitado bastante.

—Pau, no es eso, no eso exactamente, la cosa es que... tampoco me apasiona. Sí, verlo todos los días es horrible, pero mucho más es pensar que estoy perdiendo el tiempo de mi vida haciendo tonterías que no me apasionan.

—¿Y cuál es tu plan B?

—No hay plan B, así que solo me quejo.

—También es lícito. Ahora Nico, ¿por qué has *roto* —ella también hace comillas— con él?

—No iba a funcionar. Mejor ahora que luego, cuando todo sea más intenso. Eso sí, no sé cómo iba a serlo más con él.

—¿Qué es lo que pasa, Julia? No lo entiendo. A mí me parece todo muy sencillo: te gusta el chico, al chico le gustas tú y punto.

—No es tan sencillo. ¿Te acuerdas de Carlos?

—¿Qué tiene que ver ese impresentable ahora?

—Es el ejemplo perfecto: cuando lo conocimos, hasta nos peleamos un poco por él.

—No recuerdes esas cosas, Julia, en serio...

—No, Pau, déjame hablar un poco. ¿Te acuerdas? Era compañero tuyo, hicisteis unas prácticas juntos y así lo conocí. Estuviste un tiempo sin hablarme cuando te enteraste de que nos habíamos liado.

—Solo fueron unos días... —dice casi refunfuñando.

—Parecía perfecto, ¿verdad?

—Las apariencias engañan a veces, Julia.

—Sí, luego fue un gilipollas que quería que dejase de salir, de beber o de hacer mi carrera. «Si quieres estudiar, haz algo que te deje trabajar media jornada para cuidar a los niños» —imito su voz—. ¡Gilipollas!

—Lo recuerdo bien, Claudia lo caló desde el primer momento.

—Luego viene Marcel, mi otro gran novio. En serio, Paula, ese sí que parecía el hombre perfecto, al principio vivía como en un cuento de hadas, hasta que salió su verdadera personalidad. El miedo que tengo es que me voy a perder de nuevo en una relación y voy a abandonarme. Y el problema quizá no sea Nico ni sea la otra parte, sino que sea yo, que no sé querer sin

desaparecer o diluirme en la relación.

—No, Julia, eso no es así, te lo digo yo que soy tu hermana. El problema es que te entregas, siempre, un poco como Claudia, pero con una venda más gruesa. Y esa clase de persona os está buscando, para que seáis muñecos de cera que moldear.

—Moldear a golpes...

—Moldear como haga falta, Julieta. La cosa está en que tú eres así, te entregas, tienes que encontrar a alguien que sea merecedor de eso.

—¿Y cómo lo puedo saber?

—Confiado de nuevo. ¿Crees que Nico te hará sufrir?

—Sí, sin lugar a dudas, pero ¿quién no?

—No, me refiero a si es una copia de Carlos o Marcel.

—Es todo lo contrario, tan imperfecto que a veces me dan ganas de gritarle y en otras no tanto. No sé... hay otro problema y es que yo me siento rota, como si no pudiera volver a componerme, como si ya no pudiera ser la misma.

—Eso es bueno, *galleta*. ¿Sabes lo que es el *kintsugi*?

—¿Una comida?

—¡Tonta! ¡No! En Japón hay una tradición llamada *kintsugi*, que consiste en arreglar los objetos dejando a la vista la rotura, se empasta con una masa que tiene trazas de oro o de plata, ya que se piensa que todo eso forma parte de la historia del objeto y que debe quedar a la vista, que no hay que esconder esas cicatrices, sino llevarlas con orgullo.

—¿En serio?

—Sí, la tradición comenzó hace siglos, con un señor feudal y sus cuencos para la ceremonia del té, que se rompieron y los envió a China para su reparación, pero lo hicieron mal, así que buscó entre los artesanos japoneses quien pudiera arreglarlos. Y así nació esa tradición. Imagínate que tanto fue así que se cree que hubo personas que rompían su cerámica a propósito para poder arreglarla...

—Qué chalados.

—Bueno, eso no es lo importante. Lo que te quiero decir es que Carlos y Marcel forman parte de tu historia, un poco de ti queda en ellos y viceversa, aunque haya sido para mal, y que no debes esconderlos.

—No lo hago.

—Ni a ellos ni lo que aprendiste de estar con ellos. Si te apetece intentarlo con Nico, inténtalo, sé tú. Solo tenemos esta vida para reír, saltar, llorar, reír o sufrir. Sé cautelosa, no te digo que no, pero si crees que merece la pena, no

deberías darle tantas vueltas, Julieta-galleta.

—¿*Kinshuti*?

—No, *kintsugi*.

—Lo pensaré.

—Más te vale. Y luego tienes que contármelo.

El espacio en el trabajo se hace cada día más asfixiante. Sin Andrea, sin Elena, sin Iván *el terrible* y sin mis compañeros que, como les corresponde, tienen vacaciones en agosto. Marcel se dedica a hacer cosas en el despacho de mi jefa y, de vez en cuando, pasa a alguien a una reunión privada. Algunos salen con cara desencajada y otros con una sonrisa de oreja a oreja. Creo que es la forma que siempre ha tenido de influir en las personas: o es encantador o es un ogro. Poco a poco, los compañeros que quedan le van poniendo diferentes motes, desde el más básico, «el francés», al más currado, «el monstruo del traje».

Agosto. Madrid. Traje de chaqueta.

Esa podría ser la definición de locura. De forma general.

Es martes por la mañana, un día anodino, angustioso, con un calor pegajoso que no me deja pensar, no me deja saber qué diablos estoy haciendo. En casa, solo tengo ganas de comer helado y compadecerme de mi poco poder de decisión y, en el trabajo, cada vez me siento peor. Cuento los días, las horas, los minutos para poder salir, para no estar más tiempo. El helado que como por las tardes se consume con la ansiedad de las mañanas.

Siento que mi vida está al revés, lo he hecho yo. La he cogido, la he agitado como una bolita de nieve y la he volcado. Lo que estaba bien ahora está mal y viceversa.

Me encuentro en mi mesa, dándole la vuelta a una bola imaginaria, a ver cómo lo puedo hacer para dar marcha atrás en el tiempo y sentirme tan bien como en las semanas siguientes a la firma del avión del papel. La diferencia radicaba en que eso tenía fecha de caducidad, eran días felices porque no podía haber más, unas semanas robadas al trabajo, a la rutina, a las preocupaciones y a todo lo que nos rodeaba. Ahora, de vuelta a la realidad, creo que solo le he arañado unos momentos al tedio.

¿Cómo he llegado a este punto? No me gusta mi trabajo, no me gusta estar lejos de mi familia, no me gusta mi vida, no me gusta yo. No estoy cómoda con

nada, con absolutamente nada. Y las cosas que me hacían feliz hace muy poco ahora me suben los niveles de ansiedad.

Quemados están los sueños.

Voy a ver a mi tía Maru todo lo que puedo, ella siempre ha sido una mujer alegre, pero sabe que algo pasa y, casi sin preguntar, pregunta; esquivarla es cada vez más complicado. Me cuesta sentarme con una mujer de ochenta y pico años, que solo debería tener alegrías, y contarle que me he perdido. En el camino, en lo que quiero. Estela y Sonia están de viaje, cada una en un lugar diferente. Paula insiste en que debería tirarme a la piscina, Claudia que lo deje todo y mis padres amenazan con una visita.

Y Nico solo me envía, muy de vez en cuando y solo porque yo le escribo, algún mensaje anodino que bien podría haber escrito cualquiera menos él. «Vale», «OK», «Ya nos veremos», «Estoy liado»... Y no hay más.

Mientras pienso en las musarañas, que no se toman vacaciones ni en agosto, me entra un mensaje por el chat interno de la empresa:

«Señorita Alonso, preséntese en el despacho 402 en media hora».

Mierda.

402.

El despacho de mi jefa.

El despacho que ahora ocupa Marcel.

La media hora pasa rápida y lenta a la vez. Decido trabajar ese tiempo sin perder la cabeza en tonterías y dejarlo todo lo mejor posible antes de entrevistarme con *el francés del traje de chaqueta*. Cinco minutos antes, decido ir al aseo, retocarme un poco, respirar, respirar, respirar y dar mi imagen más profesional.

Por un momento, me pasa por la cabeza la imagen de los dos echando un polvo salvaje en su antiguo despacho en Lyon, de aquella vez que casi nos pillan a mí sin bragas y a él con la cabeza metida entre mis piernas, por las prisas, por no poner el pestillo. Me pongo colorada, pero también me acuerdo de otra en la que me dejó encerrada en su despacho por creer que había tonteado con un compañero, otra en la que me empujó contra la pared de forma tan fuerte que perdí el conocimiento y me desperté en el suelo sola; él se había marchado ofendido, y aquella vez que me retorció el brazo y tuve que ir sola a urgencias para que me lo vendaran.

Marcel y los despachos no son una buena combinación.

Si no me doy prisa, voy a llegar tarde. En su obsesión, la impuntualidad es algo tan ofensivo como escupirle en la cara, siempre me decía que las personas que no llegaban a su hora no te respetaban.

Taconeo hasta llegar a la puerta.

Respiro.

Cierro los ojos.

Respiro.

Abro los ojos.

Llamo.

—Pase.

Escucho su voz, con ese deje que, si no viniera de él, sería tan sensual... A mí me suena, cada sílaba, cada sonido, a amenaza.

—Señorita Alonso, siéntese —dice mientras la puerta está abierta; nada más cerrarse tras mis pasos, su tono cambia a uno mucho menos informal, más personal—. Julia, imagino que sabes por qué te he hecho llamar.

Me debato entre un polvo y una agresión física, pero sé que es por la evaluación que está realizando.

—Sí, lo sé.

—Bueno, te diría que tu rendimiento es bueno, que lo es, pero me llama la atención tu sueldo, ¿esto es lo que has conseguido por romper nuestra relación? ¿Un puesto mediocre por un sueldo medio alto? ¿Por eso me vendiste, Julia? —Aunque su tono es pausado, sus palabras se sienten agresivas, dañinas, casi como si cada una de ellas se clavaran sin piedad.

—Sabes perfectamente que no te vendí, me hiciste daño, mil veces. Me volviste loca y...

—Teníamos una relación pasional.

—Teníamos una relación tóxica.

Se pone a buscar entre los papeles del expediente y veo algo a color, parece una foto.

—Cuando te fuiste la segunda vez, sí que me volví loco, Julia, no entendía qué estaba pasando, te traté como a nadie, eras el centro de mi vida y tú jamás te comportabas como debías. Te pedía tan pocas cosas...

Sumisión. Absoluta y pura sumisión. Me pedía muy pocas cosas.

—Como no podía entender nada de lo que estaba pasando, busqué ayuda, ya te lo dije, pensando que el problema estaba en mí, pero ahora sé que está en ti.

¿Dónde quedó el Marcel amable de la cena de hace un mes y algo? ¿Dónde quedó eso de ser cordiales?

Me pasa unas fotos. Es espeluznante verte a ti misma a través del objetivo de un extraño que te vigila.

—¿Qué... qué... es esto?

—La empresa tiene muchas sucursales por España, asumí que volverías con tus padres, pero no te encontré, así que te hice buscar, tenía que dar contigo para poder pasar página, pedirte perdón, ya que estaba convencido de que había sido yo el culpable de todo.

—Fuimos culpables los dos... ¿Cómo has podido espiarme?

—Solo te localicé, hasta que vi esto.

Me pasa un informe. Un puto informe médico.

—Esto es ilegal, Marcel.

—Denúnciame. Yo lo haré contigo. Mataste a nuestro hijo. Sin titubear, ¿para qué? ¿Para qué, Julia?! Era inocente.

—¡Y tan inocente! Tanto que no podría tener nunca un padre como tú. Ese niño me ataba a ti, a tus locuras, a tus manipulaciones y a una vida que no quería, que no quiero. Estaba en mi derecho y lo hice. Tú no tienes nada que decir, perdiste el derecho a opinar sobre todo esto hace mucho tiempo.

—Eres un monstruo.

Sus palabras hacen que me quede paralizada, quieta, casi perdida. Él sí es un monstruo y cree que soy igual o peor que él. Qué ciego está o qué ciega estoy yo. Lo único que sé es que nada bueno puede ocurrir de juntarnos.

—Tú me conviertes en la peor persona que he conocido. La más débil, la más idiota y la más perdida. Nada bueno sale de esto, Marcel.

—¿Tanto me odias?

Entonces, por su pregunta, tengo claro que todo lo que he vivido hasta este momento me libera. He pasado página en algún momento entre que puse los pies en Madrid y en este despacho. He pasado página y tengo que asumirlo.

—No, solo me eres absolutamente indiferente.

Le duelen mis palabras. Él no es indiferente a nadie: o lo odias o lo amas con intensidad, Marcel lo sabe, actúa para ser así. El centro de la conversación, de la fiesta, de la vida de la gente que lo rodea. De la mía ya no.

—¿Ha terminado mi evaluación? —pregunto, pero ya me estoy levantando. Me importa una mierda

—No, me falta...

—Me importa bien poco lo que te falte, Marcel. Me voy y esta

conversación ha terminado.

Salgo y, si hubiera un Dios, me habría puesto de banda sonora Aretha Franklin con su *Think*. En mi cabeza sí que suena. Cojo mi bolso y me marcho por la puerta de la empresa sin mirar atrás.

Lo que venga después es solo cosa mía.

Capítulo XX: Nadar mar adentro y no poder salir

De: Nico Díaz
Para: Julia Alonso
Fecha: 31 de agosto 04:58
Asunto: Cuenca

Jules,

Último concierto.

Nervios, ilusión y una pizca de pena.

Mañana de vuelta a Madrid.

Rock 'n' roll,

Nico.

No sabía hasta qué punto estaba deseando que llegase septiembre.

La rutina, la bendita rutina que me centra, ha cambiado, pero está ahí. Nueva, renovada, *Like a Virgin*, como diría Madonna, que ahora la música también es parte de ella, así es mi rutina. Brillante. Nueva. Ilusionante.

De hecho, está sonando mientras Estela la canta a pleno pulmón; se ha venido a casa para esperar a Nico, que, según ella, pronto llegará de la gira. Y yo, que desde que puse un pie fuera de la empresa supe qué quería hacer, estoy con el ordenador organizando mi futuro.

Antes de sentar la cabeza en mi empresa, yo quería programar videojuegos.

«Es una chorrada, nadie se dedica a eso» era la frase que más escuché por aquella época. Me gasté los pocos ahorros que tenía en varios cursos de especialización, luego llegó el trabajo en la consultoría, que me daba el dinero y el tiempo para hacer más. Pero, cuando me ofrecieron marcharme a Lyon, lo dejé todo.

Sueño aparcado. Tenía una gran oportunidad ante mí. ¿Quién vive de los sueños, eh?

Así que recordé que una compañera sí lo hizo, ahora trabaja en Barcelona, y estoy en contacto con ella para ver qué podría hacer. No ha pasado tanto. Lo primero fue, nada más llegar a casa, enviarle mi currículum. Bueno, y también enviarlo por LinkedIn. Y, mientras Estela se monta su *show* particular, estoy rellenando un formulario para un postgrado *online* al que le han sobrado unas plazas. Si me doy prisa, podré conseguir una.

Me siento feliz, como no lo he estado en tiempo.

—Terminé, ¿quieres un café, Este?

—Sí, a ver si este chico viene ya, tengo tantas cosas que contarle...

—¿De tu viaje?

A mí me tiene ya algo cansada de tanta foto y tanta cosa, pero lo entiendo, ha sido su gran distracción.

—¡Claro! Pero también de que he vuelto a casa.

—¿Con Marta? —Asiente—. ¿En serio? Eso no lo sabía...

—Has estado un poco despistada, Julia, pero Marta siempre será mi amiga, aunque su hermano sea un capullo. Hemos puesto límites y normas. No sabemos qué colegios nos tocarán este año, lo mismo repetimos y vamos juntas y lo mismo no. Depende de la bolsa, pero, sea como fuere, no vamos a llegar de nuevo a este punto.

»El otro día me llamó, nos tomamos un helado y dejamos las cosas claras:

ella hablará de su hermano sin problema, y yo voy a pasar página. No voy a ser un Nico de la vida.

—¿A qué te refieres?

—Él sigue totalmente colgado por Ali, desde siempre, yo no voy a hacer lo mismo. Si no, ¿por qué no estáis juntos? —Se da cuenta de lo que ha dicho al segundo—. ¡Vale, vale, vale! No es cosa mía, pero el hecho irrefutable es que no estáis juntos. Hasta que no se dé cuenta de lo perra rastrera, mala persona, insoportable, *mariperfecta* y mentirosa que es Ali...

Estela se calla; no cierra la boca, al contrario, la abre cada vez más. Yo he estado tan concentrada en su conversación que no he escuchado nada. Ni el ruido de la puerta en la casa de al lado ni el golpe ni el sonido de los zapatos ni los jadeos. Nada. Na-da.

Es uno de septiembre, cinco de la tarde en Madrid. Hace un sol precioso que ilumina las calles, que se cuele por nuestro patio de luces y no deja a la imaginación las motas de polvo de mi casa ni la ausencia de ellas en la de Nico. Tampoco esconde a las dos figuras que han entrado en el piso comiéndose la boca, que han dejado en el suelo la maleta, las llaves y, si nadie los para —y yo no voy a ser—, la ropa.

Es como ver una pesadilla en vivo y en directo, puedo escuchar cómo se besan, incluso cómo se tocan, cómo jadean. Puedo, por un momento, ver el futuro, y ver a Nico tirado en el suelo con otra no es lo quiero, no es lo que necesito.

Esa escena me rompe más que cualquier Marcel, que cualquier cosa que haya visto.

¿Por qué cuando tenemos la felicidad al alcance la estrujamos y la dañamos? ¿Por qué no nos podemos dar cuenta de que ser feliz debería ser nuestro objetivo? No ser ricos ni famosos ni guapos ni altos ni delgados. Felices. Sin más. Solos o acompañados. Felices. Sin más.

—¡Nico! —grita Estela.

Él se para en seco, maldice entre dientes, lo he vivido varias veces, lo hace sin pensar. Cuando se gira y nos ve, se sorprende de verdad, como si no esperara tener vecinos, algo que tiene desde hace meses.

—¿No deberíais estar trabajando o algo?

—¡Vaya! ¡Qué alegría te da que te esté esperando para darte la bienvenida! ¡Bienvenido, gilipollas! —grita sin inmutarse.

La chica, que no ha hecho nada por recomponerse, observa a Estela con desconfianza, a mí ni me mira. Me suena, me suena mucho. No es Alma. Quizá

la conozca de los conciertos, ¿una ingeniera de sonido?

—Y, por cierto, hola, Alicia —suelta Estela.

Y así conozco a Ali, medio enredada, como parece debía de ser, con Nico.

Después de unos saludos muy forzados, Estela miente sin titubear y me arrastra a la calle. Yo creo que no puedo ni reaccionar, no por lo que acaba de pasar, que ya está bien, sino por la reacción de Este. Es como otra persona.

Bajamos a la calle en silencio, paseamos un poco. Bueno, yo intento pasear y ella parece formar parte de una marcha marcial. Está realmente obcecada con alejarse de mi casa, de Nico y de Alicia. Va unos cuantos pasos por delante de mí y me deja pensar.

Joder, ver a Nico besándose con otra, de una forma desesperada, casi agónica, ha sido mucho más duro de lo que realmente pensé que sería al acabar con lo que habíamos empezado, que no era una relación, sino solo lo que los dos podíamos dar. Para mí, mucho más de lo que podía gestionar y para él parece que muy poco.

—Joder, la puñetera Ali.

Casi choco con Estela. Se ha parado solo para decir eso en bucle.

—Vamos a tomarnos algo. Qué pena que no bebas, te vendría genial.

—Julia, son las seis de la tarde.

—¿Y?

—Pues no sé, en serio, no lo sé. El puto mundo al revés.

—La puñetera Ali, el puto mundo... Ay, las meretrices te llevan loca.

—¡Vete a la mierda, Julia! —exclama, pero entre risas—. Invítame a un café.

—Vaya, Nico se tira a su ex y yo te invito a un café.

—Así funcionan las cosas, amiga.

Nos metemos en el primer bar que nos encontramos. Es el típico lugar de barrio, con mesas metálicas y café con leche en vaso de cristal. Pedimos dos, llegan muy rápido, no hay nadie más. Yo me quedo observando el mío algo ensimismada, hasta que Estela decide hablar.

—¿Por qué no funcionó lo vuestro? —No me deja responder—. Bueno, es por ella, ¿no? Siempre es por ella. Nico no sabe pasar página, solo se regodea en la misma mierda una y otra vez. Eso ha hecho que tenga momentos horribles..., pero ¿volver con Ali?

—No sé, a mí me parecía más un revolcón que otra cosa.

—Con ella siempre es más. —Remueve su café y parece que ya no está conmigo—. Fue amor a primera vista, ¿sabes? Nico la vio en el instituto, el primer día de clase, y no hubo más para él. Y mira que ligaba... a más no poder, con el rollito «músico atormentado» que se sabía tan bien. Le costó mucho llegar a ella; bueno, es normal, es fría, joder, fría como un cubito en el Polo Norte. Escurridiza y desleal. ¿Y qué es? Abogada.

—Joder, lo dices como si eso fuera lo peor del mundo. Mis padres son profesores en la facultad de Derecho.

—A ver, en ella lo es, estoy segura de que solo defiende a asesinos y a malas personas. Se llevará bien con ellos, porque es una víbora.

—Estela, no sé si fiarme mucho de tu opinión.

—Oh, no, no lo hagas, fórmate tú misma cuando Nico se encuentre en su momento más bajo, más jodido y la jodida Ali desaparezca por alguna estúpida razón. ¿Sabes qué hizo cuando supo que su padre con Alzheimer se mudaba con ellos a Madrid?

—No, no lo sé.

—Le puso los cuernos mil veces, solo para que él la dejara, ya que no puede ser la mala de la película. Se escudaba en que él pasaba tanto tiempo con su padre que la había descuidado y que ella no podía ver pasar la vida con alguien así. Te lo juro, Julia, la odio.

—No hace falta que lo jures.

—Te podría contar tantas cosas... A ver, sería sacar mierda y punto, lo sé. Nico es como mi hermano, es esa persona que sé que siempre estará pase lo que pase, que no me dejará por muchas tonterías que haga porque es familia. No compartimos sangre, lo sé, pero a veces la familia se elige. ¿Tú crees que alguna de tus hermanas te fallaría?

—Claro que no.

—Él tampoco lo hace, pero yo siento que le fallo con este tema, no sé cómo manejarlo. Le he ido soltando cosas a lo largo de estos años que han estado separados, lo del embarazo fue mi último cartucho. Pero creo que lo hago mal. Tenía tantas esperanzas puestas en vosotros... Eráis muy monos...

—Vamos, que solo te caigo bien porque crees que puedo quitarle a tu amigo de la cabeza a una ex —le digo medio en broma, para que no sea todo tan serio.

—¡Sabes que no, Julia! Me encantas, lo sabes, ¿no? —pregunta algo asustada.

—Lo sé, lo sé. Y también creo que ha pasado el tiempo y que debemos darle una oportunidad a Ali.

¿De dónde ha salido este brote de madurez? Quizá de las ganas de reconfortar a Estela y de no pensar más en lo que estará ocurriendo ahora mismo en el ático A de mi edificio.

—Joder, el café no ayuda —dice sin pensar—, pero al menos tengo tema de conversación esta noche con Marta.

No veo a Nico más esta tarde, me centro en mis cosas y decido subir a la terraza, donde no tengo oportunidad de ver su casa y parecer una psicópata. Pongo a mis hermanas al día de todo a través de nuestro grupo de WhatsApp; no tengo ganas de hablar y se lo hago saber. Así que, cuando suena el teléfono, estoy a punto de mandarlas a la mierda, pero no es ninguna de ellas; es Andrea, que ya ha vuelto de vacaciones, espero que más relajada.

—¿Qué es eso de que has dejado la empresa, Julia? —Su tono no es agresivo; es, más bien, maternal—. Nada más enchufar el móvil esta tarde me he encontrado varios mensajes de Elena, de Iván y de otros compañeros comentándome que hay una especie de auditor en la empresa y que ¡no te ha echado, que te has ido tú! ¡¿Qué ha pasado?! En serio, Julia, no me puedo ir a pasar unos días con mi angelito, sus sonrisas y sus monerías, y mi marido, que, uff, cómo me han venido, y mañana tengo que ir a trabajar y me veo sin mi compañera de cotilleos. Pero ¡cuéntame!

—Tampoco me dejas hablar.

—Pues también es verdad. Dime, dime, dime...

—Me he dado cuenta de que eso no era lo que quería, Andrea, no quiero estar atada a un trabajo que no me llena, que no me gusta, que no me hace feliz. Así que he decidido reenfocar mi carrera.

—Dios, qué envidia, ¿qué vas a hacer?

—Un curso de programación de videojuegos y, además, una amiga ha entregado mi currículum en su empresa. En principio ellos trabajan con *apps* de móviles de ocio y ahora están desarrollando una tipo Trivial y necesitan gente. Para eso sí estoy cualificada, así que, nada, ese sería mi plan de futuro.

Escucho un suspiro.

—Mi niño está llorando y no puedo decirte lo maravillosa que me parece tu idea. En serio, te lo digo de verdad. Quiero más detalles, quiero saber qué

ocurrió en el despacho del auditor y todo. Así que ¿puedes venirte un día a comer cerca de la empresa? Nos tomamos algo juntas y...

—Mañana me paso. Te espero a la una y media en la puerta, ¿te parece?

—Si es que te tengo que querer... Mañana nos vemos.

Nos despedimos y me quedo en la tumbona con el ordenador en las piernas buscando información sobre lo que quiero hacer en el futuro, mientras escribo a mis hermanas, que han pasado de un tema a otro y ahora Claudia nos está contando con pelos y señales su vida sexual. Ella es así. Paula sería incapaz de hacer eso.

Cuando ya bostezo y me parece que es buen momento para cenar y bajar a ver algo, me despido de la terraza y de mis hermanas. Nada más posar mi mirada en el piso de al lado, veo a Nico sentado en el piano, acariciando las teclas como si estuviese conectando con ellas a otro nivel.

Lo que veo me resulta familiar, su pelo alborotado, esa aura que desprende, todo en él me dice que acaba de darse un buen —o mal— revolcón y que no ha sido conmigo. Me encierro en mi habitación sin ganas de nada. Siento que necesito *nadar mar adentro y no poder salir*. Dormir sin él durante estos dos meses ha sido sencillo, sabía que era imposible, que estaba a miles de kilómetros. Pero hacerlo esta noche, teniéndolo a un vuelo de avión de papel de distancia, me parece una locura. Aunque a veces la distancia no se mide en kilómetros, se mide en deseo o en algo tan poco cuantificable como echar de menos.

Y yo, como una idiota, no sé cuánto lo echo de menos, pero sí que es mucho.

Tercera parte:
Nico y Julia lanzan un avión de papel

Capítulo XXI: Que el engaño no me sea indiferente

No soy estúpido.

Creo.

Otra cosa es que me guste más vivir en mi mundo que en el real. Otra cosa es que mi cabeza viva más en las notas y acordes que en las voces de los que me rodean. Y otra cosa es que, para no sufrir, decida cerrar los ojos. Es absurdo, es inmaduro, es como soy.

No quiero dormir con Ali, y eso me trae sentimientos encontrados. Durante cuatro años, ella ha sido la encarnación de la mujer ideal, de la única con la que podría tener algo más, ese algo más con el que soñé solo a su lado.

¿Y ahora no quiero dormir con ella?

Cuando se ha vestido y se ha ido, no la he echado de menos. Por eso me encuentro acariciando las teclas del piano; no las toco, solo las rozo. A estas horas Madrid duerme y lo último que necesita es a un músico trasnochado dando el follón. Con lo sencillo que es comunicarme a través de la música, en ocasiones, las palabras se atascan en el pecho y les cuesta salir tanto que se hacen un nudo y me hunden. Por eso, cuando veo a *Jules* esconderse en su cuarto, porque se ha escondido, siento un deseo irrefrenable —que refreno— de gritarle para que pare, de preguntarle por qué me ha hecho esto y de pedirle que me regale una tregua y me deje dormir con ella.

Antes he dicho que no era estúpido. Bueno, creo que estoy completamente equivocado.

Apago las luces de la casa, como si me estuviese preparando para descansar, pero me subo a la terraza, a fumar, a pensar, a meditar. Joder, todo lo que ha pasado en estos meses de gira ha sido una verdadera locura. Ciudades, conciertos, música, cansancio, euforia, bajón, amistad... Todo junto y todo separado. Un crecimiento como músico que me hace soñar con volver a hacerlo pronto, aunque canse, aunque haya perdido más de cinco kilos. Porque el público que va a mis conciertos se lo merece, que salte, que grite, que lo dé todo para que ellos se vayan a casa pensando que el tiempo y el dinero que me han dado ha merecido la pena. Que mi música, que yo merezco la pena.

Me enciendo un cigarro pensando en que soy un *yonki* en muchos aspectos.

Y me importa bien poco.

Sergio asegura que es el momento de descansar un poco, de organizar el nuevo disco. *Las normas del avión de papel* está gustando mucho. Sus notas vagan por eso tan real e irreal como es internet arrancando comentarios de todos los colores, pero en su mayoría favorables. El vídeo que grabamos en *la casa de Jules* tiene no sé cuántas reproducciones y manitas con el dedo hacia arriba en YouTube. Eso es bueno, me jura Sergio, muy bueno. Algunos de los comentarios, que los he leído, dicen que parezco demasiado forzado y otros que se nota que siento cada tecla que toco y cada nota que afinó con la voz. Creo que, en realidad, es una mezcla de las dos cosas. Creo que en ese vídeo pudieron grabar uno de los momentos más felices de mi vida.

Sin preocupaciones. Solo el piano y yo contra el mundo.

En la casa de Jules.

No podrían haber elegido un lugar mejor.

En el fondo, echaba de menos mi casa, mi terraza, mi habitación de los recuerdos, mi cama, que ahora está colonizada por el olor de Ali. Ali, joder, Ali. Ha sido el amor de mi vida. La he querido tanto... ahora no lo sé. Ella es mi Ali, pero a la vez no. Y yo soy su Nico, pero a la vez soy otra persona.

Escucho un carraspeo. Me giro.

—¿Jules? ¿Te pasa algo?

—No puedo dormir.

Ya somos dos. Aunque suene extraño, echo de menos dormir pegado a ella. No tanto despertar acojonado por su mala leche, pero es asumible, muy asumible.

Nos quedamos callados. Tengo tantas cosas que decirle.

«Jules, ¿sabes que en Cuenca hice tres bises?».

«Jules, ¿sabes que Sergio está negociando con mi discográfica —¡qué bien suena!— para que grave en LA? Podría conocer a tu hermana».

«Jules, ¿sabes que durante el concierto en Albacete se me fue la voz y volvió gracias a un mejunje extraño a base de limón, miel y algo que parecía alcohol rancio?».

«Jules, ¿sabes que el vídeo que grabé en tu casa es el más visto de mi canal en VEVO?».

«Y, Jules, ¿sabes que echarte de menos, no llamarte, no agobiarte, darte tu espacio, está siendo lo más duro que he hecho en mucho tiempo?». Joder. «¿Lo sabes, Jules?».

En cambio, decido mantenerme alejado, como ella me pidió.

—¿Cómo han ido estas semanas?

—Locas.

—¿Estela te ha vuelto a arrastrar a una clase de cocina o Iván *el terrible* se ha pasado con las horas?

—Oh, no, nada de eso. Me he ido del trabajo.

—¿Cómo?

Me acerco a una de las tumbonas, *Jules* lleva una chaqueta fina y se sienta en la de al lado. Me enciendo un cigarro y la escucho. Como si los últimos meses no hubiesen existido, como si nunca me hubiese hundido en su cuerpo, como si nunca le hubiese pedido que compartiera parte de su vida, como si nunca me hubiese enamorado de ella.

—Marcel apareció en la oficina, discutimos y me di cuenta de que lo último que quería era quedarme en ese trabajo para siempre. Bien pagado, sí, desde luego, pero no me llenaba.

—¡Bien por ti, *Jules*! *You may say I'm a dreamer but I'm not the only one...*

Me regala una de esas sonrisas que dicen tanto... Sé que me esconde detalles, momentos, dolor y preocupación, que no ha sido tan fácil como decir: «Venga, que me voy a buscar mi sueño». Lo sé, yo mismo he luchado contra el conformismo mil veces. No sé si preguntar más, si voy a parecer un pesado que se quiere meter en su vida.

—Quiero diseñar videojuegos.

—¡Hostias! Eso no me lo esperaba.

—Ya, ya, ya...

—Y eso que te he visto jugar más de una vez mientras yo tocaba la guitarra. —Error, Nico, error. Tema prohibido. Ella lo ignora, sin más. Y me duele, mucho.

—Me he metido en un curso y voy a tantear el terreno, parece ser que Barcelona ahora tiene oportunidades laborales en ese sentido, pero aquí también hay, claro.

—¿Te quieres mudar a Barcelona?

—Me chifla Barcelona.

—A mí también, ¿a quién no?

—Ya, pero ahora quiero estar aquí.

¿Por qué, *Jules*? Quizá por su tía Maruja o por la loca de Estela; si algo me ha dejado claro es que no es por mí.

—Has vuelto con Alicia.

Joder, directa, sin más.

—Vaya, ¿no sabías cómo sacar el tema?

Se ríe, con esa risa que siempre me parece oxidada, poco usada, y, como me ocurre habitualmente, creo que es una verdadera pena.

—No, es que me ha sorprendido mucho. No sé, Alma, vale, pero ¿Alicia? ¿Cómo has conseguido que vuelva contigo?

—Joder, parece que soy un loco desesperado que le ha suplicado que vuelva conmigo.

—¿No has hecho eso? —pregunta con un tono de humor. Hierde mi ego, que yo también tengo.

—No, no, claro que no, contraté a una bruja, le pagué en sangre de unicornio, ninguno sufrió en el ritual, y la hechicera la invocó en mi concierto en Cuenca, donde ella, *casualmente* —hago unas comillas al aire— estaba visitando a su familia. Volvimos a hablar y, claro, con el conjuro, no pudo decirme que no. ¿Ves? Desesperado, sí, pero no humillante.

—Explícame cómo conseguiste sangre de unicornio sin hacerle daño.

—Se la pedí, *Jules*. ¡Qué cosas tienes!

—No sé cómo no he caído antes...

—Ahora en serio, no estamos saliendo, han sido unas cuantas noches, nada más.

—Pero si ella quisiera algo más...

—Sería entre ella y yo. Nada más.

—Tienes razón, perdona. Bueno, voy a intentar dormir un rato, va siendo hora.

—Yo me quedo un rato más.

—Buenas noches, Nico, ¿amigos? —susurra.

—Buenas noches, *Jules*.

Ella se para, esperando algo más de mí, pero yo no puedo darle nada más ni a ella ni a nadie. Ya está bien.

Me despierto a las cinco de la mañana. Joder. Con un mono de tocar el piano que me hace dar vueltas en la cama. En una cama con sábanas limpias, que no me recuerdan a nadie. Pero yo sé que he soñado con un pelo rubio perdiéndose por la puerta del ático B. Lo sé, porque ella sigue siendo mi inspiración.

No puedo tocar el piano. Vale. Saco el móvil y tarareo la melodía en el

grabador del mismo.

—Hmm, hmmm, na, na... azul.

Es la única palabra que aparece en la composición. ¿Azul?

Doy vueltas por la casa. Podría ir al estudio, tengo las llaves y hay un piano precioso esperándome. Pero me pasa lo de siempre: me gusta mi piano, me gusta mi casa y me gusta sentarme como un mendigo, con un café frío, a perderme en las teclas. En el estudio no se puede ir descalzo, con un pijama que en tiempos mejores fue ropa de deporte y sin duchar. Como diría mi abuela, hecho un *guarreras*. Vale, yo compongo así.

Las cinco y cinco de la mañana. ¿Cómo voy a soportar esta tortura?

Vuelvo a grabar en sonidos en el móvil. Cada vez más nítido todo. Le doy vueltas, lo tarareo, lo saboreo. Y el azul sigue ahí. No sé de dónde ha salido, si del cielo, del infierno o de la chaqueta que llevaba ayer *Jules* puesta. Ni idea, no lo quiero pensar.

Me voy al salón, algo frenético, desesperado. Comienzo a garabatear pensamientos, tonterías, lo primero que sale y, con ellos, en un momento de desesperación, termino haciendo aviones de papel.

Soy un sentimental. Creo que eso no es nuevo.

Me dan las siete de la mañana rodeado de papeles reconvertidos en aviones de papel que nunca han volado y decido que es hora del café. Mientras la cafetera se calienta, salto en un pie, luego en el otro, doy saltitos al ritmo de la melodía de mi cabeza. Me quemo al sacar la taza, no estoy nada centrado. Bueno, jamás estoy nada centrado. La dejo en el piano y me reprimo. Debería irme a vivir a las afueras, a un barrio residencial donde tocar el piano no estuviese prohibido por los vecinos, o acondicionar la casa o irme al estudio o lo que sea. Pero dejar de torturarme.

Entonces me doy cuenta, estos momentos de agonía son los que hacen que, para cuando ponga las manos en el piano y pueda hundir mis dedos en las teclas, la melodía surja casi como sin más.

Así que me paso otras dos horas de papeles, grabaciones de voz, repitiéndolas para ver qué falla, qué funciona y donde colocar el *azul* que tanto sale. Azul, azul, azul... *Blue*, triste. Quizá sea eso. Quizá no sea nada.

Cuando la alarma que me puse hace dos horas suena, por fin comienza el desenfreno. Los momentos que comparto con la música, con la composición y donde me conozco siempre un poco más.

Me da igual todo, el teléfono, que suena en varias ocasiones, el ruido de los coches pitando fuera, los vecinos gritándose cosas de buena mañana o la

mirada de *Jules* sobre mí, que la noto como si fuera tangible.

Me importa todo muy poco. Porque ahora somos yo, mi melodía y la palabra azul, que está inmersa en esta vorágine creativa.

A la hora de la siesta paro. El estómago me ruge y decido comer algo. No hay mucho en la nevera, así que me como un par de barritas energéticas con la cabeza puesta en las horas de la tarde. Me asomo a la ventana del patio de luces y José, mi vecino de abajo, me saluda.

—¡Hombre, el artista! No creas que te echábamos tanto de menos.

—¿Cómo va la vida? —le pregunto y le doy otro bocado a mi succulenta comida.

—Un verano tranquilito, pero te teníamos en todas partes con la cancioncilla esa. Das follón hasta cuando no estás, muchacho.

—Es un don.

Aureliana, del primero B, se asoma con esa cara de ángel y su voz maternal.

—Nicolásito —solo ella me llama así, gracias al cielo—, ¡qué bien que hayas vuelto! ¿Qué tal el viaje?

—Aureliana, se llama gira, que el chico ya es famoso —le replica el vecino.

—Ay, sí, presumo de ti en el Hogar.

—Me alegro —le grito por el patio de luces.

—Ahora te dejo, que voy a comer algo, pásate un día y me cuentas.

—Eso haré.

José también se despide y me quedo un rato respirando el ambiente del edificio. Me gusta vivir allí, pero debería irme a tocar al estudio. No seré tan productivo, me puedo acostumbrar. O mejor, voy a pedirle permiso a Maruja para aislar el piso o para que me lo venda. Sí, mucho mejor. A veces me da lástima lo que tienen que soportar conmigo.

Piso un avión de papel en el suelo antes de rebuscar algo más en mi nevera y seguir con la composición. Una pena que ya no tenga a quién tirárselos.

—¡Vecina *Jules*! ¡Vamos! —le grito desde mi lado de la casa. Menos mal que los vecinos están más que curados de espantos conmigo.

Escucho algo parecido a un «voy» desde su lado y me marcho hacia la puerta. *Jules* se ha pasado toda la semana ignorándome. Está mosqueada, lo

entiendo. Porque ha sido una semana de aporrear el piano como si no hubiese un mañana. Ayer me dijo que estaba pensando muy seriamente en comprarse una cerbatana con un dardo tranquilizante. En serio, en pleno siglo XXI, si quiere matarme, que lo haga con una pistola. Pero al parecer en el curso ese que está haciendo estará estudiando cómo diseñar una cerbatana o algo así. O eso, o está viendo películas de espías. No sé, ya no soy partícipe de todas sus cosas. Y dormir cuesta tanto...

Cierro la puerta y la espero en el ascensor. Mientras, el móvil se va llenando de mensajes de Estela, cada vez más amenazadores. Es nuestra conductora y odia esperar.

No es cosa mía. Yo estoy listo desde hace un rato. Es lo que tiene ducharse y buscar ropa limpia. No se tarda mucho.

Entre todos los mensajes de: «En serio, Nico, te mato si no bajas», últimamente recibo demasiadas amenazas a mi vida y «Te juro que como me sigan pitando, estampo el coche en el portal de tu casa» —así de adorable está mi amiga estos días— recibo uno de Ali.

Alicia: ¿Qué haces esta noche?

Nico: Tangana, ya sabes.

Lo puedo hacer mejor. Lo puedo hacer mejor. Pero no me da la gana.

Alicia: ¿Me puedo apuntar?

Nico: Va Estela, no te lo aconsejo.

Escribiendo... Escribiendo... Nada.

—Estoy lista.

—Me alegro, *Jules*, Estela me acaba de amenazar con...

—... quemar la casa. A mí también. Seguro que se ha peleado con Marta.

Se pinta los labios frente al espejo del ascensor y yo me vuelvo un poco loco. Muevo los dedos para no tocarla. Me he colgado de *Jules* como un idiota, así, casi sin pensarlo. Durante los dos meses de gira, solo he podido pensar en la música y en ella, me reprimía para no llamarla tras cada concierto y por eso le escribía *emails* más que absurdos, para que no se olvidara de mí. Y el problema era justo el contrario: se ha acordado tanto de mí que ha decidido que solo quiere ser mi amiga. Si solo quisiera ser su amigo, no estaría tan colgado.

Alicia: Me da igual, quiero ir.

Y yo creo que es mejor que venga.

Le paso la ubicación y ella me confirma que estará allí en una media hora.

Entro en el coche escuchando las quejas de Estela mientras sigo hablando

con Ali. Ella está siendo la mejor medicina para toda la locura que bulle por mi cabeza. Le he dado muchas vueltas a cómo superarlo, a cómo poder decirle adiós a esa parte de mí que quiere coger a *Jules*, agitarla y pedirle que me elija a mí. Que se olvide de Marcel, de todas sus dudas y que me elija a mí. A nosotros, nuestra relación. Y la única opción que he conseguido hallar es enredarme con Ali, que apareció en un concierto, me invitó a una cerveza y consiguió que, durante unas horas, no me volviese loco pensando en qué diablos hice mal para que ella me dejase así.

El coche se para, Estela chilla de alegría, como si todo se hubiese arreglado.

—¡He encontrado aparcamiento a la primera!

—Cuéntaselo a tus nietos, Este.

—No dudes que lo haré, Nico, no lo dudes.

Jules se ríe y nosotros llegamos a La chica de ayer, donde aún no hay nadie. Los esperamos a todos. Hoy no hay grupo tocando en directo, solo música de ambiente y una camarera que no conozco. Nos sentamos tras pedir algo. Estela, que se ha vuelto loca, ha pedido un zumo.

—Ya tengo colegio —dice Este—, es el mismo, pero a Marta le han asignado uno al otro lado de la Comunidad, así que hoy me ha dicho que se tiene que ir, que no le sale rentable seguir en nuestro piso.

Jules y yo nos miramos, nos entendemos sin decirnos nada, y esa sensación de que con ella sí podría ser me invade. Saco el móvil y le pregunto a Ali cuánto le queda. Necesito reenfocar mi atención. Escucho de fondo cómo Estela le explica a *Jules* que buscar compañera de piso va a ser una agonía.

—Busca entre tus compañeros de trabajo.

—A ver si entre las nuevas chicas que vienen... Es que ahora a ver a quién meto. ¿Y si es un psicópata? Nico, ¿y si me saluda? —Voy a responder, pero lo pillo tarde—. Nico, ¿en qué piensas? No me estás haciendo ni caso.

—Ali viene; estoy hablando con ella.

—¿En serio? ¡Joder, Nico! Ni has preguntado.

—No pensaba. Sabía lo que me ibas a decir. Hazte a la idea, Este, Ali estará un rato por nuestras vidas.

—¿Un rato? —pregunta interesada.

—No estamos saliendo. No vamos a volver.

—Dios, Nico... Ya deberías saber cómo va a terminar esto...

Nos traen las bebidas, el silencio se cuele. Un silencio extraño, plagado de sonidos de acordes, de voces, de risas, de quejas, de choque de vasos y de

abrazos. Pero también de tirantez, la nuestra, la que entre nosotros tres se ha implantado. Me parece increíble que Estela pueda hacer lo que le dé la gana y yo no.

Me encojo de hombros y le digo:

—Va a acabar como tenga que acabar, es solo cosa mía.

Me he vuelto un cascarrabias. Creo que es por la sensación que me produce mirar a *Jules* y no poder hacer nada. Se me encoge algo dentro, quizá una pizca del alma o del corazón. Le doy un trago a la cerveza y suspiro aliviado cuando veo en la puerta a Romi con Tiago, poco a poco la mesa se va llenando de gente con historias distintas a la mía; con sus problemas, algunos tan alejados a los míos y otros tan iguales, y su forma de ver la vida. Me fascina intentar ver con los ojos de otras personas.

Me nutro, en parte, de todos ellos para componer, para poder poner palabras a la música que me ronda la cabeza. Pero no puedo dejar de fijarme en *Jules* y en cómo de ella podría sacar sinfonías, si me dejara.

Ali no tarda mucho más en llegar. Algunos, como Tiago y Este, ya la conocen, pero el resto se tienen que acostumbrar a su presencia. ¿Hasta cuándo? Hasta que ella se canse o hasta que yo me centre. Lo que ocurra antes.

Me besa un buen rato, siento como si estuviera marcando terreno. Como si le hiciera falta. Ninguna mujer de esta mesa me mira con esos ojos. Y si alguna fuera de ella lo hiciera, la verdad es que me importaría bien poco. Pide algo y no tarda ni dos minutos en desvelar la intención de que esté conmigo esta noche.

—Nico, la semana que viene tienes el estreno de *El próximo jueves*, ¿no?

—Asiento y cojo la cerveza, que ya está por acabarse. Me acaricia el brazo con una sonrisa que conozco tan bien como la mía propia—. Me vas a llevar —afirma, no pregunta o sugiere ni nada.

Que el engaño no me sea indiferente.

—Pensaba ir solo, Ali.

Y la noche a su lado se vuelve una tormenta eléctrica que me eriza el pelo y me deja tan indiferente que creo que he perdido una parte de mí mismo de un tiempo a esta parte.

Capítulo XXII: Mientes tan mal

Estela necesitaba una amiga y consiguió dos: Sonia y yo nos presentamos voluntarias para la misión y, entre una cosa y otra, acabamos las tres de *after*, cosa que con Este es raro de narices. Luego nos fuimos a terminar la fiesta al piso de nuestra amiga abstemia hasta ahora, que me ha dejado en la puerta de casa. Son las doce de la mañana. Subo en el ascensor un poco perdida, deseando llegar y meterme en la ducha.

Abro la puerta y algo me pide, como si no pudiera remediarlo, mirar a casa de Nico. Y lo que me encuentro me deja paralizada durante unos segundos que me parecen eones.

Nico y Ali desnudos en el sofá. Ella encima de él moviéndose. Las manos de Nico sujetando su cintura. Se escuchan jadeos, no muy fuertes, comparados con el ruido de la ciudad y de mi corazón, que martillea en el pecho, pero sé que ha sido ese sonido, que mi oído ha distinguido entre los otros miles que hay en el ambiente, el que me ha hecho mirar hacia esa dirección.

Seguir mirando me hace un daño que no sé dónde meter, como gestionar ni de dónde sale ese dolor. Todo el cuerpo me pincha, me sacude y me desgarrar por dentro.

Voy corriendo a mi habitación, cierro la puerta y me tiro al suelo. Desde ella se ve la ventana cerrada del cuarto de los secretos de Nico y, aun así, no quiero saber nada de él ni de su vida ni de ninguna cosa que me duela. Así que me levanto a trompicones y echo la persiana de golpe. Lo mismo el ruido les jode el polvo.

Me quedo en el suelo sentada, pensativa. No me entiendo a mí misma y mucho menos voy a entender a los demás. Alcanzo el bolso y cojo mi teléfono móvil, le doy a FaceTime porque, por alguna razón, necesito hablar con Paula, lo necesito mucho. No sé qué hora es en Tokio, la verdad, no me preocupa mucho, solo quiero que lo coja y me hable, que me intente entender ella, ya que yo no puedo.

Paula coge el teléfono al rato, no sé cuánto, la verdad.

—¡Galleta! ¿Qué pasa? Estás fatal.

—Pau, necesito saber cómo se hace eso del *kinsigui* que me dijiste.

—*Kintsugi* —me corrige.

—Necesito recomponerme ya, hacer que se junte lo que se ha roto de una vez.

—Lo mismo te valen los dos surcos negros que te está dejando el rímel en la cara.

¿Cuándo me he puesto a llorar?

—¿Qué? —Me doy un manotazo y observo la mano teñida de un negro diluido.

—Venga, Julieta, cuéntame qué demonios está pasando.

—Nico... yo... Joder, Pau, no me entiendo ni a mí misma, ¿cómo te lo voy a explicar?

—Dame un segundo.

La escucho decir cosas en japonés, estará hablando con Takeshi. Mientras, no me muevo, pero agudizo el oído como una puta loca, para ver si puedo escuchar algo en la otra casa. ¿Desde cuándo me he vuelto una masoquista? O, mejor dicho, ¿desde cuándo no lo soy?

—Venga, Julia, ya estoy.

Pau ha cambiado de habitación, ahora está en su cuarto, lo conozco bien de nuestras conversaciones a tres.

—¿No quieres meter a Claudia en esto? Luego se enfadará.

—No, Clau se ha ido con su chica al rodaje de *Game of Thrones*... Está en algún lugar de Croacia o algo así. No sé, déjala en su luna de miel, no quiero joderle la estancia con esto. Tampoco quiero joderte a ti, Pau...

—No jodes nada, Julia, créeme, pero sé que somos tres para todo. Bueno, para todo menos para mi boda. No es el momento, pero ahora creo que me equivoqué...

—Oh, Pau, no pasa nada. Vas a repetir la boda aquí, ¿no?

Suspira, alza la mirada por encima del móvil y se encoge de hombros.

—Quizá, *galleta*, quizá. Pero no quiero centrar esto en mí, prefiero centrarme en ti. Cuéntame qué te ha hecho quedarte así. En serio, estás fatal. Al menos has dejado de llorar.

—Hablar contigo me tranquiliza.

—Venga, cuéntamelo ya.

—He entrado a casa hace un rato y me he encontrado a Nico tirándose a su ex en su casa.

—Julia...

—Y me duele tanto... que no sé si es porque...

—Estás muy colgada por él. Te ha dado miedo volver a confiar en otra persona y en ti misma y lo has alejado porque eres una cagada.

—Vaya, Pau, ¿no podrías ser menos directa?

—Hm, no. He intentado razonar contigo, ser comprensiva y hacerte entender lo equivocada que estás. —Vuelve a suspirar—. Te echo de menos, Julieta-galleta.

—¿Cuándo vas a venir?

—Espero que antes de Navidad.

—¿Tienes problemas en Tokio? ¿Con Takeshi?

—No, no es eso, es que necesito un descanso. Que sea menos intenso.

Nos quedamos las dos calladas, cada una pensando un poco en la otra, quizá. Me gustaría poder ayudarla, pero no sé cómo hacerlo.

—Julia, ¿qué vas a hacer?

—Aclararme, la verdad.

—¿No está la cosa demasiado clara mientras lloras en el suelo de tu habitación tras verlo con otra?

—No, no aclararme en ese sentido, sino más bien en cómo poder seguir viéndolo cada día sin que me pase esto. Yo le dije que no quería nada más y él ha vuelto con Ali. Y ahora tengo que lidiar con eso.

—En el fondo, Julia, las decisiones que tomamos son las que nos definen, las que nos hacen ser de una manera u otra. Aquí he aprendido muchas cosas, como que, en ocasiones, la felicidad no pasa por estadios de locura ni tristeza extrema. En tu caso, las relaciones son una montaña rusa: pasas del amor al odio, del llanto a la risa... ya me entiendes. Eso te daba Carlos y, por lo que me has dicho, eso te daba Marcel. En cambio, cuando me hablabas de tu relación con Nico, no era así...

—También es cierto que las primeras semanas son las más intensas en cualquier tipo de relación.

—Julia, me da igual si intentas volver con Nico, si lo superas o si necesitas quedarte un rato llorando en la cama. Solo quiero que, al final, seas feliz. Elijas hacer lo que elijas. Como programar videojuegos... ¡Estás como una cabra!

Como me dijo Pau, necesité un buen rato de llantera hasta que al fin puede

meterme en la ducha. Luego, tras dormir un buen rato, he decidido pasar el sábado en casa, tranquila, con una película y una pizza.

Me siento en el sofá y escucho a Nico al piano, una melodía lenta, bucólica, que me evoca el sentimiento de pérdida por el que estoy lidiando. ¿Cómo puedo tomar decisiones tan malas?

—¡Nico! —Escucho que alguien grita por el patio de luces—. ¡Son casi las nueve!

Se asoma, me saluda con la mano y responde.

—Ya voy, Miranda, no más piano por hoy.

—Gracias, guapo, tengo al pequeño malo y voy un poco loca.

No he dejado de observarlo mientras habla con la vecina de abajo. Mis ojos se han quedado fijos en él. Expectantes y quietos. Cuando se da cuenta, sonrío y se marcha a otra habitación. Me suena el móvil.

Nico: ¿Qué haces esta noche, *Jules*? No quiero gritar por el patio de luces.

¿Que qué hago? Respiro entrecortada, me cuesta pensar y contestar, siento que no sé cómo volver a hablar con él, que hemos perdido la conexión o que la he perdido yo. Y eso no me gusta.

Julia: Peli y pizza.

No digo nada más; él tampoco. Y, por mucho que observo el móvil, no hay más actividad que antes. Así que me pongo a buscar qué película ver en la tele, hasta que llaman a la puerta. Cuando la abro no es el repartidor, es Nico.

—¿Es que no vas a invitarme?

¿Cómo puedo decirle que no a esa sonrisa?

—Pasa —digo con desgana, pero un poco nerviosa por dentro.

—Si insistes... ¿de qué es la pizza?

—De queso.

—¡Mi favorita!

—Nico —le digo mientras nos sentamos en el sofá—, no mientas, tu favorita es la hawaiana.

Sí, sé eso. Claro que sé eso. Y también sé que le gusta dormir en el lado izquierdo de la cama, que el chocolate le gusta a ratos, que para él Led Zeppelin tiene la mejor canción de la historia, que prefiere pasar un mal rato al lado de su padre que uno bueno haciendo cualquier otra cosa, que le encantan los gatos, que nunca ha hecho surf —y le gustaría— y que, durante un tiempo, estuvimos juntos y me hizo muy feliz.

—Pero la tuya es la cuatro quesos.

Sí, él también sabe eso de mí.

—¿Y qué opinará Ali de que pases una noche conmigo de peli y pizza?

—No tiene nada que opinar al respecto, no es asunto suyo —dice con un tono indiferente y con el mando va pasando las películas de Netflix.

—¿En serio? No sé hasta qué punto me gustaría que mi novio pasara el sábado por la noche con otra chica.

—No es mi novia. Solo follamos.

Mientes tan mal.

—Ya. ¿Como tú y yo? —No sé de dónde sale eso, quizá de mis ganas de poder saber algo más de él.

—No, *Jules*, no se puede comparar a lo que tuvimos tú y yo.

Lo deja en el aire. ¿Es mejor? ¿Es peor? Me da pánico preguntar, la verdad. Y, mientras sigue pasando películas, llaman a la puerta; esta vez sí es la cena. Ponemos *El lado bueno de las cosas*, que ninguno de los dos ha visto, y, a mitad de película, me quedo adormilada en su hombro. Lo último que recuerdo de esta noche es a Nico tarareando algo al mismo tiempo que me deja en la cama.

Me paso el domingo haciendo trabajos del curso, que al final me han aceptado y voy con retraso. Veo llegar a Nico algo decaído tras visitar a su padre y como se encierra en su habitación. Me puedo concentrar gracias a haber dormido muy bien. Es curioso cómo no se echa de menos algo tan tonto como respirar, cuando algo te quita el aliento, o dormir, cuando el sueño es esquivo.

Es un domingo atareado en el que tengo el móvil apagado para poder concentrarme, tengo plazos y trabajos que entregar, no puedo perder más el tiempo. Cuando a las diez de la noche decido parar, tengo mensajes de mis hermanas, de Andrea y de Estela. Claudia y Paula se han enzarzado en una conversación de más doscientos mensajes que he leído por encima, pero no es más que una discusión absurda sobre si es mejor *La vida de Brian* o *Los caballeros de la mesa cuadrada*. No hay opción a la duda, para mí gana la primera y así se lo digo a las dos. Dos puntos para Brian, uno para el rey Arturo. Gana el equipo de Claudia y Julia. Andrea, por su parte, me cuenta un poco cómo va en el trabajo y cuándo tiene libre para que me pase a verla; todas las semanas le voy comentando cómo va mi vida y ella a quién ha echado Marcel. Y Estela, al fin, ha decidido buscar compañera de piso, se lo está diciendo a todo el mundo y el lunes por la tarde tiene ya unas cuantas

candidatas, todas enviadas por sus compañeros o por Sonia. Le prometo que iré con ella por si alguna es una loca que la quiere matar. Está muy obsesionada con eso, la verdad.

Así que, el lunes por la tarde, me encuentro en el piso de Este, medio vacío sin las cosas de Marta, esperando a nuestras candidatas. Ya ha pasado una chica que trabaja en una zapatería y que parece muy maja, Estela la ha descartado por parecer muy fiestera. Otra que trabaja en una guardería cercana, la ha descartado mi amiga por razones absurdas y sin sentido. *¿Y si un día viene con piojos, Julia?* Creo firmemente que no tiene ganas de alquilar la mitad de casa. El problema es que no puede pagarla ella sola sin dejar de comer.

A las siete en punto llega la propuesta de Sonia. Cuando abrimos la puerta es un chico alto, con unos ojos marrones impresionantes y muy guapo. Mucho, de esos que te hacen darte la vuelta cuando vas por la calle.

—Hola, soy Juan, el compañero de Sonia.

Se presenta y yo me quedo algo boquiabierto. Estela, con su actitud de *nadie-me-viene-bien*, la verdad es que pasa un poco de él en ese sentido. ¿Está ciega? Pasamos al salón mientras él va examinando a la casa con la mirada.

—¿En qué trabajas exactamente? —pregunta Este.

—Asistente de vuelo, en la compañía de Sonia. Tengo que dejar el piso que compartía con un compañero, se ha echado novia y quieren intimidad. — El chico habla sin tener que preguntarle—. No soy follonero, me paso media vida viajando, así que no soy muy exigente, con que esté el piso limpio y no te comas toda mi comida me vale.

—¿Quieres que sea tu chacha?

—¡No! Contratamos a alguien. A medias, ¿no?

—Sí, lo cierto es que viene un servicio de limpieza una vez por semana.

—Me vale. A ver... ¿qué más te puedo contar? Pago puntual, no haré fiestas en casa, a no ser que nos pongamos de acuerdo, y prometo traer a una persona cada vez. —Le guiña el ojo a Este; la jodía ni pestañea—. Creo que nada más.

Los dos esperamos a que diga algo, no sé, que le pregunte alguna cosa, que se lance encima, yo qué sé. Pero sonrío y asiente.

—El alquiler se paga el día quince de cada mes, junto con el agua y la luz. ¿Cuándo te puedes mudar?

Abro la boca y casi se me cae. ¿Ningún impedimento a este? ¿No cree que

sea un loco?

—Esta tarde me vendría bien comenzar, mañana salgo en un vuelo a París.

—Vale, te espero.

Juan se marcha tras unos besos y unas sonrisas.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Nada, Sonia me lo vendió muy bien, sé que no está loco, que no me va a matar mientras duermo, aunque creo que me pondré el pestillo por si acaso. Tiene un trabajo estable y no estará siempre en casa para darme el follón. No sé, es perfecto.

—¡Y está buenísimo!

—Y es gay seguro.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, créeme, Julia, tengo un sexto sentido para estos temas.

Capítulo XXIII: Te quiero, te odio, me tienes cansado

Según Sergio, no conozco el mundo del espectáculo.

Y todo eso porque le he dicho que la ropa que me elijan está bien y que me da todo igual para el estreno de la película. Me siento cansado, desganado, con la sensación de que podría decirle que sí a todo con tal de que me dejaran en paz.

Nico, ¿quieres beber nitroglicerina? ¿Si me la das te callas? Sí. Dame esa mierda.

Nico, ¿te apetece tirarte desde un quinto piso con un paraguas? Tampoco parece tan peligroso.

Nico, regálame tu alma, que las colecciono. No puedo, no sé dónde está. Quizá ese sea el problema.

Yo creo en lo místico, en los espíritus, en el karma, en lanzar bien al mundo para que devuelva algo parecido y en el principio básico y universal del *quid pro quo*. Aunque rara vez lo cumplo. Me gusta pensar que recibo de los demás lo que doy.

Pero estoy muy perdido, desilusionado. Y solo puedo huir del ruido hundiéndome en el cuerpo de Ali o tomando sustancias que me lleven a otro sitio. Es extraño, ¿no? Cuando al fin consigo lo que tanto ansiaba, me doy cuenta de que me falta más, algo más. Y creo que sé lo que es, el puñetero equilibrio mental que me ofrecía la tranquilidad de *Jules*. Y el amor, ah, sí, el puñetero amor, en el que no creía hasta hacía escasas semanas. Pues ha venido y me ha dado una patada en el culo.

—Me da que no me estás escuchando, Nico.

Estela me zarandea la tumbona desde la suya. Estamos los dos tirados en la azotea viendo el mundo pasar, sin más. Ella no para de contarme cosas de su nuevo compañero de piso. Un tal Joan, Juan o algo así. Que es encantador; limpio, como si alguien de hoy en día pudiera pasarte la lepra; risueño... Y no sé cuántas cosas más. Ya le he dicho que se case con él y me ha tirado mi paquete de tabaco a la cabeza.

—Estoy un poco cansado de escuchar tantas cosas maravillosas de tu

nuevo compañero de piso.

—Claro, a este no te lo puedes tirar.

—Uff, Este, dame una noche tonta y no conozco.

Los dos nos reímos. Hacía mucho que no compartía tiempo con ella, sin más.

—Echaba de menos nuestras conversaciones absurdas, maestrilla aburrída.

—Y yo, pianista de orquesta fracasado.

—Uy, eso duele, amiga.

—Sabes que no. Si escucho tu canción en todos lados y el vídeo ese que grabaste, el acústico en el piso aquel con el piano... lo ha visto ya medio mundo.

—Bueno, ahora la gente me conoce como *el tío de la canción esa*. A ver cuándo alguien sabe quién es Nico Díaz.

—Todo llegará, ansias.

—No me preocupa tanto la fama como el reconocimiento, no sé si me explico, Este.

—Claro que sí. —Se queda callada, observando cómo se van encendiendo las luces del paisaje urbano de Madrid—. ¿Te puedo preguntar una cosa?

—Claro. —Ahí va, la pregunta doscientos treinta y cinco sobre Ali.

—Del uno al diez, ¿cuánto te ha dolido lo de Julia?

Noto un vuelco en el corazón, me revuelvo en la silla, cierro los ojos e intento que no se note todo lo que bulle en mi interior.

—Mal usado el verbo, maestrilla aburrída. —Dejo salir el aire de una forma extraña para que no parezca un suspiro—. La cosa no es cuánto me ha dolido, la cosa es cuánto me duele.

—Vale, ya... Ahora me cuadra todo.

—¿El qué?

—Todo. Pero, si me meto, me matas, ¿no es así?

—Sabias palabras.

—No, venga, en serio. Me voy de viaje unos días y lo que parece una preciosa relación en ciernes se rompe. Julia no me cuenta bien qué pasó y tú te callas también. Me parece horrible, porque...

—Odias que haya vuelto con Ali.

—¡Esa es otra! ¿Sabes que te va a utilizar y luego te va a dejar tirado?

—No es posible, no estamos saliendo. No hay amor, solo hay sexo.

—¿Y no le has pedido explicaciones? Joder, Nico, aquello te dejó fatal.

—No, ya no las necesito, he pasado página.

—Vale y, si has pasado página, ¿a qué viene volver a enredarte con ella?

—No me gusta liarme con tías de una noche, me gusta conocerlas, ya lo sabes.

—Pues llama a Alma o a cualquier otra, pero Ali... creí que habías cerrado ese episodio de tu vida.

—No, a Alma la aprecio; ahora necesito otra cosa, necesito...

—Hacerte daño, que duela.

—Algo así.

—¿Por qué no hablas con Julia?

—Ya hablé con ella todo lo que tenía que hablar.

—Yo creo que no.

—Vamos, Estela, me dijo que no quería saber nada más de mí en ese sentido, que la dejara en paz, que fuéramos amigos y punto. Y es lo que estoy haciendo.

—¿Y esta es tu manera de aceptarlo? ¿Lo admites sin más?

—¿Qué demonios quieres que haga? ¿Que le cante bajo su ventana? ¿Que le escriba poemas de amor? ¿Qué, Estela, qué? Yo no soy así, nunca voy a ser así. Si alguien me manda a la mierda, me voy a la mierda y punto. No voy a dar más de lo que me piden.

Me levanto y me pongo a dar vueltas por la azotea. ¿Dónde habrá tirado Estela el tabaco?

—¡Venga, Nico! No te he visto más colgado por una tía en tiempo.

—Este, ya, ¿vale? No puedo más con todo esto. Lo estoy llevando a mi manera.

—Nico...

Se levanta y me abraza. Menos mal que ha podido parar. Cierro los ojos mientras me tranquilizo. Es como mi hermana y esa potestad le da derecho a tantas cosas... Hasta a herirme y se lo perdonaría.

—¿Nico?

—¿Sí?

—¿Me llevarías al estreno de la película mañana?

Suelto una carcajada como no lo hacía en tiempo. Me separo de ella y le canto:

—*Te quiero, te odio, me tienes cansado.*

—¿Eso es un sí?

—Eso es un claro que sí, Estela.

Al final, Sergio tenía razón: no tengo ni idea de cómo va el mundo del espectáculo.

El viernes por la mañana entran en mi casa una estilista con un millón de personas y de cosas para poder ver cuál es mi estilo. A ver, supuestamente tendría que haberlo elegido yo, pero mi modo *Nico pasota on* lo dejó pasar y ahora me encuentro así. Sergio, el muy capullo, se ha pasado tirado toda la mañana descojonándose.

—¿Te sientes Cenicienta, princesa? —me dice el muy cabrón al oído después de una sesión de *no-se-qué-cosa* para el cutis.

—Cenicienta no, pero, como me convierta en Mulan, te voy a clavar una lanza por el...

—¡Basta, que hay damas!

—... culo. ¿Y a mí qué me importa?

—¿Está la princesa enfadada?

Tengo treinta años y me importa bien poco perseguir a mi representante por el piso mientras mi nueva estilista y sus acólitos nos miran desconcertados.

Tengo treinta años físicos, que le pregunten a mi madre cuántos mentales, que ella lleva bien la cifra.

—¡Parad! —grita Clara, la estilista—. Nico, en serio, el pelo ha costado mucho.

—Vale.

Respeto su trabajo, pero me miro en el espejo y me veo igual que antes. Es que, de verdad, yo no sé distinguir estas cosas.

—¿Te has decidido para lo de esta noche? —No me dejes engañar por su tono tranquilo, tiene alma de general.

—Eh... no, cualquiera va bien.

—¿Cualquiera va bien? ¡Perfecto! —Se gira para hablar con Sergio, que se ha atrincherado detrás del piano—. ¿Esto va a ser siempre así?

—No, la verdad es que Nico es más colaborativo en general, pero lleva unos días tontos.

—¡Habló el listo!

—Venga, Epi y Blas, tranquilidad. —Clara intenta poner orden—. Sergio, ve pidiendo algo de comer. Nico, ¿puedo ir contigo a tu habitación?

—Por supuesto, por aquí.

La guio con tranquilidad, menos mal que hoy la habitación está visible.

Solo unos vaqueros sueltos por allá y una camiseta tirada en el suelo. Soy un as del orden.

—Me gustaría hablar contigo de tu estilismo, es muy anárquico.

—Yo soy anárquico. —Me encojo de hombros, como si ella no pudiera hacer nada al respecto.

—Vale, podemos adaptarnos, pero necesito que me des manga ancha con esto. Alguna chaqueta más, alguna camiseta distinta. No te pido que vayas con traje y chaqueta, tampoco te pega nada, pero sí que empieces a cuidar un poco tu imagen. ¿Te parece bien si el lunes te mando al correo unas cuantas propuestas para tus siguientes actos? Sergio me ha mandado el calendario de este mes y del que viene. ¿Podrás ser abierto de miras y no me dirás a todo que no? Es que te veo venir...

—Vale, lo prometo, no te diré a todo que no. Pero para asegurarte, mete una camiseta negra.

—Eso está hecho.

Clara se va y me deja con la sensación de que nos vamos a llevar muy bien. Dentro de mi apatía, casi todo lo que me ha enseñado me ha parecido bien. Así que creo que estoy en buenas manos. Miro por la ventana y me encuentro a *Jules* espiándome.

—¡Hola, vecina!

Da un respingo, como si se hubiese quedado empanada perdida y no se hubiese percatado de nada de nada.

—Vaya lío tienes en casa hoy, ¿no?

—Es el estreno de la película y quieren que no me ponga una camiseta rota.

—Tiene sentido.

—Sí, pero, bueno, es un poco abrumador. ¿Cómo vas?

Me enseña el móvil, como si lo pudiera ver a esos metros de distancia. Ya no necesito gafas, pero tampoco tengo una visión tan brutal.

—Estela me ha mandado ya cinco fotos de vestidos, así que me voy a su casa a tranquilizarla, tiene que llevar al pobre Juan loco.

—El nuevo compañero de piso... a ver cuánto dura.

—Es majó.

—No, *Jules*, majó no. Es simpático, guapo, listo, limpio... ¿quién coño dice que alguien es limpio si no tiene ochenta años?

La hago reír y ese sonido me alegra el día, me encanta verla así. Lleva una coleta, una camiseta de estar por casa algo sucia y unos pantalones cortos. Me

encantaría poder saltar ese abismo que nos separa para decirle que yo nunca le haría daño. Pero es cierto que esa frase es demasiado rotunda, demasiado abierta, huele demasiado a mentira como para que nadie se lo crea. Sería mucho más honesto decirle: yo no quiero hacerte daño, *Jules*. Y, como no le puedo prometer lo primero, prefiero alejarme de ella y que sea más feliz sin mí. Esa certeza me hace tener un escalofrío.

—¿Estás bien?

—Sí, tengo que volver con la jauría. Suerte con Estela, dile que la recogeremos a las ocho, que no se retrase.

—Lo haré, pásalo bien.

—Gracias, *Jules*.

Se despide con la mano y siento que un pedacito de mí vuela con ella hasta la otra casa. El sentimiento de pérdida que me inundaba hasta hace bien poco se ha convertido en uno de aceptación.

Si no puedo bajarte la luna, será mejor que te deje en paz, ¿no?

Un líquido frío me despierta el sábado por la mañana en la cara.

Y gritos.

Abro los ojos con una resaca monumental y me encuentro a Estela, todavía con su vestido vaporoso de anoche diciéndole cuatro cosas a Alicia.

—Joder, ¿qué pasa?

Estoy empapado, empiezo a quitarme la ropa que, por cierto, tengo que devolver en buenas condiciones. Anoche yo acabé tan borracho que Este me acompañó a casa y nos quedamos dormidos. Creo que le confesé más de una cosa que no debería. Mierda.

—¿No me llevas a mí y llevas a esta?

—¿Cómo que *esta*? *Esta* estaba aquí cuando tú lo dejaste tirado, *esta* se comió vuestra relación con cuernos incluida, *esta* estaba aquí cuando supo que habías abortado y *esta* va a contarle que el niño no era suyo, ahora que tengo una buena oportunidad. Así que *esta* tiene más derecho que tú a disfrutar de sus éxitos.

—¡Joder, Estela, anda que has tardado!

—¿Cómo? —Sé que la voz no me ha salido del cuerpo, pero las dos se callan al instante—. ¿Cómo que el niño no era mío y tú lo sabías?

Las dos se paralizan.

—Lo siento, Nico, como estabas tan pesado, quedé con ella hace unos días y me lo contó. Me dijo que te lo contaría pronto, pero como no lo ha hecho, y ya ha pasado el estreno de la película, creo que es el mejor momento para contártelo.

—¿Hace cuánto que lo sabes?

—Una semana.

—¡Una semana!

—No quería fastidiarte el estreno por algo que ya no importa... Lo pasaste tan mal...

—¿En serio, Estela? ¿De verdad creíste que tener esa información no era relevante? ¿Que no me habría servido para pasar página y olvidarla? ¡Me he pasado cuatro años idolatrándola, pensando que solo con ella sería feliz! Que perdimos nuestra oportunidad con ese niño y la realidad es que me quería tan poco que hasta eso me lo ocultó.

—Lo siento, Nico.

—Marchaos las dos. No me apetece seguir con esta conversación.

—Nico... yo creí que ya no era importante, cuando me acerqué a ti en Cuenca, como no me has pedido explicaciones... creí que estaba todo olvidado.

—Está todo olvidado y pasado, Ali, pero prefiero que no nos veamos en un tiempo.

—Era muy joven, quería vivir la vida, salir, entrar y no atarme a una sola persona, pero te he querido muchísimo. De verdad. Y creo que...

Se para por la mirada que le lanzo. Si de verdad cree que podemos empezar algo juntos, con toda la mierda que hay entre los dos, es que no me conoce nada en absoluto.

—Nos vemos —le digo y le señalo la puerta.

Se marcha y espero no verla en mucho.

—Nico...

—¿Qué más me ocultas, Estela? ¿Por qué racionas la información?

—Nada más, solo eso. Me quemaba, pero no creí que fuera algo tan urgente...

—¿Y por qué me lo has soltado ahora? La primera perla antes de la gira y ahora esto.

—Lo de antes de la gira era mi manera de empujarte a Julia. Lo de ser celestina no es lo mío, ¿no crees? —No le respondo—. Y lo de ahora ha sido por... bocazas. Quería encontrar el instante perfecto, aunque, si te digo la

verdad, prefería que no lo supieras.

—Pues fíjate, yo prefiero saber todas las cosas que tienen que ver con mi vida.

Nos quedamos los dos quietos. Yo a medio vestir y ella con el maquillaje perdido de la noche anterior.

—Vete, Estela, por favor, necesito un poco de espacio.

—¿No me vas a dejar de lado como la otra vez?

—Déjame días y espacio, por favor.

—Nico, eres como mi hermano, no quiero que nos peleemos.

—Por favor.

Me reprimo mucho para no gritar, para no decir cosas de las que luego me puedo arrepentir, para tranquilizarme.

Ella se marcha. Yo termino de cambiarme y la escucho entrar en casa de *Jules*, perfecto, terapia a mi lado. Me da igual. Me meto en la habitación donde guardo la cuna que compré cuando creí que mi vida iba a ser muy distinta. Cuando le dije que no a una gira muy parecida a la que acabo de vivir. Iba a ser padre, Ali necesitaba mi apoyo, no a un padre ausente por el sueño de la música, que lo mismo llegaría o lo mismo no. Lo dejé todo por ella. Por la familia que íbamos a formar y por la felicidad que sabía que podía alcanzarme.

Lo dejé todo.

Y fue por nada.

Ni ella me quería ni ese niño iba a nacer nunca.

Entro en la habitación, me siento en la cama durante un momento, observando las cuatro tablas de madera que me dio tiempo a montar antes de saber la noticia y las otras que se quedaron en el suelo y no se han movido para mucho más. Le doy una patada y la desarmo. Le doy otra y es como pegarle a alguien indefenso en el suelo.

No se puede cambiar el pasado. No se puede adivinar el futuro. Pero yo sí puedo enderezar el presente.

Capítulo XXIV:

No busques en mi ropa interior, no hay ninguna mujer extranjera

Estela está desquiciada, pero yo solo puedo pensar en él, en Nico. Echo vistazos cada dos por tres a su casa. No puedo ver nada. No sé dónde está.

—Vete —dice Este—. Vete, estás deseando ir con él. —Suspira—. Joder, arregladlo ya. No os hagáis más daño.

—No es tan sencillo.

—A veces sí que lo es. Ve, abrázalo y dile que lo sientes. No necesita más, te lo prometo.

Se levanta, se dirige a la puerta.

—Este, ¿estás bien?

—No, pero ya era hora de sacarlo todo, la verdad. Voy a dar una vuelta, luego te llamo.

—Madre mía, ¿con esa pinta? ¿Te dejo ropa?

Me dirige una sonrisa triste.

—Sí, quiero ir así, tal cual estoy. No está mal, por una vez, verme igual por fuera que por dentro.

La dejo ir con una sensación que me corroe. Tardo unos segundos en darme cuenta de que, pase lo que pase, me guste o no, ahora Nico es alguien importante en mi vida. Ha entrado como un vendaval y no se va a marchar por mucho que yo lo eche. La vida ya no sería igual sin él. Y eso es algo que me hace recapacitar. Quiera o no, voy a cruzar a su casa, a, como me ha dicho Estela, abrazarlo y decirle que lo siento.

Subo las escaleras respirando cada movimiento de mi cuerpo. Tomando aire y fuerzas. Siento el miedo que sentía cuando era pequeña y me tenía que sumergir en el mar el primer día de verano. Miedo al frío, a lo desconocido casi conocido y al cambio. En este caso, es como tirarme al mar sin saber qué va a pasar, si acabaré helada, si de nuevo sufriré o si este salto es hacia la

felicidad sin más.

Entro en casa de Nico y me siento una verdadera intrusa. Escucho algún ruido y sé de qué habitación llega. No puede ser de otra. Me aproximo con lentitud, como si fuese a coger una liebre en medio del campo y no quisiera que me escuchase. En el rellano de la puerta me paro. Está con la respiración agitada, rodeado de maderos rotos y con los ojos llenos de lágrimas que pugnan por salir. Cuando levanta la mirada más dulce y triste que he visto en mi vida, me dice:

—¿Es que nunca se cierran las heridas, *Jules*?

Ojalá pudiera responderle a esa pregunta.

Me acerco y lo abrazo. Me sorprende que no lllore, parecía la misma estampa de la desolación hace un momento. Pero, mientras su cuerpo se funde con el mío, parece haberse tranquilizado, parece que todo eso que bullía por salir se ha calmado y se ha quedado dentro.

Me acaricia el pelo con muchísima delicadeza, casi con miedo, hasta que al final llega a mi espalda y me aprieta fuerte. Así nos quedamos un rato; el tiempo, tanto para lo bueno como para lo malo, siempre es relativo. No importa que yo sea de ciencias y él de letras, no importa que él sea artista y yo no entienda bien el concepto de arte. No importa nada. Junto a él, el tiempo acelera y desacelera a su manera, siempre a su manera.

Cuando nos separamos, él me arrastra fuera de la habitación.

—Luego limpiaré el destrozo —dice, como si no hubiese pasado nada.

—Creo que deberías hacerlo ya, así te lo quitas.

Se queda quieto, vuelve la mirada a esa habitación y asiente.

Decidimos meterlo todo en bolsas y tirarlo. Cuando terminamos, la habitación de los secretos de Nico es solo la habitación que fue de su padre, que guarda unos recuerdos agridulces, pero solo de él, de nadie más. Durante todo el proceso, no hemos dicho ni una palabra. ¿Para qué? A veces sobran.

Cuando nos sentamos en su sofá, cansados, él empieza a hablar, casi como a borbotones, como si necesitara quitarse eso de dentro.

—No me duele tanto la mentira como el hecho. No sé si me explico. Hace cuatro años, casi cinco, mi vida se partió en dos: tuve que ingresar a mi padre en una residencia, en contra de todo lo que creo; mi novia de toda la vida me dejó por otro; el bebé del que iba a ser padre se perdió; y yo rechacé la que parecía la oportunidad de mi vida musical. Fue mucho para asimilar, me volví casi loco. Solo me recompuse gracias a las visitas a la residencia, a poder ver a mi padre cuidado, aunque cada vez peor.

»Es una sensación horrible, *Jules*, sientes que te han robado. Que alguien ha llegado a la puerta de tu casa con una pistola y, en vez de llevarse cualquier mierda material, te roba el tiempo que tenías para compartir con tu padre.

»Todo esto de Estela y Ali solo me ha recordado lo jodido que fue superar todo aquello, lo mal que lo pasé intentando recomponerme y cómo me perdí a mí mismo durante mucho tiempo.

—Pero ya ha pasado, ahora todo va mejor.

—Todo no, pero es cierto que, casi cinco años después, algo sí ha mejorado. Voy a llamar a Este, ¿comes conmigo?

—Claro.

Se marcha a su habitación. Y creo que he dicho una tontería. ¿Qué va mejor? Su padre no ha mejorado ni va a mejorar y ya no podrá volver con Ali, menos mal. Al menos la música parece que le llena un vacío que tenía. Eso sí le va mucho mejor, y creo que le irá aún más. Compone cosas que me parecen imposibles de hacer. ¿Cómo lo hace? ¿Dónde guarda esas melodías y esas letras? Me encantaría asomarme a su cabeza y poder saber dónde está todo eso.

Me encanta que no haya hecho un drama de algo que pasó realmente hace tiempo y que no cambia su vida, no cambia su presente ni nada de lo que tiene. Esa forma que tiene de recomponerse me fascina.

—*Jules* —dice desde su habitación, yo estaba muy empanada observando el piano—, Este quiere invitarnos a comer para que yo conozca al magnífico, inigualable y limpio Juan. ¿Qué te parece? Creo que quiere buscarme novio.

Pongo cara rara.

—Me parece tan perfecto que lo mismo me enamoro. Nunca se sabe, ¿no?

Nico me tira las llaves de su coche, no quiere conducir, solo quiere ver la ciudad pasar. Se queda con la cabeza apoyada en el cristal y no me hace caso. Menos mal que he puesto el GPS, que yo no me conozco bien estas calles sin ir en metro, ni tengo coche ni soltura por Madrid. Pero llegamos. Creo que necesita reconciliarse con su amiga. Nico tiene tres puntos de sujeción sin los cuales sé que caería: su padre, su madre y Estela.

Aparcar es un infierno, pero a él le da igual, parece más centrado en sus pensamientos que en otra cosa. No hay radio puesta, no hay canciones, solo mis murmuraciones de odio hacia los otros coches y su respiración pausada,

todo eso regado con los cláxones de otros vehículos y el ruido de la ciudad. Que no es tanto dentro de este coche, donde solo importamos él y yo.

Aparco al menos a quince minutos de su casa, pero da igual, sé que a Nico le viene bien pasear. Intento mantener alguna conversación con él, pero solo me responde con monosílabos, hasta que desisto. En este momento, sin venir a cuento, pasa su mano por mi hombro. No es extraño, es demasiado cómodo. Me pide permiso con una mirada y lo dejo. Mantener la ilusión de que todavía puede haber algo más me da fuerzas para llegar a casa de Estela sin que me tiemblen las piernas.

Una vez arriba, nos recibe una Este hecha un flan, que acoge el abrazo de Nico como si fuese el último reducto de calor en una noche invernal: con un suspiro y cerrando los ojos. Entonces pienso que la relación con mis hermanas es tan fuerte como la suya.

—Hola —dice el compañero de piso cuando entramos al salón—, soy Juan.

—Sí, claro, Juan, el limpio —comenta Nico mientras le da la mano.

Estela le pega un buen golpe en el hombro y él se queja con mala cara.

—¿Cómo? —El pobre asistente de vuelo está perdido. Si supiera dónde está la salida, saltaría.

—No sé, es que me dijeron que eras muy limpio, como dicen las señoras de ochenta años. Es todo lo que sé de ti.

—Joder, Nico, ¿en serio? —Estela ha pasado del susto a la normalidad en nada—. ¿Esa es manera de saludar a mi nuevo compañero de piso?

—¿Me vas a regañar como a uno de tus niños?

—Pues no será por falta de ganas...

Y así se tiran un buen rato. Parece que la crisis se ha superado bien. Juan y yo nos sentamos y los observamos como en un partido de tenis.

—¿Qué hay de comer? —le pregunto.

—Pasta y espectáculo, ¿son siempre así?

—Él es siempre así, saca esa parte de todos. Espera a ver.

—Interesante.

Cuando las aguas se calman un poco, nos sentamos a comer. Son espagueti a la carbonara; según Juan, no ha podido preparar otra cosa con tan poco tiempo. Seguro que ha tenido que consolar a Estela un rato, con ese vestido de noche tan bonito que llevaba esta mañana casi despeluchado y con el maquillaje perdido. Pero no dice nada de eso.

—Estoy divorciado, tengo un hijo, por eso necesito compartir piso —

comenta Juan con media sonrisa—. Así puedo compartir gastos.

—Vaya, no lo sabía. —Este está asombrada de no conocer ese dato—. ¿Y cuántos años tiene?

—Casi ocho años, es un diablillo muy consentido por su madre y por mí.

—¿Por su madre? —pregunta Nico casi sin poder callarse. En honor a la verdad, yo también lo hubiese preguntado.

—Sí, vive con ella por el acuerdo de custodia.

—Vaya, Este, parece que aquí no tengo ninguna oportunidad —dice Nico con una sonrisa vaga.

Juan es demasiado educado para preguntar y yo prefiero seguir comiendo. Vaya sábado raro me están dando entre todos.

Tras una comida que pasa de lo incómodo a lo divertido en cuestión de momentos, nos despedimos de los dos. En la puerta de la casa de Este, Nico se queda parado, pensativo, sin decir nada. Todavía nos queda un rato hasta llegar al coche, así que empiezo a caminar en esa dirección. Él me sigue, silencioso, como si hubiese gastado todas las palabras del día durante la conversación anterior.

A mitad de la calle, me empuja con el hombro y señala un bar con la cabeza.

—¿Te hace un café? No me apetece volver a casa.

—Claro.

Tras esa declaración, cualquiera le dice que no.

Es un local curioso, las mesas son antiguas, como si las hubieran arrancado directamente del siglo XIX y las hubiesen puesto sin más. Son de estilo viejo pero modernas, algo muy extraño. El camarero nos toma nota: dos capuchinos, el de Nico con café por encima; el mío con chocolate.

—¿Te he contado qué va a pasar con *Las normas del avión de papel*?

No, claro que no, hace tiempo que no hablamos. Y él lo sabe.

—Vamos a sacar un disco especial que se va a titular *El próximo jueves y los amantes de papel*. En él se van a incluir temas inéditos y algunas colaboraciones que está viendo Sergio. En unas semanas me voy a Barcelona, al estudio de nuevo.

»Y, si todo va bien, para principios del año que viene, un acústico con canciones nuevas y algunas de estas. También de mi primer disco, que le han

gustado mucho a la discográfica.

»No sé, *Jules*, creo que la cosa avanza.

—Me alegro mucho por ti, de verdad, te lo mereces.

—¿Me lo merezco? —Se queda pensativo observando la taza de café—. Llevo unos años donde solo pienso en esto, en cuándo llegara. Y, ahora, cuando ha llegado al fin, tengo una sensación agridulce.

—¿Agridulce?

—Sí, por un lado, me siento feliz, eufórico, me subiría encima de ese coche —señala con la cucharilla a la calle que se ve desde el cristal— y gritaría de alegría. No lo hago para que no me lleven a un psiquiátrico, claro. Por otro lado, creo que va todo demasiado deprisa, que no me está dando tiempo a asimilarlo. En ocasiones, todo va muy lento, en otras, todo se acelera, ¿me entiendes?

—Más de lo que crees...

Esboza una sonrisa que me derrite un poco por dentro. Derrite esa piedra que llevo conmigo todos los días y que me impide poder quererlo sin más.

—Y creo que no le doy el verdadero significado a las cosas que me están pasando. No sé si las estoy poniendo cada una en su lugar.

—Nico, disfruta, déjate llevar. Es tu momento. Si pudieras hacer algo hoy, ahora mismo, ¿qué harías?

—¿Puede ser sexual?

—¡No!

—¿Por qué no? —Lo noto realmente confundido.

—Venga, Nico, en serio, piensa en algo.

Entorna los ojos y claudica. Lo sé porque saca el móvil.

—Quiero ir al cine —dice, sin más—. A ver cualquier cosa, lo que sea. Quiero palomitas, quiero distraerme durante noventa minutos. ¿Alguna sugerencia?

Y así comienza una de las tardes más divertidas de los últimos tiempos.

Hacemos lo que cualquier pareja normal, pero sin ser una pareja ni normales. Sesión de cine con risas, palomitas, bebidas y todo lo que se pueda imaginar. Paseo, cena y, cuando volvemos a casa, es casi imposible que ninguno de los dos pueda borrar la línea que forma en nuestras bocas una sonrisa.

—El final era inevitable, *Jules* —dice con voz muy seria, cuando

alcanzamos el ascensor desde el garaje.

—¿El final de qué?

—De la noche. Ahora toca elegir, no hay más opción: en tu casa o en la mía.

—Nico...

—No pienso dormir ni una noche más a trompicones. Contigo, los despertares son el infierno, pero las noche son plácidas. Lo compro. No te tocaré un pelo consciente. Lo juro.

No sé si me gusta que jure eso.

—En mi casa, prefiero hacerlo en mi casa.

Abre los ojos de par en par.

—Me acabas de poner cachondo.

—Vete a la mierda. No soy una más —le digo casi susurrando.

—*No busques en mi ropa interior, no hay ninguna mujer extranjera* — canturrea, y yo frunzo el ceño—. No hay más. Ni una más.

Y entramos, como si no tuviéramos una historia a nuestras espaldas, como si fuéramos una pareja normal que, por lo que sea, solo va a dormir esa noche. Y dormimos. Uno al lado del otro. Con su mano sujetando mi cintura y su respiración tan cerca que me da paz.

No he dormido así en años.

Me despierta el sonido de mi móvil, lo ignoro. Es domingo por la mañana, Nico no está. Se habrá ido a ver a su padre. Me desperezo y veo que, así a lo tonto, es casi la una del mediodía y tengo la friolera de... ¡cinco llamadas de Claudia! ¿Qué demonios ha pasado? Me levanto y no me deja ni lavarme la cara, cuando ataca con la número seis.

—¡Julia! ¡Al fin! En serio, ¿dónde estás? O, mejor dicho, ¿con quién estás, pendón?

—En casa, me acabo de levantar.

—Pues mueve el culo, porque Millie y yo vamos de camino a tu casa, bueno, a casa de la tía. Llegamos en quince minutos.

Cuelga.

La jodida cuelga y me deja con el móvil en la mano. Salgo pitada, con el corazón a mil. ¡Voy a ver a Claudia! Es una de las mejores noticias que me podrían haber dado. Me meto en la ducha cantando, ¡yo! ¡cantando! para luego

vestirme lo más rápido posible. Por el rabillo del ojo veo que Nico ha vuelto de ver a su padre y se sienta en el piano algo distraído. Sé que estos días se pierde mucho. No puede remediarlo.

En quince minutos estoy lista, repaso la casa, también preparada para la llegada de Claudia, que solo tarda unos minutos en llamar al timbre.

La espero con la puerta abierta y dando saltos de alegría. Cualquiera diría que me ha tocado el Euromillón, pero es que me siento así. Cuando se abre el ascensor, me tiro a abrazarla como un koala.

—Cuánto te he echado de menos —le digo al oído.

—Y yo a ti, enana.

Me presenta a Millie. Es preciosa, morena, con los ojos aguamarina más bonitos que he visto nunca. Parece muy cariñosa, pero Clau lo llena todo. Las hago pasar, pensando en dónde pueden dormir ellas, ya que, si se instaura de nuevo la *ley de dormir con Nico*, ellas tienen mi casa a su disposición y yo la de mi vecino.

Me quedo atontada y Claudia aprovecha para chillar:

—¡Quiero conocer a tu músico! ¿Dónde lo tienes escondido?

—Claudia, es mi vecino, no mi secuestrado.

—Oh, entonces es ese, ¿no? —Da igual lo que le responda, se asoma a la ventana y chillar—: ¡Hola! ¿Eres Nico, el músico?

—Hola, imagino que soy yo. Tú eres una hermana de *Jules*.

—¿*Jules*? ¡Dios, me encanta! Paula la llama *galleta*, pero eso no me gusta nada, *Jules* tiene como glamur.

—*Jules* —dice ignorando a mi hermana, hace bien—, te dije que tendría miedo si alguna vez veía a otra como tú. Te lo confirmo: tengo miedo.

—¡Me encanta este chico! Oye, y estás bueno.

—Gracias, ¿eres Claudia o Paula?

—¿Tú que crees? —le pregunta mi hermana guiñándole un ojo.

—¡La de Los Ángeles! Perdona, confundo los nombres.

—¡Exacto! Y quedas perdonado, es normal. ¿Y este radio-patio es habitual?

—Muy normal, hija —responde Miranda desde el piso de abajo; me asomo y la veo recogiendo ropa.

—Ah, hola, soy Claudia, la hermana de Julia... ¡*Jules*!

—Hola, encantada.

Mientras la recién llegada hace migas con todo el edificio, le hago señas a Nico para que venga, así puedo terminar con esta sesión de gritos

intervecinales, que ya ha salido otro, el del segundo A. Se presenta en mi casa al poco rato. La novia de mi hermana está cansada en el sofá y se la presento.

—Por esto sabía que era la de Los Ángeles, la otra vendría con un japonés.

—Buena apreciación, Nico.

—Soy un *crack*. ¿Cuándo va a dejar de cotillear por el patio?

—Si no la paro, nunca.

Me voy a por mi hermana, que ya está bien de confraternizar con todos los vecinos.

—¿Sabe algo de español tu novia? —pregunto.

—Ni papa, es más mona... —Claudia está como una cabra y le tira un beso a Millie.

—¡Vaya una fiesta, Clau! ¿Y tú sabes inglés, Nico?

—¿Yo? Soy un andaluz analfabeto, ¿sabes que ni nos escolarizan? Sé leer y escribir de milagro —dice con ironía, y mi hermana se parte. Le encanta.

—No seas gilipollas, ¿sabes o no?

—Ya lo comprobarás —responde juguetón.

—Te estaba tomando el pelo, el padre de Millie es de Chile. —La aludida asiente.

—Clau, ¿qué hacéis aquí? ¿Hasta cuándo os quedáis?

—Fui a ver a Millie al rodaje de *Game of Thrones*, ya lo sabes. Cuando terminó hicimos turismo un rato y ya teníamos planeado venir, solo que nos apetecía daros una sorpresa. Volvemos a Los Ángeles el domingo. Vamos a ver a papá y a mamá el jueves, ¿te quieres venir? ¿Puedes? Con eso de estar *between jobs* lo mismo puedes. ¿Vienes? —pone voz de pito—. ¿Vienes? ¿Vienes?

—Lo pensaré.

—Luego te convengo. —Sonríe, gira la cabeza, observa a Nico y saca su voz más seria—: ¿Qué intenciones tienes con mi hermana?

Se hace un silencio curioso, entre divertido y tenso.

—¿Ves lo que te decía del miedo, Jules? —me dice Nico, sin quitar los ojos de encima de mi hermana y la pregunta que pulula en el aire—. La mejor de las intenciones, hermana americana.

—¿Nos divides entre la hermana americana y la japonesa?

—A partir de ahora ya no, que ya te conozco.

Claudia asiente y da un gritito.

—Hablando de la otra hermana, posa, enana, que le vamos a dar envidia. Millie, ¿nos haces una foto?

Las dos ponemos nuestra mejor cara para que Paula se muera un poquito de envidia. Seguro que le encantaría estar aquí. Lo mandamos al grupo familiar, una de nosotras dos solas y luego un *selfie* con Millie y Nico.

La llegada de Claudia es un soplo de aire fresco, con esa forma de ser que tiene.

En este salón, gastando bromas, se encuentran casi todas las personas más importantes de vida. Y, cuando los observo, un poco alejada, me doy cuenta de la suerte que tengo de tenerlos a todos conmigo.

Capítulo XXV:

¿Hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo?

Me cuesta mucho componer así.

¿Cómo? Con cuatro personas observándome por la ventana del piso de *Jules* y haciendo comentarios, claro.

«Esta vez me ha gustado más».

«¿No se ducha para trabajar? Porque eso es trabajar para él, ¿no?».

«No me gustan las letras con tacos».

«¿Sabe tocar otro instrumento?».

Y así, durante toda la tarde, *Jules*, Claudia, Millie y Estela, que se ha apuntado a la fiesta de este domingo por la tarde. He comido con ellas y las he dejado en el restaurante para poder ir a aporrear el piano. Solo un par de horas después, han aparecido las cuatro y no importan las veces que les he gritado, cantado o susurrado que las escucho y que me dejen un poco en paz.

Como parecen las cuatro más interesadas en pasárselo bien que en otra cosa, decido llamar a Tiago. Y fijamos el plan de la tarde lejos de mi piso, pero cerca de un piano: en el estudio. Le damos una vuelta a las letras, a las posibilidades de colaboración, a la idea de irnos a grabar a Barcelona y también aquí, en Madrid, quizá el acústico.

Sumergido en el mundo de la música pasan las horas. Caen cervezas, llamamos al chino y, mientras cenamos, me llega un correo de Sergio con las colaboraciones para el disco.

—Joder, tío, ¿cuándo descansa?

—Es un adicto al trabajo —le digo—. Ya has visto la gira que se ha pegado. Que no hacía falta en muchas ocasiones que estuviera; se ha portado genial.

—Se ha volcado en ti a muerte.

—Fue el primero en creer en mí.

—Pásame la lista, a ver qué ha conseguido Sergio.

Discutimos sobre las canciones, los tonos, las colaboraciones que, al parecer, van a ser tres. Hay mucho trabajo por delante, la verdad. A veces, la música parece que lo llena todo; en cambio, en ocasiones, lo desborda. Es

curioso, sé que toda mi vida estará ligada a ella y ahora que todo está funcionando, no sé cómo gestionarlo. En ocasiones, creo que me cuesta demasiado ser feliz. Pero esos no son pensamientos que quiera compartir con nadie y prefiero seguir hablando con Tiago de acordes.

Llego a casa bastante perjudicado; menos mal que, como el estudio está relativamente cerca, he ido en metro. Parece que las fieras se han dormido. Antes de irme a la cama, me fumo un cigarro en la ventana. Y me fijo en que *Jules* está en el sofá. Cojo fuerzas y decido hacer una tontería. Creo que me late el corazón de forma distinta cuando la veo, cuando estoy con ella, y que esta noche no sería la misma si yo, al menos, no lo intentara.

Nico: ¿Quieres dormir en una cama de verdad? Mira por la ventana.

Suena un pitido, le doy una calada al cigarro. *Jules* alarga la mano, lo lee, puedo verle la cara gracias a la luz del teléfono móvil. Puedo suponer su sonrisa, como eleva la vista y como asiente. Ella se dirige a la puerta, yo a la mía, la dejo pasar y creo que nos merecemos una conversación.

—¿Estás cansada?

—Muerta.

Me coge de la mano, siento una tranquilidad que me invade y aspiro lo que me parece todo el aire de la habitación.

—¿Podemos ir a dormir? —lo pregunta con voz cansada.

—Claro.

¿Cómo le voy a decir que no?

Nunca nadie me ha preguntado qué es el conformismo. Creo que le estoy dando significado durante estos días. El conformismo es disfrutar de la compañía de las personas que tengo a mi alrededor sin pedir nada más.

Podría pedirle a Estela explicaciones, pero no las necesito.

Podría pedirle a Clara que modificara su estilismo, pero no me importa.

Podría pedirle a Sergio que descansara, pero no me haría caso.

Podría pedirle a Tiago que rebajara la intensidad, pero sería como subírsela.

Podría pedirle a mi madre que viniera a Madrid, pero siempre me da largas.

Podría pedirle a mi padre que recordara, pero sé que no puede.

Y, también, podría pedirle a *Jules* que aclaráramos nuestra situación, pero

me da miedo.

Así que pasamos los días cada uno en su rutina; ella con su hermana, yo con mi música y durmiendo cada noche juntos. Cada noche, y ya van tres, desde la del domingo, pienso que deberíamos hablar, dejar la cosas claras.

Hasta donde sé, hemos vuelto a la casilla de salida, esa donde todo eran secretos y poca comunicación. Esa en la que yo me moría por meter la mano debajo de su pijama de gatos-unicornios, en la que andaba de puntillas por su vida y en la que no sabía dónde quería acabar con ella. La verdad, no quería ni acabar con ella, solo quería no acabar conmigo en el camino.

Yo ahora lo tengo claro, puedo esperar el tiempo que haga falta. A paciencia no me gana nadie, pero también quiero saber que está conmigo, que podemos ir paso a paso, pero cogidos de la mano. Y tengo miedo a decírselo y que vuelva a dejarme solo.

No sé nada de Ali desde que se fue de mi casa hasta hoy, que me ha enviado un mensaje. Creo que ella vio que conseguí el sueño con el que tanto le di el follón durante nuestra relación y también quiso saborearlo un poco. Cada uno somos de una forma distinta, y Ali es, ante todo, impulsiva. Se enfadaba conmigo y lo pagaba en la cama de otro. No supo enfrentarse a la verdad. Y es culpa mía en parte que ella actuase así, ¿qué pensaba que haría yo? ¿Que la dejaría? Si ya me dejó ella a mí...

Hemos quedado en una cafetería del centro, neutral, impersonal, casi perdida en la marabunta de calles que conforman el alma de Madrid. Ella necesita hablar conmigo y yo necesito escucharla. Saber qué hago tan mal.

Cuando llego, algo perdido en mis pensamientos, con las manos en los bolsillos, casi me paso el sitio, y ella ya está sentada en una mesa. Desde lejos parece pequeña, casi diminuta entre toda la gente. La saludo y me acerco. Nada más sentarme, pido un café.

—No creí que vendrías.

—¿Por qué? Siempre que me llamas vengo, soy predecible. —Me encojo de hombros.

—Eso no lo entiendo, cómo puedes... ¿Cómo me has soportado tanto?

—No sé, Ali, te he querido muchísimo. Y a la gente a la que quiero le aguanto todo.

—Pues no deberías, Nico.

—Ya, así me va, pero no sé querer de otra manera.

Llega el camarero, deja el café, y ella pierde la mirada por la cafetería.

—Es cierto que, si no, no serías tú. No tengo explicación, Nico. Habíamos

hecho tantos planes, todo lo habíamos hablado. Tú querías una familia, yo no sabía decirte que no, jamás pensé quedarme embarazada. Luego, me asusté muchísimo. Nuestra relación, ya sabes, no iba bien, durante los últimos meses no fue bien.

—¿Por mi padre?

—Joder, sí, por tu padre. No podía soportarlo. Pensaba... que era muy joven para tener que cuidar de alguien. Quería salir, entrar y pasar el tiempo contigo. Pero también te quería más por querer cuidarlo y por no dejarlo en la estacada. Mira, no sé, no me entendía, no me entiendo. Pero algo tenía muy claro: no iba a soportar vivir contigo y con tu padre. —Suspira.

—Unas pocas semanas después, tuve que ingresar a mi padre. Como sabes, está en una residencia.

—Es lo mejor, siempre te lo dije.

—No sé si es lo mejor; es lo que hay. —Le hago la pregunta que nunca creí que le haría—. ¿Qué hice tan mal para que no pudieras quedarte conmigo?

—¿Tú? Fuiste tú y fui yo. Nico, quieres de una forma intensa, como lo es todo alrededor de ti, y me agobié. Te prometo que lo intenté con todas mis fuerzas, intenté que lo nuestro funcionara, pero no quiero una pareja así. Quiero libertad. Y ahora quiero lo que te prometí en tu concierto: sexo y risas.

—¿Sabes? Hasta hace bien poco, yo opinaba lo mismo, que solo quería eso en una relación. Cuánto nos jodimos el uno al otro para distorsionar tanto las relaciones, Ali.

—Me importa muy poco. Me gusta mi vida, si te soy sincera. Mejor si volvemos a las felicitaciones de Navidad y de cumpleaños. Volver a verte ha sido un error, me ha recordado cosas... El solo hecho de estar aquí —se levanta casi como si tuviera un resorte en el cuerpo— me hace ser una persona que ya no soy. Cuídate, Nico.

Deja unas monedas en la mesa y me deja solo.

Quizá nunca estuvimos realmente bien. Quizá fue solo mi cabeza, idolatrar el amor adolescente. Jamás pensé que fuese ese tipo de idiota. Y, vaya, sí que lo soy. Me tomo el café con tranquilidad. Recapacitando un poco. Debería disfrutar más del presente y dejar el pasado un poco atrás. Y al futuro que le den; cuando llegue, lo enfrentaré.

En casa, subo directamente a la terraza. No estoy para nadie. Me siento

tranquilo, en paz, como en mucho tiempo. Cerrar esa etapa con Ali ha sido casi liberador. Arriba, en una tumbona, me encuentro con Claudia.

—Hola —saludo con poca gana. Querría estar solo.

—Hombre, el músico. ¿Dónde te metes? ¿Qué hacéis los músicos durante todo el día?

—Los que no tenemos vecinas cotillas, componemos en casa; los que sí, nos vamos al estudio —le digo algo borde, la verdad.

—Vaya, sabía que los actores tenían días que *regulín regulán*, pero los músicos también, por lo que veo. Vale, no es solo cosa de artistas, pero es que vosotros os lo tomáis todo a la tremenda. ¡Como si la vida fuera un espectáculo constante!

—¿Y no lo es? —lo pregunto tan serio que ella se descojona.

—Imagino que para algunos sí.

Se queda callada medio segundo. Se ve que Claudia también tiene que coger aire para respirar. Mientras, me enciendo un cigarro y me quedo apoyado en la barandilla. Sé que la conversación no se queda aquí.

—Normalmente no soy así, pero tengo muy poco tiempo para estar con Julia y con la familia. Así que voy al grano: ¿qué le has visto a mi hermana?

—Me quedo callado, con una ceja levantada, no sé qué mierda responder a eso—. Es decir, sois tan dispares... De hecho, no te pareces en nada a sus otras parejas, y eso es bueno, te lo prometo.

—¿Os guardáis secretos entre vosotras?

—Alguno que otro, piensa que si no todo sería muy aburrido.

—Bien, pues guarda este o tu hermana me volverá loco.

—*Deal*.

—Me he enamorado de ella porque a su lado no hay ruido, con ella puedo pensar, puedo respirar y las locuras de mi cabeza, la música atronadora sin sentido, las palabras que quieren plasmarse en el papel, se ordenan. Surgen melodías y el caos desaparece. Puedo interpretar sus miradas, sus dobles sentidos, los ruidos que hace cuando algo no le gusta y he asumido que nunca tendré un despertar tranquilo. Cuando la miro sé que quiero pasar mi tiempo con ella.

—*Wow*, se nota que escribes canciones. ¿De verdad me tengo que guardar esto? Julia está algo perdida estos meses, desde, ya sabes, lo de Lyon y todo lo que vino después. Pero siempre que habla de ti sonrío. Y eso es lo que me hace quererte un poco, Nico, el músico.

—No se lo digas tú, que ya se lo diré yo a mi manera, si ella quiere. No

quiero presionarla.

—Ya, pero a veces hay que dejar las cosas claras. Y vosotros vivís en el gris. ¿Qué es eso de dormir juntos y nada más? ¡De locos!

Sé que va a seguir hablando, ya que unas pocas sílabas de su siguiente palabra se cuelan por sus labios, tan parecidos a los de su hermana, pero menos carnosos. Se calla, porque alguien abre la puerta del otro piso. Es *Jules*, que viene corriendo y me abraza a mí; no a su hermana, a mí.

—¡Me han dado el trabajo!

—¿El que querías en la empresa de videojuegos? —pregunto.

—¡Sí!

—¡Felicidades, hermanita, ya eres una *nerd* con título!

Sigue abrazada a mí cuando le saca la lengua, cuando discute con ella, cuando explica todo lo que tiene que ver con su futuro. Y yo sonrío.

Y ella sigue abrazada a mí.

Como no puede ser de otra manera, hay que celebrar el trabajo de *Jules*. Y, aunque sea miércoles por la noche, decidimos salir unos cuantos a tomarnos algo. Al día siguiente cogen el tren con destino a Murcia para visitar a su familia. Así que es la última noche de Claudia y Millie en Madrid; el domingo volverán directas al avión.

Estela y sus zumos no podían faltar y, como está en la ciudad, Juan también se ha apuntado. Sonia, entre vuelo y vuelo, con ojos de topo y bostezando cada dos por tres también está con nosotros. Romi y Tiago están interrogando a la americana, ya que su viaje de novios está planeado que sea por Estados Unidos.

—Hoy he visto a Ali —le digo a Estela, solo porque creo que merece saberlo.

—¿Le has tirado agua y se ha derretido?

—En serio, Este, deja de ver películas de críos.

—¡No! Me gustan.

—No hace falta que lo jures. Y no, no le he tirado nada encima. Sería un poco raro y podrían llevarme preso. Solo hemos hablado y hemos zanjado lo nuestro. Hemos quedado en que solo nos felicitaremos los cumpleaños y las navidades.

—Eso está bien. Me parece una relación aceptable. ¿Todo bien?

—Claro que sí. Me siento un poco más ligero.

—Y yo también.

Apoya su cabeza en mi hombro, pero no dura casi nada de tiempo, pues todos se ponen a brindar por *Jules*, por su trabajo, por su hermana, por Estados Unidos y por unas cuantas chorradas más.

—Pero ¿la empresa es de Barcelona? —pregunta Sonia.

—Sí, la amiga que pasó mi currículum está allí, pero tienen una filial aquí donde puedo empezar yo. Lo cierto es que la verdadera oportunidad de ascender está allí, aunque por ahora soy feliz con lo que me han dado.

—¿Barcelona? —pregunto, casi atragantado con la palabra—. ¿Te vas a vivir a Barcelona?

—No, lo mismo me mandan a hacer cursos, pero por ahora me quedo aquí, a tu lado, a darte el follón.

Dame el follón los siguientes treinta años de mi vida, *Jules*, por favor.

—¿Y vas a diseñar videojuegos? ¿Eso no lo hacen adolescentes que no han visto una teta en su vida? —pregunta Tiago, cómo no.

—¡Qué va! Es toda una industria, en concreto mi proyecto es para un juego de móvil. Te prometo que mis compañeros pasan todos la treintena, ningún adolescente a la vista, o eso me han dicho.

Jules se toma con humor todas las preguntas estúpidas que le hacemos. Ninguno conocemos bien ese mundo, y a mí, en concreto, me parece algo casi mágico. Por ella nos hemos reunido casi todos. Lo cierto es que se ha colado en nuestras vidas casi sin querer. Parece que ha llovido mucho desde que me ordenó ser *su persona*, luego firmamos nuestras normas en un avión de papel y ahora todo es confuso.

La noche se acaba mucho antes de lo normal, algunos trabajan al día siguiente y otros se van de viaje. Cogemos un taxi de vuelta a casa los cuatro. Millie, sentada delante, no habla mucho, pero Claudia llena el espacio solo con palabras. De una forma casi natural, *Jules* me da la mano, la aprieta, me hace cómplice de su gran noticia, de todo lo bueno que hay en su vida.

En el portal, nosotros dos subimos en ascensor mientras ellas deciden subir los pisos andando. Dentro, el ambiente está cargado de una energía que me transmite algo, intento captar el mensaje, que me diga algo, pero ya lo hace *Jules*, justo entre el segundo y el tercer y último piso:

—Nico, no sé cómo decirte todo lo que tengo en la cabeza.

Me acerco a ella, la miro a los ojos, yo sí sé cómo decírselo.

—¿Hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo?

La veo titubear, cuando salimos del ascensor su hermana y su novia nos están esperando, me da miedo que simplemente se despida de mí sin más. Pero solo dice:

—¿Dormimos?

—*Jules*, en algún momento, tendremos que hablar.

Me tapa la boca con un dedo, sonrío y asiente con la cabeza.

Pero no hoy, quizá mañana.

La sensación de felicidad es para mí tan nueva como cuando abres un regalo. Nunca sabe igual. Es como si darme cuenta de que existe, de que está, de que es nuestro momento fuese algo casi inalcanzable y, cuando por casualidad lo sabes, todo cambia. Y saboreas una sensación que es nueva.

La felicidad sabe a *Jules*.

La felicidad huele como mi cama esta mañana.

La felicidad es suave como su pelo.

Así que ni despedirla esta mañana me ha sabido mal. No me he sentido extraño dándole un beso en el portal de casa. El domingo por la noche volverá y con ella todo lo demás. Me toca averiguar cómo demonios volver a dormir solo. Qué pronto se acostumbra uno a lo bueno.

Decido centrarme en todo lo demás. Saludo a Aureliana en el rellano y subo a casa para poner en orden mis asuntos. Toca fijar fechas con Sergio, así que iré a su despacho en un rato; dejar acabadas un par de canciones que comencé en el estudio y darle el visto bueno a una agenda que me mandó la ayudante de mi representante hace unos días. Se avecinan meses complicados pero maravillosos.

Paso el día entre melodías y decisiones. Algo que parece que se ha instaurado en mi rutina. Ya no soy solo el compositor de otros, también puedo hacerlo para mí y tener el respaldo de la gente. Me hablan de redes sociales, de entrevistas de radio, de algún que otro programa de la tele que ya ha preguntado por mí y de que por delante queda trabajo, trabajo y más trabajo. Del duro, del que te deja magullado, pero también del que te ayuda a sonreír cada mañana.

Por la noche, todo se vuelve confuso. Me pierdo en mis pensamientos y echo de menos la respiración pausada de *Jules*, no tanto sus ronquidos aleatorios, la verdad.

A las cuatro y cuarenta y tres minutos de la noche recibo la llamada.
Esa que cambia mi vida.

—¿Nicolás Díaz?

—Sí, soy yo.

—Soy el médico de guardia de la residencia de su padre.

—Sí, dígame, ¿está bien? —respondo con voz pastosa y casi por inercia.

—Señor Díaz, siento comunicarle...

Y ya no escucho ni una palabra más en mi cabeza.

Capítulo XXVI: Todo lo que diga está de más

Llegamos a casa de mis padres para comer. Nos espera una bienvenida muy familiar. Es normal, hace mucho que no ven a Claudia. Yo intento que Millie no se quede detrás, pero pronto comienza a hablar con mis primos.

Mis padres están felices y tristes a la vez, falta Paula. Así que la llamo por FaceTime para que, si quiere, salude a la gente.

—¡Galleta! ¿Me llamas para darme envidia?

—Mira.

Le hago una panorámica de cómo está la casa y me escondo en la que era mi habitación, que ahora, estratégicamente, es medio habitación, medio sala de yoga de mi madre. No quiere quitar las camas, pero también quiere su espacio.

—Todo esto es para que vengas con Takeshi cuando puedas. Van a ponerse muy contentos.

—Ya, ya... A ver si para finales de año podemos. El problema es el de siempre: el trabajo. Aquí es casi como una institución. El mío es genial, me encanta, pero absorbe un montón. Takeshi también está siempre pensando en lo mismo. No sé, es como si una vez que pasas a trabajar en una empresa importante, eres parte de la empresa. ¿Te acuerdas de *Piratas del Caribe*?

—¡Claro! ¿Cuántas veces la vimos?

—¡Mil!

—Pues me siento Bill *el botas*. Pegada a la empresa y sin poder salir a hacer otra cosa. —Suspira—. No me hagas caso, Julia, es solo que en ocasiones os echo de menos, mucho de menos y creo que me enfado con lo que no debo.

—Vale. Me acabas de convencer. Voy a ahorrar para ir a Tokio lo más pronto posible.

—No sé si con tu situación podrás...

—Claro, no te lo he dicho, Pau, ¡tengo trabajo!

—¿En lo que querías?

—Exactamente.

—Tienes la buena suerte de cara. Trabajo nuevo, novio músico y la posibilidad de estar en casa en cuatro horas.

—Lo de novio músico es discutible.

—Ah, ¿qué seguís solo de rollo?

—No, nada de eso.

—Claudia me ha dicho que dormís todas las noches juntos.

—¿Qué cotilla! Y hacemos eso, dormir.

—¿En serio?

—Vamos poco a poco, acaba de dejar atrás a la chica esa con la que estaba obsesionado. El otro día tuvimos hasta una cita. —Le guiño un ojo.

—¿Y eso él lo sabe? ¿Lo de que vais despacio? ¿Lo habéis hablado?

—No hace falta.

—Ya lo creo que sí. Una cosa es lo que tú crees que está pasando y otra lo que pasa de verdad, créeme, Julia, habla con él. Déjalo todo claro, es mejor.

—¿Qué haría yo sin ti? Sin dilación, en cuanto deje a Claudia y a Millie en el aeropuerto, hablaré con él.

—Bien, ahora pásame con papá y mamá.

—Eso está hecho, Pau.

En ocasiones se me olvida que no estoy sola, que también los tengo a ellos. Nos pasamos todo el día haciendo el tonto en casa y por la noche salimos con mis primos. En esta ocasión, el viaje a casa de mis padres sé que me dejará una mejor sensación.

A las cuatro y cincuenta y seis de la noche, recibo una llamada. Descuelgo deprisa, muy enfadada, no quiero despertar a nadie. En la urbanización de mis padres solo se escucha algún perro ladrando o un gato buscando fiesta.

—¿Qué pasa? —casi le gruño al otro interlocutor. Odio que me despierten.

—*Jules*... —La voz de Nico me suena lejana, casi como si se hubiese perdido dentro de un bosque.

—¿Nico? ¿Qué ocurre?

—Es mi padre, me acaban de llamar, ha tenido un fallo... *Jules*, ya no está. Se ha ido —susurra.

Gimo, porque lo entiendo, sé que en este momento está realmente sin rumbo. Nico tiene tres pilares en su vida: su padre, su madre y Estela. Si uno falta, se descompensa.

—Lo siento, sé que no estás, pero quería que lo supieras.

—¿Has llamado a Estela?

—No, eres mi primera llamada.

Se me rompe el corazón al mismo ritmo que se me va componiendo.

—Nico, escúchame, ya la llamo yo. ¿Qué te han dicho en la residencia?

—Que tengo que ir a arreglar unos papeles.

—Vale, dúchate, vístete. Y ve en taxi, ¿lo harás, por favor?

—Ahora veré lo que hago, *Jules*.

—Nico, por favor, en taxi. Prométemelo. —Solo escucho silencio, hará lo que quiera, pero yo tengo que intentarlo—. Llegaré a Madrid esta mañana.

—No hace falta que vengas, estás con tu familia.

—Voy a estar en Madrid esta mañana. No hay discusión posible. Solo espérame, ¿vale?

—De acuerdo. Pero, *Jules*, prométeme una cosa.

—Claro, lo que sea.

—No me llesves a un McDonald's.

Cuelga con ese hilo de voz que me descompone el cuerpo. No quiero ni pensar en lo que deberá de estar sintiendo. Me levanto, llamo a Estela, que se queda muda, me dice que ella se encarga de que esté bien. Voy a por mi maleta, solo unas horas antes la había abierto y ahora la tengo que volver a cerrar para marcharme.

Al bajar a la cocina para hacerme un café, se despierta mi padre, al que le doy el abrazo más fuerte que puedo. Por si el día de mañana no puedo hacerlo.

—¿Qué ocurre, Julia? Son las cinco y media de la mañana.

—Papá, ¿te acuerdas del chico, de Nico?

—El músico ese que le gusta tanto a la prima Isa, ¿no?

—Ese. Es mi... bueno, mi amigo, sobre todo. Su padre acaba de morir. Tengo que coger un tren en una hora a Madrid. Lo siento.

—No, lo siento yo por él. Te acerco, ¿a qué hora sale?

—A las 6:37. No quiero despertar a nadie más, ¿se lo puedes explicar tú?

—Claro, Julia. Esto es fuerza mayor. Pero, mientras nos tomamos un café, cuéntame un poco más tu vida en Madrid. Y prométeme que vendrás pronto. Con amigo o sin amigo.

Mi padre y yo nos quedamos un rato hablando en la cocina, apuramos hasta el último momento para ir a la estación. Me despido de él con otro abrazo, esta vez compartido por los dos, ya que son estas cosas las que nos hacen recapacitar sobre el presente y lo poco que lo aprovechamos.

Cuando pongo un pie en Madrid, llamo a Estela, que me da las coordenadas exactas de dónde se encuentra. Quizá uno de los lugares más tristes del mundo: un tanatorio. Paso por casa para dejar la maleta y asearme antes de salir para allá. En la puerta me encuentro con mi tía Maru, que ha querido acompañar a Nico.

—Julia, cariño. —Me planta dos besos—. Entra, está en la entrada esperando a que llegue Rodrigo.

Veo personas a las que no conozco de nada, no sé si son amigos de él o simplemente gente que, por desgracia, tiene que estar aquí. Lo encuentro en medio de la entrada, solo pero acompañado. Pues, aunque las personas hablan a su alrededor, se nota que no tiene ni idea de lo que está ocurriendo. Estela le pasa la mano por la espalda para darle ánimos. Me acerco y me pongo a su altura.

Nada más verlo, solo con fijar mi mirada en la de él, lo abrazo. Aspiro su olor, él me aprieta como si fuese la única manera de cargarse de energía. Le susurro al oído que lo siento muchísimo, pero sé que, en este momento, las palabras sobran y que no hay nada en el mundo que pueda consolarlo.

—¿Señor Díaz? —dice una voz ajena a nosotros dos. Me separo para que puedan hablar, pero él me agarra la mano. No, no la coge, la agarra, como si fuera su punto de apoyo ahora—. ¿Me puede acompañar para realizar los últimos trámites?

Nico asiente, no lo he escuchado decir ni una sola palabra en todo este rato. Y no suelta mi mano. Así que lo acompaño a una habitación limpia, aséptica, donde le pasan una serie de papeles que tiene que revisar. El primero, en grande, es el DNI de su padre; veo que no puede apartar la mirada de él cuando el hombre vestido de negro lo deja a la derecha y le pasa el resto de folios. Asiente, todo le parece bien. Señala con el dedo para cosas más mundanas, cosas con las que no queremos lidiar en el día a día, como la esquila o el número de póliza, las flores, qué pone en ellas... Lo soporta todo sin decir ni media palabra.

Cuando salimos, ya no parece la misma persona a la que dejé el día anterior en el portal de casa. Que me dio un beso en la mejilla, lo que parecía un acto casi heroico.

Ahora, se sienta en un sofá, esperando a que todo esto pase. No hay mucho más que decir o hacer. Solo esperar, sanar la herida y superarla. Me siento a su lado, le acaricio la mano y sé que van a ser días muy largos.

—Nico —le digo antes de que lleguen el resto de personas a la sala—, me pienso quedar aquí contigo, para lo que necesites.

Focaliza la mirada en mí por primera vez en todo este tiempo. Mueve la cabeza, como si quisiera decirme que sí, pero no le salieran las palabras. Se ha quedado mudo. Le acaricio la mejilla y dejo que apoye la cabeza en mi hombro.

Todo lo que diga está de más.

Capítulo XXVII: Felicidad, vete tú a saber dónde te metes

La última vez que vi a mi padre de verdad fue tomándonos algo en la calle Larios. Yo iba a contarle lo que me parecía la gran noticia del momento y él la que sería la peor noticia de la historia.

Me mudaba a Madrid con Ali. Yo por mi música y ella por un despacho de abogados que la había contratado.

Él tenía Alzheimer avanzado. Se tenía que prejubilarse. No había marcha atrás.

Digo que esa fue la última vez que lo vi, ya que nos tomamos algo, nos reímos, pasamos una mañana padre-hijo como tantas, hasta que al final soltó la bomba. *¡Boom!*

Y mi mundo cambió por completo.

La última vez que vi a mi padre, que ya no era mi padre, fue en la residencia, sentado en el sillón en su habitación con la mirada perdida. No, ni tan siquiera observaba el mundo a través de su ventana, donde los edificios marcan lo común y no te dejan ni un atisbo de ver que, a kilómetros de allí, ruge el mar. No, observaba un punto de la pared. Uno cualquiera, uno que, de alguna manera, le estaba diciendo algo. Y quizá él también a ese punto. Ya que conmigo no cruzó ni media palabra.

Y esta será la última vez que vea a mi padre, ya sea al de verdad o al que se perdió en una enfermedad cruel. Metido en una caja cerrada que no puedo ni tocar. Han echado las cortinas del cristal, estoy solo en una habitación que son las entrañas de este lugar al que van a morir los cuerpos, espero que no las almas. Y seguro que todo el mundo piensa que me estoy despidiendo con palabras bonitas, cargadas de sentimientos. Y yo solo puedo estar quieto, observando la madera, clara, sin barnizar, con una cruz en medio, signo de que yo no he sabido hacer las cosas. Mi padre ni era religioso ni pretendía serlo. Solo me he dejado llevar por la marabunta de los acontecimientos.

No sé qué decirle a un cuerpo inerte y a una caja de madera.

No sé qué hacer.

No sé qué pensar.

No sé dónde me encuentro.

Ahora creo que quizá la decisión de mudarse conmigo no fuese la mejor y acelerase el proceso de deterioro. No lo sé, pero no paro de darle vueltas a esta idea. ¿Y si pudiera haber hecho más por él?

Papá, lo siento.

Pero no salen las palabras, no sé desde cuándo, quizá desde que tuve que decir que sí al trasplante de órganos. Las córneas, algo que en ese momento ni apreciaba, se fueron a ayudar a una persona. Esa persona, sea quien sea, se queda con los ojos más bonitos que he visto jamás. Marrón claro con puntos naranjas y grises. No puedo dejar de pensar que los ojos más bonitos del mundo se han apagado y nadie puede hacer nada por remediarlo.

Llaman a la puerta, es la hora.

Dejo que la abran, dejo que pase, dejo que se lo lleven y me voy detrás.

Noto el corazón en la boca, ver como el pasillo cada vez se hace más estrecho y me piden que me marche por otra puerta, que ellos lo harán llegar a la capilla. ¿A la capilla?

Pienso en mi madre, que se ha hecho todos los kilómetros desde Málaga solo para despedirse, en sus amigos, en mí y en él.

Así que enfilo la puerta y me voy, salgo fuera.

—Nicolás —me dice mi madre y me agarra del brazo—, ¿dónde vas?

No le respondo, solo niego con la cabeza.

—Nico... es el último adiós —susurra con los ojos hinchados, ella también lo echará de menos.

Vuelvo a negar. No me hagas esto, mamá, no me obligues, por favor.

Me suelta. *Gracias, mamá.* No lo veo, pero sé qué todas las personas que se han reunido van entrando a la ceremonia. Yo no puedo, así que salgo fuera, a respirar aire, a dejar que me llene los pulmones. Me siento en las escaleras y me enciendo un cigarro.

Aún no he llorado.

A mi izquierda se sienta Estela, me coge la mano con torpeza; a la derecha, Jules, que apoya su cabeza en mi hombro.

—Mi padre no era religioso —digo, como si tuviera que justificarme.

—Lo sé —responde Este con media sonrisa forzada.

Poco a poco, Tiago, Sergio, Sonia, Romina... mis amigos, esas personas que forman el ecosistema que gira a mi alrededor, van colonizando las escaleras. Los miro a todos, tan atentos, tan callados, tan asustados. No puedo reconfortarlos, no puedo. Están todos, todos menos Ali, a la que no le gustan estas cosas; la hacen sentir triste, pero al menos me ha mandado un mensaje.

—Si no tuviera que conducir hasta Málaga, os pediría una cerveza —suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Tiago, encárgate de las cervezas, que hasta Málaga ya conduzco yo —ordena Este, en modo general—. No te voy a dejar solo y nunca pierdo una oportunidad para ir a mi tierra.

Quizá saltarme la misa de funeral no sea políticamente correcto, quizá recoger las cenizas de mi padre algo torta no sea lo más ortodoxo, quizá llevarme a la mayoría de mis amigos de viaje un viernes por la noche para despedirme de él tampoco sea lo que se espera de un hijo doliente.

Quizá todo eso me importe una mierda.

Es la primera vez que realizo el viaje a Málaga con el corazón encogido. Pero es cierto que también es la primera vez que lo hago sabiendo que, cuando vuelva a casa, ya no podré ver más a mi padre. No podré contarle nada, no podrá ver tantas cosas, no podremos compartir ni los pequeños ni los grandes momentos.

Mi padre conserva la casa del pueblo de su familia y, hasta donde yo sé, quería descansar en el patio lleno de flores que había cuidado su madre desde que él tenía uso de razón. Mi abuela era la típica mujer obsesionada con la comida, que tenía una mano fantástica para las flores. Hoy esta casa está cerrada, alguna vez hemos ido para descansar unos días, pero ya no se usa. Mientras dejo a mi padre descansar en este lugar donde fue tan feliz, le prometo que estaré más en ella y que me verá sonreír; con el tiempo, volveré a sonreír.

El único problema es que ahora las palabras parece que se esconden de mí.

La casa de la abuela, en la que hasta hace unos minutos no había nadie, se encuentra ahora plagada de gente.

—Joder, Nico, ¿desde cuándo no abres esto? —grita Tiago, mientras se pelea con una ventana.

—Yo no venía aquí desde que íbamos al instituto —comenta Estela.

Mi madre, que por alguna razón ha decidido venir, se pone a arreglarlo todo y a refunfuñar que este no es lugar para que nos quedemos. Pienso estar aquí el fin de semana, celebrando la vida de mi padre, lo que hizo, lo que sintió y todo aquello que me legó. Más allá de unas propiedades o dinero, me

regaló la integridad, el amor por la música, por el arte y un apoyo incondicional que no todo el mundo comprendía. Él, inspector de Hacienda y su hijo, un músico casi fracasado. Ya no, papá, ya no.

—¿Qué es esto? —pregunta *Jules*.

—Eso es el piano de Nico. Como no teníamos sitio en casa cuando era pequeño, le compramos un teclado de esos grandes, que odiaba, por cierto — cuenta mi madre mientras le va quitando el polvo—, y pudimos meter este aquí. Lo dejé de pagar hace poco.

—¡Anda ya! —exclama *Este*.

—Sí, cuando nos divorciamos, Rodrigo y yo decidimos que todo a medias, él pudo pagarlo antes, pero a mí me costaba mucho más, así que dividí las letras en dos, no me pusieron ninguna pega por unos cuantos intereses más. Y así, a lo tonto, dejé de pagarlo hace poco.

—¡Qué ruina, mamá! No lo sabía.

Todos me miran, como si hubiese hablado en arameo.

—Y tampoco hacía falta, Nico.

Se acerca, me da un beso en la mejilla y tira de ella, como si tuviera cuatro años.

—Las cosas que hacemos los padres por los hijos, las hacemos de corazón, no para que nos den las gracias. Ya lo entenderás, ya.

—Lo veo complicado, pero bueno.

Mi madre frunce el ceño y cambia de tema, como solo ella sabe hacerlo.

—Vamos a pedir comida, ¿traerán algo a este pueblo?

El sábado, haciéndome un favor, por ser amigo de mi padre, el notario donde firmó su testamento me abre las puertas. Lo conozco, me suena, pero no lo ubico. Me da el pésame, me informa de lo que ya sé, que soy el heredero de mi padre, pero me sorprende con un sobre cerrado. Con la letra de mi padre, la de verdad, pone fuera «Nicolás». Por primera vez durante todo este proceso, siento unas ganas tremendas de llorar. Menos mal que he podido venir solo a esto.

Comenzamos los trámites para aceptar la herencia, mi padre no dejó ni un cabo suelto. Sabía que, tarde o temprano, dejaría de ser él y no quería que eso ensuciara su memoria. Salgo del notario y decido pasear; en muy poco tiempo me encuentro en los Jardines Picasso. Recuerdo alguna vez que estuvimos

aquí, cómo Málaga rezuma a él, a nuestra familia, a nuestros recuerdos. Me siento en el primer banco con sombra que encuentro. No he soltado el sobre desde que me lo dio el notario. Cierro los ojos, es completamente imposible saber qué pone dentro de esta carta. Pero sí creo que sé que me encontraré con cariño y con consejos. O eso espero.

Acaricio el papel con cuidado, como si tocarlo primero fuera más importante que leerlo. Quizá toda mi vida ha sido así, prefiero tocar antes de mirar, es como si mis manos tuvieran el sentido del tacto más desarrollado que mis ojos el de la vista. En las tiendas, suelo tocar antes de decidirme a comprar. Y en los supermercados soy el típico que lo toquetea todo antes de elegir. Debo de ser la pesadilla de cualquier tendero.

Antes de abrir la carta, me acuerdo de una canción que decía: «Felicidad, vete tú a saber dónde te metes». Es como una frase que se me repite en la cabeza, pues no quiero decirle adiós a mi padre. No lo he hecho en el tanatorio, ni cuando dejaba la urna al lado de ese árbol en casa de la abuela, pero quizá leer las palabras que me escribió, con las que quiso despedirse de mí, sea definitivo. Sea un adiós de verdad. Me pregunto si podré superarlo después, cuando acabe de leerla. Un pedacito de mí se fue con él, espero que esta carta no me arranque otro.

Nicolás,

Nico,

¿Cuántas veces te he contado la historia de cómo te pusimos tu nombre? Qué cosa tan importante un nombre, hijo mío. Hay que ser cuidadosos con lo que hacemos que puede afectar a los demás. A mí me pusieron Rodrigo por mi padre, a ti Nicolás por un impulso de tu madre. Cada uno llegamos a tener un nombre por causas muy diversas. Y te cuento todo esto porque sé que dentro de poco no podré ni acordarme de eso, de por qué te llamas Nicolás. Ni tan siquiera de que te llamas Nicolás.

Este es uno de los momentos más duros de mi vida: asumir y aceptar que ya no voy a volver a ser yo mismo; que, aunque esté vivo, ya no estaré viviendo. Despedirme de mi vida, de mis recuerdos, de mi historia. Despedirme de ti, lo único bueno y verdadero que he hecho en la vida. Estoy tan orgulloso de ti... De que persigas tus sueños, de que nada te pare, de que seas una buena persona y de que, por mucho que te cueste, nunca digas que no a algo que sabes que tiene que hacerse. Sé que me entiendes.

Quiero contarte las pocas cosas que he aprendido en esta vida y que creo

que debes tener en cuenta: celébralo todo, todo, hijo mío, los cumpleaños, los santos, todo lo que se te ocurra, luego no habrá más tiempo para hacerlo; sé feliz, aunque sea un ratito al día, sonríe cuando estés solo, eso es lo que nos llevamos, y hasta en los momentos en los que creas que no puedes, puedes, créeme. Leyéndolo parece poco, pero es mucho. Hay otra cosa que he aprendido gracias a ti: que siempre hay que perseguir nuestros sueños. Pero eso me lo has enseñado tú a mí, Nicolás, no yo a ti. Ahora es tarde para mí, mis poemas serán algo para ti y para mí. En cambio, deja que tus canciones sean para nosotros y para todos los demás, el mundo se merece unos minutos de felicidad gracias a las melodías que tocas en el piano. Es pura magia. No me he sentido nunca más orgulloso de ti que en aquel concierto que diste, solo tu piano y tú, y de espectadores solo estábamos tu madre y yo; bueno, y algunos pocos más que pudieron acercarse. Te vi en el escenario y le dije a María: «Nuestro niño ha nacido para esto».

No lo abandones.

Bueno, ahora toca hablar de la tristeza; me encantaría que la moldearas y que de ella sacaras algo positivo. Cuando yo no esté, coge todos esos sentimientos y plásmalos como mejor sabes. Yo lo hice en forma de poemas; si quieres leerlos, son todos tuyos, son mi único legado real que puedo dejarte.

Despedirme de ti sería absurdo, Nicolás, ya que nunca te voy a decir adiós. No sé si hay un dios, si hay un cielo o si me reencarnaré en un colibrí. Pero sí sé que, mientras tú estés, yo también estaré un poco.

Sé feliz, hijo mío, no lo dejes escapar.

Rodrigo.

Y, por primera vez desde aquella llamada, puedo llorarle todo.

El fin de semana en Málaga se pasa como si fuera una película. No recuerdo muy bien todos los detalles, solo que la cabeza no me funcionó bien en ninguna ocasión y que, cuando llegamos el domingo por la noche, Jules se marchó a despedirse de su hermana; le pedí que no se pasara esa noche por casa.

Llevo tres días encerrado en casa con las persianas bajadas, intentando componer. Intentado hacerle caso a mi padre, pero es casi imposible, como si

no pudiera salir nada más que caos armónico. Algo que no tiene mucho sentido. Tengo el móvil apagado, he cerrado la puerta de la azotea y no he abierto la puerta a nadie que haya venido. No puedo enfrentarme con la realidad sin cumplir lo que me pidió mi padre, que plasmara toda esta locura en música. Y no puedo, la melodía lucha por salir, pero la letra no.

A las seis de la tarde, vuelven a llamar a la puerta. La ignoro. Vuelven a tocar. No quiero abrir, así que aporreo las teclas.

—¿Nico? Soy Juanma, el enfermero que cuidaba a tu padre.

Me quedo paralizado. Juanma estuvo en el tanatorio, me dio su pésame, ¿qué querrá?

La curiosidad puede más que la angustia. Abro la puerta y me quedo quieto.

—¿Puedo pasar?

—Bajo tu responsabilidad. —Debe de oler todo a pocilga.

—Claro.

Entra en el salón y me doy cuenta de que lleva como una especie de maletín, del que escucho un ruido, ¿qué demonios es esto?

—Mira, no sé cómo explicarte a qué he venido aquí y, la verdad, si en tus circunstancias alguien viniera con esto, lo mismo lo mandaba bien lejos, pero tengo que intentarlo. Mira —levanta el maletín y puedo ver dos ojos verdes—, es Bob, bueno, tu padre lo llamaba Bob. Se coló en la residencia hace un tiempo, mientras tú no pudiste venir, y se hizo amigo de tu padre. Yo los dejaba juntos en el patio, parecía que le hacía mucho bien. Bob solo le hacía caso a Rodrigo, no le gustaban los demás. Y, algunos días, lo encontraba durmiendo en su cama; lo echaba, claro, no se admiten animales dentro de las habitaciones, pero el gato se las ingeniaba para entrar.

»Tras el fallecimiento de tu padre, se pasa el día como alma en pena, no come y solo quiere entrar en su habitación. Es como si le hubiesen quitado a su mejor amigo. Y he pensado que, quizá... lo mismo, querrías quedarte con él.

—No sé qué decir.

—Ya sé que tienes tus viajes, tus giras, pero lo mismo, si pasa unos días contigo, se anima y luego ya me lo quedo yo o algo. Aunque es muy arisco, me da pena verlo así, Nico.

Miau. El gato está deseando salir. Cuando me acerco, entiendo que mi padre lo llamara Bob. Ese era el nombre de nuestro gato, por Bob Dylan, que me tuvo fascinado durante mucho tiempo; ahora también, pero menos. Cuando mis padres se divorciaron, mi padre adoptó a Bob y yo lo veía los fines de

semana. Este gato es muy parecido, atigrado, con los ojos verdes, casi podría ser un calco del mío, al que le dediqué hasta una canción.

—Déjalo, Juanma; me quedaré con él si quiere, claro.

—Gracias.

Deja la gatera en el suelo, lo observo bastante nervioso. No puedo cuidar de mí mismo y tener a cargo a un ser vivo no sé si es la mejor decisión. Espero que Bob sea autosuficiente en algunos casos extremos en los que yo me olvide todo, hasta de mí.

—¿Quieres alguna cosa más?

—No, la verdad. Solo reiterarte que lo echaré mucho de menos y que, si quieres, si Bob se adapta, me lo puedes decir. Ah, te he traído la comida que le gustaba antes, por si ahora quiere volver a comer.

—Lo haré. Gracias por todo.

Me despido del enfermero, quizá no haya sido la persona más atenta del mundo, pero estoy de duelo y me lo puedo permitir. Me acerco al gato, que maúlla con ganas de salir. Abro la cremallera de su gatera y veo como saca la cabeza. El dibujo que tiene su pelaje es fantástico, parece que alguien lo haya pintado. Mi Bob tenía también manchas blancas, este nuevo Bob no.

Sale, me huele, parece que le caigo medio bien. Va inspeccionando el salón.

—Oye, Bob, te advierto que lo demás me da igual, pero como toques el piano, te mato.

Espero que me entienda, es la única norma que pienso implantar en esta casa.

Pronto, el gato se pone alerta y sale corriendo por el pasillo, se para en la puerta que da a la habitación que fue de mi padre y se pone a rascarla y a maullar. Lo tiene tan claro... Le abro la puerta y entra feliz, como si pudiera conocer la historia que guarda esa habitación y solo se quisiera quedar con lo mejor. Se pasea por ella y, en la mesa, le da con la pata a uno de los cuadernos que cae al suelo. Lo cojo y, nada más leer la letra de mi padre, noto como si el pecho se me encogiera, con un dolor sordo que me deja paralizado. Bob acaba en la cama, se sienta y parece que se quiere quedar en este lugar.

Leo algunos versos de mi padre y la cabeza comienza a iluminarse.

Bob comienza a ronronear.

—Vale, primero tú, luego yo.

Enciendo mi móvil, está plagado de un poco de todo. Le mando un mensaje a *Jules*; no la he visto en días y sus mensajes son del tipo «¿Estás bien?».

Nada reseñable.

Me dirijo al piano y, con el cuaderno abierto por esa página, intento concentrarme en sacar lo mejor de mí. Me paso así un buen rato; tanto que no me doy cuenta de que Bob está sentado a mi lado hasta que *Jules* llama a la puerta.

—¿Para qué quieres todo esto? —pregunta mientras intenta entrar.

—Ya te lo explicaré, gracias; ahora no, *Jules*.

—Nico, por favor, ¿qué pasa?

—Estoy bien, estoy componiendo y tengo un gato. Luego, ¿vale?

—Vale.

Se va poco convencida, pero yo tengo que seguir por donde me he quedado. Dejo el arenero con todos los utensilios gatunos que le he pedido a *Jules* en la entrada y me voy disparado a sentarme frente a las teclas que me dan la vida y me la quitan. Bob parece tranquilo mientras yo saco todo el dolor que llevo dentro. Le voy a hacer caso a mi padre y voy a convertir el dolor en música.

Capítulo XXVIII:

Si te dijera, amor mío, que temo a la madrugada

Durante la semana de formación en Barcelona he tenido mucho tiempo para pensar.

No es que en Madrid no lo tenga, simplemente es que no puedo. Es como si allí todo me abrumase y no pudiese razonar con nitidez.

En el AVE de camino a casa, tras haber pasado una semana de trabajo intensivo y de noches de risas con mi antigua compañera de facultad y mis nuevos compañeros que, por cierto, van todos dormidos en el tren, he podido recapacitar un poco.

Estoy escuchando la *playlist* que Nico me dejó cuando se fue de gira; en aquel momento no lo conocía tan bien como ahora, no han pasado años, desde un punto de vista objetivo, pero sí desde el punto de vista personal. Vale, lo compro, nunca se termina de conocer a alguien, aunque creo que ahora lo entiendo mucho mejor. Esta lista de canciones era su manera de decirme que me quería. A su manera. Retorcida y curiosa. A su manera. Me quería.

Y lo mismo que yo he conseguido dar un paso adelante y plantearme qué quiero para el resto de mi vida en el ámbito laboral, también puedo hacerlo en el personal. El problema está en que él no cree en el *para siempre* en una relación. Ni tan siquiera sé si cree en las relaciones, en la monogamia y en esas cosas. De él he escuchado frases del tipo: «El sexo solo mejora las cosas» o «No creo en el amor para toda la vida», como dijo en aquella entrevista.

La última vez que lo vi estaba encerrado en su piso, como un loco, y me pidió comida para el gato que ahora tiene y que ha salido de la nada. Ni Estela ni yo sabemos mucho más de ese animal. ¿Se coló una noche por la ventana y lo adoptó? ¿Él al gato o el gato a él? Estamos ya a finales de octubre, lo mismo es algún rollo raro por *Halloween*. La verdad es que durante esta semana fuera no le he escrito, pero todas las noches observaba nuestra última conversación en WhatsApp, que fue incluso antes de la muerte de su padre. Entiendo que tiene que pasar el duelo, pero quizá se ha dado cuenta de que no le compensa intentar estar conmigo si siempre va a recibir un no por respuesta.

Suspiro.

No supe qué decirle ninguna de esas noches. ¿Qué le dices a un ermitaño, loco de los gatos y de los pianos, que acaba de perder a su padre? ¿«Dúchate»? Mejor en persona.

Y eso mismo es lo que voy a hacer.

Llego a casa pasadas las nueve y media. Lo primero que veo, nada más bajar del taxi, es a Nico tirando bolsas de basura en el contenedor. Lleva una camiseta de manga larga, unos vaqueros negros y parece hasta la misma persona de hace unos meses.

—Ey, *Jules*, ¿ya has vuelto? Creí que me habías dicho que volvías el lunes.

—No, el domingo por la noche. ¿Qué haces?

—Me pasé tocando el piano. —Se encoge de hombros—. Ya sabes, basura vecinal. ¿Quieres que te ayude con la maleta?

—No, está bien.

Vamos paseando al portal, donde saludamos a un par de vecinos, que nos miran con interés.

—Te veo mejor.

—Estoy mucho mejor, ya te contaré.

—Si te apetece, podemos cenar juntos, ¿quieres hacer alguna cosa de esas sanas que te gustan? No puedes ni imaginarte lo que he cenado esta semana...

Nos metemos en el ascensor, espero su respuesta. Ilusionada.

—No, tengo mucho que hacer, me toca una semana loca. Voy a grabar en el estudio de aquí unas cuantas canciones y luego ya para Barcelona. Ya sabes, las colaboraciones.

—Ah, claro, como te venga mejor.

—Hasta luego, *Jules*.

—Hasta luego, Nico.

Entro en mi piso, molida, pero sé que sin él lo de dormir me va a costar un mundo. Cuando estamos separados por kilómetros, la cosa es diferente, pero cuando estamos a un vuelo de avión de papel, es como si un imán nos uniera y nos necesitamos para respirar. ¿Qué ha pasado y qué no entiendo?

Lo veo en su casa diciéndole cosas al gato.

Llevo mi maleta a mi cuarto, observo mi cama y sé que esta noche no dormiré en ella.

Si te dijera, amor mío, que temo a la madrugada.

Tres de la mañana. No puedo dormir. Él tampoco, veo su luz encendida.

Julia: No puedo dormir.

Nico: Cuenta ovejitas.

Julia: Creo que hay un método mejor.

Nico: Me estoy quitando, gracias.

¿Qué? Pero qué mierda...

Me levanto del sofá con ganas de decirle cuatro cosas. Voy a su casa, con mi pijama de Pusheen unicornio, que sé que, en el fondo, es su favorito. Y aporreo su puerta.

Abre con esa sonrisa canalla que, para qué mentirnos, me vuelve un poco idiota.

—*Jules*, son las tres y... —mira el móvil— diez de la madrugada. No son horas de que te deje azúcar o sal.

Miau.

¡Lo que me faltaba, también se queja el gato!

—Déjame pasar, quiero hablar contigo.

—Me iba ya a la cama —dice con tono de humor y finge un bostezo—.

Buenas noches, *Jules*.

—De eso nada.

Me importa todo muy poco y entro, paso al salón y me siento en el sofá. He tenido con Nico una sola discusión de verdad en todo el tiempo que nos conocemos y fue a causa de mi indecisión. No quiero repetirlo, solo hablé yo y él se marchó.

—A ver, *Jules*, no es sano.

—¿Por qué?

—Mira, es algo de sentido común, y que te lo diga yo creo que te quita muchos puntos como persona racional.

—Ilústrame.

—Dormir contigo todas las noches, así, sin más, no es sano. Yo tengo unas ganas tremendas de follar contigo, tú no y eso no es normal para ninguno de los dos.

—¿De follar conmigo?

—Sí, bueno, no es la primera vez, sabes cómo funciona.

—¿Lo de follar?

—Sí, eso mismo.

—¿No quieres decir hacer el amor?

—No, si quisiera decir esa cursilada la diría.

—Vale, es cierto, creo que no es sano.

Nico abre los ojos de par en par, como si no hubiese esperado una victoria tan fácil. Yo voy a hiperventilar de un momento a otro, me tiraría por la ventana si con eso supiera que podría volver a respirar.

—Buenas noches a ti y al minino.

—Se llama Bob Dylan, el segundo de su nombre.

—Es solo un gato, Nico, no el rey de un país.

—¡Ja! Eso se lo explicas tú.

—Buenas noches.

—Buenas noches, *Jules*.

En vez de volver por la puerta, subo las escaleras que dan a la azotea. No me importa que refresque y yo no lleve justamente la mejor ropa. Necesito llenarme los pulmones, respirar. Retener el aire y luego soltarlo.

Nico no es como Carlos o como Marcel, no me anulará como persona, no me hará sentir inferior ni me querrá como una muñeca. Pero tampoco puede quererme como quiero yo. Es extraño cómo funcionan las relaciones. Yo ahora siento que, por fin, soy libre para poder elegir que lo quiero a él; que, en un futuro, solo me veo con este músico algo chalado que les baja la basura a sus vecinos al pasarse de la hora señalada. Y él, como era de esperar, me ha dejado bastante claro que lo que quiere de mí es puramente físico.

Sé cómo funciona. Y al final solo sufro yo.

Me vuelvo a casa con la sensación de acabar una semana agri dulce.

Y no, no me voy a la cama, me vuelvo al sofá y pongo la tele.

El trabajo y la falta de sueño me ponen irascible. Bob Dylan, el segundo de su nombre, se cuele un par de veces en mi casa y lo echo con cajas destempladas. No es rey de ningún país y mucho menos de mi piso.

El viernes por la noche, Andrea puede quedar para tomar algo. Su marido se va a hacer cargo de su hijo y ella está tan ilusionada que brilla.

—¿Has visto *Sexo en Nueva York*? —me pregunta nada más darme dos besos.

—¿Quién no?

—Vale, soy Miranda.

Da una vuelta y sonríe.

—¡Me entran los vaqueros de antes del embarazo!

Aplaudo y chillo, como si estuviese en un concierto. Ella también se autovitorea. Unos peatones nos miran asombrados, pero nos da igual. Vamos a un local de un amigo suyo a tomarnos algo.

Una vez sentadas, hacemos un repaso de mi antigua oficina, de cómo están todos.

—El francés despidió a Iván, no veas qué drama se montó.

—¿En serio? Si era el alma del equipo.

—Y también el verdugo. No sé, la verdad es que sin él el ambiente es mucho mejor. El francés se ha marchado ya. Así que, oficialmente, la quema de brujas ha terminado y yo me he librado.

—Me alegro.

Solo digo eso mientras ella sigue hablando de su vida en la oficina, la escucho, pero por dentro intento asimilar que me importe poco o nada que Marcel ya no esté. Sonríe y le pido un brindis por mí.

Lo hace y me pregunta la razón.

—Creo que he superado una parte muy tóxica de mi vida.

—Me alegro. Bueno, ahora toca que me cuentes cosas de tu nuevo trabajo. Dame envidia.

Y se la doy. Sin querer, solo por contarle de forma tan apasionada ahora todo lo que hago. Le enseño fotos de la oficina, donde tienen muñecos de nuestros personajes por todos lados, mis compañeros vienen a trabajar de formas muy curiosas: no hay *dress code*. Podemos descansar en el área común y jugar a varias consolas, no por nada se dedican a los videojuegos.

—Vamos, que si quisieras podrías vivir allí.

—Casi lo hago, solo llego a casa para intentar dormir. Que no te engañe mi maquillaje, tengo unas ojeras que me llegan a las rodillas.

—Vaya, ¿y eso?

—¿Recuerdas a mi músico?

—Sí, claro, es muy mono. Y el otro día lo vi en un programa de la tele.

—Directo al estrellato...

—¿Qué pasa con él?

—Nada, que al final se ha cansado de mí y de las vueltas que le doy a todo.

—¿En serio? No me lo puedo creer, después de todo lo que me has contado. A ver, explícamelo y no te dejes nada.

No la había puesto al día desde más o menos la llegada de Claudia, así que caen un par de copas más entre explicaciones y conjeturas.

—Bueno, aquí viene mi opinión, ¿preparada?

—Lista, doña Amor.

—Creo que él está poniendo distancia entre vosotros dos porque no puede soportar ni un poco más de dolor. Entiéndelo. Acaba de perder a su padre, y vuestra relación, desde el verano, es un ir y venir, pero nunca acaba como él querría.

—¿En la cama?

—Bueno sí, y con algo más.

—No cree en el amor, no cree en las relaciones.

—Eso es una tontería, no se cree en esas cosas, o se tienen o no. O tienes la suerte de encontrar a una persona que te quiera y que encaje contigo o no la tienes. Necesita saber que tú no le vas a hacer daño, al menos, a corto plazo. Lo veo superado. Y créeme, sé lo que es estar superada por algo.

Pienso en lo que me ha dicho Andrea en el taxi de camino a casa. ¿Cómo le puedo hacer saber a Nico que no le voy a hacer daño? Salgo dándole vueltas a un montón de ideas moñas y tontas.

En el portal recuerdo que no he abierto el correo en días. Voy algo torta, pero todavía puedo abrir un buzón. Cuando miro en su interior tengo unas cuantas facturas y una carta que puede ser la clave de la reconquista de Nico.

Capítulo XXIX: No sé restar tu mitad a mi corazón

He salido en la tele diciendo gilipolleces.

O eso opina mi madre.

—Nico, hijo, ¿de verdad tenías que contar eso?

—Vamos, mamá, no es para tanto —le digo al otro lado del teléfono mientras ella rumia si es o no para tanto.

Solo he contado que, cuando le dije a mi madre que quería ser músico, se lo tomó fatal, tanto que lo mismo le hubiese gustado más que fuera drogadicto o algo. He hecho reír al presentador, al público y yo también he podido sonreír sin que fuera de forma falsa.

—Vale, es cierto, pero eso de drogadicto, ¡te lo podías haber callado!

—Te enfada porque es verdad, mamá, sé que lo dijiste.

Escucho una risa de fondo, es Paco, mi madre tiende a hablar con el manos libres puesto mientras hace cosas por la casa. Me envía unos audios muy locos de vez en cuando. Es parte de su encanto.

—Vamos, el chiquillo solo ha contado una tontería. —Ahora sí, ese sí es Paco.

—Hola, Paco, no sabía que también estabas.

—Acabo de llegar con Palo.

—¡Saliste genial en la tele! —grita mi hermanastra.

—¿Incluso después de contar lo del *yonki*?

—Eso fue lo mejor, Nico —dice Paloma—, me encantó.

—Mamá cero, familia uno —les digo a todos.

—Vale, vale, es cierto que también dijiste cosas muy bonitas —claudica mi madre.

—Se puso a llorar casi todo el rato, solo paró durante *el incidente del drogadicto* —apunta Paco.

—Vaya, no quería hacerte llorar, mamá.

—Fue de la emoción, Nico, al fin lo has conseguido. ¡Menos mal que no me has hecho caso!

—Sí, menos mal.

Un hermano de mi madre era guitarrista de flamenco, al parecer muy

bueno, autodidacta y conocido por la zona. Según ella, le dio muy mala vida a mis abuelos, por lo que tiene un concepto de los músicos pésimo. Para ella son peores que alimañas que le sacan todo a la familia. Por eso no quería que yo lo fuera. Bueno, por eso y por el follón que le di toda la vida con el piano. Estaría harta de mí, de mis clases y de todo.

—Estoy muy orgullosa de ti, Nicolás, lo has hecho bien, pese a todo.

—Gracias, mamá.

Colgamos. Llega la temporada de los resfriados, así que a partir de ahora me espero unos cuantos audios suyos diciendo que se muere y que su único hijo no va a verla. Ella es así, muy dramática. De alguien he heredado yo mi vena.

Pero volviendo a lo de la tele, fue una experiencia brutal. Fui para una entrevista, a divertirme al programa y a tocar *El próximo jueves*; también para adelantar mi próximo single y para dejarme ver, digo yo.

«¿Cómo te ha sentado tu llegada a la fama?» me preguntaron, como si la fama fuera un lugar y yo acabase de llegar con una maleta, quizá para quedarme.

«Espero que bien, vamos, hasta donde sé no me ha salido otra cabeza ni nada». Cuando me pongo nervioso, digo tonterías. Comprobado.

Luego siguió con la pregunta que me hacen en cada entrevista y que no me gusta responder, porque no tiene nada que ver con mi música ni con cómo compongo ni nada.

«¿Y tienes novia?», así de forma supernatural.

«No, no tengo».

No suelo decir más, ¿para qué? Luego, el presentador, soltó la misma gilipollez que le he visto decir mil veces: «Vamos, chicas, ya sabéis que está soltero». Me quedé con ganas de puntualizarle que el hecho de no tener novia no significa que esté soltero. No significa que tenga el corazón libre ni que tenga ganas de conocer a nadie. No, no significa ninguna de esas cosas.

Sergio, que me esperó al salir de la entrevista, opinó que había salido muy bien. Este me llamó gritando, diciendo que la había publicado en todas sus redes sociales, y he tenido opiniones de casi todo el mundo. Desde mis vecinos hasta el señor al que le compro el pan. Menos de *Jules*, que tras la conversación en la que zanjamos el tema de dormir juntos no se ha predicado mucho por aquí. Sé que Bob Dylan pasa por su casa de vez en cuando, el mamón a veces me trae regalos de allí. Y poco más. Solo viene a casa para dormir y ya casi ni hablamos.

Me lo tengo merecido.

Pero tenía que cortarlo de raíz. Necesito ordenar mi vida, igual que ella ha hecho con la suya.

Y punto y final. Zanjado, finiquitado, listo.

Eso no quita que la eche de menos, que muchas veces quiera asomarme por su casa y ver cómo está. Uno no se arranca algo así sin sufrir un poco. Y yo estoy hasta arriba ya de dolor.

En este mismo momento, la escucho entrar a su casa. Yo estoy sentado frente al piano y decido no girar la cabeza. Los ruidos del edificio se mezclan con los suyos, me los conozco de memoria: las llaves, los zapatos, el bolso, unos pocos pasos hasta su cuarto...

Joder, *Jules*.

No sé restar tu mitad a mi corazón.

Bob Dylan, el segundo de su nombre, no se lleva muy bien con Estela. Bueno, más bien ella con él, le tiene alergia. Él le hace todas las monerías que sabe. Desde que vivimos juntos, él ha engordado y se ha vuelto un fiel compañero. Yo, por mi parte, tengo mis días, algunos en los que ni como, perdido en mis pensamientos, y creo que se me nota en la cara.

—Hola, foco de alergia —lo saluda, Este—. ¿Qué pasa abajo?

—¿En el rellano?

—Sí.

—Nada, que hay reunión de vecinos.

—¿Y no bajas?

—Créeme, no quiero más problemas. He hablado con Secun para decirle que este año no puedo más, con más cosas, con más responsabilidad, con nada. Y ha dicho que no me preocupara, que no hay nada raro en los puntos.

—¿Los has leído siquiera?

—¿Y qué más da? ¿Qué pueden hacer?

—¿Subir la cuota, aprobar una derrama, quemar el edificio?

—Que avisen para salvar el piano.

—Y a Bob Dylan.

—Se salva solo, tiene siete vidas.

—Que sepas que lo mismo ya ha gastado alguna saltando a casa de Julia, me ha dicho que la visita bastante.

—Es un golfo con buen gusto.

—Vaya, ¡como el dueño!

—No voy a discutir contigo con quien me acuesto o quien no.

—Pues eso es nuevo...

—Este...

—Nico, no seas capullo. ¿Qué hay de cena?

—Hamburguesa de guisantes y judías, vas a flipar, está buenísima.

—Dios, mándame un rayo.

—A estas horas no escucha.

Cenamos juntos, discutiendo la despedida de solteros de Tiago y Romi, que han decidido que sea conjunta. Queríamos irnos un fin de semana por ahí, no sé, a algún sitio a liarla, pero Romina se niega, dice que está todo muy cerca de la boda y que no quiere, que sus amigas tienen hijos y no sé cuántas cosas más. Así que el fin de semana de fiesta se ha quedado en una noche de cena y espectáculo. Solo que con mucha más gente de lo normal.

—No sé, Este, parece un poco soso.

—¿Quieres *stripers* y *boys*?

—He dicho soso, so-so, como si le faltara algo. Pero ese algo no son tetas y penes.

Va a responder alguna burrada cuando llaman al timbre. Abro y me encuentro a *Jules*, no me acostumbro a que llame a la puerta, que no baje por las escaleras de la azotea y que no podamos hablar.

—¡Julia! —grita Estela, que cada vez tiene los ojos más rojos por el gato —, pasa, estamos discutiendo lo de la despedida de Romi y Tiago.

—Genial, apporto ideas.

Entra casi dando saltitos, de esa forma tan elegante que me hizo pensar una vez que había estudiado danza. La veo radiante.

—¿Vienes de la reunión de vecinos?

—*Sip*.

—¿Y qué ha pasado, que te ha dejado tan feliz?

—Eh, nada, han bajado la cuota y me alegra ahorrar dinero.

Madre mía, es que no se lo cree nadie.

—¡Y un cuerno! ¿Qué ha pasado?

—¡Esto!

Me enseña el acta de la reunión, los muy cabrones han cambiado el acuerdo que mantienen conmigo si me paso tocando el piano a partir de las diez. Ahora han incluido a *Jules*, que ha pedido que le prepare una cena para

dos, ella elige el qué.

—¿No será hamburguesa mataarterias? —pregunto.

—Puede ser, tú pásate y lo verás.

—¿Y pretendes que yo me coma eso?

—¡Vaya! ¿Quién te ha dicho que la cena será contigo? —pregunta, juguetona. Aunque sé que es una broma, la sola idea de que ella pueda estar feliz por otra persona, hace que se me caiga el alma a los pies.

—También es verdad...

Jules le guiña un ojo a *Este* y se ponen a hablar de la despedida. Yo ya no logro concentrarme.

Al final conseguimos convencer a los novios y organizar un fin de semana de casa rural en la sierra. Ahora bien, la segunda noche llegarán amigos de ambos que tienen niños, así que solo podemos aprovechar la primera para montarnos una buena fiesta. A partir del día siguiente estaremos en un *chiquipark* o en una fiesta de cumpleaños, lo que prefieran. No me apetece mucho, pero seguro que al final podemos pasarlo bien.

Para la primera noche somos doce personas. Doce chalados que tienen ganas de pasarlo bien. Estela, Sonia y Juan, que ahora parece una nueva incorporación, se han encargado del lugar y de llenarlo de todo lo posible para este fin de semana. La casa es una pasada, con unas cuantas habitaciones y unas vistas a la sierra que no te hacen pensar en Madrid y en sus aglomeraciones.

—¿Con quién has dejado al gato? —pregunta Tiago nada más entrar, como si no hubiese tenido tiempo en el coche. Los he recogido a él, a Romi y a su hermano.

—Con una vecina.

—¡Oh, Nico ya es papá! —grita, el muy gilipollas.

Escucho tonterías y especulaciones sobre quién ha podido ser la pobre desgraciada, palabras de ellos, no mías, a la que he dejado embarazada.

—No, tranquilos, tiene un gato.

—Ah, eso le pega más —dice Sonia, tan contenta, y me planta dos besos en la cara.

—Idos todos a la mierda. Voy a buscar una habitación lejos de todos vosotros.

—Te hemos puesto con Julia. —Qué sutil, Tiago—. Como sois vecinos y tal, creí que no os importaría.

—¿Cómo? —*Jules* baja las escaleras con dos coletas que le recogen el pelo rubio.

—Anda, si estás aquí, enséñale la habitación a Nico.

Tiago ordena y los demás lo apoyan.

—Si quieres duermo en otro lado —le digo.

—No, ven.

Subimos hasta la segunda planta, donde hay una habitación pequeña con dos camas; algo es algo.

—Son un poco retrasados, pero se los quiere. —No entiendo de dónde sale esta sensación de no poder hablar con ella.

—Mucho, la verdad.

Jules se marcha y me deja con mi maleta, que no es una maleta, es una mochila, bueno, ni tan siquiera es eso, es casi como una bolsa de deporte. La verdad es que con tanto lío se me había olvidado la fecha exacta de la despedida y, cuando anoche Estela me recordó que era para hoy, solo tenía esto.

Es la historia de mi vida.

Pasado el primer susto, bajo para ver qué puedo hacer. Vamos a comer barbacoa, veo una nevera llena de cerveza y asiento, lo han hecho bien. Van llegando todos los que faltaban y la casa, aun así, no se llena; tiene capacidad para el doble.

A media tarde, noto que llevo demasiado alcohol en el cuerpo. Me da un pequeño bajón y me voy a dar una vuelta por el monte. Sigo sintiendo, de vez en cuando, como si el corazón se resquebrajara, me vienen recuerdos de mi padre, de su voz, de sus consejos, de los buenos tiempos que pasamos juntos y me encojo. Me siento pequeño, como si nunca pudiera superarlo. No me importan los días, que haya pasado una semana, dos, un mes o cien años. Es un dolor que parece que jamás se acaba, que siempre está esperando para salir en el peor momento. Como si hubiese uno bueno.

Me siento en el suelo, apoyo la espalda en un árbol. Nada cómodo, la verdad, pero vale. Necesito cerrar los ojos, no sentir, no pensar, no llorar, no estar, no ser. Nada. Eso necesito. No saber nada.

—¿Nico? ¿Estás bien?

—Sí, *Jules*, solo necesito un momento.

Parece que se gira para marcharse, pero al final no lo hace.

—Creo que necesitas compañía.

—Yo creo que no, por favor.

Se sienta a mi lado. Bien, le importa bien poco lo que opine. Me coge la mano y la aprieta.

—No sé por lo que estás pasando, pero sí puedo decirte que con el tiempo es menos. Nunca los olvidamos, pero es menos.

—No te he pedido consejos —le escupo enfadado, y borracho, algo perdido también.

—Ya, lo sé.

Apoya la cabeza en mi hombro, y para mí es el colmo. Me levanto y me sacudo los vaqueros.

—*Jules*, déjalo. No necesito tu pena.

—No es justamente pena.

—Entonces, ¿qué es?

—Eso en lo que no crees o crees que no tienes.

Frunzo el ceño. Juro que no estoy para adivinanzas.

—¿Un Ferrari?

—«No creo en el amor para toda la vida, es quizá la promesa más falsa que le puedes hacer a una persona», eso dijiste en una entrevista durante la gira.

—Sí, lo recuerdo.

—Dijiste eso justo en el momento en el que tú y yo... casi...

—Ya no hay un tú y yo, *Jules*, me has dejado bien claro, con palabras, con gestos, con todo tu cuerpo, que no puede haberlo. No sé si es porque crees que me convertiré en un gilipollas o porque, simplemente, no hay más.

—¿Es que no lo entiendes? Me he enamorado de ti, pero tengo muchísimo miedo a que me hagan daño.

Dímelo a mí, *Jules*.

—Es complicado luchar contra fantasmas imaginarios.

—Lo sé, pero es complicado luchar con todo lo que hay aquí —señala a su cabeza— y leer eso me desestabilizó.

—Si solo me hubieses preguntado... —No sé si es el alcohol o las ganas de hablarlo de una vez—. Te hubiese dicho que, aunque no creo en el amor para toda la vida, contigo hubiese luchado todos los días para que no se agotase el nuestro.

Se queda callada. Es una declaración de amor que llega tarde, a destiempo, y casi con rabia.

—Nunca me has dicho que me quieres —susurra.

Me acerco a ella. Soy un poco más alto y gracias al desnivel le saco algo más. Le cojo la cara con las manos, casi ni la rozo, es solo una forma de dirigir su mirada.

—Te lo he dicho mil veces, solo que no has sabido escucharlo, pero ahora ya es demasiado tarde.

La suelto y me voy, algo tambaleante, a la casa.

—Me voy a buscar otra habitación.

Eso es lo último que le digo, creo que he llegado a un punto en el que puedo poco más.

Capítulo XXX: Pero el miedo pesa más que la razón

Te lo he dicho mil veces, solo que no has sabido escucharlo.

Esa frase resuena en mi cabeza durante todo el paseo que doy. Le he dicho que estoy enamorada de él y él me ha dicho eso. ¿En qué diablos quedamos? Nico está dolido, y con razón. Me he portado como una chalada, *pero el miedo pesa más que la razón*. No hay manera de hacerle entender que esta vez va en serio, que no voy a salir corriendo, que no voy a hacerle daño de forma gratuita. Y quizá la única forma de hacérselo entender es por medio de sus propios actos.

Vuelvo a la casa y lo veo tomándose una cerveza con Tiago; no me quiere mirar, aunque sus ojos al final me siguen. Subo a la habitación, saco el móvil y me pongo manos a la obra. Vale, no soy una artista como el padre de Nico ni como él mismo, pero creo que me entenderá.

Bajo dando saltitos las escaleras; parece que, cuando tengo claro el plan de ataque, mi mente pierde un peso y tengo que creer que todo va a salir bien. Busco a Estela y la encuentro en la cocina con Romi.

—Este, ¿me puedes hacer un favor?

—Claro, dime.

—Me puedes bajar al pueblo, tengo que imprimir unas cosas.

—¿Unas cosas?

—Sí, luego te cuento.

Se encoje de hombros y va a por su bolso.

—Tiene que ver con Nico, ¿verdad?

—Sí, ¿no te importa que haga algo por... reconquistarlo?

—¡Claro que no! De una boda sale otra boda, ¿no? ¿Necesitas ayuda?

—Sí, intenta que no esté en la puerta cuando vuelva, por favor, y, si tienes un rato, cuando vuelva, vente a mi habitación.

—Está bien, qué misterio.

—Tengo que guardarme mis cartas.

—Lícito, yo me encargo.

Durante el camino en coche, le cuento a Este, con pelos y señales, todo lo que ha pasado y que ella no sabe. La verdad es que soltarlo todo, asumir la

culpa y poder solucionarlo me hace un poco más libre. Nunca he hecho nada así, quizá no salga bien, quizá sea una tontería, una cursilada. No sé, pero prefiero no pensarlo mucho. Este no dice casi nada, solo monosílabos, solo escucha y me deja desahogarme.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Voy a intentar hacerle entender que ya no me voy a ir, que lo nuestro puede funcionar, pero ya lo conoces, ¿no? Creo que necesita sentirse querido a su manera. Y eso es lo que voy a hacer.

—¿Cómo? ¿Le vas a cantar una canción?

—Para ahí, en la papelería esa. Voy a imprimir unas cuantas cosas.

Bajamos del coche, entramos en el local y pido:

—Hola, ¿me puedes imprimir veinte copias de un archivo?

Antes de que el pobre chico pueda contestar, Estela mete baza.

—¿Tienes papel reciclado?

Romina y Estela me ayudan a moldear el plan. Se lo montan de forma que animan a todo el mundo a salir de fiesta. Dejan a Nico el último para ducharse y nos dejan solos en esta tremenda casa. Me advierten que vendrán en unas horas, que mucho más no me pueden dar. Nico se ha cambiado de habitación a una en el piso de abajo. Cuando sale de su habitación listo, se encuentra solo en el salón.

—¿Dónde estáis? —grita, sin encontrar respuesta.

En ese momento, lanzo mi primer avión de papel, que hace un vuelo ridículo y acaba en la esquina de la habitación. Mientras él sale al porche, tiro el segundo. Que se estampa en la pared. Nico no mentía cuando dijo que un ejército de estos soldados murió antes de que uno llegase a mi casa hace unos meses. El tercero cae a mis pies. Qué desastre. Cuando entra, me ve en el primer rellano de las escaleras con mis soldados preparados. Le lanzo otro, que me hace tener esperanzas en su victoria, pero no; otro más, que hace un vuelo casi perfecto y cae sin fuerza, y será el siguiente el que le da directamente en la cabeza.

¡Toma puntería!

No dice nada. Solo se agacha, coge el avión y ve que hay algo escrito.

1. El miedo no pesará más que la razón.
2. Dormiremos juntos siempre que se pueda.
3. La música siempre será compañera, hasta cuando la odie.
4. No saldremos corriendo.
5. No nos callaremos lo que importa.
6. Julia dirá «te quiero»; Nico lo demostrará.
7. Ante las situaciones dolorosas, Julia podrá llevar a Nico a McDonald's, aunque él no coma nada.
8. Nos iremos de gira juntos.
9. Nico promete dedicarle al menos una canción de la gira.
10. Julia y Nico lucharán por que estas normas no tengan plazo de caducidad.
Nico puede poner las suyas aquí...

—¿Esto qué es?

—Mi manera de decirte que yo también quiero luchar por lo nuestro, que he intentado decir que te quiero de muchas maneras, pero no he sabido bien cómo hacerlo. Que no más dolor, que no más daño, que no más huir. Que, si quieres, firmamos esas normas e intentamos cumplirlas cada día.

—¿Como el *post-it* de Meredith y Derek? —Sí, Nico ve *Anatomía de Grey*.

—Igual que el *post-it* de Meredith y Derek, pero esta vez serán las normas de Julia y Nico.

—De *Jules* y Nico.

—Me vale. ¿Te apuntas?

Se pone a buscar algo por la habitación, hasta que lo encuentra: un boli, de publicidad de una carnicería cercana. Hace clic y saca la punta, firma sin pensar mis normas, no pone ni una más. Hasta que se lo piensa y añade: «Julia no volverá a echar a Bob Dylan, el segundo de su nombre, de su casa».

—¿Firmas?

—Firmo.

Epílogo: Y que viva el amor de los que besan desesperados

Un año y pico después

Jules siempre dice que vivo en otro mundo, que no me importan las noticias, las fechas señaladas ni nada, por eso lleva todo el día un poco regular. Casi cascarrabias. Cree que he vuelto a olvidar su cumpleaños. El año pasado no cuenta, estaba loquísimo con las obras de la casa, algo que me desestabilizó hasta un punto insospechado. La idea era buena: juntarlas.

Pero, por favor, si hay que renovar la tarima del suelo, matadme.

A media tarde, he logrado que Estela sacara a *Jules* de casa, que últimamente solo sale para hacer la compra, desde que ha decidido hacerse *freelance* e iniciar una empresa con Andrea. Su antiguo piso es ahora su base de operaciones, y las dos tienen que soportar mi *pianito* para poder trabajar, aunque acondicionamos la casa para aislar el ruido —no sé por qué no lo hice antes—, todavía se cuele algo. Ya se han acostumbrado.

—Vamos, Bob —le digo al gato, que, cuando está en casa, suele estar pagado a mí.

El último año ha sido una locura para los dos. Yo me fui de gira por Sudamérica, *Jules* pudo acompañarme gracias a que su antiguo trabajo le dejaba la libertad de hacerlo a distancia, pero paseando por Lima tuvo una epifanía para un juego y se arriesgó a hacerlo ella, con su nueva socia. Su madre le dijo que había vuelto a tener *el síndrome del culo inquieto*; a mí me parece genial, mientras me sonría y su risa ya no suene oxidada, sino con mucho aceite. Ahora se ríe mucho más. Luego, estuve grabando el nuevo disco *La chica del avión de papel* nada más y nada menos que en Abbey Road; soy el puto rey del mundo. Y, tras la promoción, estamos en un momento casi de descanso.

Pasamos las navidades a caballo entre Málaga y Murcia y, ahora, que ya es febrero, estamos en casa disfrutando el uno de otro.

Y es el cumpleaños de *Jules*.

Y no, no se me ha olvidado.

Bob y yo preparamos una mesa digna de... bueno, hacemos lo que podemos, que no es poco. Para que luego digan que el romanticismo ha muerto. Velas, *sushi*, vino, música de ambiente... Todo listo. Todo preparado. Y el regalo espero que le encante.

Escucho sus llaves y su voz, va hablando por teléfono; seguro que son sus hermanas, que se habrán juntado para felicitarse mutuamente. En ocasiones, las tres parecen una.

—... Clau, venga, dímelo...

Se queda quieta cuando observa la cena y mi sonrisa más matadora.

La muy jodida hace una panorámica para que me vean, las saludo sin mucha gana, mientras las dos comentan que Bob Dylan, el segundo de su nombre, se ha puesto más gordo. Joder, dejad que el gato sea feliz y tenga unos kilitos de más, no pasa nada.

—¡Cuelgo! —grita *Jules*—. ¿Qué es esto?

Se acerca, se cuelga de mi cuello y me besa.

—Parte de tu regalo de cumpleaños.

—¿Parte?

—Ajá...

Me pierdo un poco en su cuerpo, en su boca, en toda ella. Si fuera por mí, acabaríamos esto que hemos empezado en el sofá, pero ella prefiere cenar. Y sus deseos son órdenes.

—Sabes que me encanta el *sushi*.

—Otra parte de tu regalo, *Jules*.

Se sienta y, durante la cena, mientras hablamos de tonterías, se pone a dar saltitos en la silla. Vaya, hace eso cuando quiere contarme algo y no sabe cómo iniciar la conversación. Como cuando decidió montarse por su cuenta o me pidió que Bob Dylan no durmiera con nosotros. Lo primero me pareció genial, lo segundo no tanto. Y el gato al final hace lo que quiere, la vida gatuna es así.

—Nico... —Allá vamos—. Creo que deberíamos firmar papeles.

What?

—¿De qué? Sabes que opino que una hipoteca une más que un matrimonio. ¿Quieres una casa en la playa?

—Sí, en algún momento, pero creo que deberíamos legalizar nuestra situación, ya sabes, ir al juzgado, firmar unos papeles.

—¡Qué romántica, *Jules*!

Me saca la lengua. Yo le tiro un poco de arroz que había en mi plato, ¡con

palillos incluidos! A ver, la intención es lo que cuenta.

—¿Qué me dices?

—Que me des más datos, ¿qué te ha hecho pensar en eso? ¿Por qué no te has arrodillado y me has puesto un anillo en el dedo? —Hubiese sido fantástico, lo hubiese grabado y para el grupo de amigos.

—Idiota... No sé, llevo un tiempo pensándolo, ya tenemos esta casa en común, tía Maru dejó muy claro que sería para los dos; una vida juntos... ¡hasta has puesto dinero en mi empresa!

—¿Cómo no iba a invertir en Bob Dylan, S. L.? Algún genio le puso el nombre de un premio Nobel.

Sí, fui yo. Tengo un treinta y tres por ciento de la empresa.

Jules me imita y me tira sus palillos. Comer *sushi* es bastante rápido y después, ¿quién quiere limpiar palillos? Al parecer en esta casa nadie.

—Bueno, si te parece una idea tonta... lo dejamos para otro momento.

—Para nada, pon una fecha y vamos. ¿Puedo ir de Elvis volador?

—*Nop*. Ni de coña.

—Al menos lo intenté. ¿Y en vaqueros?

—Me parece perfecto.

Me levanto y voy a mi piano, abro la tapa y saco un sobre. Lo he guardado ahí, ya que *Jules* ni se acerca a las teclas. A veces, lo odia y, en ocasiones, lo ama. Es lo que tiene la música, no deja a nadie indiferente.

—Ábrelo, bien podría ser nuestra luna de miel.

Frunce un poco el ceño. Yo mismo le acabo de decir que es un viaje. La cosa es el lugar de destino. Cuando lo lee, abre los ojos como platos, salta y me abraza.

—¡Tokio!

—Sé que estás deseando ver a Paula, que no haya podido venir en tanto tiempo te afecta. Así que si Paula no viene a España...

—¡Ah! Pero si esto es para dentro de tres semanas, ¿lo has consultado con la discográfica? ¿Qué pasa con mi trabajo? ¿Y Bob Dylan?

—Todo planeado, yo me puedo escapar, Andrea dice que tú también y Aureliana está encantada de cuidar a Bob.

—¡Voy a decírselo a mis hermanas! Claudia se va a morir de envidia, su alma gemela le ha regalado un collar místico, ¡ja! Chúpate esa, Clau, por no querer contarme nada de *Juego de Tronos*.

Dios, me encanta. Cuando es seria, cuando es racional, cuando desvaría, cuando me pega por las mañanas, cuando me abraza por las noches. Antes de

que se vuelva loca con la noticia, decido tranquilizarla un poco a base de besos y caricias.

—*Jules...*

—Lo sé, Nico, yo también te quiero.

Y que viva el amor de los que besan desesperados.

Agradecimientos

El mundo de la música siempre me ha fascinado, como se puede llegar a componer y a transmitir por medio de melodías y palabras, es por eso que mi primer agradecimiento en este libro va para todas las personas que componen y que nos dejan disfrutar de su música. En mi caso, en especial, a todos los que han hecho posible que Nico le dejara a *Jules* una lista de canciones para que se introdujera en el mundo de la música.

Después a mi familia, que ha pasado por una serie de altibajos durante la creación de este libro. De algunos nos recuperaremos, de otros es imposible. En especial a mi prima Elena que, en uno de los momentos más duros de mi vida, me dio por desvariar, pensando en este libro y en lo que iba a pasar en él, que era lo mismo que yo estaba viviendo, como si no fuese capaz de poder escribir por lo mismo que estaba pasando yo. Y recuerdo que me dijo que así el lector lo podría sentir mejor. No sé si al final ha tenido razón, pero sí que fue una buena decisión no quitar esa parte del libro. Ha sido casi terapéutico.

Este apartado no estaría completo sin darle las gracias a mis amigos, que siempre saben sacarme una sonrisa, en todo momento, y dejan que los vuelva muy locos con mis ideas. Mil gracias. En especial a Mariano, al que le debo un Musu por todo.

A Abril Camino, que siempre sabe mejorar un libro y me da un punto de vista que yo, en ocasiones, pierdo. Sin los audios a altas horas de la madrugada no podría haber salido este libro.

A Érika Gael, que me hizo un huequito para poder ayudarme con Nico en el momento en el que le dije que tenía algunas dudas (existenciales).

A Alba Biznaga, gracias por enseñarme cosas de tu Málaga, que ahora también es un poco mía y de Nico, por darme ánimos y siempre tener un audio bonito.

A Elsa García, ¡por regalarme un Bob Dylan, segundo de su nombre, que no da alergia! Por ayudarme a mejorar el libro en mil aspectos y por hacerme reír en todo momento.

A Emma J. Care por leerte el libro tan rápido, darme tus impresiones y ayudarme a mejorarlo en todos los aspectos.

A Ana Draghia, la mujer que mejor estira el tiempo del mundo, por dejarme un poquito del tuyo.

A Bob Dylan, ya tienes un Nobel de Literatura y un gato ficticio con tu

nombre, no se puede aspirar a más.

A ti, por leerlo, por darle una oportunidad a Nico y a *Jules*. Mil gracias.

Y a Ángel, por supuesto, siempre, no hay palabras de agradecimiento suficientes para expresar lo mucho que has estado a mi lado en los últimos tiempos. Yo sí creo en el amor para toda la vida, y es porque lo tengo contigo.